



Isabella Marián

ADICTA A ÉL

...HASTA QUE LOS PAPARAZZI NOS SEPAREN.

ADICTA A ÉL... HASTA QUE LOS *PAPARAZZINOS* SEPAREN

Isabella Marín

© Isabella Marín, noviembre 2015

Diseño de la portada:

Foto:

Primera edición: noviembre 2015

Corregido por Correctivia

“No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

Injurias y calumnias... ¿o no tanto?

«**Conforme a un estudio reciente, el actor más infiel de Hollywood es nuestro vampiro favorito, Nathaniel Black.** El *sex symbol* ha sido relacionado a lo largo de estos años con más de cien mujeres (que sepamos y, por supuesto, aparte de sus novias oficiales). Según afirma una fuente cercana al actor, el guapísimo moreno ha sido fiel una sola vez en su vida y ese "milagro" ha durado... pues lo que suele durar todo milagro. Tres días para ser exactos». *OK Magazine*

«**Nathaniel Black detenido por posesión de drogas en un famoso club de Los Ángeles.** El actor no considera un crimen contra la Humanidad haber esnifado un poco, y no entiende por qué tanto alboroto». *PageSix.com*

«**El playboy de Nueva York pone los cuernos de nuevo.** El famoso actor que encarna a Drake, el siniestro vampiro de la FOX, ha sido fotografiado en calzoncillos en plena avenida Broadway mientras se peleaba con un marido cornudo. Por lo visto, el angelito de Victoria's Secret, Judy Haley, anoche fue un auténtico diablillo». *The New York Post*

«**Nathaniel Black, envuelto en un nuevo escándalo sexual.** Nos preguntamos qué opina su alma gemela, la actriz Anne Blunt. Fuentes cercanas a ella afirman que está pensando seriamente en romper con el guapísimo chupasangre tras haberse enterado de su aventura con la mujer de un importante banquero de Wall Street. Esperamos impacientes a que el hombre más sexy del planeta vuelva a estar en el mercado». *Star Magazine*

«**Nathaniel Black vuelve a librarse de los cargos por agresión** después de haber tirado "por error" una botella de bourbon a un *paparazzi*. Según la jueza Andy Wood, "la botella no ha llegado a impactar contra la espalda del reclamante, así que el actor no puede ser juzgado por agresión. Sería, en todo caso, culpable de tener mala puntería. Además, Nathaniel Black es demasiado sexy para que vaya a la cárcel!". El chico malo no discrepa. Ha comentado a la salida del juzgado que le han absuelto porque, y citamos sus palabras textuales, "el naranja no va con mi tono de piel. Creo que no resalta lo bastante el azul marino de mis ojos". Sin comentarios...» *US Weekly*

Capítulo 1

¡Ni el mismísimo Sherlock Holmes encontraría algo decente en este armario! Tengo más vestidos de los que en realidad necesito y ninguno acertado para la ocasión. Miro desesperada las prendas que he esparcido por toda la casa. La imagen es, como mínimo, desoladora. Un sendero de vestidos une mi habitación con el vestidor, encima de la cama hay otro montón de ropa, y un par vaqueros han sido arrojados en algún momento sobre la lámpara colgante que compré en la galería de un coleccionista durante un viaje a París. Ni el baño se ha librado del desastre, puesto que, desde este punto exacto, sentada en ropa interior delante de las puertas abiertas del armario, puedo ver montones de prendas tiradas en el suelo, zapatos descansando en el lavabo y unos cuantos abrigos de piel en la bañera. ¡Qué caos! Con razón mi madre me llama el *huracán Katrina*. La similitud de nuestros nombres —me llamaron Catherine— siempre le ha resultado divertida.

Las crueles agujas de mi Cartier dorado marcan el paso de los minutos mientras me pruebo un sinfín de vestidos, que acaban arrojados al suelo. Hoy nada consigue satisfacerme. Cada vez que me contemplo en el espejo, mascullo maldiciones que harían ruborizarse hasta al más chungo de los raperos de Detroit. Me parece que mis ondas castañas lucen apagadas y sin volumen, que mis ojos son demasiado grandes y demasiado verdes, y que mi cuerpo no es lo bastante escultural. En cuanto a los vestidos, o bien resultan sosos, o bien resaltan la palidez de mi piel, o, en el mejor de los casos, no reflejan la imagen que yo pretendo proyectar. Tal vez deba mudarme a un sitio soleado y, de paso, contratar a una asesora de imagen. ¿Será posible que yo, Catherine Collins, la chica más *fashion* de todo Londres, no tenga un vestido para ponerme?

Acabará llegando tarde a la entrevista que tengo con un actorucho americano, una clase de *sex symbol* de turno que actúa en una famosa serie para niños. Su representante fue de lo más irritante el otro día cuando me llamó para concertar una cita. “Nathaniel Black tiene una agenda muy apretada y su tiempo es mucho más valioso que el de los demás”. Con esas mismas palabras me lo explicó el ilustre *mánager*. ¡Como si yo no tuviera limpiezas de cutis y manicuras que hacerme! Mi agenda también está muy apretada.

Mientras contorsiono todo mi cuerpo en un fracasado intento de cerrar la cremallera de un vestido negro de Dior —cuya existencia no recordaba—, oigo mi móvil sonar en alguna parte. Me quedo quieta para detectar de dónde procede la irritante cancioncita. Parece estar sonando debajo de un montón de ropa, así que me agacho y lanzo prenda por prenda por los aires, hasta que localizo al fin el engendro del demonio. En realidad, estaba debajo de la cama. ¿Quiero yo saber cómo había llegado hasta ahí...?

—¿Qué? —hago la pregunta de mala gana, sin molestarme en ocultar mi irritación.

—¿Cómo que qué? Se dice dígame —resuena la voz chillona de Harry, mi novio.

¡Lo que faltaba! Entorno los ojos y respiro hondo para tranquilizarme. Harry no tiene la culpa de que mi armario sea un desastre.

—Si llamabas para criticar mis buenos modales, puedes ahorrártelo. Hoy es un día importantísimo y tengo mucha prisa, así que si no te importa...

Oigo un suspiro al otro lado del teléfono. ¡Oh, no! ¿Y ahora qué?

—Kitty... —suspira de nuevo—. Solo te llamaba para decirte que lo nuestro ha acabado.

Suelto una carcajada. ¿Hoy es el día de las farsas y yo no me he enterado?

—Sí, sí. Lo que tú digas. Ahora en serio. ¿Qué quieres, Har? Llego tarde a la...

—Sabes que lo he intentado... y me he esforzado durante estos dos años, pero lo nuestro no lleva a ninguna parte. Somos demasiado distintos... De verdad que lo siento.

Y luego se hace el silencio. Un opaco y exasperante silencio. ¿Ha cortado conmigo por teléfono y luego me ha colgado en las narices? ¡Cobarde rata! ¿Y ahora qué se supone que debo hacer? ¿Desternillarme de risa o sollozar como una demente? ¿Qué es lo que la gente normal hace en esta clase de situaciones? Desde luego que no estoy herida, ni mucho menos. Nunca he amado a ningún hombre. Debo de ser incapaz de albergar tan nobles sentimientos. Y, siendo sincera, la pérdida de Harry no me inquieta en absoluto. No es un secreto para nadie que le tenía menos cariño que a mi barra de labios. No obstante, me parece una total y absoluta falta de respeto tratarme así. ¡A mí! la chica que todas las demás quieren ser, el icono de la moda británica y el punto de mira de todos los albañiles cuando salgo a pasear mis elegantes Jimmy Choo por las amplias avenidas de Londres. ¡A mí!, qué siempre le he apoyado en su trabajo —lo que sea que hiciese para ganarse la vida—.

¿Y a quién le importa su estúpido trabajo ahora? ¿Por qué demonios sigo pensando en Harry? Voy a centrar mi atención en cosas más productivas. ¡Pero no puedo evitar enfurecerme! Es pura vanidad, orgullo, ego o cómo demonios se llame.

—¡Basta ya! —grito tan alto que estoy segura de que me ha escuchado hasta la señora Wilson, que tiene noventa años, es sorda y vive tres pisos más abajo.

Afrontaré la situación como cualquier dama debe hacerlo: con dignidad, una larga sonrisa y fingiendo que nunca ha pasado. Mi profesora de protocolo estaría muy orgullosa.

Me armo de paciencia y empiezo a inspeccionar una vez más el contenido del enorme armario de madera, moviendo cada percha de izquierda a derecha.

—Horroroso... aburrido... de monja —suelto exasperada cada vez que muevo una percha.

Estoy a punto de rendirme y de montar una rabieta de las mías cuando, de repente, lo veo. En el rincón más oscuro, solitario y apartado del armario, prácticamente oculto a primera vista, estaba él: *el vestido*. No cualquier trapito de rebajas, no. Este es un auténtico Óscar de la Renta de la colección de alta costura de invierno. Rojo, fabuloso, con falda por debajo de la rodilla y silueta muy marcada, no solamente por el corte lápiz, sino también por un finísimo cinturón dorado. Una sola palabra: *sublime*. En cuanto me lo pruebo, no me cabe duda de que era esto lo que estaba buscando. Refleja elegancia, profesionalidad y sofisticación, pero al mismo tiempo es *sexy*. Hay un perfecto equilibrio.

Cruzo Londres en tiempo record, abriéndome paso por las vías atascadas a base de pitidos, blasfemias y gritos. A veces tengo la sensación de que nadie tiene prisa en esta puñetera ciudad. Cuando solamente llevo cincuenta minutos de retraso, aparco con un chirrido de ruedas delante del hotel —enfrente de la señal de Prohibido Aparcar—. Este año he debido de financiar todas las obras públicas de Londres con la cantidad de multas que me han puesto. ¿Pero acaso es culpa mía que nunca haya aparcamientos?

Mientras cierro el coche, me distraigo pensando en si la grúa se llevaría un flamante Aston Martin simplemente por estar mal aparcado delante de un hotel de lujo. Seguro que lo hacen, los muy cabrones, no sería la primera vez y desde luego que no será la última. Solo me queda confiar en que tengan la cortesía de no hacerlo justo hoy. Con la llegada de estos actoruchos a Londres, el tráfico se ha vuelto tan infernal que tengo la sensación de que la única manera de conseguir un taxi en estas fechas es haciendo un pacto con el maligno.

Abriéndome paso entre el gentío que aglomera la acera, alzo la vista para contemplar, durante unos instantes, el imponente edificio victoriano que acoge el evento. El Gran Palace, inaugurado, —o eso cuenta la leyenda— por la reina Victoria en persona y entre cuyos huéspedes más destacados figuran Grace Kelly, Adolf Hitler y, según algunos, el mismísimo Lucifer.

Tiesa y con la barbilla erguida —tal y como debe comportarse una dama de mi posición—, entro por las puertas giratorias del hotel y me encamino hacia el ascensor con movimientos felinos, sonriendo y saludando a derecha e izquierda a gente que parece conocerme de algo, aunque soy incapaz de recordar quiénes son. Seguramente hayamos coincidido en alguna cena o gala benéfica. No suelo recordar los rostros de las personas que carecen de interés para mí.

En cuestión de segundos, he dado con la sala donde se celebra la dichosa conferencia. Nada más entrar, entorno los ojos con exasperación. El sitio está alborotado de adolescentes desquiciadas que siguen a Nathaniel Black por todo el mundo como si fuera el Mesías. Una especie de *groupies*, solo que para actores. ¡Muy maduro! Está claro que yo, a mis veintiséis años y provista de clase, educación y bastante sentido común, no encajo mucho en este ambiente. Confieso que he visto algún que otro capítulo de ese culebrón y, desde la más absoluta objetividad, puedo afirmar que, más que al argumento literario, su éxito mundial se debe al torso desnudo del protagonista. Cuesta reconocerlo, pero hasta yo me he percatado de que Nathaniel Black desprende cierta seducción animal. Es *sexy*, rebelde y tan atractivo como

peligroso... si una presta atención a los cotilleos maliciosos.

A través de la aglomeración, los flashes y los irritantes *paparazzi*, que se extienden en un círculo alrededor de las superestrellas, distingo la silueta del señor Black. Está de pie en el otro extremo de la sala, acompañado por su compañera de reparto y novia oficial, la actriz Anne Blunt, y firma autógrafos a las jóvenes que gritan, lloran o se desmayan, según el caso.

Nathaniel Black es un hombre que llama la atención de las mujeres —la mía incluida, por mucho que me fastidie admitirlo— debido a su gran atractivo físico, algo de lo que parece estar más que orgulloso, puesto que no para de posar en calzoncillos. Desde que es la nueva imagen de la casa Calvin Klein, su cuerpo cachas está en todos los carteles de esta ciudad, y su sensual mirada te persigue desde cada autobús que recorre las calles de Londres. Es imposible salir de casa sin toparse con la imagen de Nathaniel Black. Parece estar en todas partes, a todas horas y en paños menores. Le apodan el "hombre del momento".

Su rasgo más cautivador es su mirada de color azul intenso, que contrasta perfectamente con su pelo oscuro. No es demasiado alto. Desde esta distancia estimo que tendrá un metro setenta y ocho, como mucho. ¿Pero a quién le importa eso cuando todo lo demás es inquietantemente atractivo? Desde sus refinados y perfectos rasgos faciales hasta su pálida piel, recorriendo sus altos pómulos, esos carnosos labios que a gritos piden que los besen, y su masculina mandíbula, Nathaniel Black no tiene ni un solo defecto. Viste vaqueros oscuros y una camiseta negra de Metallica Rules, que parece haber sido diseñada expresamente para ajustarse a la anchura de sus hombros. Su pelo está despeinado, como si acabara de levantarse hace unos instantes, y yo me digo a mi misma—no sin cierta ironía—que el chico malo de Hollywood no debe de pasar las noches en vela pensando en cómo peinarse al día siguiente.

—Señorita, ¿quiere moverse? No tengo todo el día para esperar —protesta una señora a mis espaldas.

Ese tono brusco me causa tal sorpresa que me pongo a balbucear:

—Disculpe, es que estaba...

—¿Embobada? —me sugiere la amable señora, empleando esta vez un tono distinto. Sarcástico.

Giro la cabeza y la examino de arriba abajo, con las pupilas contraídas. Cuarenta y tantos, gordita, ataviada con un vestido morado que supone una amenaza para la elegancia y el buen gusto. Sí, viene de provincias, más que seguro.

—Distraída—la corrijo con voz vibrante, casi con cólera.

La mujer me dedica una amable sonrisa, que pasa a iluminar sus ojos verdes.

—No se preocupe. Lo entiendo. Mi hija también está enamorada de ese guaperas. Me ha arrastrado desde Liverpool solo para conocerle.

Bufo para mis adentros con todo el desprecio del que soy capaz. ¡Qué patético! Yo no me enamoraría de ese hombre ni aunque el infierno se congelara, pero como no quiero llevarle la contraria, le muestro una encantadora sonrisa y me vuelvo a girar.

—Esta es mi hija, Kelly.

Una vez atraída mi atención de nuevo, la encantadora señora empieza a contarme la historia de su vida. Por supuesto, desconecto de inmediato de todo ese parloteo, limitándome a examinar a la hija. ¡Por favor, qué alguien le quite los bollos a la pobre criatura!

—¿Usted qué opina?

Muevo la cabeza como si acabara de salir de un trance.

—Yo... —sonríbo abochornada, sin saber qué contestar— estoy absolutamente de acuerdo con usted. Sí, absolutamente de acuerdo.

Espero no haber estado de acuerdo con alguna atrocidad. Las señoras de provincias no son de fiar.

—Ya decía yo que usted lo entendería. Buena actitud, sí señor.

Antes de que le dé tiempo a seguir balbuceando, mi móvil empieza a sonar, avisándome de que tengo un mensaje. Gracias a la providencia, tengo una excusa para volver a mi sitio. Esta charla ha sido agotadora.

—Disculpe, tengo que mirar esto —le explico con amabilidad, señalándole el móvil—. Parece importante. Un placer conocerla.

—Oh, por supuesto. Lo entiendo. El trabajo siempre es importante, ¿verdad?

No me digno a replicar. Simplemente le doy la espalda y miro el mensaje con una sonrisilla dibujada en las esquinas de mi boca. Según lo intuía, es de mi mejor amiga, Emma. Empiezo a teclear una contestación, pero, de repente, algo hace que mis dedos se detengan en el aire. Es extraño, como si otra cosa llamara mi atención.

Levanto la barbilla y, sin pretenderlo, tropiezo con la penetrante mirada de Nathaniel Black. En cuanto nuestros ojos se encuentran, él esboza una sonrisa de lado tan inquietante que, por unos instantes, se me olvida cómo respirar correctamente y contengo el aliento. Su mirada es hipnótica. Hay en ella algo primario, una mezcla de determinación, descaro y lujuria que, en vez de indignarme, me complace. Nadie, nunca, me ha mirado de esa forma y, si bien soy consciente de que debería aparentar indiferencia, sencillamente soy incapaz de interrumpir el contacto visual.

¡Genial! Ahora pensaré que he venido porque estoy locamente enamorada de él. ¿Seré idiota?

Cuando solo quedan tres personas por delante de mí, la música deja de sonar y, prácticamente de la nada, aparece un señor con elegantísimo traje negro —el ilustre manager, tal vez— que nos comunica el final de la conferencia. Aprieto los dientes con rabia. Aún no he hablado con el señor Black y llevo aquí más de una hora. Si piensan que me iré sin más, están equivocados.

—Disculpe —me dirijo al trajeado de la manera más seductora posible. Pestañeo despacio, sonrío, juego con un mechón de pelo; en fin, el kit completo de seducción—. Ha debido de haber una confusión. La conferencia no puede acabar porque yo aún no he hablado con el señor Black. Así que si tiene usted la amabilidad de dejarme pasar...

El hombre, cuya edad debe de aproximarse a los cincuenta, se limita a mirarme de forma inexpresiva.

—Pues la próxima vez madrugue más.

Su voz resuena de forma tan agresiva que doy un respingo. Los novios cortan conmigo por teléfono, los cincuentones me gritan, no soy lo que se dice una *femme fatale*, ¿verdad? Me armo de paciencia y le muestro una dulce sonrisa, antes de volver a insistir.

—Se confunde usted —sigo con la tarea de seducirle y, mientras hablo, pongo morritos—. No soy una fan. Me llamo Catherine Collins y vengo de...

—Me importa un carajo quién sea usted, señora. No puede pasar y punto —brama antes de desaparecer tras una puerta.

Abro la boca por la estupefacción. Su falta de tacto me ha dejado sin aire. ¿Acaba de llamarme señora? ¡Ay, Dios! Creo que estoy experimentando un severo estado de shock ¡Le he tirado los tejos a un cincuentón y me ha rechazado! No sé cómo podré vivir con eso.

La rabia, el orgullo hecho pedazos y la indignación hacen que mi mente se nuble y, de repente, me veo incapaz de pensar con claridad. Sin pensar mucho en lo que estoy haciendo, salgo de la cola corriendo, tiro al suelo al gorila de seguridad y, en dos pasos, me coloco delante de Nathaniel Black. Vale. Ya lo he hecho. No es el momento de ponerse nerviosa ahora. Lo haré luego, cuando tenga que llamar a mi abogado para que pague la fianza.

—Pido disculpas por la teatralidad, pero en mi defensa diré que no me dejaron pasar. Catherine Collins, un placer —le digo a Nathaniel Black, ofreciéndole una mano que él se niega a apretar.

Su mirada confusa y la arruga que se le acaba de formar en el entrecejo me confirman que no tiene ni la más remota idea de quién soy, ni de qué es lo que quiero de él. ¡Un sueño hecho realidad!

—¡Como se le ocurra dar un paso más, haré que la detengan! —trueno el agente de seguridad, incorporándose con la rapidez de una cobra.

Freno en seco y echo una escrutadora mirada a mí alrededor, para evaluar mi situación. En dos zancadas, el guardaespaldas se interpone entre el señor Black y yo, y me mira echando humo por las orejas. Sonríbo avergonzada a la vez que empiezo a encoger como Gulliver en el país de los gigantes. El hombre es tan alto y tan

fuerte y tan... furioso que se me pone un nudo en la garganta solo de mirarlo. ¡Qué miedo! Esta noche dormiré en el calabozo, sin lugar a dudas.

—Señor Black, ha habido un terrible malentendido y, si me concediera tan solo un minuto, podría explicárselo todo.

Debo parecer una doncella en apuros, pienso, incapaz de contener una maquiavélica sonrisa.

—¡Detenla! —ordena Nathaniel, quien coge a su novia de la mano y se dispone a darme la espalda.

Se ve que mi cara de damisela asustada no ha conseguido impresionarle. De acuerdo, puedo hacerlo mejor.

—Tranquilo —le digo al agente y lo freno con las palmas, para que vea que no llevo nada peligroso en las manos—. No voy a besarle, ni a lanzarle el sujetador,

o... —entorno los ojos— lo que sea que los fans hagan. Solo quiero hablar. Un minuto.

Nathaniel Black se detiene y, cuando se vuelve a girar hacia mí, reparo en que la expresión aburrida que reflejaba su rostro hace unos instantes ha dejado paso a una mueca divertida, donde una contenida sonrisa lucha por hacerse notar. Juraría haber detectado un brillo de curiosidad en sus ojos, pero no puedo estar segura. ¿Me dará una oportunidad o hará que el gorila me detenga? ¡Qué nervios!

Miro de reojo al guardaespaldas, que permanece en su sitio observando la situación. Presta atención tanto a mis movimientos, por si hago algún disparate, como a una posible orden de su jefe, quien parece ser incapaz de tomar una decisión. ¿Por qué tengo la sensación de que le resulta divertido jugar con mis nervios? ¡Por Dios! ¡Que diga algo ya porque este silencio es inaguantable!

—Suficiente. ¡Que todo el mundo vuelva a sus actividades! El espectáculo ha acabado.

Nathaniel Black se me acerca, me tiende la mano y me sonrío con esa media sonrisa suya que hace que el corazón se me suba a la garganta. Al ver que no hago ademán de cogerla, entorna los ojos y se inclina sobre mí.

—Tranquila, encanto, no voy a morderla —me susurra al oído—. Solo quiero que tomemos un café. Aquí es imposible mantener una conversación. Hay demasiados... *curiosos*.

—Un... ¿café? —baluceo, tragando en seco, intimidada por la proximidad de su cuerpo.

—Sí, un café —repite exasperado, como si estuviera hablándole a un niño medio retrasado—. ¿Tiene algún problema con el café? ¿Va en contra de su religión o algo así?

Me lanza una sonrisa burlona que hace que me ruborice ligeramente.

—No, claro que no —me obligo a responder—. Es solo que me habían dicho que tenía prisa.

¿Por qué demonios me cuesta tanto respirar?

—Pues parece que le mintieron porque tengo *toooda* la tarde libre —me guiña un ojo y, esta vez, su sonrisa está llena de insinuación. Indudablemente, me está haciendo alguna clase de propuesta escandalosa.

Compongo una sonrisilla brillante al mismo tiempo que me echo las ondas hacia un lado, y finjo no haber pillado su indirecta. Por desgracia para él, su novia no es tan sutil. Anne Blunt mira a su novio boquiabierto y parpadea con rapidez, sin dar crédito a lo que está viendo.

—¿Disculpa? Hola, sigo aquí, amor mío. Lamento interrumpir este precioso momento íntimo entre vosotros dos, pero mucho me temo que tú no vas a ir con ella a ninguna parte.

—No recuerdo haberte pedido permiso —gruñe él, sin dejar de mirarme.

Me río para mis adentros, con satisfacción femenina.

—¡Podría ser una psicópata! —le grita Anne, fulminándonos tanto a mí, como a él, con su mirada verde.

Las esquinas de la boca de Nathaniel se elevan, mientras sus ojos me repasan desde las puntas de los pies hasta la cabeza, sin tener al menos la decencia de disimular su aprobación sexual. ¡Oh! ¡Estoy indignada! O al menos debería estarlo.

—Un riesgo que estoy dispuesto a asumir, sin duda alguna.

—¿*Cielo*? ¿Podemos hablar un segundo? ¿A solas?

Nathaniel se toca la barbilla, frunce el ceño como si estuviera cotejando muy en serio esa posibilidad y, al final, tuerce los labios en una sonrisa burlona.

—Lamento no ser capaz de contentarte. Señorita Collins, soy todo suyo por el resto del día —se inclina con cortesía al hablarme, como el auténtico caballero que él, yo y la prensa internacional, sabemos que no es.

Anne se queda atónita, mirando como su novio me coge de la mano y me saca de allí, delante de los periodistas que captan cada instante a través de los lentes de sus cámaras. Mañana será la portada de alguna revista. Desearía no haber cancelado esa limpieza de cutis. ¿A qué cerebritito se le habrá ocurrido la alta definición?

Y así, tras haber tumbado al suelo a un guardaespaldas, entrenado para matar, solo por hablar con un *sex symbol* que, por alguna razón, me sujeta la mano en este momento, salgo victoriosa de la sala de eventos del Hotel Palace.

Nathaniel Black me arrastra hasta el ascensor sin articular palabra. Nada más entrar, pulsa el botón para bajar y se coloca a mi derecha. Los dos miramos fijamente cómo se cierran las puertas delante de las miradas de impotencia de los *paparazzi* que, retenidos por los agentes de seguridad del actor, no pueden llegar hasta nosotros. Apenas consigo disimular mi malicioso regocijo. Miro de reojo al hombre que tengo al lado, pero su rostro impasible no delata nada de lo que está pensando. Es dueño de la más absoluta tranquilidad, como si toda esta situación le resultara de lo más normal. ¡Ni que todos los días de su vida bajara en un ascensor con una acosadora! Su fría seguridad es irritante. ¡Oh, venga ya! ¿De verdad que no le asusto en absoluto? ¿Debería sentirme ofendida?

En cuanto se detiene el ascensor, salimos a la vez, sumidos en el mismo pesado silencio. Cuando llegamos a la cafetería del hotel, me siento en uno de los reservados que Nathaniel me indica, sin atreverme a romper el silencio. Miro las musarañas, tamborileo los dedos, me observo la manicura, en fin, la situación me resulta tan incómoda que, por un instante, barajo la posibilidad de salir corriendo. Pero solo por un instante. Luego aparto de golpe esa estúpida idea de mi mente. ¡Rendirme! ¡Qué ridiculez! Mi madre siempre me ha dicho que las mujeres Fitzgerald nunca nos rendimos, y pienso hacerle caso, aunque sea por una vez en la vida.

Complacida por mi determinación, agarro el menú con las dos manos y lo examino con atención durante un tiempo, para tener algo en lo que distraerme y no pensar en el molesto cosquilleo que siento en el vientre cada vez que el brazo de Nathaniel Black roza "por error" el mío.

Nada más cerrar mi carta, decidida a pedirme un cappuccino, Nathaniel le hace una señal con la mano al camarero, un chico increíblemente joven y tan elegante como el mayordomo de su Majestad, quien se nos acerca a tomar nota.

—Buenos días, Mike. ¿Te importaría prepararnos a la señorita Collins y a mí dos cappuccino? —le entrega las cartas y sonrío con amabilidad cuando Mike halaga el buen gusto del señor Black en cuanto a los cafés. Pongo los ojos en blanco para mis adentros.

Y en cuanto Mike se retira por fin, haciendo las debidas reverencias, mi estimado posible cliente se saca un iPhone del bolsillo y empieza a escribir mensajes, ignorándome por completo. Sin ser capaz de creer lo que estoy viendo, tamborileo los dedos cada vez con más rapidez. ¡Ni se ha molestado en preguntarme lo que iba a tomar! Veo que le gusta tener el control de la situación. ¿Y si fuera alérgica a los lácteos? ¿Y si me apetecía un té? *Pero no te apetece, así que deja de ponerle pegas*, me regaño a mí misma.

—Espero que te guste el cappuccino... mmmm... —deja el móvil encima de la mesa y levanta la vista al fin.

—Catherine —acabo su frase, intentando aparentar una tranquilidad que, en realidad, no siento.

—¡Catherine! Vaya, un nombre irlandés. Confiable, cariñosa y algo posesiva. Muy interesante. Creo que te pega.

¿En serio? ¿He agredido a su guardaespaldas y él piensa hablarme sobre la etimología de mi nombre? Un hombre interesante, sin duda alguna.

—A mí me fascina Irlanda —comenta, juntando las dos manos por encima de la mesa—. ¡Un país precioso! Y los irlandeses, gente muy lista. Al fin y al cabo, inventaron el whisky.

Me observa durante un buen rato como si esperara algún comentario ingenioso por mi parte, pero a mí no se me ocurre nada que añadir a eso, con lo que me limito a tomar un sorbo del cappuccino que Mike acaba de traer.

Al fin decido hablar para disculparme por mi comportamiento anterior. Aunque, seamos sinceros, no lo lamento en absoluto.

—Señor Black, siento lo de antes. Yo no pretendía...

—Nathaniel —me interrumpe con su grave y áspera voz—. Mis amigos me llaman Nate.

Le sonrío de forma casi imperceptible y me coloco el pelo tras las orejas. Su mirada se ha vuelto de pronto hostil, y ese tono frío resulta un poco intimidante.

Exhalo profundamente antes de seguir.

— Bueno, Nate, como te decía, no pretendía...

— No, amor, no te hagas líos. He dicho que mis amigos me llaman Nate, no que tú puedas hacerlo. Para ti soy Nathaniel.

¿Se burla de mí? Lo miro estupefacta durante un buen rato, sin dar crédito. Él también me observa, medio sonriendo, complacido por su propia maldad. Debe de ser muy divertido para él hacerme sentir tan incómoda.

—¿Y qué decías que era aquello que no pretendías, muñeca? ¿Acabar en la cárcel?

Achino los ojos, aprieto los dientes y mascullo unas cuantas maldiciones para mis adentros.

—Disgustarte —consigo adoptar un tono normal a pesar de mi irritación—. No pretendía disgustarte.

—¿Te parezco disgustado?

Me pareces irritablemente sexy. Oh, menos mal que no lo he dicho en voz alta. ¿Y ahora por qué me ruborizo? Quiero que la tierra me trague en este momento antes de hacer el ridículo más de lo que ya lo he hecho.

—Supongo —contesto con estudiada frialdad.

Bien, Catherine, sigue así.

—Pues te equivocas. La palabra que buscas no es disgustado, sino *decepcionado*.

—¿Y qué es lo que te decepciona? —pregunto de mala gana.

—Te lo enseñaré —me dedica una sensual sonrisa y, de repente, sus ojos se centran en mis labios.

Observo, inmóvil, cómo extiende el brazo y limpia con suavidad una gota de cappuccino de mi labio superior, demorándose más de lo necesario en hacerlo. Al sentir su contacto, algo se incendia en mi interior, algo primitivo que me acelera el pulso y consigue que mi rostro se ruborice en cuestión de segundos. ¿Mariposas en el estómago? *No seas ridícula, Catherine, esos deben de ser pterosaurios*. Me digo a mi misma que debería disimular el efecto que este hombre produce en mí, pero no soy capaz de poner en práctica este pensamiento. Sencillamente permanezco en mi asiento, perdida en la mirada de él. Mi respiración alterada delata lo mucho que deseo que me bese. Nathaniel Black tiene algo magnético y diabólico que me arrastra hacia él.

—¿Entiendes ahora a lo que me refiero? Decepcionante —apoya la espalda contra el respaldo de la silla, y en sus ojos brilla ahora un divertido desprecio—. No Catherine, no te rebajes tanto... no me interesan tus servicios sexuales —añade con ironía, en tono demasiado alto.

Mis ojos se abren de golpe. Una pareja de ancianos se dan la vuelta y me observan indignados. Tierra trágame.

—Está ensayando un papel. Es actor, ¿saben? —me apresuro a explicarles, esforzándome por sonreír como la gran dama que soy.

La anciana mueve la cabeza antes de girarse hacia su marido. Los oigo cuchichear y, por las miradas furtivas que me lanzan, está muy claro que el objeto de las controversias soy yo.

—¿Te has vuelto loco? —gruño entre dientes, inclinada sobre la mesa.

Aún conservo la sonrisa. Después de todo, esta es mi ciudad y yo tengo una reputación que mantener. Nathaniel me mira con infinito aburrimiento.

—Me han acusado de muchas cosas, amor, pero la locura es toda una novedad. Y, contestando a tu pregunta, no, no estoy loco. Es solo que estoy cansado de que mujeres como tú se me insinúen constantemente. Es aburrido.

¿Que yo me insinúo? ¡A la mierda la reputación! Le diré unas cuantas cosas a este imbécil y se las diré ahora mismo. Me levanto de la silla tambaleándome y tengo que sujetarme a la esquina de la mesa para poder seguir en pie. Siento cómo una furia asesina invade todo mi ser, molécula por molécula.

—Yo... soy... Catherine... Collins... Fitzgerald —subrayo cada palabra y golpeo la mesa con las palmas para conseguir un efecto más dramático—. Yo no me insinúo ante nadie, y mucho menos ante ti, gilipollas presuntuoso.

Su cara es un poema. Es casi inevitable no reírse de su expresión asombrada. Sus grandes ojos azules parecen fuera de sus orbitas, y la irritante y omnipresente sonrisa irónica se ha esfumado. En este momento, la sensual boca de Nathaniel Black parece una línea tensa. ¡Ajá! ¿Quién es el memo ahora?

—Ah, y para que le entre en esa cabeza tan hueca que tiene, mi querido señor Black—levanto el tono para que los ancianos no tengan que subir el volumen de sus audífonos—, he venido porque su agente me ha llamado, no para caer rendida a sus pies. Es usted demasiado vanidoso. Vanidoso y necio. Tenga en cuenta que esa no es una muy buena combinación. Y, tal vez, su comportamiento esté impulsado por esa... —chasqueo los dedos mientras encuentro la palabra— *histeria* colectiva que provoca entre las jóvenes, pero yo soy una mujer adulta y las mujeres adultas sabemos que no es oro todo lo que reluce. Puede que impresione a unas adolescentes patéticas que nunca han visto a un hombre de verdad en sus vidas, pero a mí no. Me he topado con muchos como usted.

Abro el bolso y saco un billete muy superior al precio del cappuccino. Lo tiro con arrogancia encima de la mesa, para el estupor de la pareja de ancianos.

—Que tenga un buen día, señor Black —me dispongo a irme, pero me detengo para añadir una última cosa, con toda la amabilidad que mi cabreo me permite—. ¡Ah! Y disfrute de la estancia en Londres. Confío en que nuestra ciudad sea de su agrado.

Con los hombros erguidos y la barbilla alzada en actitud de desafío, le doy la espalda al actorucho de pacotilla que ha conseguido estropear mi mañana, y me dirijo hacia la puerta de la cafetería segura de mí misma. Lo único que se escucha en este sombrío silencio es el taconeo de mis zapatos. Tiro de la puerta con fuerza y dejo que se cierre ruidosamente a mis espaldas. Tenía que concluir el *show* con una salida teatral, ¿verdad?

Salgo del hotel lo más rápido que puedo con unos tacones de doce centímetros y, una vez en la calle, inspiro una profunda bocanada de aire fresco y húmedo. Me hacía falta respirar. Estoy diciendo bobadas. Lo que me hace falta es salir corriendo; alejarme lo máximo posible de este horrible hotel y de sus odiosos clientes.

No me da tiempo de poner en práctica ese pensamiento. En medio segundo, Nathaniel Black se me acerca corriendo. Aumento considerablemente el ritmo de mis pasos.

—Espera, Catherine.

—¡Váyase al demonio! —le grito enfurecida, y maldigo entre dientes los tacones que me impiden correr.

—¡Oh, qué escándalo! Una dama como usted diciendo semejantes salvajadas.

Freno en seco y me giro. Está a unos pocos centímetros de distancia, con las manos hundidas en los bolsillos de sus pantalones, el pelo despeinado y los ojos chispeando malicia. Al cruzarse nuestras miradas, me lanza una sonrisa deslumbrante, mostrando una dentadura blanca, perfectamente alineada.

—¿Se puede saber qué más quiere de mí? —empiezo a andar hacia él con la esperanza de hacerle retroceder—. ¿No le ha bastado con humillarme delante de toda esa gente? ¿A qué viene ahora? ¿A regodearse? Es usted una malísima persona y, para que lo sepa, no es ni la mitad de guapo que en la tele. ¡Y ni siquiera es simpático! De hecho, pienso que es usted la encarnación del mal. El mismísimo Lucifer es un becario a su lado.

Nathaniel Black se muerde los labios para ahogar una risita.

—¿Ha acabado ya con las injurias? Bien, ahora que se ha desahogado, permítame que le exponga las razones de mi anterior comportamiento —habla con una calma que me saca de quicio.

—¡Sus razones me interesan una mierda! —grito irritada y me cruzo de brazos para reiterarlo.

—Venga, no sea un bicho malo. Tenga piedad. ¿No puede ver que estoy muy arrepentido?

Veo que hace pucheritos como un crío de tres años. Soplo y le doy la espalda. Esta vez empiezo a andar hacia el coche a grandes zancadas. Por desgracia, me sigue.

—Sus pucheritos no me impresionan, señor Black —pulso el mando para desbloquear el coche, me giro hacia él y añado—. Además, no recuerdo haber escuchado una disculpa sincera.

Suelta una carcajada y me mira divertido.

—¡Conque era eso! Esperaba mis disculpas. Bien, si es lo que quiere, allá voy —se frota las manos, cierra los ojos y adopta un aire solemne—. Mi queridísima señorita Collins, no sabe cuánto lamento... —abre un ojo, se inclina sobre mí y susurra— ¿Qué es lo que se supone que debo lamentar?

¡Oh, por el amor de Dios! ¡Odio no ser capaz de odiarle!

—Está bien. ¡Se acabó! Me alegra haberle conocido.

Doy media vuelta para separarme lo máximo posible de su cuerpo que, por alguna oculta razón, me atrae como un imán, pero él me agarra la muñeca y, a pesar de mis esfuerzos, se niega a soltarla.

—¿Y si rebobináramos? —me lanza una sonrisa irresistible que casi me convence. Casi.

—¿Rebobinar? ¿Hasta cuándo le parece conveniente retroceder? ¿Le parecería bien justo antes de que me llamara furcia? —le propongo en tono sarcástico.

Al fin libera mi mano.

—¡Vaya carácter! —exclama entre risas—. ¿Siempre se comporta así? Está bien, no me apunte con su mirada asesina. Es terrorífico. No voy a discutirlo, está claro que me merezco sus fríos ataques, puesto que no he sido un caballero con usted. No obstante, me gustaría presentarle mis más sinceras disculpas y espero que el desafortunado incidente de antes no le haga pensar que soy un canalla presuntuoso.

—Gilipollas —le corrijo.

Él pone los ojos en blanco, divertido por mi intervención.

—*Gilipollas presuntuoso* —repite, subrayando ambas palabras.

—¿De qué va? ¿Piensa que con una disculpa se borra todo lo que me ha dicho?

—¿Y una disculpa y una sensual sonrisa? —propone, adoptando un aire inocente.

Durante un largo instante me observa suplicante, con esos increíbles ojos suyos que estoy segura de que, a partir de ahora, me atormentarán en sueños. Lo contemplo con incredulidad, pero, al poco tiempo, me doy cuenta de que mi ira va disminuyendo hasta que se transforma en un borroso recuerdo. Es espeluznante el efecto que tiene sobre mí.

—Puesto que está *así* de arrepentido, digamos que le disculpo —contesto con estudiada gravedad.

Nathaniel me sonríe de manera encantadora y yo le devuelvo la sonrisa. Me siento tonta. Tonta por haberme tragado su disculpa de antes, tonta por seguir aquí de pie, intentando convencerme a mí misma de que no me atrae en absoluto, cuando, en realidad, lo único que deseo es que me bese.

—¿Ahora que hemos solucionado este pequeño malentendido, te importaría decirme qué es lo que quieres de mí? Al no lanzarme tu sujetador, me ha quedado claro que no eres una fan.

—Como le he dicho antes, soy Catherine Collins... de Collins & Collins.

Hay un momento de silenciosa tensión que me hace sospechar que sabe perfectamente quién soy y por qué estamos manteniendo esta conversación.

—¡Tiene que ser una puta broma! —se pasa los dedos por el pelo, sacude la cabeza con incredulidad, y se echa a reír— ¡No me jodas!

El cliente demuestra tener un amplio conocimiento de los tacos y un ligero trastorno mental. Oye, hay que reconocerle al menos ese mérito.

—Por la cantidad de palabrotas que ha usado usted en la misma frase, me figuro que sabe quién soy.

Nathaniel me pone la cara de «¿tú qué crees, genio?».

—Eres la niñera.

—Asesora de imagen.

—Lo que tú digas, Mary Poppins.

Me muerdo el labio inferior para no echarme a reír. Nunca me había visto a mí misma como a una Mary Poppins, pero mi trabajo podría interpretarse de esa forma. En el fondo es lo que hago. Cojo niños mayores maleducados y los transformo en unos auténticos señoritos.

—Y dime ¿cuál es tu *supercalifragilísticoexpialidoso* plan, muñequita de porcelana? Porque tendrás un plan, ¿verdad?

—Por supuesto que tengo un plan, querido señor Black. Siempre lo tengo. Lo primero que haré será darle unas cuantas lecciones sobre los buenos modales y las maneras adecuadas de dirigirse a una dama.

Asiente con la cabeza, para nada impresionado.

—¿Y lo siguiente?

—Cambiar esa imagen de rockero rebelde que muestra.

—¿Qué tiene de malo mi imagen? —con falso aire afectado, baja la mirada para examinarse a sí mismo.

—Estaría guay de seguir en los 90. Gracias a Dios, los tiempos han cambiado. Además, si lo que pretende es conseguir el papel del distinguido doctor Von Bon, tiene que convertirse en el distinguido doctor Von Bon. Y créame, Christopher Von Bon no escucha a Metallica en sus ratos libres.

—¡Metallica mola! —protesta con indignación.

—Solo a ratos. No me ponga esa cara, es cierto. Entre usted y yo, Metallica solo mola cuanto tus únicas dos opciones son escuchar un CD de ellos o pegarte un tiro.

—¡Blasfemias y calumnias! Te voy a despedir solo por haber dicho algo así.

—No puede despedirme porque aún no trabajo para usted —repongo, divertida.

—Es verdad —frunce el ceño, y durante unos segundos adopta un aire pensativo—. Te contrato y luego te despido —concluye, muy orgulloso de su propio ingenio.

Echo la cabeza hacia atrás y me río a carcajadas.

—No me contrate entonces. Si lo hace, le aseguro que le confiscaré todos los discos de Metallica y le obligaré a ir a clases de piano. Al acabar el día, lo único en lo que pensará será en los preludios de Chopin. ¿O es que prefiere los de Debussy?

Nathaniel ladea la cabeza y medio sonríe. Eso debe de ser un no.

—¡Qué tontería! ¿Por qué iba a aprender yo a tocar el piano? Y, por cierto, señorita Collins, antes de empezar una relación conmigo, debería saber que los preludios se me dan de maravilla.

Trago saliva con dificultad, a causa del nudo que se me ha formado en la garganta. Sí, no sé por qué, algo me dice que los preludios se le dan bastante bien.

—Seguro que tiene mucha experiencia en preludios o, al menos, en la clase de preludios a los que usted se refiere, pero yo no le estaba hablando de eso. Y, por cierto, señor Black, debería saber que no tengo ni el más mínimo interés en usted, aparte del profesional, por supuesto. Además, es difícil encarnar a un pianista de éxito sin saber tocar el piano, ¿no le parece?

Al ver su expresión sorprendida, me acerco a él y le susurro:

—¿Sabe que el doctor Von Bon es pianista, verdad?

—¿En serio? ¿Y entonces por qué demonios le llaman el doctor?

—¿Cómo que por qué le llaman el doctor? —levanto el tono, sin poder evitarlo— ¿No ha leído el libro?

Hace un gesto de negación con la cabeza, sin tan siquiera tener la decencia de parecer avergonzado. ¿He dicho ya lo mucho que me saca de quicio este hombre?

—A ver si me aclaro. ¿Piensa presentarse al casting más importante de toda su carrera y no se ha tomado la molestia de leer un libro de cien páginas? ¿Entonces cómo va a preparar el papel? Disculpe mi ignorancia, es que lo no entiendo.

Hace una mueca divertida y se cruza de brazos.

—Es sencillo, amor. Ahí es donde intervienes tú. Me ayudas a meterme en la piel del personaje y, ya que estás, mejoras mi imagen. Los productores no están nada contentos con los escándalos sexuales que me envuelven, y me exigen un importante cambio de actitud. No pongas morritos, princesa de pasarela. Será genial trabajar para mí. Soy un jefe enrollado y, si eres buena chica, aprenderé rápido cuál es la cuchara de poste y todas esas gilipolleces llamadas “buenos modales”.

Lo fulmino con la mirada, consternada por esa falta de respeto.

—¿Usted no necesita una asesora de imagen! Necesita una nodriza que le lea el libro antes de dormirse y, de paso, le hable sobre protocolo —escupo con excesivo sarcasmo.

Un leve atisbo de sonrisa curva los perfectos labios de Nathaniel Black.

—Tú y yo nos vamos a llevar de maravilla, Mary Poppins. ¿Te he dicho ya que me encanta tu acento británico?

—¡Ni falta que hace!

Contemplo durante unos instantes la expresión inocente de su rostro, fingida, sin duda alguna.

—¿Y eso es todo lo que vas a hacer, muñeca? ¿Enseñarme preludios y hacerme miembro del Círculo de Lectores? Lamento decirte que hará falta mucho más que eso para lavar mi imagen de cara a la opinión pública. No sé si lees la prensa sensacionalista o no, pero me temo que en el otro lado del charco mi reputación está muy dañada. Después del escándalo con aquella *stripper* que resultó ser una becaria de Vogue, todo americano conservador me detesta. Me han catalogado de *playboy*, alcohólico y superficial. ¡Con lo bien que me he portado y o siempre! ¡Es escandaloso!

—Escandaloso, realmente escandaloso —asiento divertida.

Durante unos instantes me observa fijamente, como si intentara adivinar si era una ironía o no.

—Mire, señor Black, entiendo que algunos malpensados le consideren un *playboy* con una... *ligera* debilidad por el alcohol, puesto que no es usted exactamente un angelito, ¿pero a qué viene lo de superficial? Si lo que quiere es mi ayuda, debe contarme toda la verdad. No me gustan las sorpresas. Necesito que me exponga todos sus trapos sucios para saber cómo puedo arreglar las cosas. No voy a empezar a trabajar para usted sin saber a qué me enfrento. Así que dispere.

—¡Oh, no te inquietes por eso! Realmente tengo un comportamiento intachable. A ojos de la prensa, soy superficial solo porque todas mis novias son rubias y muy guapas. Y la culpable de todo esto es la maldita becaria de Vogue. Tenía que haber sospechado de ella —murmura distraído, golpeándose la barbilla con su dedo índice—. ¿Pero quién lo habría dicho? No parecía un ratón de biblioteca. Tenía un buen par de t...

—Vale —lo interrumpo irritada, metiéndome los dedos en las orejas—. Lo he pillado.

Nathaniel hace un visible esfuerzo por contener la risa. Me alegro de que le resulte tan divertida.

—¿Y bien? ¿Cuál es el plan? —inquire, poniéndose serio de pronto.

—Está dando por hecho que me interesa el trabajo—respondo con indiferencia.

El atractivo rostro de Nathaniel Black se endurece.

—¿Me equivoco?

Claro que te equivocas, debería contestar. No podría trabajar para un capullo arrogante que me llama Mary Poppins por mucho que quisiera consolidarme como asesora de imagen.

—No, no se equivoca. Es usted todo un reto profesional. Si consigo reformarle en dos meses, podré con todo. Seré una leyenda. Me convertiré en un mito, y eso sin tener que morir trágicamente. Y entonces todos los actores trastornados —*como tú, gilipollas engreído*, remarco mentalmente— harán cola para contratarme. Por eso me molestaré en contestar a su pregunta. Para cambiar la, sin duda alguna, errónea percepción de superficialidad, debemos mostrarles su lado humano. El mundo tiene que ver que es usted una persona altruista que se involucra en proyectos humanitarios, o algo por el estilo. ¿Qué opina sobre los niños? Podríamos visitar unos cuantos colegios. Puede hablarles a los alumnos sobre su profesión, darles algún consejo útil. Eso siempre resulta...

—¿A unos mocosos malcriados? Ni hablar —me interrumpe de forma cortante.

—Descartamos los niños. ¿Y los pobres, los ancianos o el medio ambiente?

—Me importan un comino.

—¿Qué opina del calentamiento global?

—Sobrevalorado.

—¿En serio? —soy incapaz de disimular mi sorpresa—. Pensaba que a los famosos os importaba el calentamiento global y todo ese rollo del planeta verde. Sois vosotros los que os hacéis vegetarianos y nunca os ducháis para proteger el medio.

Nathaniel enarca una ceja, medio sonríe e invade peligrosamente mi espacio personal.

—¿Y por qué pensabas eso, amor? —me susurra al oído—. ¿Acaso apesto?

Me apresuro a negarlo con la cabeza. Hueles como el paraíso. O tal vez como el infierno, a tentación y sexo. ¡Piensa en otra cosa!

—Por supuesto que no. También pensaba que era usted agradable. Claramente, estaba equivocada —añado por lo bajo.

Nathaniel se echa a reír a carcajadas.

—En cuanto me conozcas, te darás cuenta de que soy muy agradable. No hay quien me gane en amabilidad.

—Eso me resulta muy difícil de creer. Y volviendo a lo que nos preocupa, ¿ha tenido alguna vez algún animal de compañía?

Frunce los labios, algo divertido por el brusco cambio de tema.

—¿Te refieres a esos sacos de pulgas con patas? No, nunca. Tengo alergia a las garrapatas, a las pulgas, a los piojos y demás bichitos.

Sacudo la cabeza, intentando no fijarme en que sus ojos están puestos en mis labios.

—Es usted el cliente más complicado que he tenido hasta ahora.

—Así que... ¿te rindes y reconoces tu derrota? —investiga, burlándose de mí.

Hago un gesto de exasperación con los ojos.

—Claro que no. Todavía tengo un as en la manga. ¿Y si le hiciera embajador de mi ONG? Imagínese los titulares. Dirán que la solidaridad de Nathaniel Black no tiene límites.

Arruga la frente y me mira incrédulo.

—Dime por favor que no te dedicas a fomentar la adopción de las ratas. No creo que mi débil estomago soporte salir en portadas paseando una rata por las calles de Nueva York.

—Las ratas son una plaga, señor Black. Una plaga que hay que exterminar, no adoptar, puesto que transmiten muchísimas enfermedades —levanto la barbilla y adopto un aire ceremonioso—. Me complace anunciarle que será usted el feliz padre de un gatito. Vaya pensando en nombres. ¿Puedo sugerirle *Catzilla*? Yo siempre he querido tener un gato llamado *Catzilla*.

—¿Qué clase de mente enferma nombraría a un pobre gatito *Catzilla*? ¡Por el amor de Dios! ¡Y no me pongas ojitos! ¡No pienso adoptar nada y mucho menos un gato! ¿Tú tienes idea de lo que supone ser actor? ¡Mi vida es frenética! Trabajo en Los Ángeles y vivo en Nueva York. Tengo que actualizar mi Facebook, mi Twitter y mi Instagram a diario. Escribo en un blog, voy a toda clase de convenciones ridículas y nunca duermo más de cinco horas seguidas porque tengo que entrenar mi cuerpo durante dos horas diarias. ¿Cómo crees que he obtenido estos abdominales? ¡Es muy difícil ser yo! ¿Sabes las horas que paso volando? No tendría tiempo para hacerme cargo de *Catzilla*.

—Pues para los clubs de *striptease* bien que encuentra tiempo —murmuro entre dientes, lo bastante alto como para que lo oiga.

—¿Disculpa?

—¿Quiere dejar de ser considerado un superficial? ¡Pues haga algo! ¡Demuestre que le importa algo más que no sea su egocéntrica persona! Más le vale que no me contrate porque si lo hace, le garantizo que le obligaré a asumir el cargo de embajador, le guste o no. ¡Y lo de adoptar un gato aún me lo estoy pensando! —le digo en tono categórico.

—¿Me acabas de llamar egocéntrico? —adopta un aire confuso y frunce el ceño—. Nadie me ha hablado así nunca —titubea, alza la mirada hacia la mía y sus dientes se asoman bajo una sonrisa divertida—. Dios mío, creo que soy masoquista porque eso me ha gustado. ¿Y sabes lo que eso supone? Que no puedo garantizar ser capaz de trabajar contigo sin intentar seducirte.

Hago una mueca de aburrimiento.

—Eso no supone un problema. A usted le gustan las rubias.

Con una sonrisilla apenas asomándose en las esquinas de su boca, Nathaniel acorta la distancia que hay entre nosotros para observarme los ojos más de cerca, tan fijamente que mi rostro se vuelve rojo a medida que la sangre empieza a correr por mis venas. El incómodo nudo de antes vuelve a posarse en mi garganta. Estoy mareada por el olor masculino que desprende su cuerpo. Una mezcla de colonia, tabaco y alcohol que me parece de lo más irresistible. Inspiro hondo, incapaz de apartarme, y sostengo su mirada. Permanecemos en la acera durante unos instantes, en completo silencio, mirándonos sin más. Si eso no es magnetismo, no sé lo que es.

—¡Buscaos una habitación! —nos grita un taxista.

Los dos prorrumpimos en carcajadas y recuperamos la compostura, retrocediendo unos pasos.

—He estado pensando y, teniendo en cuenta que no me he portado muy bien contigo hoy, creo que debería invitarte a comer... ejem... para compensártelo.

Debería decirle que no. Cuando no me fascina, que su persona me saca completamente de quicio. Temo que empiece a padecer un trastorno bipolar porque no es normal que en un instante quiera besarle y, al siguiente abofetearle. No quiero acabar detenida por darle una patada en su prepotente trasero.

—No creo que sea buena idea —me obligo a contestar.

—¿Por qué no? —quiere saber, mirándome muy serio.

—Porque yo tenía este... esto... el... —frunzo el ceño. ¡A la mierda!—. Está bien, iremos a comer. Pero deberíamos avisar a su novia. Parecía realmente preocupada por usted y no quisiera que sufriera un ataque de ansiedad pensando que se ha ido por ahí con una psicópata. Tenía esta vena del cuello muy hinchada y, si le revienta, eso pesaría sobre mi consciencia y no quiero...en fin...usted ya lo ha pillado.

Nathaniel se lleva el puño a los labios para disimular una sonrisilla, y me sigue hasta el coche.

—No estaba preocupada, estaba celosa. No soporta que se me acerquen mujeres más jóvenes y más guapas que ella.

¡Maldita sea! Se suponía que era perfectamente capaz de dominar mis emociones y, sin embargo, llevo media hora ruborizándome cada dos por tres. ¡Esto debe cesar ya!

—Oh. Gracias, supongo.

—No era un cumplido. Hacerle cumplidos a una mujer hermosa que sabe que es hermosa es de tontos. Solo era un comentario.

Aprieto los labios.

—Ya. Gracias de todas maneras. ¿Dónde le gustaría comer?

—Sorpréndeme.

Capítulo 2

—Así que te gustan grandes.

Abro los ojos sorprendida, pero me tranquilizo al ver que se refiere a mi coche. ¿Seré idiota? ¡Pues claro que se trata del coche!

—En efecto. Cuanto más grandes, mejor. Disfruto más.

El rostro de Nathaniel Black recupera esa sonrisa pícaro que le ha hecho famoso.

—¡Eso es inquietante! Seguimos hablando de coches, ¿verdad?

Le pongo mala cara y cojo la mano que me ofrece. Cruzamos la calle, abriéndonos paso entre los coches atascados, y andamos unos cuantos metros hasta llegar a *Santorini*, uno de mis restaurantes favoritos.

—Espero que le guste la comida griega. Las berenjenas de este sitio son estupendas.

Nathaniel asiente con la cabeza y se apresura a abrirme la puerta, como un auténtico caballero.

A primera vista, el *Santorini* es como un diamante en bruto. Muy en bruto. Vamos, que se necesita pulir bastante y una sobredosis de imaginación para que parezca bonito. El interior es de madera oscura, sus manteles a cuadros son una espantosa combinación de rojo diablo y verde crudo y, por si eso no fuera ya un crimen contra el buen gusto, hay unas horrosas sillas tapizadas que no pegan absolutamente con nada. Está claro que Nathaniel Black, con su aire arrogante de superestrella de Hollywood, desentona por completo aquí. Aparte de las berenjenas, esa ha sido la otra razón que me ha llevado a elegir este sitio. Quería que se sintiera fuera de lugar. Soy así de retorcida.

—¡Catherine! —exclama Tony, el gerente, quien acude a nuestro encuentro nada más entrar—. No te esperaba hoy por aquí.

—Lamento no haberte avisado. Me ha surgido un imprevisto. ¿No tendrás una mesa, por casualidad?

Con una sonrisa en la comisura de su boca, Tony se retuerce uno de sus oscuros bigotes.

—Siempre tengo una mesa para ti, preciosa. Por aquí, por favor.

Le seguimos por el restaurante repleto de gente hasta que, al fondo del local, nos indica un reservado. Nada más sentarnos empezamos a examinar el menú que tan silenciosamente ha dejado Tony encima de la mesa antes de retirarse.

Nathaniel me mira por encima de su carta.

—¿Qué me recomiendas?

—¿Tiene alergia a algo? Creo que debería saberlo antes de nada.

—Que yo sepa, no.

Cierro el menú y me arreglo un poco el pelo con la mano antes de hablar.

—Supongo que debe de seguir una dieta muy estricta para estar así de cach... digo... en forma —me aclaro la voz, avergonzada, mientras me recompongo—. Le recomiendo *horiatiki salad*, de primero y *moussaka*, de segundo, todo esto acompañado por una copa de vino blanco. No suele beber alcohol, ¿a qué no? Me consta que las dietas draconianas que se os imponen a los famosos son muy claras en ese aspecto, pero creo que hoy puede hacer una excepción. Las comidas mediterráneas carecen de sabor si no se acompañan con un buen vino.

Nathaniel me sonríe con picardía y se inclina sobre la mesa para susurrarme:

—No te preocupes, amor, yo no soy mucho de seguir las normas. Sí quiero beber, beberé. Te garantizo que no hay dieta en este mundo que pueda impedírmelo.

—Eso me temía —replico, devolviéndole la sonrisa.

Si al menos dejara de mirarme de esa forma... Pero no, él retiene mis ojos, haciéndome sentir un poco incómoda por no ser capaz de apartar la vista.

—Así que piensas que estoy cachas —suelta de repente.

Lo miro con los ojos muy abiertos y el rostro ruborizado. Él mordisquea un trozo de pan y examina divertido mis mejillas coloradas.

—Si está buscando cumplidos, que sepa que no pienso hacérselos.

—Ni falta que hace.

Afortunadamente, el asunto concluye ahí. Tony se acerca para tomarnos el pedido y, de paso, nos sirve dos copas de mi vino favorito.

—Siempre pido el mismo vino —le susurro a Nathaniel a modo de explicación.

—Una chica de gustos fijos. Interesante. ¿Y por qué asesora de imagen?

Sonríe con incomodidad y tomo un sorbo de vino para refrescar mi garganta seca.

—Si me dieran una moneda por las veces que he tenido que contestar a esa pregunta, sería más rica que Bill Gates. Todo el mundo se espera que diga algo impactante, como que he tenido una revelación o que me lo ha susurrado el fantasma de mi bisabuelo, pero lo cierto es que no fue para nada así. Simplemente me desperté una mañana, con los pelos de punta y una resaca inhumana, y en ese momento lo supe. Quería convertirme en asesora de imagen. Así de sencillo. Claro que mi decisión fue todo un shock para mi familia. Mi madre estuvo a un paso de desheredarme —me echo a reír porque Nathaniel Black me mira horrorizado—. Es broma. Pero seguro que lo pensó.

Abre los ojos, muy sorprendido.

—¿Es que tiene algo de malo ser asesora de imagen?

—Para alguien como yo, sí. Supongo que todos esperaban que siguiera con la tradición familiar y trabajara en Industrias Collins.

—¿Industrias Collins? No me suena. ¿A qué os dedicáis? —parece interesado.

—Industrias Collins es el negocio familiar —me paso una mano por el pelo y me esfuerzo por mantener una conversación normal. *¡Deja de mirarme de esa forma, maldito seas!*—. Todo Collins ha trabajado ahí desde... prácticamente siempre. Yo soy la primera que rompe las normas, de ahí la polémica. Nos dedicamos a estructuras metálicas e ingeniería. Somos bastante conocidos a nivel europeo. Tenemos contratos con la mayoría de los países de la Unión.

—Mmm. Una mujer de negocios. Mira tú por dónde. ¿Sabes? Me alegro de que lo hubieras hecho. De que hayas roto las normas, quiero decir. No siempre hay que hacer lo que todos esperan que hagas. Y de otra manera no nos hubiéramos conocido. Así que... ¡Salud! Bebamos por las decisiones arriesgadas.

Levanta la copa de vino y yo hago lo mismo. Nos sonreímos hasta que, incómoda por su escrutinio, interrumpo el contacto visual. Empiezo a comer. La ensalada está de muerte.

—¿No piensa comer?

Nathaniel apoya el codo en el reposabrazos de su silla y se limita a recorrer el contorno de su boca con uno de sus dedos, gesto que, de paso, le sirve para ocultar la sonrisa que juguetea en sus labios al verme devorar mi plato.

—No tengo prisa. Prefiero disfrutar de las vistas.

Parpadeo desconcertada. ¿Con vistas se refiere a mi poca delicada manera de vaciar el plato?

—Oh, por favor, no te ruborices —se apresura a añadir—. Me gustan las chicas con buen apetito. Comiendo de esa forma, debes hacer mucho ejercicio para mantenerte tan delgada.

—El deporte no entra dentro de mis actividades.

—¿Y entonces cómo es que te mantienes en forma? —inquire, mirándome fijamente los pechos.

No llevo escote, pero parece ser que eso no impide que sus ojos traspasen la fina tela que los cubre. ¿Hace más calor de repente o son cosas mías?

—La genética —la voz me sale ronca, así que me tomo la copa de vino de golpe para humedecer mi garganta—. ¿Por qué hoy en día todo el mundo piensa que la delgadez equivale a machacarse en un gimnasio? A algunos nos basta con seguir una dieta equilibrada y unos cuantos batidos de espinacas. Yo, sinceramente, pienso que el deporte es una nueva manera de torturar a la población. En el Medioevo tenían la Iglesia Católica y ahora tenemos la cinta de correr. Es lo mismo.

Nathaniel empieza a reírse a carcajadas, llamando la atención de varias personas, que giran la cabeza para ver qué es lo que le hace tanta gracia.

—Interesante punto de vista —me dice entre risas—. ¿Y qué es lo que te gusta entonces?

Tus ojos. Tu maléfica sonrisa. Tú, en definitiva.

—Lo normal —me encojo de hombros con indiferencia—. Bares, discotecas, fiestas, lo típico.

—¡Vaya! Eres Paris Hilton con acento británico —comenta, sonriendo con malicia.

Los bordes de mi boca se elevan en una sonrisilla que no puedo reprimir.

—Aunque le resulte chocante, nadie es perfecto. Ni siquiera yo. ¿Y a usted? ¿Qué es lo que le gusta a usted, señor Black?

Él levanta una ceja, divertido por mi curiosidad.

—Pensaba que aquello era evidente. A mí me gustan las chicas guapas como tú.

El molesto rubor vuelve a encender mis mejillas. Él sonríe.

—Lo lamento —no parece lamentarlo en absoluto—. No pretendía avergonzarte. Sabes, tienes los ojos más bonitos que he visto jamás.

—Es usted demasiado amable.

Sostiene mi mirada por un periodo de tiempo inconmensurable hasta que yo vuelvo a mirar mi bol de ensalada.

—¡Qué va! Solo estoy siendo sincero. Son tan bonitos que parecen irreales.

—Como he dicho, demasiado amable —repito en tono seco.

—Nunca había visto unos ojos tan verdes como los tuyos —y se empeña en seguir con el temita, todavía mirándome fijamente—. No puedo dejar de mirarlos.

Suelto el tenedor de manera ruidosa, ya exasperada por su nuevo escrutinio.

—¿Cuántos años tiene, señor Black?

Su rostro adopta un aire sorprendido.

—Muchos—contesta, al fin.

—Defina muchos.

Se muerde el labio para no sonreír.

—Treinta y seis.

—¿Y nunca le habían dicho en casi cuatro décadas que es de muy mala educación quedarse embobado? —pregunto con aplomo mientras me peino las ondas con los dedos.

Él tuerce los labios e ignora mi pregunta.

—Cuéntame cómo eras de pequeña.

Me detengo cuando Tony nos trae el segundo. Por algún motivo, se empeña en servirme él mismo a pesar de los siete camareros que tiene. ¡Los griegos y sus manías!

—Gracias, Tony. Pues a ver, ¿cómo lo diría? ¿En tres palabras? Delgada, morena e inquieta. Un terremoto de cría, para la desesperación de mi madre.

Unto un poco de mantequilla sobre la baguette, le echo sal por encima y le doy un buen mordisco. Con las prisas, no he desayunado.

—Solo hablas de tu madre. ¿Dónde está tu padre?

Suelto la baguette y le sostengo la mirada. ¿Por qué le interesa tanto mi vida?

—En Highgate.

—¿Es una ciudad?

—Un cementerio.

Nathaniel se atraganta con el vino. Yo sonrío para mis adentros, muy complacida por mi propia maldad.

—Lo siento —me dice cuando consigue dejar de toser—. No lo sabía.

Pincho un trozo de berenjena y me lo llevo a la boca. Mástico muy despacio.

—No tenía por qué saberlo —le digo al fin—. Aunque debería tener en cuenta que esto suele pasar cuando decide interrogar a una persona.

—No era mi intención interrogarte. Solo quería conocerte mejor.

—Lo que usted diga —desvió la mirada hacia su plato—. Veo que no he acertado con la comida. Apenas la ha tocado.

Sonríe y, por primera vez desde lo conozco, parece algo avergonzado. Pero solo un pelín.

—No tenía hambre —me contesta, atrayendo de nuevo mi mirada hacia sus ojos.

De algún modo, esos iris azules consiguen causar estragos en mí. ¡Tengo que irme! Miro el reloj y me doy cuenta de que, realmente, tengo que marcharme. Tengo una cita con otro posible cliente.

—De acuerdo. Escuche, tengo que marcharme. He quedado con otra persona.

Nathaniel aprieta la mandíbula y me observa en silencio durante un buen rato. Su mirada se endurece con cada parpadeo.

—¿Tu novio, tal vez?

—Esa es una pregunta que no pienso contestar. No es de su incumbencia.

Sonríe satisfecho, arroja la servilleta encima de la mesa con repentinas energías, y se levanta.

—¡Fantástico! No tienes novio.

Tengo que morderme el labio para esconder la sonrisa. Le gusta el control, va directo al grano y es muy perspicaz. Empiezo a conocerle un poco. Y claro, es demasiado guapo.

—¿Nos vamos? —me tiende la mano—. No pretendo entretenerte más de la cuenta. No vaya a ser que llegues tarde a tu... *cita*.

Cojo su mano y, después de pagar, salimos por la puerta.

Como ha empezado a chispear, me detengo nada más salir para buscar la llave del coche. No quiero que Black me demande por intento de homicidio simplemente por haberle hecho esperar bajo la lluvia. Pero para mi desesperación, la maldita llave no aparece por ninguna parte. Revuelvo todo el bolso y, justo cuando mis dedos agarran las llaves de casa, al lado de las cuales está la llave del coche, oigo un ruido que hace que se me borre la sonrisa de satisfacción de los labios. Levanto la cabeza justo a tiempo de ver a un chuchito satánico y rabioso corriendo hacia mí. Pocas cosas me dan miedo en este mundo y, sí, los perros son una de ellas. Pasa todo tan rápido que me dejo dominar por mi instinto de supervivencia. En un segundo estoy redactando mentalmente mi testamento y, al siguiente, estoy a salvo. Bueno, lo más a salvo que puede estar una muchacha decente en las garras de Nathaniel Black —francamente, pienso que eso no es mucho—. No transcurre demasiado tiempo hasta que me doy cuenta de que el diabólico sabueso, en realidad, no me perseguía a mí, sino a un gato callejero que se ha salvado por los pelos trepando por el tronco de un árbol. Por desgracia para mí, llego a esa conclusión demasiado tarde. Ya me he abalanzado sobre Nathaniel Black, quien parece estar más que contento de darme cobijo. Cierra los brazos alrededor de mí y me aprieta más de lo estrictamente necesario contra su fuerte cuerpo. Tengo los labios casi en contacto con los suyos, el corazón me late deprisa y soy incapaz de encontrar las fuerzas para moverme o para desviar la mirada.

—¿Estás bien? —musita, aún abrazándome.

Siento su respiración contra mis labios, y creo que va a besarme.

—Perfectamente, gracias —murmuro, intentando mostrar algo de dignidad. Ya he hecho el ridículo lo bastante por hoy.

Si me besa, no tengo pensado protestar. Y sí, soy consciente de que mañana estaré maldiciendo mis debilidades, pero lo que pase mañana, no es algo que me preocupe hoy. Por suerte o por desgracia —aún no tengo claro cuál de estas dos opciones es la correcta— Nathaniel me ahorra el conflicto interior. La dureza de sus brazos se desvanece, y después se aparta de mí y tuerce los labios en una sonrisa maliciosa.

—¿Sabes? no hace falta que me acerques al hotel. Iré andando. Así podré *disfrutar* de la estancia en Londres.

Oh, se refiere a mi poca elegante rabieta de antes.

—Bien. Ha sido un placer. Gracias por la comida y... por rescatarme.

Pensar en que esto se acaba aquí me entristece y dejo escapar un suspiro que no pasa desapercibido. Para disimular, saco una tarjeta del bolso y se la ofrezco.

—Tiene mi e-mail y mi móvil. En caso de que decida contratarme, puede escribir o llamar cuando quiera.

Él se guarda la tarjeta en el bolsillo trasero de los vaqueros y me sostiene la mirada. Su presencia hace que me sienta un poco incómoda.

—Gracias —me dice con amabilidad—. Por cierto, me ha encantado la foto de tu currículum. ¡Parecías tan profesional!

Mi sonrisa se borra de manera instantánea y mi mandíbula se tensa visiblemente. Creo que se me escucha rechinar los dientes desde Liverpool.

—¿Me está diciendo, Nathaniel Black, que cuando me conoció sabía quién era?

—Ajá.

La lenta y cruel sonrisa que adopta me encoleriza aún más. *¿No me lo puedo creer!*

—Y me dejó hacer el ridículo... ¿por qué?

Se toca la barbilla, sin tan siquiera tener la cortesía de mostrar algo de arrepentimiento.

—Deja que lo piense... A ver... estas son las opciones: a) aburrimiento b) diversión y c) malicia. ¿Tú cuál piensas que ha sido? Claro que, por el otro lado, podía haberlo hecho así para ponerte a prueba. ¿Quién sabe? —se encoge de hombros y adopta cierto aire misterioso.

—¿Ponerme a prueba? —repito dubitativa.

—Bueno, piénsalo amor. ¿Por qué deberían importarme tus hobbies y las demás bobadas que vosotros los jóvenes de hoy en día ponéis en vuestro currículum?

Necesito una asesora de imagen, no una esposa, así que me trae sin cuidado el hecho de que seas Virgo, te gusten los amaneceres en la playa y te apasionen los niños.

—Soy Leo, odio madrugar, detesto la playa y los niños me irritan —gruño entre dientes.

Los labios de Nathaniel se despliegan en una lenta sonrisa.

—Era una broma.

—No puede ser considerada broma una cosa que solo le hace gracia a usted mismo —repongo, irritada.

—Claro que sí —lo miro con cara de pocos amigos, así que adopta un aire resignado para complacerme y prosigue—. De acuerdo, no tiene gracia. Mira Catherine, lo cierto es que yo no soy el típico cliente al que estás acostumbrada. Tengo una manera un poco peculiar de realizar las entrevistas de mis futuros empleados porque mis necesidades son algo...especiales. Soy consciente de que no es fácil trabajar para mí, y por eso estoy buscando a una persona capaz de controlar la ira y el estrés. Esa persona tiene que ser valiente, que no se rinda solo porque le hayan dicho que no. Necesito una persona sin pelos en la lengua, que no tema a decirme cuándo me comporto como un auténtico capullo, cosa que, por desgracia, pasa muy a menudo.

Se queda con la mirada perdida en el vacío, como si acabara de caer en la cuenta de la verdad que contienen esas palabras.

—Una provocación. Interesante. Inesperado y desagradable, pero, aun así, interesante. ¿Y dígame, señor Black, ya que estamos con las confesiones, qué opina sobre mi propuesta? Aunque no me contrate como su asesora de imagen, sé que me odiaría a mí misma si dejo escapar la oportunidad de ofrecerle el puesto de embajador de la ONG. No tenemos una filial en Nueva York y, bueno, usted vive ahí. Y es famoso. No me vendría nada mal su ayuda.

Nathaniel levanta una ceja y me observa pensativo.

—¿Una protectora de gatitos, eh? Me gustaría serte de ayuda, pero me temo que no soy tu hombre.

—¿Por qué dice eso? —le pregunto confundida.

—Para empezar, ni siquiera sé qué es lo que hace un embajador.

—Oh, no se inquiete por ello. Esa es la parte que más le gustará. Hay que organizar fiestas. Y no una fiesta cualquiera, sino la fiesta del siglo. Algo impactante, al estilo del Gran Gatsby. Estoy convencida de que eso se le da a usted de maravilla.

Me contempla fijamente y, aunque su rostro permanece inexpresivo, en sus ojos puedo ver un brillo divertido.

—No deberías emplear la ironía cuando podrías estar hablando con tu futuro jefe.

—¿No quería una empleada de lengua viperina? Cuidado con lo que desea, señor Black. Puede que se cumpla.

Nathaniel esboza una sonrisa descarada y hunde las dos manos en los bolsillos de los vaqueros. Yo me quedo ahí parada, sosteniéndole la mirada.

—Bueno, ya ha llegado la hora de despedirse —me obligo a decir—. Realmente tengo que irme ahora.

Me cuesta mantener la sonrisa. Supongo que esto es un “adiós”. Aunque me contratara, no volveremos a estar nunca tan cerca el uno del otro. Nunca volveré a contemplar el azul de sus ojos que, en este momento, juraría que se ha vuelto más oscuro. Y, no quiero ser malinterpretada, eso es algo bueno. Es decir, Nathaniel Black es un ser irritante, ególatra y odioso. ¿Entonces por qué siento de repente este vacío dentro de mí?

—Señorita Collins, ha sido todo un placer. Vamos a entrevistar a dos personas más en esta semana, aprovechando la estancia en Londres. Si es usted la elegida, le diremos algo antes de volver a Nueva York. Ah, una cosa más—lo miro intrigada. ¿Y por qué ha dejado de tutearme?— ¿Piensa asesorarme desde Londres o viajará a Estados Unidos?

Me sorprende su pregunta. Su agente sabe perfectamente que yo asesoro a mis clientes desde Inglaterra, por video conferencia.

—¿No se lo ha comentado su agente? —él hace un gesto afirmativo—. No tiene por qué preocuparse. Las nuevas tecnologías nos permiten trabajar a larga distancia. Le garantizo que ni siquiera notará mi ausencia.

—Discrepo. Pero, en fin. Las nuevas tecnologías tenían que tener algún defecto. No podían ser todo ventajas, ¿verdad? —me tiende la mano educadamente—. Qué tenga un buen fin de semana, señorita Collins.

Estrecho su mano con firmeza. Es una sensación muy agradable poder tocar su cálida piel. Me gustaría que este momento durara para siempre. Por desgracia, él retira la mano mientras yo sigo sonriendo embobada.

—Lo mismo le digo, señor Black —y le doy la espalda.

No giro la cabeza por puro orgullo infantil, pero sé que me observa mientras me alejo de él. Antes de montarme en el coche, me detengo por un instante para llenar mis pulmones con el húmedo aire de Londres, y procuro deshacerme de la seductora imagen de Nathaniel Black de mi mente, solo que, a pesar de que me cueste reconocerlo, esa es una tarea que me queda algo grande.

En Gran Bretaña, a la hora del té

«El tráfico de Londres se colapsó ayer por los miles de fans que han viajado desde todos los rincones del mundo para conocer en persona a los actores de **«S de Sinistro»**. Hemos intentado conseguir una entrevista con el protagonista de la serie, el guapísimo Nathaniel Black, pero nos ha sido imposible puesto que, ni siquiera su propio representante, sabía cómo localizarle. Parece ser que el polémico actor se ha escaqueado de la fiesta que la BBC celebraba en su honor. Por lo visto, estaba demasiado ocupado intentando seducir a una de nuestras bellezas, la socialité Catherine Collins». Daily Express

«Esta es la británica que ha conquistado el corazón de Nathaniel Black. Catherine Collins-Fitzgerald, la heredera del imperio Collins-Fitzgerald, fue fotografiada ayer en un restaurante de la periferia en compañía del hombre más sexy del planeta. Según algunos testigos, los tortolitos parecían tener mucha química. Sorprendentemente –o no tanto en el caso del sex symbol–, ninguno de los dos está soltero. Recordamos que el actor lleva cuatro años saliendo con la explosiva rubia Anne Blunt, mientras que a Catherine Collins se le atribuye un romance con –nadie consigue entender por qué– el informático Harry Jones». The Sun

Capítulo 3

—“Las estrellas de *«S de Sinistro»* abandonaron Londres ayer, bajo la triste mirada de sus fans”.

Mi madre se quita las gafas y me mira por encima del periódico con sus grandes ojos verdes. Distingo en su mirada un brillo de compasión. Sabe lo importante que era ese trabajo para mí, y también que no me apetece hablar de ello en este momento, puesto que no añade nada más. Se limita a observarme con preocupación.

Elisabeth Collins-Fitzgerald, Liz según la llaman sus amigos de manera cariñosa, es una mujer muy inteligente y me conoce mejor que nadie. No suele provocar mi ira muy a menudo. Es consciente de que he heredado, para su desesperación, el mal genio de mi padre. Lo único que tengo de ella es su serena belleza. Y sus ojos. Esos ojos verde esmeralda, llenos de vida y rodeados de largas y oscuras pestañas. Por lo demás, somos completamente distintas, pero nos queremos muchísimo a pesar de nuestras diferencias.

Estoy sentada en mi sillón favorito, con una taza de té humeante entre las manos, y miro con melancolía por los enormes ventanales de mi ático. Londres ha amanecido nublado y acaba de empezar a llover. Las calles parecen desiertas hoy, solo algún peatón apresurado pasa de vez en cuando con un oscuro paraguas como única compañía. La imagen otoñal que muestra la ciudad es bastante deprimente y, por alguna oscura razón, es así como me siento, deprimida y vacía por dentro. Como si acabara de perder a una persona muy importante. ¡Es absurdo! Nathaniel Black no estaba obligado a contratarme y Dios sabe que no necesito ese contrato para vivir. ¿Entonces por qué demonios siento esta opresión en el estómago? Algo me dice que no tiene nada que ver con el trabajo. Hay algo más, algo tan oscuro que no me atrevo a reconocérmelo ni a mí misma. Debe de tener algo que ver con su sonrisa o con su mirada, puede que incluso con su...

—Cariño —me llama mi madre en tono de queja, convenientemente interrumpiendo el hilo de mis pensamientos—. No puedes seguir así. Llevas una hora ausente, mirando por esa ventana. No va a llamarte.

Levanto la cabeza para mirarla. Está sentada en el sofá, vestida con un elegantísimo conjunto de americana y pantalón de color blanco, y lleva su cabello rubio recogido en un sofisticado peinado. Me pone cara de preocupación.

—Lo sé —gimoteo.

Suelto un suspiro y vuelvo a observar la lluvia. Las gotas de agua golpean contra el cristal antes de precipitarse hacia el suelo húmedo, mientras que los viejos robles que bordean mi calle agitan sus amarillentas hojas.

—¿Por qué no hacemos algo divertido? —propone entusiasmada—. Hace mucho que no vamos de compras y acaban de estrenar la temporada de otoño-invierno. Un buen abrigo hará que te olvides de Harry, de Nathaniel y de ese absurdo trabajo que ni siquiera necesitas.

Oh, Harry. Es cierto. Se me había olvidado por completo la existencia de esa odiosa rata que ha cortado conmigo por teléfono. Por lo visto, el señor Black me ha impresionado más de lo que quiero admitir.

—¿Qué Harry? —pregunto con inocencia.

Mi madre explota en una risa que es tan contagiosa que soy incapaz de resistirme.

Cuando llego a casa, cargada de bolsas de ropa y joyas escandalosamente caras, son más de las doce de la noche. Estoy hecha polvo. Gastarse la fortuna familiar requiere un gran esfuerzo, y mantener el ritmo de mi madre, ex profesora de gimnasia que sigue la dieta de *Bugs Bunny*, todavía más. No obstante, decido encender el portátil y revisar el correo electrónico, por si acaso.

Bandeja de entrada: 1 correo nuevo. Me invade una emocionada excitación.

Lo abro. Es de Nathaniel Black. ¡Qué nervios! Mi corazón empieza a bombear sangre a ritmo frenético, mientras que mi temperatura corporal sube como por arte de magia. Leo su correo en voz alta para enterarme bien de lo que dice.

«Mi queridísima señorita Collins,

Después de nuestra entretenida charla, he estado investigando un poco la labor que hace su ONG y la verdad es que me ha impresionado. He leído que bajo su mandato se han abierto cinco residencias "gatinas" en Gran Bretaña, una en París, una en Milán y dos en China. Por cierto, ¿cómo ha conseguido lo de China? ¿Ahi no se comen a los gatos?» —dejo de leer para poner los ojos en blanco, divertida por su ignorancia—. *«Bueno, iré al grano, no quisiera que piense que me enrolló más que las persianas. La buena noticia es que he decidido contratarla como mi nueva asesora de imagen. La mala, que tiene que volver a verme. A tal efecto, le adjunto al e-mail un billete de avión en primera clase, puesto que su presencia en Nueva York es indispensable. Sé que no suele desplazarse, pero no debe preocuparse por nada. Le pagaré el triple de lo que pide por las molestias causadas y, por supuesto, costearé todos sus gastos de alojamiento. ¡Tire la casa por la ventana! ¡Elija el hotel más caro de Nueva York! Me da igual. Lo que usted quiera con tal de que venga. Requiero desesperadamente su presencia. Así que nos vemos aquí...dentro de un par de días.*

Sobra añadir que estoy ansioso por volver a verla.

Suyo, Nathaniel Black»

¡Oh... Dios... mío! Acabo de recibir un e-mail del hombre más sexy del planeta —según *People*—, pidiéndome que vaya a Nueva York con él. Indudablemente, esto es una insinuación. ¿Qué otra cosa podría significar? ¿Y por qué tengo el extraño presentimiento de que esto no va a salir para nada bien? Intento tranquilizarme para analizar fríamente su propuesta, pero, al poco tiempo, me doy cuenta con estupor de que lo único que soy capaz de hacer es suspirar como una boba enamorada. Empiezo a escandalizarme conmigo misma por permitirme esta actitud descabellada. ¿Cómo es posible que un hombre que se encuentra a miles de kilómetros, al otro lado del gran charco, por muy *sex symbol* que sea, consiga convertir mi cuerpo en una masa de gelatina? Ni siquiera debería considerar la posibilidad de coger ese vuelo. Sé que no me necesita. Todo esto es un montaje para tenerme cerca y poder seducirme. Y después ¿qué? Me abandonará como a sus otras conquistas. Nathaniel Black es un Casanova. Los hombres como él son incapaces de amar. ¡Debo resistirme a esta tentación! Para él solo será un papel, uno de muchos. Cuando acabe, se irá sin más. No debo ir. ¡No iré! ¿Acaso he ido a asesorar en persona a mis otros clientes? No, claro que no. Entonces ¿por qué iba a ser esto distinto?

Reflexiono durante largo rato, intentando encontrar un pretexto, por muy pequeño que sea, para quedarme en Londres. Mi cerebro me dice que debo hacerlo, pero mi corazón... oh, esa es otra historia. ¿Cómo podría resistirme cuando cada molécula de mi cuerpo me exige que suba a ese avión? Cierro los ojos mientras rememoro nuestro encuentro. Me centro en su mirada, en sus labios, en su cruel sonrisa... y me doy cuenta de que lo que más me apetece en este momento es volver a verle. Ay, madre, estoy pisando tierra peligrosa. ¡Qué lío! Empiezo a teclear una respuesta.

«Querido señor Black,

Tiene usted unas ideas preconcebidas. Los chinos comen en el KFC (desde noviembre del 87) igual que cualquier otro occidental, así que le garantizo que los pobres gatitos asiáticos no corren peligro alguno de bañarse en salsas agrídulces. Con respeto a sus exigencias, permítame que le diga que es usted un exagerado. Sabe que no me necesita "desesperadamente" y también sabe que yo lo sé.

Sin otro particular, le saluda atentamente,

Catherine Collins»

Voilà! ¿Alguien dudaba de mi profesionalidad? Satisfecha con mi actitud, me pongo el pijama y me voy a dormir.

Estoy soñando con chinos de ojos brillantes y sonrisas cargadas de malicia cuando mi portátil empieza a gritar: "*Tienes un e-mail*". Es una nueva aplicación que he pirateado de internet. ¡Maldita sea! ¿Por qué no la habré apagado? Me levanto furiosa y miro la bandeja de entrada. Como no, es de Nathaniel Black.

«Mi queridísima Catherine,

Bueno, puede que haya exagerado un poco en el caso de los chinos, pero lo demás no era una exageración. La necesito. Yo que usted consideraría muy en serio la

posibilidad de un traslado a Nueva York. Le garantizo que soy un cliente muy problemático y, si no está aquí para vigilarme, cometeré una locura. Así que nos vemos muy pronto.

Suyo, Nate»

¡Mío! Empieza a irritarme. Él no es nada mío. *Pero te gustaría, ¿verdad?* me pregunta el pequeño demonio que acaba de sentarse en mi hombro. Es una Catherine como yo, pero con cuernecillos. Decido ignorarla y escribo una contestación.

«Señor Black,

¡Déjese de artimañas!! No pienso ir a Nueva York. Yo trabajo por videoconferencia. Lo toma o lo deja».

Pulso enviar. "Tienes un e-mail", grita mi portátil otra vez. Esto es frustrante. *¿Entonces por qué no paras de sonreír? Estás aquí a oscuras como un murciélago esperando un e-mail suyo.* Le pongo mala cara al demonio Catherine y abro el correo.

«Entonces no hay trato y usted se queda sin embajador. *¿De verdad es capaz de negarles un platito de leche a los pobres gatitos yanquis? Es usted muy cruel»*

Pone un emoticono de pena y adjunta al e-mail una foto donde cinco cachorrillos persas, con la bandera americana atada al cuello, ponen la misma carita. Sin poder evitarlo, las esquinas de mi boca se elevan en una sonrisilla mientras estoy tecleando una respuesta.

«*¡Está bien! Cogeré ese maldito vuelo, pero que conste: lo haré solamente por los gatitos yanquis. Y ahora déjeme dormir. Aquí son más de las cinco de la madrugada.*».

¡Qué rápido me he rendido! Menos mal que estaba decidida a resistirme con todas mis fuerzas. Eso me convierte en una mujer fácil ¿a que sí?

—¡Necesitaré el calendario! —Mi madre deja de quitar pelusas inexistentes de uno de mis abrigos y veo cómo una sonrisa maliciosa aflora en sus labios—. El milagro por el que llevo años rezando se ha cumplido al fin. Mi niña se ha enamorado.

Suelto un soplido.

—¡Mamá! No digas tonterías. Si voy a Nueva York, es porque soy una profesional completamente entregada a mi trabajo. Nada más.

Adopto un aire digno que, ni de lejos, consigue engañarla.

—No me cabe ni la más mínima duda, cielo —replica en cierto tono burlón.

Empieza a seleccionar con atención los vestidos que, según ella, debería llevar. Por lo visto, hasta las asesoras de imagen tenemos nuestras propias asesoras.

—¿Qué es lo que crees que estás haciendo con eso? —pregunto exasperada.

Mi madre sonríe con picardía mientras coloca un sensual conjunto de lencería en mi maleta. ¡Por Dios! ¿Esto pasa en todas las familias normales? Estoy consternada.

—Oh, venga. No me pongas esa cara. Llévatelo por si acaso.

—Madre, me ofendes. No necesito que me pongas lencería sexy en la maleta. ¿Qué clase de persona crees que soy? —finjo adoptar un aire afectado y añado— Lo haré yo misma.

Su cara se ilumina en una larga sonrisa.

—Por un momento pensé que habías heredado la rigurosidad moral de tu tía Agatha —mira su Rolex y la expresión de su rostro cambia de repente—. ¡Ay, Señor, qué tarde! Perderás el vuelo si no nos damos prisa.

Cierro la última maleta, no sin poco esfuerzo, y salimos.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —pregunta mientras cargamos las maletas en el coche.

Inevitablemente, se me viene a la mente la imagen del conjunto sexy.

—Sí, todo lo que necesito.

Sonríe para mis adentros, como si estuviera guardándome algún escandaloso secreto, y arranco el coche.

Menos mal que hoy es domingo y no hay mucho tráfico. En pocos minutos llegamos al aeropuerto. Dejo el coche aparcado de cualquier manera, no solo porque sea completa y absolutamente incapaz de aparcar entre esas absurdas líneas que delimitan las plazas, sino también porque mi madre se lo llevará de vuelta a casa. Cargadas de maletas, entramos casi corriendo para hacer el *check-in*. Afortunadamente, llegamos a tiempo y, como voy en primera clase, no hay que esperar ningún tipo de cola. Me deshago de las maletas y nos dirigimos a la puerta de embarque. Mi madre no deja de hablar. Suele hacerlo para bloquear sus emociones.

—Cuando llegues, llámame —me da un fuerte abrazo y después me despeina las ondas—. Así estás mejor. Tienes un aspecto sexy y salvaje. Ah, y, cariño...

—¿Qué? —pregunto de mala gana. De manera instintiva sé que va a decirme una bobada.

Se toma unos instantes para darle más dramatismo al momento y luego me sonríe con esa serenidad que tanto la caracteriza.

—No te acuestes con él en la primera noche —me aconseja, arreglándose el pelo como si nada.

¡Aaaarghhh! ¿Mi madre me va a dar una charla sobre sexo? ¿Qué será lo siguiente? ¿Enseñarme cómo usar un condón? Muevo la cabeza en un intento de borrar esa horrible imagen de mi mente.

—Madre, te llamaré. Y descuida, no pienso acostarme con el señor Black. Como te he dicho antes, es un viaje de negocios.

—Ajá. Lo que tú digas.

Me da otro abrazo, que esta vez prolonga.

—Cariño, por favor, cuidate mucho y acuérdate de llamar de vez en cuando —vuelve a comprobar la hora y suspira—. Tengo que irme. He quedado con Richard —su última adquisición en materia de novios— para tomar el té. ¿Estarás bien?

Asiento con la cabeza y le muestro una de mis mejores sonrisas.

—Por supuesto. Dale un beso a Richard de mi parte.

—Lo haré.

Beso sus mejillas y la observo mientras se aleja. Por razones desconocidas, se me llenan los ojos de lágrimas viéndola marchar. ¡Esto es absurdo! Solo voy a estar fuera dos meses, no es como si nunca fuéramos a volver a vernos.

Media hora más tarde estoy en el avión, cómodamente instalada en mi asiento. Me he traído un libro para leer. Sé que seré incapaz de dormir. Los aviones me dan fobia, pero reconozco que son un mal necesario. Empiezo a leer, fascinada por la historia. La protagonista hace todo lo humanamente posible por conquistar el amor de un hombre casado y, justo al final, se da cuenta de que, en realidad, en todo ese tiempo había estado enamorada de otra persona. ¡Es horrible! Espero que eso no me pase a mí. Los tríos nunca me han gustado.

He debido quedarme dormida porque, cuando abro los ojos, sobrevolamos Nueva York. Me siento como una niña pequeña. Estoy en América, la tierra donde los sueños se hacen realidad. ¡Yupi! Recupero las maletas y me dirijo hacia la salida. El aeropuerto es enorme y está repleto de turistas ruidosos que se desplazan de un sitio a otro cual hormiguitas en los últimos días de otoño. ¡Con lo irritantes que son las prisas! Solo llevo dos minutos en suelo americano y ya han chocado conmigo cuatro personas. Por supuesto, nadie ha pedido disculpas. Sé que estamos en el siglo de la velocidad, ¿pero es realmente necesario correr a todas horas? Yo prefiero tomarme las cosas con calma, así que soy la última en pasar el control de pasaportes.

—¿Turismo o negocios? —me chilla un funcionario de color, examinando atentamente mi documentación. Ni que fuera una terrorista.

¿Y a usted que le importa?, tengo ganas de gritarle. Sin embargo, me contengo, sonrío y le contesto:

—Un poco de las dos.

Ni siquiera alza la mirada, se limita a tirarme el pasaporte a la cara mientras truena un intimidante “siguiente”. ¡Qué modales! Nada más irme y ya empiezo a echar de menos Inglaterra. Creo que ha sido una mala idea coger ese vuelto. Aún estoy a tiempo de darme la vuelta. ¿Qué pretendía viniendo aquí? Este no es mi sitio. Desentono por completo con mi elegante conjunto dos piezas, falda lápiz negra y chaqueta blanca ceñida a la cintura. Por no hablar de mis ondas. Desde que he pisado este país, lo más parecido a un peinado que he visto ha sido una trenza ¡mal hecha! Sí, ahora me giraré y volveré a casa.

—La salida está en el lado opuesto, amor —resuena la voz seductora de Nathaniel Black a mis espaldas.

Está tan cerca que puedo sentir su olor, esa mezcla incendiaria de colonia y alcohol que parece caracterizarle, y es justo la proximidad de nuestros cuerpos lo que hace que se me ponga un irritante nudo en la garganta y se me doblen las rodillas como si fueran de mantequilla. *¿Se puede saber qué demonios te pasa? Céstrate, Catherine.*

Agarro con fuerza las dos maletas, no sé por qué, ya que es poco probable que se vayan a ninguna parte, y respiro hondo. Se suponía que estaba preparada para volver a verlo, pero está claro que no es así. Si solo con escuchar su voz me derrito, ¿qué haré al darme la vuelta? ¿Desmayarme como una damisela? Además, ¿qué hace aquí? Me imaginaba que enviaría a alguien al aeropuerto y que tendría más tiempo para acostumbrarme a la idea de volver a estar cerca de él. No esperaba que este encuentro se produjera tan pronto. ¿Me habrá echado brillo de labios?

—¿Señorita Collins? —su cálida voz me devuelve a la realidad.

Giro despacio sobre los talones y ahí está, con su aspecto seductor, pelo rebelde y esos impactantes ojos azules que me observan con atención. Se le ve contento, relajado, muy cómodo con esta situación y, por supuesto, tiene una sonrisa absolutamente encantadora. A diferencia de mí, que me siento abrumada por todas las emociones que me invaden al estar tan cerca de su inquietante persona. ¿Cómo es posible haber echado de menos a alguien a quien acabo de conocer?

Le hago un rápido chequeo con la mirada. Salvo por la camiseta, que es de color gris, va todo vestido de negro: vaqueros oscuros, botas negras y, cómo no, una chaqueta negra de cuero. Un mechón de su oscuro cabello le cae de manera sensual sobre la frente y yo tengo que hacer un gran esfuerzo para reprimir el impulso de extender el brazo y tocarlo. ¿Quieres comportarte como una adulta? ¡Un, dos, tres y... acción!

—¡Nathaniel Black! ¡Qué alegría volver a verle! —saludo con una sonrisa radiante y con las manos extendidas alegremente. Creo que me merezco el Óscar por esta actuación—. Es una auténtica sorpresa que haya venido hoy. Aquí —añado en tono seco.

—¿Y no me va a dar un beso, ya que se alegra tanto de volver a verme? ¿No? —lo miro con cara de pocos amigos, él sonríe con astucia—. Bien, no hay besos. Usted se lo pierde. Qué sepa que soy muy bueno besando.

—No me cabe ni la más mínima duda. Pensé —me aclaró la voz para dejar de imaginar sus labios sobre los míos— bueno, pensé que enviaría a otra persona a recibirme. Las superestrellas como usted suelen tener una agenda muy apretada.

Nathaniel esboza una sonrisa pícaro mientras coge mi mano, se inclina y la besa como un auténtico héroe shakesperiano. Todo esto sin dejar de mirarme a los ojos. Madre mía. *Inspira, expira, Catherine.* El roce de sus labios hace que mi pulso se acelere y, por mucho que lo intento, se vuelve bastante difícil, por no decir imposible, disimular el efecto que su caricia despierta en mí. Entrecierro los ojos durante unos segundos, en un patético intento de hacer desaparecer todas estas nuevas sensaciones que me invaden de repente, aunque cuando vuelvo a abrirlos todo sigue igual. Yo tengo la misma cara de bobia y a él se le ve igual de seguro de su atractivo como siempre. Creo que acabo de ruborizarme. ¿Por qué? ¡¿Por qué?! Si lo ha notado, no lo menciona. Se limita a mirarme durante un largo momento y después se saca un cigarrillo del bolsillo. Lo enciende justo delante del cartel de No Fumar. Supongo que las prohibiciones le traen sin cuidado.

—Señorita Collins, usted es mi invitada y yo soy un caballero. Por supuesto que he acudido a recibirla. Y cambiando de tema, ¿se acuerda de Wesley? —me pregunta con expresión maliciosa, señalando con la cabeza al agente de seguridad que lo acompaña.

No había reparado en él hasta ese momento y, cuando lo hago, me quedo paralizada por el horror. ¡Es el gorila! En cuestión de segundos, mi rostro adquiere el color de un tomate maduro. Sé que lo ha hecho aposta, lo ha traído hoy aquí solo para mortificarme. Es casi cruel. Mi abuela siempre decía que no debes fiarte de un hombre que lleva chaqueta de cuero. Desearía haberle hecho caso.

—Señora —me saluda Wesley con un movimiento de cabeza.

—Señor Wesley. Permítame que le diga que es un placer volver a verle —digo cortésmente, como una auténtica dama.

Nathaniel observa la situación, divertido sin duda alguna. Yo enderezo los hombros y me obligo a mí misma a mantener la sonrisa, como si la situación no me incomodara en absoluto. Si piensa que voy a darle más razones para que se burle de mí, está muy equivocado.

El señor Wesley coge mis maletas y empezamos a andar todos hacia la salida. Miro de reojo a Nathaniel, que avanza por el aeropuerto con las manos hundidas en los bolsillos y el cigarrillo colgándole de los labios, haciéndome pensar en esos chicos malos y rebeldes de los calendarios sexys. ¿Cómo demonios era aquello que solía decir la tía Agatha? *¿Y no nos dejes caer en la tentación y libranos del mal?* ¡Tenía que haberle prestado más atención!

—Me he tomado la libertad de instalarla en mi casa —suelta de repente.

¡Lo sabía! ¡Si es que sabía que iba a hacerme esto! Me paro en mitad del aeropuerto, respiro hondo y le sostengo la mirada. Intentaré no cabrearme.

—Ese no era el acuerdo y usted lo sabe —gruño entre dientes—. Le dije claramente que iba a quedarme en un hotel. No tengo ni el más mínimo interés en protagonizar portadas de revistas para marujas. Y menos en pasarme las veinticuatro horas del día con usted. ¡No soy su niñera!

Una lenta y desagradable sonrisa ilumina el rostro de Nathaniel Black. Eso no puede ser nada bueno.

—Oh, tranquilícese, su virtud estará a salvo. No tengo pensamientos impuros hacia usted. Además, estoy seguro de que es una mojigata en la cama —me susurra al oído, en tono confidencial.

¡A la mierda el autocontrol, los modales y mi exquisita educación!

—¡¿Pero cómo se atreve?! —le espeto, levantando una mano en el aire con la clara intención de abofetearle.

Nathaniel me agarra la muñeca justo antes de que lo haga y me sujeta, con fuerza, sin dejar de sonreír. A pesar de que hago uso de todas las armas posibles, blasfemias incluidas, no consigo soltarme. Estoy tan furiosa que ahora mismo sería capaz de arañarle con todas mis fuerzas. *¡En cuanto me suelte, se va a enterar este actorucho de pacotilla!*

—¡Suélteme, bestia! —exijo, moviéndome como una desquiciada.

Para mi asombro, Nathaniel empieza a reírse a carcajadas al mismo tiempo que libera mi mano. Le da una larga calada a su cigarrillo y, acto seguido, suelta el humo de una manera tan sensual que afecta tanto como para dejar el ataque.

—Relájese, estaba de coña. ¿Es que los británicos no tienen sentido del humor? Puede estar usted muy tranquila, le aseguro que meterla en mi cama encabeza la lista de maldades que pienso hacerle —me sonríe con descaro y, por alguna razón, eso me tranquiliza, en vez de indignarme.

Me paso una mano por el pelo y recupero la compostura.

—Pues tampoco tengo el más mínimo interés en convertirme en uno de sus ligues. Yo nunca mezcló los negocios con el placer. Y dudo mucho que a su novia le haga mucha ilusión compartirlo. Por lo que he visto en Londres, es *muy* posesiva.

Sonríó complacida por mi pequeña victoria. *Catherine uno, Nathaniel cero.*

—¡Auch! ¡Un golpe bajo! ¡Qué maquiavélico! ¿Y esa es la única pega que tiene? ¿Que tengo novia? Traigo muy buenas noticias. *Mi novia* no está —hace un irritante gesto con los dedos al decir la palabra novia—. Vamos a estar usted y yo. Solitos.

A pesar de la expresión inocente que adopta, sus ojos no dejan de brillar diabólicamente. ¡Madre mía! Y quiere que vivamos juntos, bajo el mismo techo, sabiendo que su novia no va a estar en casa. No confío tanto en mí misma. Y menos cuando me mira con esa cara de *sé de qué color es tu ropa interior e intuyo el tamaño de tus pechos.*

—¿Podría dejar de mirarme con esa cara? Me resulta bastante... incómodo.

—¿Qué cara? —pregunta con inocencia, mirándome fijamente a los ojos.

—Esa. La que está poniendo en este momento.

—No sé de qué está hablando. Es la única que tengo.

El olor de su masculina colonia inunda mis sentidos cuando se planta enfrente de mí, obligándome a levantar la mirada hacia sus ojos, que me miran de manera absolutamente hipnótica. Mi estómago se convierte en un nudo al darme cuenta de que inclina la cabeza para besarme. Separo un poco los labios para invitarle a que lo haga, pero él no se dispone a moverse. Solo me observa, con el rostro a unos cuantos milímetros del mío. Después, endereza la cabeza, como si nada hubiera pasado, y empieza a andar de nuevo hacia la salida, con los labios torcidos en una sonrisa malvada, claramente divertido y complacido por el evidente efecto que causa en mí. Mientras lo sigo, me reprendo a mí misma por ser tan idiota. Debería huir. Ahora mismo. Poner tierra de por medio. No es sano sentir este agudo deseo en mi vientre.

—Señorita Collins, bromas aparte, si de verdad quiere hacer bien su trabajo debe vivir en mi casa. Requiere de sus servicios las 24 horas del día. Soy un desastre. Siempre la lío. No querrá que meta la pata, ¿verdad? Imagínese los titulares: «La inestimable señorita Collins no ha podido reformar a la superestrella Nathaniel Black, quien ha pasado la noche en compañía de varias señoritas de dudosa reputación». Usted sabe que soy capaz de hacerlo. Y cuando lo haga, ¿podrá usted vivir con la culpa? ¿Vivir pensando que se le ha presentado la oportunidad de ayudarme y no lo ha hecho por culpa de unos anticuados prejuicios?

Frunzo los labios para reprimir una sonrisilla, aunque no lo consigo. Está haciéndome chantaje emocional y debo confesar que se le da de maravilla.

—¿Ha pensado alguna vez en cambiar de profesión? Podría haber sido un buen político. Sus poderes de persuasión son impresionantes.

Él me sonríe con malicia. Sabe que tiene la batalla ganada.

—¿Y bien? ¿Qué será, *Milady*? ¿El honor o la responsabilidad? —alza sus maliciosos ojos al techo y, cuando vuelve a mirarme, me lanza una de esas sonrisas inquietantes tan suyas—. ¿Sabes? Por mucho que lo pienso, no consigo decidir cuál de estas dos bobadas es más importante. Honor versus responsabilidad. Nuestra damisela de belleza intrigante tiene que hacer una elección muy complicada. ¿Qué será? ¿Qué será?

Le pongo mala cara.

—¿Puedo preguntar por qué se empeña en tocarme las narices? —digo con acritud.

—Puede.

— Está bien —resoplo con fastidio—. Elijo el hotel.

Parece decepcionado, pero solo por un instante. Después, vuelve a sonreír.

—El honor. ¡Qué trivial! Pensé que era una valiente, pero está claro que he vuelto a equivocarme con usted. No le gusta correr riesgos. Es usted como uno de esos ratoncillos de biblioteca que suelen esconderse en la oscuridad porque es lo que les hace sentirse más seguros.

Me paso la mano por el pelo y reflexiono durante unos instantes. ¿Por qué no soy capaz de mantener la promesa que me he hecho a mí misma? ¿La promesa de mantenerme alejada de él?

—De acuerdo. Lo haré. Pero con una condición —me mira intrigado, aunque complacido—. Necesito que me prometa que hará todo cuanto esté en sus manos por hacerme la vida fácil. No me mire así, he tenido varios clientes como usted. Sé de qué va y sé que es lo que pasa por su mente, así que le pido que, por favor, no lo haga.

Él mete las manos en los bolsillos de sus pantalones y me mira con cara de confusión.

—¿Hacer el qué, amor?

—Lo que sea que esté pensado. ¡Es mala idea!

—Ni siquiera sabe lo que estoy pensando —protesta ofendido.

—Cierto. Pero seguro que no debería estar pensándolo. Y ¡por el amor de Dios! ¡Deje de llamarme señorita Collins! Lo dice en un tono que resulta insultante.

Nathaniel lanza el cigarrillo al suelo y me tiende la mano. La aprieto como la *business woman* que soy.

—Tenemos un trato —me dice, con una sonrisa de oreja a oreja.

Le devuelvo la sonrisa, tímidamente. Ya está, he vendido mi alma por treinta monedas de plata. *Catherine cero, Nathaniel uno.*

—Oh, por cierto, ya puedes llamarme Nate. Te lo has ganado.

—Qué detalle —le contesto en tono seco. Él me sonríe con arrogancia.

—¡Tan previsible! Eva siempre muerde la manzana —se entromete una voz masculina.

¿Entiendo que este es el humor americano? ¿El sarcasmo? Indignada, giro la cabeza con la intención de reñir al dueño de esa arrogante voz, pero en cuanto nuestras miradas se encuentran, me quedo en blanco, incapaz de recordar lo que tenía pensado decirle. Desde luego que esto no es lo que yo esperaba. Un hombre más o menos de mi edad, increíblemente atractivo, está apoyado en el capó de una limusina negra, con los labios curvados en una arrebatadora sonrisa. Me recuerda a Nathaniel.

—Tú debes de ser Catherine —me dice en tono encantador.

Sus ojos azules me observan desde los pies hasta la cabeza. Asiento, algo incomoda.

—Confieso que estoy en desventaja. Yo no sé quién eres tú.

—Permíteme que me presente, entonces. Soy Robert, el hermano menor de Nathaniel.

Al igual que su hermano, Robert se inclina, me besa la mano y me mira de la misma forma, como si tuviera una visión perfecta de mi ropa interior. Me ruborizo al instante. ¡Maldición!

—No sabía que Nate tuviera un hermano —me obligo a decir.

—Ahora ya lo sabes —interviene Nathaniel, malhumorado—. ¿Nos vamos?

Robert ignora a propósito a su hermano. Hunde las dos manos en los bolsillos y me lanza una deslumbrante sonrisa.

—A Nathaniel le gusta ser misterioso. Suele ocultar las cosas interesantes.

Enarco una ceja, esforzándome por disimular esa sonrisa que se empeña en asomarse a los bordes de mi boca.

—Oh, ya veo. Y tú eres... ¿interesante?

—Tus palabras, no las mías —replica él.

Esboza una sonrisa felina que confirma mis sospechas de que se considera a sí mismo muy interesante. Por lo visto la arrogancia es genética. Nathaniel se aclara la voz varias veces, con toda la irritación de la que es capaz.

—Ese patético intento de flirteo me da náuseas. ¿Podemos irnos ya?

Nos giramos hacia él y le ponemos mala cara a la vez.

—No seas aguafiestas, hermanito. Solo quería conocer mejor a tu amiga. No sabía que fuera tan encantadora. Y tampoco me dijiste que era tan guapa.

Vuelvo a ruborizarme.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí? —la irritación de Nathaniel va *in crescendo*.

Robert nos obsequia con una irresistible sonrisa mientras se cruza de brazos con aire despreocupado. Por el bufido de Nathaniel deduzco que esa sonrisa inocente no le impresiona en absoluto.

—Necesito vivir en tu casa durante una temporada —suelta de repente, sin ninguna clase de preparación previa.

—Ni de coña —Nathaniel hace un gesto con la mano para obligarme a subir al coche.

Obedezco y ellos me siguen. El coche se pone en marcha.

—¿Serías capaz de dejar a tu hermanito pequeño en la calle?

—Tienes un piso en Manhattan. No es como si fueras un mendigo.

Robert se echa a reír.

—Ya no. Lo he vendido. Me traía malos recuerdos. Seguro que sabes a lo que me refiero.

Nathaniel suelta un improperio, se pasa los dedos por el pelo y, con un gesto de cabeza, le da su tácito acuerdo para que se instale. Acto seguido, se saca el móvil del bolsillo y empieza a escribir mensajes, ignorándonos por completo tanto a mí como a su hermano. Le sonrío a Robert con incomodidad y empiezo a mirar por la ventanilla. Nueva York es impresionante, pero aún echo de menos Londres.

De vez en cuando, observo a los hermanos Black de reojo, de la manera más discreta que puedo. Pues claro que son hermanos. Son prácticamente idénticos. Los mismos ojos azules, el mismo pelo moreno. Llevan incluso el mismo peinado rebelde. ¿James Dean se ha vuelto a poner de moda y yo no me enterado? En lo único en lo que no se parecen es en la manera de vestir. A diferencia de Nathaniel, su hermano parece mucho más formal. Me imagino que es un hombre de negocios porque lleva el traje más elegante que he visto jamás. Y ambos tienen el don de anular por completo mi personalidad. Con ellos cerca, tiendo a comportarme como una tímida colegiala. Es frustrante. Hay algo en su manera de mirarme que hace que me ponga colorada.

—Casi hemos llegado —me avisa Nathaniel al poco tiempo—. Te doy la bienvenida a mi mundo. Este es el Upper East Side de Nueva York, el sitio donde los ricos son escandalosamente ricos y los pobres... bueno, los pobres se quedan en el lado oeste. Exclusividad... *glamour*... perfección y una sobredosis de petulancia —se inclina hacia mí y me susurra— No te preocupes, encanto, te acostumbrarás. Aquí solo vive la elite, la *crème de la crème*, si lo prefieres. Según he leído en tu Curriculum, hablas con fluidez el francés.

Me engancha el pelo tras las orejas antes de contestar, muy orgullosa.

—El francés, el italiano y el español, entre otros.

—Y eso te convierte a ti también en alguien de la elite —remarca Robert.

Durante unos instantes me quedo callada, admirando los rascacielos y los escaparates de los hoteles más lujosos del mundo, mientras la limusina avanza despacio por lo que tiene que ser la famosa Quinta Avenida.

—Detecto cierto desprecio en vuestro tono cuando habláis sobre "la elite" —murmuro en tono ausente.

—¡Qué perspicaz! Eso es debido a que mi hermano y yo no pertenecemos a la alta sociedad de Nueva York. Somos unos intrusos y, por muy ricos que seamos, eso es algo que los esnobes de esta ciudad nunca nos perdonarán. Aunque tampoco es algo que nos quite el sueño.

—Bueno, ya hemos llegado. Aquí es donde vive Nathaniel —me informa Robert, señalando con la cabeza un elegante edificio antiguo de ladrillos.

Desvío la mirada y veo a través del oscuro cristal de la limusina cómo un grupo de *paparazzi* se coloca en la calle, ocultándose detrás de una furgoneta azul marino. ¡Esto es genial! ¡Lo que siempre había soñado!

Al bajar del coche, tengo que abrocharme la chaqueta para protegerme del implacable aire glaciador que sopla en el Upper East Side. No nos entretenemos demasiado en la calle, Nathaniel despide a Wesley, coge mis maletas y me enseña el camino hacia su portal, bromeando mientras tanto con su hermano sobre los malos resultados que los Lakers —equipo de Robert— han obtenido frente a los Knicks —equipo de Nathaniel.

—¿Tú de qué equipo eres, Catherine? —inquire Nathaniel.

—Del Arsenal.

Suelta una carcajada.

—Me refería a un equipo de baloncesto, amor.

—El baloncesto no me apasiona.

—¡No me extraña! Los ingleses lo hacéis de pena.

Aunque me pica un poco la lengua, retengo con estoicismo una réplica sarcástica sobre dónde estarían los americanos sin los ingleses, y me limito a seguirlos por el lujoso vestíbulo donde, un jovencísimo portero de guante blanco, nos da la bienvenida con una larga sonrisa. La cabina del ascensor me parece cada vez más pequeña cuando los dos hermanos se colocan a mi lado, uno a mi derecha y el otro a mi izquierda, observándome con mucho interés y unas sonrisas socarronas. Trago en seco, me aferro con ambas manos a mi bolso marca Chanel y espero inmóvil a que se abran las puertas.

—Bienvenida a mi morada —me dice Nathaniel, nada más abrir la puerta de su lujoso ático.

Alguien se toma el papel de vampiro demasiado en serio, me parece a mí.

—Sorpréndeme, ¿querrás que deje un poco de la felicidad que traigo?

Sonríe de manera encantadora, indudablemente eso es un sí, y deja mis maletas en el salón.

—Si no os importa, iré a instalarme. ¿Me quedo en la habitación de invitados de la última vez?

—Por favor, hermano. Disfruta de la estancia en mi humilde casa. Pero no disfrutes demasiado. No quiero que te acostumbres a vivir aquí.

¿Humilde casa? Su ático es enorme, el doble de grande que el mío. Frío y masculino, aunque luminoso gracias a los enormes ventanales que dejan a la vista una Nueva York absolutamente intimidante. La decoración es muy moderna, como en las casas que salen en las revistas de diseño. Lo que más destaca en el salón es la barra de bar de acero inoxidable con asientos para seis personas. Me resulta todo bastante impersonal, no hay fotos, ni plantas. Predomina el cristal y el metal, los muebles son blancos o negros, me atrevería a decir que muy caros, y el suelo es de mármol blanco. Parece un piso piloto, no un hogar. Es demasiado ordenado. ¿No sufrirá un trastorno obsesivo-compulsivo?

—¿Qué opinas? —se acerca para ofrecerme una copa de champán de bienvenida.

—Demasiado moderno para mi gusto. Prefiero las cosas con encanto.

—Yo también. Te he contratado a ti. Por las cosas con encanto. ¡Salud! —me guiña un ojo y yo me echo a reír con buen humor mientras levanto mi copa.

De pronto, no sé si por arte de magia o porque estaba programado, el impresionante equipo de música de Nathaniel Black, que cuenta con once altavoces que yo haya podido sumar, se enciende. Suena *You shook me all night long*. ¿En serio? ¿Me sacudiste toda la noche? ¡Venga ya!

—¡Qué poético! —remarco con cierta ironía.

—AC/DC es la mejor banda del mundo —protesta indignado y se acerca con la botella de champán para llenarme la copa—. Baila conmigo, preciosa.

Suelto una carcajada.

—Lo siento, Nate, me temo que no sé bailar rock.

Percibo su respiración alterada y cierta excitación en sus pupilas cuando se inclina sobre mí. Madre mía, ¿por qué tiene que ser tan guapo?

—Yo te enseñaré, amor —me susurra al oído—. Hay varias cosas que quiero enseñarte durante tu estancia en esta ciudad corrupta.

Y antes de que acabe la velada, tras vaciar juntos dos botellas de Dom Pérignon, no solo aprendo a bailar rock —que básicamente consiste en sacudir la cabeza, imitar que estás tocando una guitarra y saltar cual desquiciado—, sino que admito que AC/DC es la mejor banda que este mundo jamás ha visto, que Metallica siempre mola y que Nathaniel Black es un angelito. ¿Qué me habrá echado en el champán?

Capítulo 4

Los débiles rayos del amanecer penetran a través de las cortinas de lama ondulada color beige, lo único que destaca en una casa donde predominan los tonos fríos y neutros. Me tapo la cabeza con la sábana e intento seguir durmiendo, pero no lo consigo. ¡Maldito jet lag! ¡Está bien! Supongo que la Tierra no dejará de girar si madrugo por una vez en mi vida.

Me incorporo, me desperezo, estirándome como un gato, y esbozo una sonrisa al darme cuenta de que estoy en la cama de Nathaniel Black... Bueno, en teoría. Eso no quiere decir que esté en la misma cama que él. Me sorprende a mí misma soltando un suspiro. De haber visto esta ridícula actitud en otra mujer, habría sentido náuseas. Y, sin embargo, yo no tengo reparos en comportarme como una tonta. Pero ¿cómo no voy a hacerlo cuando es tan asombrosamente atractivo? ¿Y por qué demonios pienso en eso ahora? Me indigno conmigo misma por permitir que mis pensamientos vayan en esa dirección. Se supone que estoy aquí por razones de trabajo. Solo serán dos meses. *Puedes hacerlo. Puedes resistirte al magnetismo del señor Black.* Después de repetir todo eso en mi mente, la imagen seductora de Nathaniel se esfuma de mi cabeza.

Me levanto y me dirijo hacia el baño. Mi baño. Tengo el privilegio de gozar de una habitación con unas vistas increíbles y baño propio. ¡Es una pasada! A través del enorme ventanal puedo ver todo Manhattan. Espero sinceramente que todo Manhattan no pueda verme a mí recién levantada; necesitarían un psicólogo después. Abro la puerta blanca que separa el dormitorio del baño, dándome cuenta en este instante de que encima tengo un jacuzzi solo para mí. Seguro que me hará falta. Trabajar para un hombre que me atrae más de lo que me gustaría admitir puede llegar a ser muy estresante.

—¡Oh, Dios mío! —exclamo en voz alta al pasar por delante del gran espejo que cubre toda la pared del baño.

¡Qué pelos de loca! ¿Y eso que se asoma en mi barbilla es un grano? Me acerco al espejo para observarlo mejor. Sí, es un grano sin duda alguna. ¡Genial! Estoy atrapada en un piso con los dos hombres más sexy que conozco y yo luzco este aspecto. ¡Ah y lo peor está por llegar! Mi neceser está en la planta baja porque anoche decidimos no subir las maletas. Estábamos demasiado borrachos los dos. ¿Cómo se supone que debo bajar así? Solo llevo la camiseta que Nathaniel me ha prestado y solo tapa lo imprescindible. Mi autoestima está viniéndose abajo por momentos. Intento peinarme con los dedos, aunque no consigo mejorar mucho el aspecto de mi pelo. En fin, esto es lo que hay.

Me armo de valor y salgo al pasillo. Miro hacia la derecha, miro hacia la izquierda. ¡Qué estúpido mareo está entrándome! Despejado. A lo mejor Robert se ha ido ya y su hermano sigue dormido. Los actores tienen fama de fiesteros. Seguro que ha seguido la juega por ahí nada más acostarme yo. Animada por ese pensamiento, bajo las escaleras, tan sigilosamente como un felino y, una vez en el salón, busco con la mirada las maletas Luis Vuitton. ¡Maldición! No están por ninguna parte. ¡Maldita borrachera! Puede que las dejáramos en la cocina. Creo que es esta puerta a mano derecha.

Cuando estoy a punto de abrir la puerta, oigo un grito que me hace frenar en seco. Según dictan las normas de conducta, debería darme la vuelta y regresar a mi habitación... aunque, pensando mejor, yo nunca he presumido de tener buenos modales. Además, ¿qué daño puede hacerme husmear un poco detrás de la puerta?

—¿Se puede saber de qué coño vas? —brama Nathaniel—. ¡Mantén tus zarpas alejadas de ella!

—¿Por qué? ¿Temes que mancille su honor? —repone Robert, irónicamente.

—Porque es mía, ¿lo pillas?

Abro la boca por el estupor. ¡Dos hermanos discutiendo por una mujer! Mi vida se ha convertido en un culebrón.

—¡Por favor! —exclama Robert—. No recuerdo que le hubieras pedido matrimonio. Y aunque lo hubieras hecho, tampoco me habría importado. Me gusta.

—¡Me importa una mierda que te guste! —vuelve a gritar su hermano—. A ella no le gustas tú.

Oigo una risa maliciosa, la de Robert seguramente.

—¿En serio? ¿Tan seguro estás? ¿Quieres apostar?

—No necesito hacerlo. Además, un caballero jamás apuesta el amor de una dama. Deberías saberlo.

—Oh, perdona. Se me había olvidado que eres ahora el caballero del año.

Me tapo la boca para ahogar una risita. Robert lleva razón. Nathaniel Black será muchas cosas, pero caballero no es una de ellas.

—Pues sí, ahora que lo dices, lo soy. Y dime, ¿a qué viene este repentino interés por quitármela? ¿Qué pasa? ¿Intentas castigarme por lo de Natacha?

—Por mucho que te cueste entenderlo, esto no tiene nada que ver contigo, ni con esa zorra desagradecida. Sé que es chocante, hermanito, pero el mundo no gira alrededor de tu maravillosa y egocéntrica persona. Esto tiene que ver con Catherine y, puesto que corrompes todo lo que tocas, podría decirse que mantenerla alejada de ti es mi deber cristiano. Bueno, eso y que no tengo nada mejor que hacer que fastidiarte los romances. Y como he dicho antes, me gusta.

Me llevo las dos manos a la boca. Madre mía. ¡Están discutiendo por mí! Esto es excitante y yo no puedo dejar de sonreír. *¡Recuerda que la vanidad es el comienzo de todos los pecados!*, parece susurrarme el demonio cascarrabias. Le pongo mala cara y sigo escuchando.

—Tal vez quieras unirte a nosotros, Catherine, aunque si prefieres no hacerlo, es totalmente comprensible —resuena la voz divertida de Nathaniel Black desde el otro lado de la puerta.

Nunca hasta ahora había pensado en desmayarme, pero creo que este sería un buen momento. ¿Cómo es posible que sepa que estoy aquí? ¿Acaso tiene rayos infrarrojos en la mirada? La puerta se abre con una lentitud exasperante y yo debo de tener el aspecto de haber visto un fantasma. Me noto pálida, seguramente más de lo habitual, y tengo los ojos tan abiertos que deben de parecer sacados de sus orbitas.

La cocina es enorme, una combinación de blanco, negro y gris perla, muy moderna, aunque bastante fría. Es todo acero inoxidable, vidrio y mármol. Sinceramente espero que no refleje la personalidad del señor Black. Peino la estancia con la mirada antes de tropezar con los cuatro ojos azules que me observan divertidos, de arriba abajo.

—¡Caramba, cuánto *glamour!* —exclama Nathaniel—. ¿De verdad es esta la señorita Collins que me ha fascinado con su elegancia?

Debo de sufrir alguna clase de shock puesto que me veo incapaz de moverme o de hablar. Él se acerca a mí, me da un beso en la mejilla y me ofrece un vaso de zumo de naranja, que cojo solo para tener algo que sujetar entre las manos. Definitivamente, es el momento más vergonzoso de toda mi vida de adulta. No puedo creer que esté delante de ellos con estas pintas. Algo me dice que mi reputación como asesora de imagen se verá seriamente dañada después de este embarazoso episodio. *Bien, Catherine, relájate. Mantén la compostura.*

—Esto... siento interrumpir vuestra... lo que sea que estuvierais haciendo. ¿Habéis visto mis maletas? —baluceo, mordiéndome el labio e intentando evitar sus miradas.

—Catherine, Catherine —Nathaniel sacude la cabeza y se esfuerza por mantenerse serio—. ¿Qué voy a hacer contigo? Has sido muy mala, amor. No es propio de las damas escuchar detrás de las puertas.

Por educación, retengo una palabrota. ¿En serio vamos a tener esta conversación? Un caballero fingiría que ese ridículo episodio nunca ha tenido lugar. *Un caballero*, remarco mentalmente. *No Nathaniel Black, que no tiene nada de caballeroso.*

—En cuanto vea alguna dama haciéndolo, estaré más que contenta de comentárselo —replico en tono seco, clavando mi fría mirada en sus ojos azules.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro como en un duelo del viejo Oeste. Quien aparte la mirada, muere. Curvo los labios en una sonrisa de complacencia cuando Nathaniel interrumpe el contacto visual para salir corriendo hacia el horno, alertado por el grueso humo que sale de este. Espero que no pretenda que me coma lo que sea que estuviera cocinando.

—¡Joder! —se pone un guante y extrae una bandeja cuyo contenido chamuscado tira a la basura, mientras suelta más improperios— ¡Ese era mi desayuno! Espero que estéis contentos.

—Nadie tiene la culpa de que tú seas torpe, querido. Además, me sorprende que no tengas servicio.

—Y a mí me sorprende que tú escuches detrás de las puertas —repone con voz grave, rellenando la bandeja con otras cuatro hamburguesas congeladas.

Saco la lengua a sus espaldas, para el entretenimiento de su hermano.

—¿Qué tal has pasado la noche, Catherine? —me pregunta Robert con mucho interés.

—Mal.

Estoy demasiado enfurecida como para contestarle de la misma manera amable. Me han pillado escuchando detrás de la puerta y ahora se burlarán de mí por el resto de mis días. Es bastante humillante.

—Aquí tienes la prensa de hoy, por si te gusta leer por la mañana —Nathaniel me señala un montón de revistas de marujeo y espera a que yo coja alguna.

¡Por favor! Como si yo leyese tal cosa.

—Gracias, pero no, gracias —le respondo, arrugando la nariz—. No cogería esa clase de revistas ni siquiera para protegerme de los mosquitos. ¿No tenéis *The Wall Street Journal* o *The New York Times* o, en fin, algo más serio e interesante? ¿Qué? Me gusta estar informada —añado a modo de explicación al ver esas expresiones de confusión.

—Por favor, hermano —le dice Nathaniel a Robert—, apunta en la lista de la compra la revista *Forbes*. Quiero ver el puesto que ocupa la señorita Collins entre las personas más esnobs del mundo.

Hago un gesto afectado y arrastro mi cuerpo dolorido y desgastado por el alcohol hasta la nevera. Después de registrar su contenido durante unos momentos, llego a la conclusión de que lo único normal que hay es el zumo de naranja, que parece recién exprimido. ¿Entiendo que el servicio tiene el día libre o este es el típico desayuno americano a base de zumo y soja?

Mientras yo me enfrento al dilema filosófico *desayunar o no desayunar, esa es la cuestión*, los señores Black se sientan a la barra de desayuno de tal forma que solo queda un sitio libre: el del medio. Cierro la nevera de golpe y, de camino hacia la barra, le doy un sorbo al zumo que Nathaniel me ha ofrecido. De mala gana, me dejo caer en el único taburete disponible. Supongo que hoy no habrá desayuno.

—Me es imposible seguir enfurruñado cuando fuera hace un día tan esplendido. ¿Qué planes tienes para hoy, Catherine?

Nathaniel aguarda, observándome con interés.

—Los mismos que tú, querido, es decir, reunirnos en la biblioteca después de desayunar. Hay varios asuntos que tratar —respondo con frialdad.

—¡No me seas aguafiestas! Puedes empezar a trabajar mañana. Tendré que sacarte a dar una vuelta por la Gran Manzana Podrida, ¿no te parece? Luego podemos ir a cenar tú y yo —Robert se dispone a participar en la conversación, pero su hermano levanta un dedo para interrumpirle— *Solitos*. Sé de un sitio que te va a deslumbrar seguro. Podríamos cogernos una buena borrachera... desmelenarnos... perder el control por una noche... para desconectar del estrés. ¿Qué me dices? —me susurra al oído mientras dos de sus dedos ascienden por mi brazo en dirección a mi clavícula. Los aparto de un manotazo como si de una mosca se tratase.

—No he cruzado el océano para cogermos borracheras con usted, señor Black. Si quería una compañera de cogorzas, tenía que habérmelo dicho antes.

Y dicho eso, desvío la mirada hacia la ventana. Durante un tiempo, el único ruido que se escucha es el del cuchillo y el tenedor de Robert, que sigue desayunando como si nada.

—¿Quién es Natacha? —pregunto de repente, girándome hacia Nathaniel.

—Nadie.

—¡Oh, venga! Cuéntaselo, hermanito. No veo por qué ocultarle los detalles escandalosos de tu vida —interviene Robert con malicia.

Si no quedaba bastante claro ya por su increíble parecido físico, la actitud provocativa y burlona de Robert confirma que, sin lugar a dudas, estos dos comparten el mismo ADN. El Universo es así de retorcido que ha sentido la necesidad de multiplicar la malicia del señor Black. En fin.

—¿Y bien? ¿Alguien me lo va a contar o vais a seguir torturándome con el suspense?

A pesar de la impaciencia con la que los estoy mirando, ninguno de los dos parece dispuesto a contestar. Nathaniel se incorpora y se dirige al horno, donde retira la bandeja y coloca sus hamburguesas encima de un plato hondo, todo esto sin volver a mirarme. Si no supiera que es una soberana estupidez, diría que evita el contacto visual porque está avergonzado. ¿De qué podría avergonzarse un tío como él, cuya vida entera sale en la *Page Six*? ¡Exijo saberlo! Las palabras *detalles* y *escandalosos* en la misma frase me resultan demasiado inquietantes.

—Natacha es una larga historia —dice evasivo, instantes más tarde.

Vuelve a sentarse y, después de dirigirme una mirada que congelaría hasta el infierno para indicarme el final de la conversación, empieza a devorar su hamburguesa como si nada. ¿Eso es todo? ¿Natacha es una larga historia? Vale, señor Enigmático.

—Siento decirte que eso no satisface mi curiosidad.

Irritado, suelta el tenedor y me lanza una sonrisa burlona.

—Lamento decepcionarte, amor, pero no estás aquí para satisfacer tu curiosidad, sino para hacer un trabajo por el que te pago una fortuna. ¡Así que deja de meter las narices en mis asuntos y límitate a hacer tu maldito trabajo! Claro que si quieres que satisfaga cualquier otra cosa que no sea tu... *gran*... curiosidad, sabes que no te hace falta más que pedirlo.

Trago saliva a la vez que mi orgullo. Robert sigue desayunando, aparentemente ajeno a nuestro cambio de réplicas.

—Me pregunto si algún día serás capaz de decirme algo que no sea descortés y completamente innecesario —suelto en tono gélido.

Nathaniel hace una mueca de exasperación y aparta su desayuno. Creo que he conseguido quitarle el apetito.

—¿Qué quieres de mí, Catherine? Si soy bueno contigo, te irrito, y si soy malo, te irrito también. ¡Me he ofrecido a invitarte a salir y has pasado de mí! —exclama, ofendido.

—¿Y por eso te comportas así? ¿Porque he pasado de ti?

Abre la boca para replicar, pero luego cambia de opinión, aprieta la mandíbula y se inclina hacia mí, con la expresión de su rostro bastante más suavizada. Su ardiente mirada oscila entre mis ojos y mis labios, mientras las puntas de sus dedos se deslizan despacio por mi mejilla, apenas rozando mi piel. Esa breve caricia consigue, de alguna forma, despojarme de todo rastro de mal humor y empiezo a contemplar seriamente la posibilidad de un desmayo puesto que soy incapaz de respirar.

—Siento si te he dado esa impresión. No era lo que quería. Es solo que... —deja caer la cabeza y suspira hastiado— Olvidalo. Lo siento. No pretendía ser tan brusco contigo. Es que Natacha es un tema del que no me gusta hablar demasiado —esta vez su voz es tierna y parece sincero.

De no haber sido por el bufido de su hermano, este habría sido un momento perfecto. Pero ese soplo me recuerda que: uno, no estamos solos y dos, este es Nathaniel Black, el *playboy*. El hombre del que no quiero enamorarme. Así pues, hago el esfuerzo de rehuir su mirada, topándome sin querer con la de Robert, quien me observa fijamente, con los labios plegados en una detestable sonrisa.

—¡Ah, qué conmovedor! Te apuesto mi Maserati a que cuando sepa la verdad sobre Natacha, dejará de mirarte con esos ojos de cachorro. ¿Comprobamos mi teoría?

Irritado, Nathaniel gira la cabeza hacia su hermano y lo fulmina con la mirada.

—¿Podemos dejar ya el tema de Natacha, por favor, hermano?

Robert arquea las cejas y después sonrío otra vez, mientras se golpea las yemas de los dedos como el señor Burns.

—Deja que lo piense... mmmm... tal vez... podría... neah. Pienso que la señorita Collins se merece saber que tuviste el detalle de acostarte con Natacha cuando aún era mi prometida. No opinas tú lo mismo... ¿hermano?

Me atraganto con el zumo. Me llevo el puño a la boca y toso durante varios instantes con toda la delicadeza de la que soy capaz. Esta familia se vuelve cada vez más interesante.

—¿Te acostaste con la novia de tu hermano? —pregunto consternada cuando consigo volver a respirar con normalidad.

—Prometida —me corrige Robert.

—Prometida —repito yo.

—Lo dices como si yo fuera el culpable. Fue ella la que estuvo persiguiéndome durante dos años.

Abro la boca por el estupor. ¡Y yo como una idiota empezando a sentir cosas por él!

—¿Y qué pasó? ¿Un día decidiste que te aburrías en la cena de Pascua?

—¡Claro que no! —exclama, como si mis suposiciones le indignaran.

—Menos mal. Las cenas familiares no son lugar para...

—Era Acción de Gracias —me interrumpe con impaciencia, dándole un bocado a su desayuno.

Alza las cejas, divertidísimo, y mastica de manera muy lenta, sonriendo como el gato que se ha comido el canario. ¡Oh, qué irritante es!

—Ah, me dejas mucho más tranquila. ¿Qué clase de persona se acuesta con la prometida de su hermano? ¡Y en Acción de Gracias!

—Si te consuela saberlo, ni siquiera me acuerdo de ello. Estaba demasiado borracho. Las cenas familiares surten ese efecto en mí.

—¿Consolarme? ¿Qué te hace pensar que eso me consuela? Además, no es a mí a quien tienes que consolar, sino a tu hermano. ¿Te paraste a pensar en que tal vez la quisiera?

¿Y por qué demonios estoy tan enfadada? No es como si fuese yo la engañada.

—Te garantizo que le he hecho un favor a Robert. Esa fulana iba a romperle el corazón antes o después. Es mejor que haya sido antes de casarse, ¿no crees? Al menos así me he ahorrado un regalo de bodas. ¡La muy zorra quería una isla griega!

—Sí. Visto así tiene mucho más sentido. Un bonito gesto, sacrificarte por tu hermano acosándote con su prometida el día de Acción de Gracias. ¿Cómo es que aún no te han dado el galardón al Mejor Hermano del Año?

Robert suelta una divertida carcajada. A cambio Nathaniel me lanza una larga y exasperada mirada, su boca se convierte en una línea fina y ya no queda ni rastro de su maléfica sonrisa.

—No seas tan dura con él —Robert levanta las manos en el aire, en actitud conciliadora—. Hay cosas que no puedo recriminarle. Además, lleva razón en una cosa y no pienso quitársela: Natacha sí que era una zorra y ese asunto lo tengo superado. Yo ya he hecho las paces con mi pasado, no como *otros*, que viven anclados en él —subraya la palabra *otros* mirando fijamente a Nathaniel.

—¿En serio? Y dime, hermanito, ¿cuándo has hecho tú las paces con tu pasado? ¿Cuando conociste a Catherine, tal vez? —le sugiere Nathaniel con malicia.

—Nop. Desde que me he mudado aquí... —Robert me mira atentamente y curva los labios en una sonrisilla traviesa— me he dado cuenta de que no hay nada más importante que la familia.

Pongo los ojos en blanco y me aclaro la voz varias veces al darme cuenta de que ambos me ignoran y se sostienen la mirada como dos críos enfurruñados. Decido intervenir, no es por nada, es solo que quiero recuperar mis maletas y ponerme algo que no sea una camiseta de Nathaniel Black. Me inquieta pensar en que la tela que cubre mi cuerpo es la misma que en algún momento cubrió el cuerpo de él. Eso es enfermizo, ¿verdad?

—A ver, queridos, ¿queréis dejar de bufaros por un instante y prestarme un poco de atención? Gracias, gracias. Ahora que el asunto Natacha está zanjado y ha quedado en el olvido ¿por qué no volvemos a ser todos amigos y me contáis dónde habéis escondido mis maletas? Necesito vestirme cuanto antes. Algunos de nosotros tenemos un trabajo que hacer.

Catherine Collins, la asesora de imagen, está de vuelta. Sonríe con profesionalidad e intento comportarme como si esto no fuera raro en absoluto. Nate también sonríe, con esa sonrisa suya tan pícaro.

—Sí, será mejor que te vistas. Las señoritas decentes no deberían andar provocando a los hombres. Yo todavía puedo resistir a tu constante acoso, pero mi hermanito —hace un gesto afectado, se inclina hacia mi oído y añade en tono confidencial— es demasiado débil y poco acostumbrado a las artimañas femeninas.

Decido pasar por alto su comentario y me limito a hacer una mueca. De nada sirve seguir cabreada con él. Los dos sabemos que no puedo ganar esta batalla.

—Voy a subirte las maletas —Robert se pone de pie, mete su taza de café en el lavavajillas y se gira hacia mí—. Oh, Catherine, por cierto. Yo que tú evitaría en el futuro desfilar así por casa. El perverso es él.

Los ojos achinados de Nathaniel no consiguen impresionar a su hermano, que se despide con un gesto de cabeza y sonríe divertido antes de desaparecer detrás de la puerta. Esto es peor que Gran Hermano, y ya puedo ir acostumbrándome porque es lo que me espera durante los próximos cincuenta y nueve días: vivir en una casa atrapada con el hermano malo, que es peor de lo que yo pensaba, y con el hermano bueno, que no es tan bueno como pretende. ¡Yup!

Giro mi taburete hacia Nathaniel, que ya lleva un tiempo examinándome con la mirada.

—Es asombroso ver tanto amor fraternal. ¿También os prestáis la ropa, o solamente las novias?

Una sonrisa de lado aparece en su rostro.

—Supongo que necesitas una explicación.

—Tus suposiciones son erróneas. No me concierne tu vida sexual.

Su media sonrisa se amplía hasta transformarse en una sonrisa arrebatadora. Seductor, como siempre, se inclina sobre mí y desliza las puntas de sus dedos por mi cuello. Se me incendia la piel bajo el contacto de sus dedos y, durante unos instantes, soy incapaz de recordar cómo se respira correctamente.

—Te he echado de menos —me susurra con voz ronca.

Suelto el aire que llevaba varios segundos reteniendo en los pulmones y sonrío con satisfacción para mis adentros. ¡Un *sex symbol* me ha echado de menos! Soy incapaz de resistirme a él. Sé que esto está mal, sé que tiene novia y también sé que es un reconocido *playboy* que encima se ha acostado con la prometida de su hermano en una cena familiar, pero ¿desde cuándo la atracción —fatal diría yo— entiende de razones?

Nos miramos en silencio. Mi corazón da un brinco cuando Nathaniel se acerca un poco más y entreabre los labios. Creo que va a besarme y tengo claro que no haré nada para impedirselo. Cada fibra de mi cuerpo requiere su contacto. Me gustaría que me besara forzosamente, como lo he visto hacer en sus películas, que me dominara, que me obligara a sentir su desesperación, su ansia. Pero él se detiene... otra vez. Esto es frustrante y yo estoy decepcionada.

Y ni siquiera tiene la cortesía de apartarse de mí. Simplemente ladea la cabeza y se limita a mirarme con toda la tranquilidad, mientras que yo intento recomponerme y disimular mi decepción.

—Me miras como si intentaras hipnotizarme. Deja de hacer eso. Resulta siniestro.

Si bien sonrío, sus ojos no se apartan de los míos.

—Sé que me deseas, amor. Eres un libro abierto para mí. Es como si pudiera leer tus pensamientos más oscuros. Pero he decidido que eso no me basta. Quiero oírlo con tus palabras.

—¿Qué quieres oír? —musito y, sin poder controlarlo, me muerdo el labio con nerviosismo.

—Una confesión.

—¿Se supone que debería saber de qué me hablas?

La mirada divertida de Nathaniel pasa de mis ojos a mis labios.

—Claro que sí. Tienes que confesarme que estás enamorada de mí si quieres que te haga el amor.

No puede resistirse a la tentación de acariciar mi boca entreabierta —por el estupor, claro está—. Le permito que lo haga durante un segundo, después le sonrío con dulzura, agarro su mano con brusquedad y le obligo a parar. No puedo creer que haya estado a punto de besarle. Es un gilipollas, presumido, vanidoso y... y... ¡Gilipollas! Debería aprender unos cuantos insultos más. Se me están acabando las palabras.

—No sé qué es lo que pasa contigo, ni sé a qué estás jugando, pero te advierto que tus pequeños trucos no funcionan conmigo. No me gustas, Black, y cuanto antes entiendas que solo estoy aquí para hacer un trabajo, mejor para todos. Te veo en la biblioteca en media hora.

Una vez acabado mi acalorado discurso, me levanto de manera precipitada y salgo por la puerta, dejándola caer ruidosamente a mis espaldas. Prefiero desatar el apocalipsis antes que reconocer lo mucho que deseaba besarle. Ya es bastante humillante reconocerlo a mí misma.

Momentos más tarde, me encuentro bajando de nuevo la escalera interior de Nathaniel Black, esta vez sin lucir el aspecto de Kate Moss en una noche de sábado.

Me he duchado, peinado, tomado un frasco de medicina —legal o no, quien sabe; las pastillas escondidas en los baños de los actores suelen ser de origen dudoso—, que ha dejado muy atrás el dolor de cabeza provocado por una noche de borrachera, y ahora llevo un sobrio vestido negro, acorde a la imagen que pretendo proyectar. El señor Black está esperándome en la biblioteca. ¿Quién tiene una biblioteca en su ático cuando lo único que lee es la etiqueta de las botellas de *bourbon*?

—Buenos días de nuevo. No te molestes en levantarte —hago un gesto impaciente con la mano y él vuelve a sentarse—. Seré breve porque entiendo que estás muy ocupado. Seguro que tienes alguna moza casta y pura que seducir y no me gustaría entretenerme más de lo estrictamente necesario. Además, yo misma tengo sitios a los que ir, gente a la que ver. Ya sabes.

Nathaniel me mira incrédulo.

—Pensaba que no conocías a nadie en Nueva York.

Pongo los ojos en blanco mientras me siento encima del escritorio y abro la agenda de mi iPad.

—Y yo que tú serías capaz de comprender una frase hecha. Ahora, si no hay más interrupciones, me gustaría que habláramos de algo relevante.

—Adelante, princesa de pasarela. Tienes exactamente cinco minutos para convencerme de lo que sea que quieres convencerme. Después me iré porque, según has adivinado, tengo una cita. Antes de ayer estuve en el desfile de *Victoria's Secret* y he conocido a unos cuantos *ángeles*. Seguro que sospechas lo que tengo planeado para esta noche.

Orgullosísimo de sus hazañas, cruza los brazos a la altura del pecho y tuerce los labios en una sonrisa de triunfo. Su mirada, cargada de malicioso regocijo, me recorre de arriba abajo.

—Ni lo sé, ni me importa —le contesto en tono frío y finjo escribir algo muy importante en la agenda, pero en realidad lo único que consigo teclear es una lista de improperios—. Eres libre de hacer lo que te plazca siempre y cuando sigas las siguientes instrucciones que me muerdo por comentarte. Punto número uno: a partir de ahora, cualquier comunicación con la prensa se hará a través de mí. Cuando te sientas con ganas de compartir algo con todo el planeta, no te olvides de hablarlo antes conmigo. Punto número dos: se acabó lo de arrojar botellas detrás de los *paparazzi*, lo de jurar y blasfemar cuando te estén grabando y lo de liarse con todas las *strippers* que conoces. ¿Entendido? ¡Ah! Y te pido que, por favor, no te pongas tan profundo con los *Tweets*. Estuve leyendo en el aeropuerto que te estabas enfrentando a un *durísimo* conflicto interior. No sabías si elegir una botella de Johnny Walker o una de Dalmore. Si te entran deseos de publicar esa clase de idioteces, simplemente abstente. Tampoco puede ser tan difícil.

La punzante mirada de Nathaniel Black se cruza con la mía durante unos instantes, antes de que yo vuelva a centrar mi atención en la lista de tareas que he preparado para mi problemático cliente.

—No asistirás a ningún acto sin consultármelo previamente —prosigo con profesionalidad—. Y para no dejar lugar a dudas, porque contigo nunca se sabe, me gustaría especificar que en el apartado *acto* se incluyen: clubs de *striptease*, callejones oscuros, licorerías de Nueva York y todos los demás antros de vicio. ¿Queda claro?

Hace tiempo que ha desaparecido su sonrisa, que ha sido sustituida por una mueca enfurruñada. Creo que lo ha pillado. Un periodo libre de *striptease*, drogas y alcohol.

—Y, por último, he accedido a que hagas una entrevista para *Men's Health*. No hagas planes para el viernes a mediodía. Quiero que aproveches la ocasión para anunciar tu nuevo cargo de embajador y para mostrar a un Nathaniel Black renovado. Acuéstate temprano el jueves, no bebas nada que no sea leche y, por el amor de Dios, ponte la camisa más elegante que tengas en tu armario, aunque luego te pidan que te la quites para la foto.

Me aseguraré de no estar presente en ese momento. Nathaniel Black con ropa ya hace que me tiemblen las rodillas. No quiero ni pensar qué pasaría si no la llevara puesta. Deberían prohibirle que se desnudara. Eso tiene que ser ilegal en algún estado de América. Mmmm... Comprobaré esas ridículas leyes esta noche.

—Disculpa, he debido de beber demasiado *bourbon* esta mañana porque me ha parecido escuchar que has concedido una entrevista en mí nombre.

Sus ojos me examinan con frialdad mientras yo me quedo paralizada por la sorpresa.

—¿Qué pasa, preciosa? ¿El gato te ha comido la lengua? De repente, ya no eres tan valiente y profesional.

Me abofeteo mentalmente para conseguir salir de este estado de shock.

—Soy tu asesora de imagen. Me pagas para que tome estas decisiones —le respondo con fingida serenidad.

—¿Que yo te pago para esto? Debes de estar mal de la cabeza si de verdad lo piensas así. De las entrevistas se ocupa mi agente. ¡Estás extralimitándote!

Si me hubieran golpeado con un bate de béisbol en la cabeza no me habría quedado tan anonadada. Me lleva unos instantes salir del estado de conmoción en el que me encuentro. Por desgracia para él, mi impacto no tarda nada en convertirse en cabreo.

—¿Que yo estoy extralimitándome? —levanto el tono y me bajo del escritorio de un salto para gritarle más de cerca—. ¡Perdona, el que está mal de la cabeza aquí eres tú! ¡Establecer entrevistas se incluye entre mis atribuciones! ¿Qué es lo que pensabas que hacía una asesora de imagen? ¿Solamente acostarse contigo?

—Para empezar, no estaría mal que lo hicieras —repone con cierta arrogancia.

Suelto un resoplido y le dedico una mirada asesina que, por lo visto, le divierte aún más.

—Catherine, no te pago para que acuerdes entrevistas.

—¿Entonces para qué?

—¿Para qué me pongas bigudías y me hagas la manicura? —me sugiere.

Tengo que apretar fuertemente los puños para evitar abofetearle ese rostro de inquietante belleza. La sangre empieza a hervir en mis venas tan deprisa que no estoy muy segura de que mi corazón pueda aguantarlo sin estallar. Seguro que mis antepasados irlandeses están retorciéndose en sus tumbas ahora mismo.

—¡No soy una maldita estilista! Soy una asesora de imagen con una carrera consolidada y si eso no te gusta ¡despídeme! Me harías un favor de todas formas. ¿Por qué iba a querer yo seguir trabajando para ti? ¡Eres una pesadilla que lleva chaquetas de cuero! Como jefe, eres peor que Miranda Priestly. ¿Y quieres saber lo espantoso de todo esto? ¡Que tú no tienes ni la mitad de su *glamour*!

Me cruzo de brazos y le lanzo una sonrisa de complacencia. Por desgracia, se congela sobre mis labios en cuanto me doy cuenta de que él no parece para nada ofendido. De hecho, está pasándose en grande provocando mi cólera.

Se levanta del sofá, avanza hacia una mesa auxiliar encima de la cual hay una bandeja con varias botellas alineadas, y se sirve una generosa copa de *bourbon*.

—Está bien. No quiero seguir con esta estúpida discusión —me dice después de tomarse un trago—. Digamos que puedes acordar entrevistas. ¿Pero no había algo menos *gay* que *Men's Health*?

Lucho por mantener la voz serena.

—*Men's Health* es la mayor revista masculina del mundo.

—¡Salen tíos desnudos en la portada! ¿En qué puñetera dimensión es eso masculino?

—Bien. Llamaré a Hef para que te deje que seas tú el conejito de este mes. ¿Le parecería bien a vuestra alteza salir en *Playboy*? ¿Vestir un tanga es lo bastante masculino para su gusto?

Permanezco inexpresiva ante sus carcajadas, aunque, hay que reconocerlo, un poquito de gracia sí que me hace.

—Me encantas cuando te pones sarcástica —comenta, avanzando hacia mí como un tigre al acecho.

Se me pone un nudo de emoción en la garganta cuando, de repente, se vuelve serio y me aparta un mechón de pelo de la cara con una ternura que hace que la espalda se me tense. Sus ojos me desorientan, ya casi no consigo recordar por qué estaba enfadada. Solo puedo contemplar el azul marino de su mirada como una completa idiota. Es devastador el poder que tiene sobre mí sin siquiera haber formulado una palabra.

—Sacas lo peor de mí —le susurro, aún afectada por la leve caricia de las yemas de sus dedos al apartarme el pelo.

Nathaniel ríe abiertamente, divertido por mi comentario. Me gusta esta risa, no es maliciosa, ni insinuante, sino estrepitosa y natural.

—Lamento no ser capaz de decir lo mismo. Tú, por desgracia, sacas un lado bueno que ni yo sabía que tenía.

—¿En serio? Debes esforzarte mucho para que eso no se note.

Se muerde el labio para disimular una fugaz sonrisa y se inclina sobre mí.

—Se me da bien fingir, amor—me susurra al oído—. Me suelen pagar por ello.

—Esto... —me aclaro la voz con nerviosismo— doy por concluida la reunión. No quisiera que llegues tarde a tu cita con los pequeños diablos.

Me abro paso hacia la puerta empujando su pecho, puesto que no tiene intención alguna de apartarse. Me detengo antes de salir, con la intención de añadir una última cosa, pero desisto. Aunque no pueda ver su rostro, sé que sonrío.

Subo por la escalera de camino a mi habitación aún pensando en nuestra conversación. Por muy absurdo que esto parezca, lo que más me molesta es que tenga una cita. Imaginármelo con otra mujer hace que sienta una opresión en el estómago. ¿Seré idiota?

—¡Uy, casi nos chocamos! —exclama Robert divertido, evitando un choque entre nuestros cuerpos en el último momento.

Levanto la mirada, aturdida, y lo observo. Vaqueros desgastados, una camisa de *denim*, pelo alborotado y sonrisa insinuante. Sí, es un Black.

—¿Y esa maleta? ¿Te mudas tan pronto?

¿Ha sido expulsado de la casa *Gran Hermano*?

—No, qué más quisiera mi hermano —me contesta, con una mueca maliciosa—. Me voy de viaje. Debo estar en Las Vegas esta noche. Mañana tengo un juicio a primera hora.

Parpadeo sorprendida.

—¿Eres abogado?

—Ajá. Socio en Brooks & Sanders.

¿Me está mirando los labios?

—¿Brooks & Sanders? ¿Esos Brooks y Sanders que salen por la tele defendiendo a todos los famosos que han sido pillados con coca, prostitutas y conduciendo borrachos y sin carné?

Robert alza sus fornidos hombros con indiferencia.

—Los mismos.

—¡Vaya! Impresionante. ¿Y no eres demasiado joven para ser socio?

Me envuelve con la mirada, sonriendo de oreja a oreja.

—Acabo de cumplir los treinta el mes pasado.

—¡Todo un hombretón! —se escucha una sarcástica voz a mis espaldas—. Oh, por favor, no paréis por mí. Seguid con esta enternecedora conversación. ¿*Catherine, quieres salir conmigo? Oh, sí Robert, te quiero. Te quiero yo también. Muah, muah. Casémonos y tengamos bebés* imita nuestras voces con una infinita burla.

Me giro justo a tiempo para ver un extraño brillo iluminando sus ojos. Le muestro mi mueca de «eres gilipollas» y vuelvo a girarme hacia su hermano.

—Qué tengas buen viaje, querido. Espero que ganes el juicio —me acerco y beso sus mejillas. Nathaniel suelta un soplido con toda la irritación de la que es capaz.

—Siempre lo hago. Te veo dentro de dos días.

—Sí —contesto y le lanzo una sonrisa sincera—. Cuídate.

—Lo haré.

Robert coge la maleta del suelo y empieza a descender por la escalera sin despedirse de su hermano.

—A mí no me besas así —me reprocha, nada más quedarnos solos en el pasillo.

—Dejémoslo en que a ti no te beso. ¿No tenías una cita?

Con la espalda tiesa y actitud desafiante, camino airada hacia mi habitación, sin volver a dirigirle ni una sola mirada. Claro que, en cuanto cierro la puerta, no puedo sino sonreír como un felino malicioso. Nathaniel Black está celoso. Excitantemente celoso.

Capítulo 5

La voz jadeante de Nina Simone atraviesa las paredes y llega hasta mis oídos. Reconocería en cualquier parte esa canción: *Sinnerman*. Lo que no entiendo es porqué suena en el salón del señor Black. Lo espiritual no parece pegar con su personalidad rebelde. Enarco una caja, divertida, mientras descendo por la escalera. Será que, al fin y al cabo, todos tenemos un lado sensible.

Dirijo mis pasos hacia el salón, donde lo busco con la mirada. La habitación está en penumbra y no hay ni rastro de su persona. Mejor. No me apetece enfrentarme a él ahora mismo. He agotado mis reservas de sarcasmo para los próximos cincuenta años. Como sé que estamos solos en casa, llevo todo el día recluida en mi habitación, evitándole a propósito, pero ya no puedo seguir encerrada entre esas cuatro paredes. Es como si me faltara el aire.

Subo el volumen de la música y me desplazo hacia la ventana para contemplar la ciudad a través del enorme cristal. El cielo está tan oscuro que creo que va a nevar muy pronto.

—Catherine —exhala, sin aliento.

Lanzo un ahogado grito de sorpresa y me giro de manera brusca sobre los talones. Estaba justo detrás, tan cerca que puedo sentir su ardiente respiración contra la piel de mi rostro.

—Me has asustado —murmuro a modo de explicación.

Con la cabeza ladeada hacia la derecha, Nathaniel me observa con calculado interés y una sonrisa lasciva en los labios. La sensación de vulnerabilidad que siento cuando está tan cerca de mí es inquietante. Miles de pensamientos recorren mi mente deprisa, pero los bloqueo inmediatamente, o al menos eso intento hacer.

—¿Estabas espíandome, amor? —me pregunta divertido, sin alejarse ni un milímetro.

Supongo que acaba de salir de la ducha, puesto que su pelo está alborotado y húmedo, y huele mejor que nunca.

—No, claro que no —baluceo, apretando los puños para reprimir las ganas de apartarle un mechón de pelo de la frente.

Intento adoptar un aire digno, pero no estoy muy segura de si consigo engañarle o no.

—Me ha llamado la atención la música, eso es todo—le explico con fingida serenidad—. Ni siquiera sabía que estuvieras en casa.

—¿Y entonces quién pensabas que había puesto esta canción? ¿El fantasma de las Navidades pasadas?

Me aliso la falda, obligándome a recuperar la compostura. Carraspeo antes de hablar.

—No seas ridículo. ¿Crees que si pensara estaríamos manteniendo esta conversación ahora mismo? Si tuviera algo de cerebro estaría en mi casa de Londres, muy lejos de ti.

Nathaniel sonríe con malicia, me rodea la cintura con un brazo y me arrastra hacia su pecho. Mi respiración alcanza velocidades de vértigo y casi puedo ver las chispas que saltan cuando nuestros cuerpos chocan.

—¿Y podrías vivir lejos de mí? —susurra contra mis labios— ¿Sin ver mi preciosa mirada cada mañana?

—¡Por favor! Tu mirada no es preciosa, es irritante. Y sí, podría vivir perfectamente lejos de ti. Baja a la tierra, Black. ¿Aún no te has dado cuenta de que no me desmayo cuando te veo como el resto de las mujeres que conoces? No me impresionas.

—¡Auch! Eso me ha dolido. Has herido mis sentimientos —adopta cierto aire afectado a la vez que su dedo índice comienza a dibujar una línea desde la base de mi cuello hasta mi escote.

—¿Sentimientos? —repito, notando como se me altera la respiración otra vez— Me dejas pasmada. No sabía que los tuvieras. No pega con tu imagen de rebelde sin causa.

—Me ofende que no sepas que los tenga. Deja de etiquetar a las personas, amor. Y también deja de mentirme. ¿En serio pretendes que me crea que esto no te afecta en absoluto?

Con la cabeza inclinada, juguetea con la lengua en la comisura de mi boca. *Soy un témpano de hielo... Soy un témpano de hielo.*

—En absoluto —le susurro con toda la convicción de la que soy capaz.

Él gruñe algo inaudible, coloca las palmas en mi trasero y me aprieta todavía más contra su cuerpo. Nuestros ojos se encuentran y, por unos instantes, no hay más que deseo en nuestras miradas.

—Finges no estar impresionada... —murmura, con la respiración agitada— pero yo sé que en realidad te mueres por besarme.

Indignadísima por esas molestas suposiciones —y aún más por la corriente de deseo que está atravesándome sin piedad—, me zafo de su abrazo.

—Si me muriera por besarte, ¿no crees que lo habría hecho ya? Tu manera de cortejarme no ha sido exactamente sutil.

La sonrisa de Nathaniel se torna irónica.

—Lo que creo es que tienes miedo —musita, y su intensa mirada se posa sobre mis labios.

De manera nerviosa me los relamo, pensando en lo mucho que me gustaría que volviera a acariciármelos con su lengua. Dios, ¿qué me está haciendo? ¿Por qué me atrae tanto?

—¿Mi... miedo? —carraspeo para aclararme la garganta.

Presiona su mano contra mi mejilla para atrapar mi mirada de nuevo.

—A no poder parar. En el fondo de tu alma sabes que no podrás resistirte a mí. Sabes que en cuanto nos besemos, querrás casarte conmigo y tener bebés... O al menos morir en el intento —me guiña un ojo.

—Lamento decepcionarte, *playboy*, pero no quisiera casarme contigo ni aunque fueras el último hombre sobre la faz de la tierra.

—Entonces no tienes ninguna razón para no besarme. Apuesto lo que quieras a que no te atreverás —me provoca. Su ceño burlón me saca de quicio.

—¿Qué es esto? ¿La última tentación de Catherine?

—Si quieres que me trague que no estás enamorada en secreto de mí, bésame. Demuéstrame que no te atraigo en absoluto y te prometo que te dejaré tranquila.

—¿Lo prometes? —pregunto, dubitativa.

Nathaniel curva los labios en una sonrisa odiosa.

—Que me parta un rayo si te miento.

Medito durante un instante, diciéndome a mí misma que, si lo hago, solo es para que me deje tranquila, no porque lleve días fantaseando con besarle.

—De acuerdo. Allá voy.

Con los ojos cerrados, inclino un poco la cabeza e intento controlar los latidos de mi corazón. Nuestros labios entreabiertos apenas se rozan, nuestras agitadas respiraciones se funden y mi cuerpo exige dolorosamente el contacto con el suyo. Pero antes de que eso suceda, Nathaniel aparta el rostro, dejándome con los labios en el aire, los ojos cerrados y una expresión de completa idiota en la cara. Abro los ojos de golpe, lanzándole una mirada asesina.

—¿Se puede saber a qué demonios juegas? —gruño entre dientes.

—No quiero besarte, Catherine. Solo quería que te reconocieras a ti misma lo mucho que deseas hacerlo.

Lo miro tan fijamente, contrayendo las pupilas, que por un breve instante se pone serio. Breve, breve instante.

—A partir de ahora, por el bien de tu imagen pública, te mantendrás alejado de mí. No habrá más provocaciones, ni más intentos de seducirme. Ni siquiera me dirigirás la palabra a no ser que tu vida dependa de ello. ¿Está claro? —controlo el tono, no pretendo chillar sino imponerme, y creo que lo he conseguido.

—No tan claro como que quieres tener bebés conmigo, pero sí. Podría decirse que lo tengo bastante claro. No te preocupes, mis labios están sellados. No diré ni *miau*. Tu pequeño secreto está a salvo conmigo.

—¿Secreto? No tengo ni la más mínima idea de lo que estás hablando.

Con un aire ceremonioso digno de una princesa de Persia, le doy la espalda al irritante Nathaniel Black y empiezo a subir por la escalera. Mis zancadas resuenan

en el silencio de la casa Ya hace tiempo que se ha acabado la canción. Una vez arriba, cierro la puerta de mi habitación de golpe para asegurarme de que él lo escuche. Entro en el baño, abro el grifo y me deshago de la ropa, tirándola al suelo. Sin poder evitarlo, le doy una patada furiosa, lanzándola por los aires, antes de meterme en la ducha. A lo mejor el agua caliente acaba con la frustración que siento.

—¡Nathaniel Black! ¡A la biblioteca ahora mismo! —grito desde el pie de la escalera.

Sé que está en su habitación. Oigo ese horroroso rock que suele escuchar. Y, efectivamente, a los dos segundos asoma la cabeza, todo sorprendido. El muy señorito tiene cara de no haber roto un plato en toda su vida.

—¿Por qué gritas, amor? ¿Está ardiendo la casa?

Se agarra a la barandilla y yo me doy cuenta de que solamente lleva un vaquero desgastado y un cigarro colgándole de los labios. ¡Señor! Tengo que abofetearme mentalmente para cerrar la boca. No pienso negarlo, intuía que lo que se escondía debajo de su ropa tenía que ser perfecto, pero esto... La imagen de él medio desnudo es la cosa más sexy que he visto en toda mi vida y supera, con creces, todas mis expectativas. Hago un gran esfuerzo para recordar por qué estaba enfadada con él.

—¿Te importaría tener una agradable charla conmigo en la biblioteca? ¡Ahora mismo! ¡Y ponte una maldita camiseta! —le grito cuando ya ha desaparecido detrás de la puerta de su habitación.

Minutos después, me siento encima del escritorio con las piernas colgando, y las manos cruzadas en mi regazo. Nathaniel está sentado en el sofá, con una expresión de niño bueno e inocente en su cara.

—¿Hay algo que te gustaría confesar? —pregunto con calma.

Él parpadea con rapidez y, para mi irritación, me mira como si estuviera hablándole en turco.

—Nop —se limita a responder, tan sereno que me entran ganas de tirarle a la cabeza ese jarrón chino tan caro que hay al lado del escritorio.

—¡Nop! ¿De veras?

—Muñeca, si vas a acusarme de algo, hazlo ya. Este interrogatorio se vuelve algo exasperante. Dime, ¿qué gran crimen contra la humanidad he cometido para que me mires de esa forma?

De acuerdo. Las peticiones del señor Black son órdenes para mí.

—¿Podrías explicarme por qué Rhonda va a ir esta noche a hablar con un periodista de la TMZ sobre lo vuestro?

Me mira perplejo por un segundo. Luego sonríe.

—¿Quién cojones es Rhonda?

—Que quién coj... ¡¿Que quien cojones es Rhonda?! Puedo tolerar tus ironías, puedo con tus maldades y tus intentos de seducirme, pero si piensas que voy a estar de brazos cruzados mirando cómo me mientes en la cara, estás más que equivocado. No pienso...

Se acerca a mí, posa ambas palmas en mis hombros para tranquilizarme, y me mira con sus intensos ojos azules. Parece realmente confuso, así que me callo y trago saliva. No puedo evitar fijarme en lo atractivo que es, con sus labios un poco separados y su rostro ligeramente inclinado hacia el mío. Tampoco puedo evitar sentir un irresistible deseo de besarle en este preciso instante.

—Hablo en serio, amor. No sé de qué estás hablando —insiste, evaluando mi mirada.

Suelto un suspiro y desvío la mirada hacia el suelo, donde examino durante largo tiempo una minúscula mancha de ¿vino? que hay en la alfombra color gris perla.

—Permíteme que te refresque la memoria. Anoche conociste a una rubia, tetas grandes, piernas interminables... ya sabes, la historia de tu vida.

De repente, él es incapaz de seguir con la farsa de "no tengo ni idea de lo que estás hablando" y explota en carcajadas. ¡Así que solo estaba tomándome el pelo!

Pues claro que se acuerda de Rhonda. Se acuerda demasiado bien, me atrevería a deducir por el regocijo reflejado en sus esculturales rasgos. Una oleada de furia recorre todo mi cuerpo con la rapidez de un relámpago y maldigo para mis adentros mi estupidez, mis debilidades y a Nathaniel Black.

Él, a cambio, con toda la tranquilidad del mundo, seguramente para cabrearme aún más, se repantiga en el sofá, con las dos manos por debajo de la nuca, incapaz de disimular su regodeo.

—¡Póngase usted cómodo! Estará desgastado después del encuentro con la damisela en cuestión.

—¿Conque Rhonda, eh? ¡Jamás lo habría adivinado!

Voy a matar a Nathaniel Black. Así de sencillo. Casi puedo saborear los titulares: «*Socialité británica se vuelve loca debido a un uso excesivo de Chanel Madeimoselle y asesina al chico malo de la tele.*»

—¿Qué parte de "mantente alejado de todo" escapa tu comprensión? —le grito, poniéndome en pie de manera demasiado brusca.

—Dijiste nada de clubs, drogas o alcohol, muñequita de porcelana. No me has dicho nada de la abstinencia—se encoge de hombros con desgana—. La próxima vez deberías ser más explícita.

—¡Oh, por el amor de Dios! ¿Es esa tu explicación?

Nathaniel hace una mueca de exasperación y se levanta con pereza del sofá. Observo en silencio cómo camina hacia su bandeja de licores donde, con una calma inquietante, llena una copa de hielo y se sirve una muy generosa cantidad de *bourbon*. Se acerca el vaso a los labios, bebe todo el contenido de golpe y solo después se gira hacia mí para mirarme enfurecido. Vaya, debe de ser bipolar. Es físicamente imposible pasar de esa imperturbabilidad a esa expresión asesina en tan poco tiempo.

—No necesito explicarte nada, preciosa. Eres mi empleada, no mi novia. ¡No sobrepases tus atribuciones! —me espeta, apuntándome con su dedo índice.

Quiero chillar, patear, blasfemar como un carretero y, tal vez, envenenarle ese *bourbon*, pero sé que no puedo hacer nada de eso si lo que pretendo es evitar la camisa de fuerza. Debo mantener la compostura, así que respiro hondo y hago lo que suelo hacer cada vez que noto los calores de la rabia ascendiendo por mi cuello. Pienso en cosas agradables, como tiernos gatitos, grasas saturadas y botes de Coca Cola con mucha cafeína. Después vuelvo coger aire en los pulmones, visiblemente más relajada, y me siento de nuevo encima del escritorio.

—Si no fuera tu empleada, no me molestaría en mantener esta conversación contigo. Ahora sé buen chico y cuéntame lo que habéis hecho. Cuanta más información tenga, mejor podré manejarlo.

Nathaniel sonríe burlón y se acerca a mí como un gato que acecha a un ratón. Coloca las dos manos en el escritorio, justo al lado de mis caderas, pero sin tocarme. Si me hubiera tocado, no me habría inquietado tanto como el hecho de que no lo haga.

—¿Estás segura de que quieres saberlo *todo*, amor? —susurra y se inclina hacia mí con los labios ligeramente entreabiertos.

Me aclaro la voz. *Pues claro que no. No quiero saber cómo te has acostado con ella, idiota, pero debo preguntártelo.*

—Insisto en que me lo cuentes. Ah, y por favor, no te saltes los desnudos por mí.

Exhala hondo, endereza la cabeza y su mirada se vuelve fría cuando se cruza con la mía. Si no lo conociera mejor, diría que está avergonzado.

—Te juro que no me acuerdo de nada.

—¡Venga ya!

—En serio. Sabes que me bloqueo cuando me apuntas con esa mirada asesina.

—¿Te importaría mucho dejar de bromear? No sé si te has dado cuenta de que tenemos una crisis. Solo Dios sabe lo que esa mujer tiene pensado declarar. Mi fuente dice que es algo tan escandaloso que, tal vez, acabe con tu carrera. ¿Hace falta que te diga que estamos en apuros? Puede que tenga alguna clase de pruebas que respalde sus palabras. Esta es una metedura de pata colosal, Nate, así que déjate de ironías y ten la cortesía de decirme cómo localizar a la tal Rhonda. Tengo que hablar con ella y convencerla de que no lo haga.

Una sonora carcajada brota de su garganta.

—¡No lo dirás en serio! ¿Estás de coña? ¿Hablar con ella? Rhonda es una ramera que quiere hacerse famosa a mi costa. No hay nada que puedas decir o hacer

para cambiar eso. ¿Y qué es lo que te hace tanta gracia? —se detiene y me mira asombrado.

Yo hago un esfuerzo por aguantar la risa. Se supone que estoy cabreada.

—Has dicho ramera —murmuro a modo de explicación, sin dejar de morderme el labio.

Sus ojos brillan de diversión.

—Ramera es un término muy bonito que ha enriquecido el vocabulario americano. Significa fornicadora que, por lo general, entrega su cuerpo a actos sexuales ilícitos a cambio de dinero. En mi caso eso no ha sido del todo cierto. Soy joven y guapo. Según entenderás, ha hecho una excepción —me explica, muy orgulloso de sí mismo.

Sacudo la cabeza con exasperación. ¡Deberían darme una puñetera medalla por aguantarle!

—Sé lo que significa ramera, gracias. ¡Deja de usar palabras bíblicas! ¡De vuelta a la Tierra! —exijo con un chasquido de dedos— Aquí no eres un vampiro de dos mil años, sino una estrella en apuros. Y si mi sugerencia te parece tan ridícula, dime qué es lo que propones tú, genio. Suponiendo que tengas alguna propuesta inteligente.

—¿Acaso no tengo siempre propuestas inteligentes?

—No quieres que te responda a eso. Tengo que pensar en una estrategia de defensa y más te vale echarme una mano. ¡La has liado bien gorda!

Nathaniel se encoge de hombros con desdén.

—Podemos amenazarla.

—Amenazarla... —repito pensativa, tamborileando los dedos.

Alzo la mirada hacia sus ojos y, en cuanto veo la expresión sería que hay en su mirada, me doy cuenta de que no está bromeando.

—¡Oh, Dios mío! ¡Estás hablando en serio!

—Claro que sí. Cuando interpreté el papel de sicario de la mafia, tuve por asesor al jefe de una de las organizaciones criminales más temidas de Nueva York. Aprovechando la ocasión, hice algunos contactos, uno nunca sabe cuándo puede necesitar esa clase de servicios. Por un módico precio, cualquiera de ellos...

—¡No vamos a amenazar a nadie, Vito Corleone! —le grito horrorizada— Te agradecería que dejaras de decir estupideces. ¡Y deberías al menos tener la decencia de fingir estar avergonzado!

Durante un breve instante se esfuerza por parecer ofendido, pero acaba echándose a reír.

—Quinta Avenida...de Brooklyn. Lo pasarás en grande en la tienda de ropa de segunda mano donde trabaja nuestra damisela. ¿Puedo sugerirte unas gafas de sol grandes y un pañuelo negro para que nadie te reconozca? No vayan a pensar que la estimable señorita Catherine Collins compra ropa interior usada ¡Que la fortuna te acompañe! Ah, y un último consejo. Yo que tú, iría armada. Rhonda es una fiera... Al menos en la cama.

¡Aaaarghhh! ¡Este hombre me irrita y me fascina a la vez! No sé cómo lo consigue.

Inspiro una profunda bocanada de aire al bajarme del taxi. Ya es casi de noche, hace frío y yo estoy cansada y hambrienta. He tenido un asco de día. He empezado la mañana discutiendo con Nathaniel, luego he tenido que convencer a la tal Rhonda para que no desvele los detalles escandalosos de su tormentosa relación con mi jefe —y sí, he pisado una tienda de bragas de segunda mano, pero no quiero hablar de ello— y por si eso fuera poco, he tenido que ir a ver al director de *El Oscuro Secreto del Doctor Von Bon*, quien ha resultado ser mi novio de la Universidad, Johnny. Hemos estado casi cinco horas reunidos porque el director y uno de los jefazos que patrocina la película no se ponían de acuerdo sobre si el acento del personaje principal debía ser británico o alemán. ¿Alguien piensa que una puede llevar durante cinco horas estos *Manolos*? ¡Pues se equivoca! Voy a sugerirle al Papa que me canoniche cuando acabe el contrato o que, al menos, me dé alguna clase de galardón por mi dedicación a la causa.

—¡Catherine! ¡Espera!

Giro la cabeza en dirección a la voz y veo a Nathaniel corriendo a toda velocidad para alcanzarme. Tiene la cara colorada, del frío supongo, y respira entrecortadamente. Cuando se detiene a mi lado, con las manos en jarras, está jadeando como un perro muerto de sed.

—¿Has corrido en una maratón? —pregunto divertida, fijándome en el sudor de su frente y en el pantalón holgado y la camiseta de deporte que lleva.

—¡Qué va! Solo he recorrido diez kilómetros hoy.

¿Diez kilómetros? ¡Vaya! Mantener ese cuerpazo en forma debe requerir un gran esfuerzo. ¿Será posible que piense en sus abdominales ahora mismo? Muevo la cabeza para bloquear mis pecaminosos pensamientos y empiezo a andar en dirección al portal. Él mantiene el ritmo de mis pasos, mirándome de reojo cuando piensa que no le veo.

—¿Tú nunca corres?

Me arrebujó con mi chal beige, a juego con mi pantalón, antes de contestar.

—A no ser que me persiga un asesino psicópata, no. No consigo entender por qué alguien haría algo como correr por gusto.

Nathaniel deja escapar una risita.

—A mí me despeja la mente. Salgo a correr cuando quiero pensar.

—¿Y en qué has pensado hoy? ¿No se te habrá ocurrido por casualidad hacer un voto de castidad? Solucionar tus líos de faldas es agotador.

—En realidad pensaba en ti. ¿Qué tal con Rhonda?

—No tienes que preocuparte por nada. La he convencido. Si algo he aprendido saliendo con dos delanteros del Chelsea es que la mejor defensa es un buen ataque.

Y que el dialogo es siempre la primera opción, pero eso no pienso decírselo. Estropearía mi imagen de chica dura. Tampoco voy a mencionarle la escandalosa cifra que le he pagado a Rhonda para que mantenga sus siliconados labios bien cerrados. Será un secreto que me llevaré a la tumba.

—No estaba preocupado —me responde él con frío desdén.

Enarco una ceja y me detengo en la mitad de la acera. No estoy de humor para su desinterés.

—¿Porque te importa un carajo tu imagen? —sugiero malhumorada.

—Porque confío plenamente en tus habilidades —me corrige divertido—. Por eso te he contratado. Mi representante había elegido a un tal Charles Cross, pero yo sencillamente no podía trabajar con ese tío. No había química. ¿Sabes a lo que me refiero?

Me muerdo el labio inferior mientras retengo su mirada. Creo que sé con exactitud a lo que se refiere.

—¿Y tú y yo tenemos química? —murmuro, contemplando embohada la pálida piel de su cuello que se asoma por encima de su oscura camiseta *Nike*.

Nathaniel eleva mi barbilla para poder mirarme a los ojos. Sostengo su mirada sin siquiera pestañar, incapaz de ignorar esas mariposas que revolotean por todo mi estómago.

—Tú dirás. ¿Hay química? —susurra, con los labios un poco separados.

Sin conseguir dar señales de inteligencia, me quedo quieta, con el corazón martilleando dentro de mi pecho. Él se inclina hacia mí lo suficiente como para que mi respiración se altere al inspirar la leve insinuación de su colonia mezclada con un ligero toque a tabaco. ¡Oh, Dios, qué olor más masculino! Comienzo a coger aire con dificultad... y a pensar de la misma manera.

—Me gustas, Catherine Collins-Fitzgerald. Realmente me gustas —repite, distraído.

Las puntas de sus fríos dedos se deslizan por mi rostro para apartarme un mechón de pelo que el viento había pegado a mi pintalabios. Lentamente, bajan por mi mejilla y mi cuello hasta la base de mi garganta, donde se detienen. Afectada por el cúmulo de sentimientos que esa breve caricia ha despertado en mí, inclino un poco la cabeza hacia un lado para permitirle un mejor acceso. La satisfacción se refleja en su rostro.

— Por lo que veo, el sentimiento es mutuo.

Entonces se inclina sobre mí y apoya sus cálidos labios contra la sensible piel de debajo de mi oreja. Todo mi cuerpo se estremece y, por la débil sonrisilla que me muestra, me doy cuenta de que mi reacción no le ha pasado desapercibida.

Debería resistirme a su magnetismo. No es sano permitirme el lujo de empezar a sentir cosas. Pero le deseo. De una manera salvaje, incontrolable e increíblemente pasional. Es la primera vez en mi vida que siento algo parecido. La primera vez que deseo a alguien con tanta intensidad y eso me preocupa, a la vez que me fascina.

—Voy a besarte ahora—musita, y su respiración agitada se encuentra con la mía.

Todo mi cuerpo vibra ante la necesidad de besarle, y el nudo de mi garganta aumenta a medida que noto la presión de sus dedos clavándose en la piel de mis mejillas. Muevo los labios para protestar, pero él me lo impide con un dedo.

—Chiss. No te resistas, amor. No aplacemos lo inevitable —me susurra con dulzura.

Su mirada me desarma. Sé que mañana no seré capaz de mirarle a los ojos, sin embargo, ahora me muero por sentir sus labios sobre los míos. La expectativa me está matando.

Con los ojos cerrados, Nathaniel inclina la cabeza y apenas roza mis labios con los suyos. Al sentir su caricia, ese débil toque de su boca sobre la mía, todos los músculos de mi cuerpo se tensan involuntariamente.

—¡Dios mío, es Nathaniel Black! —chilla una mujer a nuestras espaldas.

Nathaniel maldice entre dientes y endereza la cabeza, pero aún sujeta mi rostro entre sus manos. Me observa con detenimiento durante largo rato, como si intentara grabar mi imagen en su mente. Ninguno de nosotros se preocupa por los flashes de las cámaras. Es como si las personas que nos rodearon desaparecieran. A pesar de todo el alboroto, solo estamos él y yo. Recorro con la mirada su hermoso rostro, reparando en la decepción reflejada en sus facciones. El mismo sentimiento que me invade a mí.

—Nathaniel, ¿podrías firmarme un autógrafo? —le pregunta una chiquilla morenita, con gafas y unos enormes cuernos de reno en la cabeza.

Nathaniel retrocede dos pasos y me observa con expresión interrogante.

—¿Te importaría subir sola? —me dice, evaluando mi mirada.

Hago un esfuerzo por recuperar el aliento, pero no lo consigo. Las palabras se niegan a salir de mi boca, así que me limito a hacer un gesto con la cabeza. Me giro mecánicamente y empiezo a arrastrar los pies hacia el portal. El aire frío me azota el pelo contra la cara, pequeños copos de nieve se acumulan encima de mi ropa y, sin embargo, mi cuerpo no parece notar la bajada de las temperaturas. Es todo lo contrario, me derrito del calor que aún siento en mis entrañas. Subo los escalones y, con la mano puesta en la manilla de la puerta, miro hacia atrás por última vez.

Mi corazón se detiene ante la imagen que contemplan mis ojos. Nathaniel está rodeado de fans, firmando autógrafos, haciéndose fotos y bromeando con ellos. Sonríe antes de entrar en el edificio. Es un malote, sin duda alguna, pero un malote encantador.

Estoy tumbada en la cama, con los ojos cerrados y los cascos puestos. Escuchar música suele resultarme relajante, pero cuando lo hago pensando en Nathaniel, ya no tanto. No puedo creer que casi nos besáramos. De no haber sido por toda esa gente, lo habríamos hecho. ¡En plena calle! ¿En qué demonios estaría yo pensando? Se supone que mi trabajo es mejorar su imagen, no empeorarla. Me horrorizo solo de pensar en los titulares. Seguro que me llamarían *la amante número 547 de Nathaniel Black* o algo por el estilo. ¿Y por qué en vez de sentirme culpable, me siento decepcionada? Es decir, llevamos un tiempo medio tonteando y está claro que hay algo entre nosotros, pero ¿qué es ese algo? ¿Simple deseo físico? ¿Solo pasión? ¿O es algo más? Es un... ¿enamoramiento? Sacudo la cabeza con fuerza, horrorizada por ese pensamiento. No, claro que no es un enamoramiento, no puede serlo. Pero como sigamos así, lo será. Debo ser más precavida en el futuro. A partir de ahora tengo que mantenerme alejada de él. No me conviene enamorarme de Nathaniel Black. Él es una superestrella, el *playboy* de Nueva York. La prensa le apoda *el Rompecorazones* y yo solo soy una chica corriente que no quiere que su corazón se rompa. Decido llamar a mi madre, solo para distraerme con algo.

—¡Catherine, encanto! —me chilla en el oído para sobreponerse al ruido de fondo— Estaba muy preocupada por ti.

Pongo los ojos en blanco. No estoy de humor para ser amable ahora mismo.

—Sí, ya me he dado cuenta por las diez llamadas perdidas que tenía en el móvil —replico con sarcasmo.

—¡Catherine Eleanor Collins-Fitzgerald! Esas no son maneras de hablarle a tu madre. Sabes, he estado muy ocupada. Richard y yo estamos en Viena. Tenía ganas de ir a la ópera y ya no quedaban entradas para la de Londres. ¿Te puedes creer que no me han dado ni una entrada a pesar de haberles dicho que soy una Collins? ¿En qué clase de mundo estamos viviendo?

—Vivimos un mundo horrible, madre, y cuanto antes aprendas eso, mejor para ti.

Mi madre hace una pausa para suspirar.

—¿Estás bien? Suenas triste.

Puede que me esté enamorando de un *playboy* arrogante y egocéntrico. Por lo demás, todo guay.

—Estoy perfectamente, gracias.

—¿Qué tal con el Caballero Oscuro? ¿Lo habéis hecho ya?

—¡Madre! Por supuesto que no.

—¿Por qué no?

—¡Deja de físgonear! —escupo y luego me obligo a adoptar un tono más tranquilo— No entraba en el orden del día. Y ahora que sé que estás bien, vivita y coleando, gastándote mi herencia en la Ópera de Viena, debo colgar. Volveré a llamarte en estos días.

—Espera, cariño...

—No te escucho... se corta... Adiós.

¡Hala! Se ha acabado la conversación. Lo suyo habría sido que una charla con mi madre tranquilizara mis nervios y me hiciera olvidarme por un segundo de Nathaniel Black, sin embargo, ha sido todo lo contrario. Una llamada de un minuto y estoy tan irritada que lo que de verdad me apetece es romper platos y copas de cristal. Decido pasar un rato en el jacuzzi, por el bien de la vajilla de Nathaniel. No me gustaría que me descontara de mi sueldo los daños producidos en un ataque de locura. Enciendo el equipo de música que hay en el baño, elijo un CD de Richard Clayderman, que solo Dios sabe por qué Nathaniel guarda aquí, y me sumerjo en el agua caliente. Poco a poco, tanto el estrés acumulado, como la frustración y el mal humor empiezan a desvanecerse.

Al rato salgo del jacuzzi, me pongo un vaquero y una camiseta blanca de tirantes, y bajo a la biblioteca para leer un libro. Estoy enfrascada en la fascinante historia de Gatsby cuando escucho la puerta de la entrada abriéndose. Aparto el libro y miro el reloj. Son las nueve de la noche. Hoy se supone que vuelve Robert. Espero que no haya cenado y que esté con ganas de enseñarme algún restaurante. Me muero de hambre.

—¿Robert? —murmuro, parada en la puerta del salón.

Siento su presencia cerca de mí, pero la estancia está a oscuras y no puedo verle.

—Nop. El increíble... atractivo... e inigualable... Naaaathaniel Blaaaaaack —dice la frase como si fuera el presentador de los *MTV Music Awards*—. Dicen que soy el hombre más sexy del planeta. ¿Te lo puedes creer? Tengo que serlo. Me han dado hasta una estatuilla. Está por ahí, en alguna parte. Estás impresionada, ¿verdad? Yo lo estaría.

Pongo los ojos en blanco y enciendo la luz. ¿Es un presumido o solo es mi impresión?

—Buenas noches, preciosidad —me dice en cuanto nuestras miradas se cruzan.

Está apoyado en la barra, con los brazos cruzados a la altura del pecho y los labios torcidos en una sonrisa burlona. Esas posturas insolentes suelen ser típicas en él. Noto los calores de la ira subiendo por mi cuello al reparar en que su ropa está descolocada y arrugada, su pelo más despeinado de lo habitual, y se balancea como si le costara mantenerse en pie.

—¿Dónde has estado?

—Dedicándome a mis fans.

—¿Durante dos horas? ¿Y por qué tienes esa cara? ¡Nathaniel Black, mírame! ¿Has bebido?

Levanta la vista y me sonrío con orgullo.

—Nada que no fuera leche, amor. Tal y como dijiste. Ya sabes que estoy aquí para complacerte.

—¡Estás borracho como una cuba! —grito, sin dar crédito.

Él hace un gesto de exasperación con los ojos.

—¡Qué exageración! Estoy ligeramente ebrio.

—¡Ligeramente ebrio dice! Mira, ¿sabes qué? no pienso discúrtelo ahora mismo. Al menos ten la decencia de no beber mañana por la noche.

—Estupendo. ¿Te apetece cenar algo?

Sus ojos azules me taladran mientras cojo aire en los pulmones y lo suelto ruidosamente.

—Sentémonos. Tenemos que hablar.

Se lo digo de manera tan seria que, por un momento, deja caer la capa de ironía que le rodea y me mira atentamente. Ahora mismo solo parece un chico.

—¿Hablar? —repite con un hilo de voz.

Mis ojos buscan a los suyos y, al encontrarse nuestras miradas, me sorprende el cúmulo de emociones que se reflejan en la suya. Puedo ver angustia, confusión y algo más que no soy capaz de descifrar.

—Sí, Nate, hablar. Comunicarse, conversar, dialogar, y sabes, cosas de mayores.

Espero sentada en el sofá hasta que él se dirige a la mesa del comedor, arrastra una silla y se sienta delante de mí, en una postura típica masculina, son las piernas abiertas.

—Sé de lo que quieres hablar y te garantizo que lo de antes ha sido...

—Un error —acabo su frase.

Eleva las cejas, asombrado y sus ojos, tan fríos como el hielo, pasean por todo mi rostro.

—¿Un error?

Juraría que parece decepcionado. ¿Acaso no piensa lo mismo?

—Sí, un error. Tú eres mi jefe y ya sabes que yo no mezclo los negocios con el amor. Aparte de eso, tienes novia en alguna parte de este mundo. Sería absurdo pensar que podríamos... —suelto una risita tonta— lo que quiero decir es que tú y yo... bueno, ya lo has pillado.

El silencio que sobreviene nos sirve para observarnos con cierta incomodidad.

—Sí, sería absurdo—admite al final, y su voz adquiere un toque gélido al decirlo.

Carraspeo, un tanto desconcertada, y le muestro una sonrisa trémula.

—Pero no era de eso de lo que quería hablar contigo. En realidad, pretendía disculparme.

—¿Disculparte? —repite en tono de burla, como si hubiera escuchado el mejor chiste de toda su vida— No me digas. ¿Y por qué tiene que disculparse la estimable señorita Collins? Espero que no sea porque hayas faltado a la misa de esta mañana. Eso sería, sin lugar a dudas, horroroso.

Mi mandíbula se tensa de forma involuntaria. Después de lo que ha pasado entre nosotros, me debe algo más que ese sarcasmo.

—¿Tendrás la amabilidad de ahorrarte esas bromitas que solo te divierten a ti? Gracias. Quería disculparme por mi comportamiento. Últimamente he sido algo... —hago una pausa para darle más dramatismo a la palabra— *huraña*. He estado estresada y, bueno, tú tampoco es que seas el mejor cliente que una puede tener. Por supuesto, no intento decir que tú seas el culpable de mi mal humor, ni mucho menos. Solo quería que supieras que lo siento.

Vale, ya lo he dicho. Debería sentirme liberada o algo parecido, pero lo único que siento es frustración. Es demasiado frustrante estar de brazos cruzados, viendo como él me mira con esa expresión irónica.

—Bueno, pues ya has aliviado tu consciencia. Ahora contesta a mi pregunta. ¿Tienes hambre, sí o no?

Le pongo los ojos en blanco y me levanto de un salto.

—¿Adónde demonios crees que vas, princesita?

A pesar de haber formulado la pregunta en tono bajo, a mí me suena a grito.

—A dormir. Se me ha quitado el hambre. Buenas noches, Nathaniel.

Taconeo por todo el pasillo hasta detenerme delante de la puerta de la habitación de Nathaniel Black. La casa está envuelta en un silencio mortuorio y, si no lo hubiera comprobado en Twitter, habría dicho que Nathaniel no está. Pero tiene que estar. No se ha publicado nada escandaloso en internet en las últimas cinco horas, con lo cual debe de estar durmiendo, el muy angelito.

Respiro hondo y me obligo a llamar a la puerta. Pasados unos instantes, oigo un ruido sordo y un gruñido. Intento, sin éxito alguno, relajar los hombros, espero unos segundos más y vuelvo a llamar.

—Ya voy —el refunfuño de Nathaniel Black va acompañado por una expresión para nada digna de un caballero que mi educación católica me impide transcribir.

Pum. Pum. Pum. Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que lo han debido de escuchar desde la otra punta del continente. La espera se me hace interminable. Afortunadamente, al oír sus pasos al fin acercándose a la puerta, por alguna razón desconocida, la tensión empieza a abandonar poco a poco mi cuerpo.

Se abre la puerta, dejándole paso a un Nathaniel Black absolutamente adorable, con sus ojos hinchados de sueño, su pelo alborotado y su camiseta arrugada. Me fijo en que aún no se ha afeitado y le muestro una irresistible y, por lo visto, contagiosa sonrisa. Al lado de la puerta yace su móvil... bueno, lo que queda de él.

—¡Buenos días!

—No existe tal cosa —gruñe, y se lleva una mano a la cabeza como si el simple sonido de mi voz le diera jaqueca.

—Uf, mala noche, ¿eh? —le hago un guiño.

Como no se echa a un lado para que pueda pasar, tengo que rozar su pecho al abrirme paso. Mientras me adentro por primera vez en el santuario masculino de Nathaniel Black, lanzo una rápida mirada a mi alrededor. Tonos tan fríos como él, muebles sencillos. Práctico, pero impersonal.

—Adelante, pasa. No te cortes —me dice él con ironía cuando yo ya estoy en la mitad de la estancia.

Le pongo mala cara y, de manera muy digna, me dejo caer sobre su cama.

—¡Vaya, qué buen colchón! Me sorprende que esté en tan buen estado teniendo en cuenta tus peculiares... actividades. ¡Oh, por favor! No pongas esa cara. Tus costumbres poco ortodoxas han llegado hasta mis inocentes oídos. He leído en Twitter sobre la juerga de anoche. Modelos y bebida. Todo un clásico.

La única respuesta que recibo es una amplia, maliciosa y lenta sonrisa. Lo observo con detenimiento mientras entra en el baño, y luego centro la mirada en la vista que desprende la ciudad desde esta parte del ático. Creo que podría acostumbrarme a vivir aquí. Por supuesto, echaría en falta la cortesía y los modales de los británicos, pero Nueva York tiene algo que Londres nunca tendrá. Y no, no me refiero a las ratas. *Hablando del rey de Roma*.

¡Joder! ¡Por todos los Santos! Me quedo sin aliento y con la mandíbula desencajada cuando el señor Black sale del baño llevando solamente un pantalón que le cuelga de manera muy sexy sobre las caderas, dejando al descubierto ese vientre suyo en forma de V. Ya incapaz de recordar a qué había venido, observo fascinada cómo los esculpados músculos de su cuerpo se tensan y se destensan al compás de su respiración. ¿Qué costumbres son esas de quitarse la ropa delante de una dama? Ya van dos. A la tercera no creo que sea capaz de reprimir mis instintos más básicos y, seguramente, acabemos haciéndolo encima de la mesa del salón. O la de la cocina. Ahora que lo pienso mejor, la mesa de la biblioteca es de roble, eso es resistente, ¿verdad? Muevo la cabeza, horrorizada por el rumbo que cogen mis impuros pensamientos.

—¿Y bien? ¿Has venido a cambiar cortesías sobre mi colchón y a admirar mis firmes pectorales o querías algo?

Trago en seco y hago el sobrenatural esfuerzo de dejar de mirar su cuerpo medio desnudo para centrarme en sus ojos. No, mucho peor. Su mirada me desconcierta. Vuelvo a mirar sus abdominales.

—Ahora que lo mencionas... Tengo que pedirte un favor.

Un molesto rubor sube por mi cuello hasta encenderme las mejillas. Ay, madre. ¿Por qué me resulta tan difícil esto?

—¿Un favor que hace que te sonrojes? Si vas a pedirme que te quite la virtud, que sepas que no suelo ser tierno. Luego no digas que no te lo he advertido.

Reprimo las ganas de hacer una mueca. Los dos sabemos cómo acabaría esto si empiezo a cabrearle. Me pondría de patitas en la calle y podría ir olvidándome del favor. Transcurre una pausa silenciosa hasta que, al fin, reúno el valor suficiente para enfrentarme a su mirada.

—Veras, tengo este ex novio, Alan, un magnate del petróleo irlandés, que me dejó por otra hace un par de años. Bueno, resulta que se van a casar y me han invitado a su fiesta de compromiso que, casualmente, se celebra en Nueva York. Es esta noche.

Bajo la vista y me mordisqueo el labio, rogándole a la providencia valor para seguir.

—Enhorabuena... supongo... —hace una pausa, con el ceño fruncido— o el pésame, según se mire. Y, por favor, no hace falta que lo pidas. Insisto en que te tomes la tarde libre para poder prepararte. Vas a jugar el papel de novia engañada. Debes deslumbrar a todo el mundo esta noche.

—No era ese el favor que iba a pedirte. Bien. Ejem... ¿Quieres acompañarme a la fiesta? —intento adoptar un tono despreocupado para quitarle importancia al asunto, pero no lo consigo.

Nathaniel Black no pertenece a esa categoría de personas “libro abierto”, cuyas emociones o pensamientos puedan leerse en su rostro. De hecho, creo que es la primera vez que lo veo, literalmente, boquiabierto.

—¿Yo? —pregunta con incredulidad, alzando las cejas.

Se pasa la lengua por el labio inferior, muy despacio, y después se lo muerde. Y por supuesto, mi calenturienta mente me manda imágenes conmigo misma recorriendo ese mismo labio con la lengua.

¡Catherine!

El chasquido de sus dedos me devuelve a la realidad. Me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja y le sostengo la mirada.

—¿Eh? Sí. He llamado a Robert y me ha dicho que no llegaría a tiempo. Está en Atlanta, visitando a vuestra madre, por lo tanto, tengo que pedirte el favor a ti. No me gustaría presentarme sola, después de todo.

Por un breve instante parece decepcionado, pero luego vuelve a sonreír, divertido, mientras se cruza de brazos.

—Así que le has elegido a mi hermanito antes que a mí. ¿Puedo preguntarte por qué? Evidentemente, yo soy la versión original. Es como si compararas un Lamborghini con un Golf. Los dos pertenecen al grupo Volkswagen, pero no te equivoques, la diferencia está en los extras. El Golf es solo una imperfecta y barata alternativa.

Me pongo en pie de un salto. Ya he oído bastante. No solo no piensa hacerme el favor, sino que encima va a estar mofándose de mí... y desde luego que no tengo pensado estar aquí de brazos cruzados mientras lo hace.

—Me ha encantado la clase automovilística. Es realmente conmovedor el amor que le procesas a tu hermano, pero como veo que no vas a hacerme el favor, iré a pedirselo a otra persona. Gracias de todas formas.

Me encamino hacia la puerta con toda la dignidad que consigo reunir en tan poco tiempo.

—No te he dicho que no.

Asombrada, me detengo y me giro para mirarle. Este hombre me desconcierta. Es decir, estaba claro que se había molestado por ser mi segunda opción y ahora me dice que sí. No hay quien le siga el ritmo.

—En tal caso, te recojo a las ocho. *Milord* —hago una teatral reverencia antes de salir.

Oigo sus carcajadas cuando ya he cerrado la puerta. Me apoyo contra la pared y, sin poder evitarlo, una sonrisa felina toma el control sobre mi rostro. No quiero pensar en qué es lo que me hace sonreír. Es mejor no saberlo...

Capítulo 6

Vuelvo a fijar los ojos en el reloj redondo anclado a la pared. Dan las ocho y diez. Tal vez me haya precipitado. Más que *Milord*, es *Milady*, por cómo se retrasa. Me tiro en el sofá, enfurruñada por llegar tarde a la fiesta de Alan.

—Siento el retraso. No sabía qué traje elegir.

—¡Joder! ¿Pretendes matarme de un infarto?

Alzo la mirada hacia Nathaniel y, de manera instintiva, me aferro a mi *clutch* negro de lentejuelas, incapaz de respirar con normalidad.

—Bueno, bueno, bueno. Creo que es la primera vez que veo en tus ojos algo que no sea irritación. ¿Podría atreverme a llamarlo lujuria? —bromea divertido.

Creo que este vestido es demasiado apretado. Apenas puedo respirar y noto cómo mi cara enrojece. Tengo que aclararme la voz para poder hablar.

—Es que es la primera vez que te veo así vestido. Vas muy... bien.

Verle tan guapo, con su carísimo esmoquin negro, su pajarita y su pelo despeinado hace que me sumerja en un mar de confusiones. Hasta ahora era consciente de lo atractivo que es, pero al verle esta noche, con los labios curvados en esa arrebatadora sonrisa, me doy cuenta de que, tal vez y solo tal vez, en algún profundo lugar de mi corazón, puede que empiece a sentir algo por él. Algo más allá del simple deseo físico, quiero decir. No, eso es absurdo. Soy Catherine Collins-Fitzgerald. Yo no me enamoro. Y, sin embargo, debo reconocer que cuando me mira de la manera en la que me está mirando ahora mismo, como un auténtico depredador observaría a su presa antes de devorarla, empiezo a cuestionarme si eso es del todo cierto.

—Tú también estás muy guapa con ese vestido. Definitivamente, el negro es tu color. Y los pendientes de esmeralda, todo un acierto —remarca, guiñándome un ojo.

Bajo la mirada para examinar mi largo vestido. Es realmente bonito, pero nada cómodo. Ya me gustaría a mí verme sentada con este cancán. Algo me dice que no va a ser para nada divertido.

—¿Preparada?

Me pongo unos largos guantes en las manos, a juego con el vestido, y asiento. Nathaniel me ofrece su brazo con una cortesía típica de un *lord* inglés. Supongo que pretendo seducirme esta noche —una vez más—, pero como he decidido que eso no me molesta, me agarro a él y dejo que me guíe hasta la salida.

—Esta noche conduciré yo —me informa, una vez en el ascensor—. Odio las limusinas y los chóferes y, en cuanto puedo, me deshago de ellos. ¿No te parece que tener chófer es de mariquitas a los que les da miedo pisar fuerte el acelerador?

No le contesto. Estoy demasiado preocupada controlando el oscuro camino que cogen mis pensamientos. Vuelvo a tener la misma sensación de inquietud que en Londres. Él y yo en un espacio tan pequeño, que encima, a causa de mi ligera claustrofobia, empieza a encoger aún más. Y luego está su colonia, tan masculina que me nubla la razón. Reprimo el impulso de tirarme a sus brazos y besarle. Soy una *lady*.

Ni siquiera sé cómo he llegado hasta el garaje sin abrirme la cabeza. Vuelvo al mundo real cuando me doy cuenta de que me mira expectante.

—¿Qué opinas?

Contemplo boquiabierto el Porche 550 *Spyder* rojo cuya puerta acaba de abrir.

—¿Este es tu coche? ¿En serio?

—¿Qué? Es un coche muy bonito. Y muy caro. Lleva piezas del original —cuchichea como si fuera un padre orgulloso hablando del doctorado de su hijo predilecto.

Trago en seco. Eso no es nada bueno si una tiene en cuenta las leyendas urbanas. Actores y este coche. Muy mala combinación.

—Con coche original te refieres a... ¿*Little Bastard*?¹—apenas puedo nombrarle sin estremecerme.

Nathaniel asiente divertido y me sujeta la puerta para entrar.

—Bien, entraré. Pero conduce con cuidado. Este coche es un psicópata que tiene una extraña fijación por los actores.

—¡Eh, cuidado con esa boquita! —me regaña indignado—. No hieras sus sentimientos. Últimamente está muy sensible. No te preocupes, nena, demandaremos por calumnia a la malvada señorita Collins y, con la indemnización que le sacaremos, te cambiaré los frenos—dice con ternura, acariciando el brillante capó.

Pongo los ojos en blanco. Lo malo es que he descubierto que Nathaniel Black está mal de la cabeza si habla con su coche como si fuera una mujer. Lo bueno, que es capaz de tener sentimientos, aunque sea por un cacharro metálico. Toda una novedad.

—Espera. ¿Has dicho frenos? ¿Es qué están en mal estado?

—El estado técnico de mi coche no es de tu incumbencia, amor. ¿Entras hoy o es que has decidido de repente no ir? —me pregunta divertido, al ver mi vacilación.

Bajo la mirada y me examino los nudillos de las manos.

—Nunca pensé que diría esto, pero... no quepo.

Nathaniel me levanta la barbilla con el dedo índice.

—No pasa nada —susurra y se queda mirándome a los ojos como si hubiera recibido alguna clase de impacto—. Soy todo un experto en ayudar a las damiselas en apuros —se obliga a decir después de unos instantes de completo silencio.

—Bien —musito—. Yo soy una damisela y, claramente, este es un apuro, así que...

—Sí—asiente, incapaz de recobrar la compostura.

Durante unos instantes más, nos miramos a los ojos, sin movernos y sin hablar. Hay algo en su forma de contemplarme que me desarma por completo. Realmente me mira como si me considerara la cosa más fascinante que ha visto en toda su vida.

Después de cinco largos y dolorosos minutos, conseguimos cerrar la puerta. Vale, ya estoy dentro, ocupando casi todo el interior del coche; interior demasiado moderno para un clásico, claramente está reformado. Nada más arrancarlo, empieza a sonar la música a un volumen preocupante. La bajo sin pensármelo dos veces. Nathaniel me mira sonriéndome.

—*Highway to Hell* —remarco, haciéndome la listilla— ¿Acaso intentas transmitirme algún oculto mensaje?

—Por supuesto —me dedica una sonrisa pícaro—, que me gusta *AC/DC*.

Elevo las esquinas de mi boca sin poder evitarlo. Y, por un instante, centro la mirada en las luces del Upper East Side. Es impresionante cómo en una ciudad tan grande, rodeada de tantas personas, a veces me siento tan sola.

—Ejem... ¿Catherine? No te escandalices, voy a meter la mano debajo de tu vestido. No te muevas.

Me estremezco al pensar en sus salvajes manos acariciando partes escondidas de mi cuerpo.

—¿Q... qué? —apenas consigo hacer la pregunta, con la voz temblorosa.

—Tendré que cambiar de marchas y como tu atuendo ocupa todo el coche, no puedo hacerlo de otra forma.

—Ah —es lo único ingenioso que se me ocurre contestarle.

¿Seré idiota? ¿Y yo pensando que...? Sacudo la cabeza.

Nathaniel conduce deprisa, perdido en sus pensamientos, y sin dirigirme ni siquiera una mirada. Casi mejor. Así puedo deleitarme con su hermoso rostro sin distracciones. Observo su perfil de la manera más discreta posible, intentando no llamar su atención. Se le ve muy concentrado en la tarea de conducir. Muestra una apariencia fuerte y dominante, trazando las curvas con una seguridad asombrosa que me hace pensar en los pilotos de F1. Me gusta verle de esta manera, en su

intimidación, haciendo cosas normales como conducir. A veces se me olvida que es una persona normal, a pesar de su fama, los flashes y las modelos que se desmayan a su paso. Una persona como yo, solo que con algo más de *sex appeal*.

Acaricio con la mirada ese rostro de facciones tan atractivas que contrastan agresivamente con su penetrante mirada, y pienso en lo difícil que me resultará irme acabado el contrato. Necesitaré un recuerdo de él, una prueba de que esto es real y no un producto de mi imaginación. Es decir, es desesperante y todo eso, pero pensar en que no volveré a verle me resulta doloroso por razones que no comprendo ni quiero comprender.

—Me intimidas —murmura él, rompiendo el silencio.

Me sobresalto al escuchar el timbre masculino de su voz y busco sus ojos en la oscuridad del coche. La intensidad que se refleja en su mirada me provoca un nudo de emoción en la garganta.

—Lo siento. Yo... no pretendía intimidarte. Pensaba que era más bien al revés —musito, confusa.

No puedo creer que él se sienta intimidado por mí. La que parece a punto de desmayarse cada vez que lo ve sin camiseta soy yo.

—Oh, preciosa, no sabes el impacto que causas en mí. Cuando estoy contigo me cuesta ser yo mismo. No sé cómo comportarme y eso me desconcierta. No voy a mentirte, la mayoría de las veces me irritas tanto que me entran ganas de despedirte. La señoritinga *me-creo-mejor-que-tú-solo-porque-he-ido-a-un-exclusivo-colegio-británico-para-niñas*. Pero otra parte de mí, una parte bastante importante de mí, no deja de pensar en ti. Desde que nuestras miradas se cruzaron aquel día en Londres, no puedo sacarte de mi cabeza confiesa en voz baja, evitando mi mirada.

En primer lugar, ¿cómo demonios sabe que he ido a un exclusivo colegio para niñas? En segundo lugar ¿quiero yo saberlo? Y, por último, no, creo que será mejor que no me lo cuente.

—Nate, no me creo mejor que tú —le susurro e intento atrapar su mirada.

—Deberías —hace una larga pausa y después añade, distante—. Lo eres.

Sin volver a mirarme, se centra de nuevo en la conducción. Su confesión me ha dejado de piedra. Sencillamente no encuentro las palabras para expresarme, y la emoción se me atraganta en la garganta porque, por primera vez desde que lo conozco, realmente parece sincero. Nathaniel Black piensa en mí. ¿A qué le teme entonces? ¿A enseñarme lo que esconde detrás de su muro de ironía y su sonrisa de chico malo? ¿Teme bajar demasiado la guardia conmigo y salir herido? Me invade un repentino sentimiento de ternura al ver las cosas desde esa perspectiva. La imagen del hombre frío y arrogante, esa bestia controladora, burlona e incapaz de sentir la más mínima emoción humada desaparece de mi cabeza. Nathaniel Black es mucho más complejo de lo que deja entrever. Lo que acaba de decirme lo cambia todo.

—¿Por qué no me dejas conocerte tal y como eres?

Me sorprende la mirada que me lanza. Es agresiva y parece ocultar oscuros pensamientos. Su sonrisa se desvanece poco a poco hasta que su rostro se convierte en una mueca maliciosa. Nathaniel Black, la bestia del Upper East, ha vuelto. Me consuela saber que, al menos, aunque fuera por un momento muy corto, he podido rasgar esa capa de escharcha que le cubre el cuerpo, y llegar de esa forma hasta su corazón. Hasta hoy no estaba muy convencida de si tenía uno o no.

—Créeme, preciosa, no te gustaría esa faceta mía. Saldrías corriendo sin mirar hacia atrás y, si hasta ayer me habría dado igual, ahora... —curva los labios en una especie de sonrisa y tensa las manos sobre el volante— ahora las cosas han cambiado. Me afligiría demasiado no volver a verte.

Parece abatido, como si realmente lo dijera en serio.

—¿Nate?

—¿Catherine?

—Te mentí. Ayer, cuando te dije que había sido un error... —nuestras miradas se cruzan por un instante— mentí. Si eso ha sido un error, desde luego que no era erróneo lo que yo sentía en ese momento. Supongo que eso ha sido...de lo mejor que me ha pasado en toda mi vida. Y ha sido real.

Contengo la respiración a la espera de su respuesta. Él vacila, me mira, después apaga la música, vuelve a vacilar y suspira.

—Vamos a tomarnos las cosas con calma. No quiero precipitarme contigo y meter la pata.

Estoy nerviosa, pero no voy a dejar que me lo note, así que le muestro una fugaz sonrisa.

—¿Tomarnos las cosas con calma? De acuerdo, puedo hacer eso.

Me muerdo con nerviosismo el labio inferior y desvío la mirada. No sé cómo consigue este hombre dejarme sin habla, inhibir mi fuerte carácter y convertirme en una tímida colegiala según su antojo.

—¡Serás capullo! —musita entre dientes y yo miro el tráfico para ver a quién se refiere. No hay ningún otro coche en la solitaria y oscura carretera que conduce a la casa de Alan, así que, o bien se ha vuelto loco, o se refiere a sí mismo.

Un brusco frenazo hace que las ruedas del Porche chirrien. Gira el volante hacia la derecha para salirse de la carretera. ¿Me he perdido algo? Quiero preguntar qué le pasa, pero las palabras se marchitan en mi garganta al acercar su rostro hacia el mío. Se detiene a unos pocos milímetros, tan cerca que su respiración alterada me roza los labios.

—¡Está bien! Esto es ridículo. Estoy jugando a los chicos buenos, pero resulta que yo no soy un chico bueno. No me va el papel de héroe, amor. Yo cojo lo que quiero, cuando lo quiero —baja la mirada hacia mi boca y una sonrisa sugerente se extiende por sus labios—. Y esta noche te quiero a ti. Ya no puedo, ni tengo ganas de resistirme a lo que quiero.

En algún profundo lugar de mí, encuentro las fuerzas necesarias para levantar la barbilla y mirar esos ojos cuya intensidad me deja sin aliento.

—Pues no lo hagas —murmuro, ensimismada.

Su rostro adopta cierto toque divertido.

—Tengo que confesarte que desde que te conozco me he preguntado cómo sería hacer esto —susurra, con su aliento cosquilleando en mi boca.

Como dominada por una fuerza superior a mí misma, extendiendo el brazo y recorro la mandíbula de Nathaniel Black con las puntas de mis dedos. Él entrecierra los ojos, deja escapar un gemido de su garganta, y enseguida enreda las dos manos en mi pelo y arrastra mi boca hacia la suya. Y entonces, al chocar nuestras bocas, separa mis labios con su exigente lengua, y se abre camino a través de mis dientes para besarme de la manera más feroz posible. Yo misma pierdo el control, agarro su rostro entre las manos, y me dejo llevar por esa pasión. Se ha debido de dar cuenta de mi excitación porque su boca se vuelve cada vez más posesiva. En su beso hay furia contenida, ansia y algo de desesperación. Es tal y como esperaba que iba a ser.

Pero unos instantes después, maldiciendo entre dientes, se aparta de mí de golpe y vuelve a poner el coche en marcha, como si nada hubiera pasado. ¿Esto es todo? ¿Me ha dado un beso en un arrebato de pasión y ya está? ¿Acaso espera que yo entienda algo de todo esto? Me desea y, sin embargo, se comporta como si no quisiera desearme. Como si fuera su deber patriótico, como diría Emma, mantenerse alejado de mí. Es muy frustrante.

—Hemos llegado. ¿Preparada? —me pregunta momentos más tarde, nada más aparcar el coche delante de una enorme mansión de tres plantas, el último capricho de Alan.

El jardín de mi ex está más alumbrado que un casino de Las Vegas. ¡Otro que piensa que el calentamiento global está sobrevalorado! Observo la procesión de coches de alta gama que avanzan por el camino de gravilla, bordeado de palmeras, y pienso en lo mucho que me recuerda esto a las grandiosas fiestas que mi propia familia organiza varias veces al año. Instintivamente, sé que la fiesta va a ser un asco.

—Nunca está uno lo bastante preparado para algo así —murmuro distraída.

Nathaniel tuerce los labios.

—Cierto, pero tú eres Catherine Collins-Fitzgerald. Eso debe significar algo.

Preparo mi mejor sonrisa, la que reservo para ocasiones especiales, y decido soportar el evento con actitud estoica. No puede ser peor que aguantar a la tía Agatha —la hermana solterona de mi padre, recientemente declarada miembro honorífico del *Opus Dei*— criticando el largo de mis vestidos.

Somos recibidos por un elegante y estirado mayordomo, quien sonríe con frialdad mientras nos sujeta la puerta. Entramos los dos a la vez, yo, colgando de su brazo

y sonriendo de manera estúpida, y él, esbozando una pícaro media sonrisa. Nos detenemos en el primer escalón, nada más entrar, para contemplar la escena que se desarrolla delante de nuestros ojos. El interior de la “mansión de los horrores” no me impresiona en absoluto. Conozco a Alan lo bastante como para estar acostumbrada a sus excentricidades, como canapés cuyo nombre es físicamente imposible de pronunciar, vinos que se bebían en la corte de Napoleón Bonaparte, y objetos de arte por los que cualquier déspota sanguinario en su sano juicio mataría —literalmente— por conseguir. Todo esto se debe a que sus orígenes son humildes. De niño era tan pobre que ahora necesita toda esta vulgar ostentación para sentirse bien consigo mismo.

Hay muchos invitados, la mayoría esnobs de la alta sociedad que Alan acostumbra a frecuentar. Reconozco a algunos amigos comunes, aunque finjo no verlos. No estoy de humor para conversaciones absurdas y risitas artificiales. No después de lo que acaba de suceder. Nathaniel me coge de la mano y me hace bajar los escalones para mezclarnos con el resto de personas que aglomeran en amplio salón. El ambiente es muy sensual. La música, jazz en este momento, la tenue luz proveniente de los candelabros, todo me resulta tan seductor que la cabeza me da vueltas. O puede que después del episodio del coche vea sensualidad donde no la haya. Hasta las exóticas flores azules que forman los centros de las mesas parecen insinuarme que Nathaniel Black y yo deberíamos ir a un sitio más íntimo. No, no, no. ¡Rotundamente no!

—Bien, amor. Aquí estamos. ¿Dónde está tu Casanova? Habrá que ir a darle la enhorabuena —me susurra al oído.

—Ay, Señor... Ya viene hacia aquí. Con su prometida.

Es lo único que me da tiempo a explicarle, porque tanto Alan como Charleen atraviesan la estancia en tiempo record y vienen a recibirnos con dos copas de champán y unas largas e irritantes sonrisas de novios perfectos. Parecen el día y la noche. Él, moreno de ojos oscuros, barba de dos días y un clásico esmoquin negro que le sienta de maravilla, y ella, rubia de ojos claros, cabellos ondulados y un vestido blanco inmaculado.

—¡Kitty, has venido! —Alan me da un fuerte y prolongado abrazo— Y no estás sola—añade en todo seco cuando, al separarse de mí, se topa con la mirada penetrante de Nathaniel.

Para mi indignación, Alan no hace ademán de disculparse por la brusquedad de sus palabras —culpo de ello a sus orígenes humildes—, sino que encima le lanza a Nathaniel una mirada hostil. Mi acompañante tampoco le muestra más cortesía, y acaban sosteniéndose la mirada el uno al otro como dos gatos a punto de pelearse. Espero que no se les ocurra marcar el territorio. ¡Llevo un Versace!

—Alan, qué alegría volver a verte —le tiendo la mano con frialdad y él se inclina para besarme los nudillos—. Pues claro que he venido. No podía perderme un evento tan importante para ti. Oh, hola, Charleen. Llevas un vestido precioso.

Beso las mejillas de Charleen y la felicito por su futuro enlace. Nathaniel se aclara la voz, impaciente.

—¡Vaya modales los míos! Alan, Charleen, este es Nathaniel Black, mi... jefe.

—Novio.

Mis ojos se abren de un chasquido. ¿A qué juega esta vez? Sonríe avergonzada, mirando cómo con toda la tranquilidad del mundo, para nada alterado por la mentirijilla que acaba de soltar, Nathaniel le aprieta la mano a Alan y le da dos besos a Charleen.

—¿Jefe o novio? —inquire Charleen con su vocecita cantarina.

Blasfemo para mis adentros. ¡Maldito Nathaniel Black y su boca grande!

—Novio —Nathaniel acude a mi rescate al ver que no me dispongo a abrir la boca—. Intentamos mantener lo nuestro alejado de la prensa, pero aquí estamos en familia. No veo por qué ocultarlo.

—¡Oh... Dios... mío! ¿Tu novio es Nathaniel Black, *el sex symbol*? ¿El hombre más sexy del planeta? —chilla Charleen, muy sorprendida.

Como si yo no fuera capaz de conseguir un novio así. ¡Pues toma! Hace menos de media hora, su lengua poseía mi boca con desesperación. ¡Ja! Ahora entiendo a lo que se refería Bridget Jones cuando se llamaba a sí misma la diosa del sexo.

—Cielito, Charleen te ha hecho una pregunta. Perdonadla, es que estamos tan eclipsados el uno por el otro que nos cuesta mucho centrarnos en los demás.

¿*Cielito*? ¿De qué va? Le diré yo unas cuantas cosas cuando estemos a solas. No sé qué pretende derrochando todo este encanto, pero tengo la certeza de que no puede ser nada bueno. Algo escandaloso me pedirá a cambio de este favor. Seguramente, a mi primogénito.

Como no logro vocalizar ni una sola palabra, Nathaniel tensa los dedos con los que me sujeta el brazo hasta tal punto que me resulta doloroso. ¡*Auch!* De vuelta a la Tierra, hago el esfuerzo de componer una sonrisilla brillante.

—Sí, eso es... absolutamente cierto. Nathaniel y yo estamos juntos.

Él me rodea con su brazo y me atrae hacia su cuerpo.

—Muy juntos. Y muy enamorados. De hecho, ya vivimos juntos —les susurra, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie más puede escuchar ese terrible secreto.

Alan arruga la frente y palidece por un instante, al igual que su amada Charleen, quien nos mira a los dos con los ojos muy abiertos. ¡Envidiosa! ¿No tienes bastante con Alan?

—Entonces, ¿vais en serio? —es la primera vez que Alan participa en la conversación.

—Oh, sí, vamos muy en serio. Queremos casarnos y tener bebés. Desde luego que eso último lo ponemos en práctica a diario... para mejorar la técnica, ¿sabéis? Seguro que entendéis a lo que me refiero —y dicho eso en tono juguetón, Nathaniel hace un gesto de picardía con los ojos.

Tengo que morderme el labio inferior para disimular la risa. Sus caras de bobos son un poema.

—¡Vaya! —exclama Charleen, intentando parecer sorprendida y no decepcionada— Pues sí que vais en serio.

—Mucho. Ella es mi Julieta, mi Yang, mi...

—Seguro que lo ha pillado, *cielito* —le interrumpo irritada, dándole unas cuantas palmaditas en el brazo.

Nathaniel gira la cabeza hacia mí y me sonríe, muy divertido por mi sarcasmo.

—No me cabe ni la más mínima duda, *cielito*. Si nos disculpáis, vamos a retirarnos a un sitio más tranquilo. ¿Vuestros invitados no habrán alquilado todos los hoteles de la zona, verdad? ¡Uf! Creo que vamos a necesitar una habitación de inmediato.

¡Oh, por el amor de Dios! ¡Qué vergüenza!

—Imposible iros ahora. Kitty me debe un baile.

Alan no espera una contestación. Me coge del codo y me guía hasta la pista de baile... o debería decir arrastra. Claramente el dinero no te hace un caballero.

Suena el *Danubio Azul*, uno de los favoritos de Alan si no lo recuerdo mal. De mala gana, adopto la elegante y erguida postura del vals y empiezo a moverme mecánicamente, evitando, en la medida de lo posible, el contacto con su cuerpo. No puedo centrar mi atención en el baile cuando Nathaniel me mira de la manera en la que me está mirando en este momento. Me descoloca por completo.

—¿No había más hombres que ese?

Giramos alrededor de la pista, sin perder la gracia de nuestros movimientos y sin que la sonrisa se borre de nuestros labios. Yo sigo mirando a Nathaniel por encima del hombro de Alan, y Nathaniel sigue mirándome a mí, con la mandíbula apretada y un brillo extraño en sus ojos.

—¿No quieres hablar o qué?

—¿Me vas a dar la charlita? —murmuro entre dientes.

La sonrisa de Alan se amplía. Cuando vuelvo a desviar los ojos, me fijo en que Nathaniel y Charleen han empezado a bailar también. No puedo evitar sentir una punzada de celos.

—Kitty, apenas sabes nada de él.

¡*Quítale las zarpas de encima, zorra! Céntrate, Catherine.*

—¿Y tú sí? —pregunto, distraída.

—Te partirá el corazón.

Pie izquierdo, pie derecho, barquilla alzada, hombros rectos.

—¡No me digas! ¿Te referías a que me dejará por otra más rubia y más boba que yo? No sé por qué, pero ya estoy acostumbrada a eso. Huy, espera. Sí que lo sé. ¡Porque tú ya lo has hecho!

—Y me arrepiento de ello todos los días de mi vida.

Estoy tan alucinada que se me olvida cual era el pie que debía mover. Recupero rápido el ritmo de mis pasos, pero no antes de pisar a Alan "por error". Le lanzo una sonrisilla inocente para disimular que dicho acto ha sido malintencionado y no una muestra de torpeza.

—¿Qué pretendes, Alan?

—Solo hacerte ver la verdad. Si supieras lo que yo sé sobre él, te lo pensarías dos veces.

Desciende la palma por mi espalda hasta llegar a tocarme el trasero, y me aprieta más fuerte contra su pecho. Yo le lanzo una sonrisa adorable, agarro su mano y la coloco en el sitio estipulado en las normas de buena conducta, es decir, en mi espalda, lo que hace que él suelte unas molestas carcajadas. Está borracho, y mira que es difícil que un irlandés se emborrache de esta forma. Algo va mal puesto que Alan, a pesar de sus orígenes humildes, siempre ha aguantado la bebida como un caballero.

—Nada de lo tú que me digas me hará cambiar de opinión, Alan, así que no insistas. Conozco a Nathaniel Black mejor que tú y sé de lo que es capaz y de lo que no.

Esta horrorosa canción se acerca a su fin. No veo el momento de que Alan retire sus zarpas. Miro de reojo a Nathaniel, él ya ha dejado de bailar —supongo que diez minutos de vals son demasiados minutos para él—. Suelto una maldición para mis adentros al ver como Charleen, arimada a él, se ríe como una idiota. Acto seguido, sonrío complacida al darme cuenta de que él, aunque es visible que se esfuerza por mantener una conversación con ella, no es capaz de prestarle demasiada atención. Varias veces, su mirada ardiente cruza la enorme sala para encontrarse con la mía. Y yo, sencillamente, no puedo apartar los ojos.

—Kitty, por favor, ¿quieres prestarme atención?

—¡Me llamo Catherine!

—Pero déjame que te cuente la verdad sobre tu novio. En cuanto lo sepas...

—No. No dirás nada porque me niego a seguir con esta absurda conversación. Adiós, Alan. Espero que seas muy feliz. Y ahora suéltame porque tengo que ir a rescatar a mi novio de las garras de esa arpía con lo que te vas a casar —adopto una mueca adorable y hago una reverencia—. Gracias por el vals. *Au revoir*.

Cruzo los pasos que me separan de mi "novio" a grandes zancadas. La conversación con Alan me ha irritado más de la cuenta. ¿Tal vez porque sé que lleva razón? Porque, en el fondo, sé que la lleva. Estoy haciendo malabares con fuego y acabaré chamuscada.

—No te dejes engañar por esas revistas sensacionalistas que catalogan de depravada mi vida sexual. No voy a engañarte, encanto. Nuestra relación es *muy* lujuriosa, pero en mi cama solo entra ella. No me gusta compartir, ni tampoco ser compartido.

Pongo los ojos en blanco al escuchar ese fragmento de la conversación de Nathaniel con Charleen. ¿Será zorra? Lleva con él menos de diez minutos y ya se le ha insinuado. ¡Que algún camarero me traiga una bolsa para mareos!

Me coloco detrás de Nathaniel y rodeo su cuerpo con mis brazos de manera posesiva. Como es mi novio y todo eso...

—¿No estaré interrumpiendo algún momento pasional, verdad? —apoyo la barbilla en su hombro y mi voz se vuelve melosa—. Puedo tolerar que me quites un novio, pero dos digamos que es demasiado porque... incluso mi infinita paciencia tiene su límite.

Charleen parpadea, algo abochornada, mirando a Nathaniel en busca de apoyo. Apoyo que no va a encontrar puesto que él tiene pinta de pasárselo en grande con esta pelea de gatitas.

—Catherine, yo no intentaba nada —balucea—. Es absurdo, voy a casarme dentro de una semana.

—Felicidades... otra vez. Ahora si no te importa soltarle...

—Oh, lo siento. No me había dado cuenta de que aún le sujetaba el brazo —suelta una irritante risita y se aleja un poco de Nathaniel—. ¿Sabes? Eres afortunada de que sea tu novio. Es el hombre más guapo de esta sala.

—Seguro que él también lo piensa —replico con sequedad, mirando cómo Nathaniel me dedica una perezosa sonrisa.

Un irritante carraspeo hace que nos giremos los tres. A nuestras espaldas, Alan, con los labios convertidos en una fina línea y la mandíbula apretada, nos observa con una expresión malhumorada en el rostro.

—Charleen, cariño, nos reclaman en la cocina. Se han vuelto a liar con los primeros. Te dije que había que contratar un chef francés. Donde haya un buen francés... —adopta una falsa sonrisa al mirarnos a Nate y a mí—. ¡Catherine y Nathaniel! Gracias por venir y, por favor, disfrutad de la fiesta. Tenéis que quedaros al menos hasta el poste. He encargado una tarta espectacular. Seguro que os va a impresionar.

Se despide de mí con otros dos besos y le aprieta, de muy mala gana, la mano a Nathaniel. Acto seguido, coge a su amada por la cintura y se alejan de nosotros.

—¿Se puede saber qué tramas esta vez? —le susurro cuando la feliz parejita está lo bastante lejos como para no oírme.

—Chiss... Aún nos miran. ¡Sonríe!

Nathaniel desliza la mano por mi espalda, pellizcándome el culo al mismo tiempo que una larga y encantadora sonrisa ilumina su rostro. ¡Jesús! ¿Cómo demonios consigue encontrar mi trasero con tanto cancán? ¡Ni que tuviera un GPS en los dedos!

—¿Acabas de pellizcarme el culo? —le pregunto consternada al perder de vista a los futuros novios.

—No te emociones, encanto. Había que fingir. Nos estaban mirando. ¿Champán?

Me ofrece una copa que cojo de mala gana. Le doy unos cuantos sorbitos y después vuelvo a dejarla encima de la bandeja de un camarero.

—¿Kitty?

Mis ojos se abren de golpe y me siento como si en vez de champán, hubiese tragado cristales. Giro la cabeza con una lentitud casi agónica. Ay, Señor. ¡Lo que me faltaba! ¿Por qué me castiga tanto el Universo? ¿Quién he sido yo en la otra vida? ¿Iósif Stalin? A mis espaldas, con un esmoquin negro, las manos hundidas en los bolsillos y su cabello moreno perfectamente peinado hacia atrás, está un hombre al que conozco más de lo que me gustaría admitir.

—Ed... ¿Edward?

—¡Kitty Collins! —Edward besa mis mejillas y se entretiene más de la cuenta—. Ya decía yo que parecías tú. ¿Qué haces en Nueva York y cómo es que no me has llamado?

Sonríó avergonzada. Edward finge no reparar en la presencia de Nathaniel, quien nos mira con la cabeza ladeada y mucho interés en su oscurecida mirada.

—Lo cierto es que no se me ha ocurrido llamarte. Sé que eres una persona muy ocupada —me aclaro la voz y me giro hacia Nathaniel—. Edward, te presento a mi jefe, Nathaniel Black. Nate, este es...

—¡Senador Carrington! —exclama Nathaniel y le tiende la mano—. Es un placer conocerle.

Edward desvía sus marrones ojos y examina a Nathaniel con desprecio, como si este fuera un gusano al que le gustaría aplastar. Nate, a cambio, esboza una media sonrisilla de lo más pícara.

—Señor Black, el placer es mío —al fin Edward aprieta la mano de Nathaniel—. Así que es usted el jefe de Kitty.

—Mejor. Su prometido.

¡Venga ya! Hace medio minuto éramos novios. ¿Cómo demonios nos hemos prometido tan pronto?

—Señor Black —canturreo avergonzada y agarro uno de sus brazos, donde ejerzo una presión más alta de lo normal— no comparta nuestros secretitos. A nadie le interesa nuestra vida privada.

—A mí, sí —interviene Edward en tono seco—. Con que prometidos ¿eh? ¿Lleváis mucho tiempo saliendo?

La maliciosa mirada azul marino sostiene la fría mirada de Edward.

—Lo bastante. ¿Y de qué conoce usted, senador, a *Catherine*? —recalca mi nombre, molesto por la familiaridad con la que Edward me ha llamado Kitty.

—Nos conocimos en una galería de arte de París —me entrometo yo para calmar un poco la tensión que se respira en el aire—. Edward y yo somos buenos amigos.

Nathaniel enarca una ceja y mete ambas manos en los bolsillos de su pantalón.

—¿Solo buenos amigos? —pregunta con escepticismo.

—Solo buenos amigos —repite el senador con esa sonrisa suya que hace que la gente le vote—. Vaya, me están llamando. Si me disculpáis...

Se abre paso entre las parejas que bailan un tango y se aleja de nosotros sin que nadie le llamara en realidad. Nathaniel me agarra de un brazo y me arrastra hasta un rincón apartado.

—¡Te has tirado al senador más puritano de Estados Unidos! —protesta, indignado.

—No digas bobadas —y con toda la tranquilidad, me arreglo el peinado.

—¿Su mujer lo sabe?

—No preguntes obviedades. Claro que no.

—Así que te lo tiraste.

Resoplo y entorno los ojos.

—No sabía quién era, ¿vale? Nos conocimos en una galería de arte, fuimos a tomar algo y ¡sí! ¡Lo hicimos! En París es algo muy normal. Solo ha sido una aventura de una noche. Ignoraba que estuviera casado. Me lo dijo después.

—¡Y luego me acusas a mí de ser un *playboy*! Yo al menos tengo la decencia de hacer mejores elecciones que tú. ¿Pero el senador? ¡Sí es católico, por el amor de Dios! Y es demasiado viejo para ti.

Hago una mueca de exasperación.

—Solo tiene treinta y cinco años.

—A eso me refiero.

—¡Tú tienes treinta y seis!

—Cierto, pero yo he bebido tanto *bourbon* que me conservo mejor —abre mucho los ojos y se inclina sobre mí—. Soy como los lagartos de los laboratorios de biología —me susurra al oído.

—¿Por qué no me dejas en paz? —pregunto con toda la irritación de la que soy capaz, y le doy la espalda para dirigirme hacia la barra. Para mi desesperación, me sigue.

¡Necesito alcohol! Agarro una copa de champán de la bandeja de un camarero y me la tomo de golpe. Sin dejar de andar, la devuelvo vacía encima de la bandeja de otro camarero. Calculo vagamente lo que se habrá gastado Alan solo en pagar a todos estos camareros vestidos de blanco que parecen estar en todas partes.

Llego a la barra improvisada, donde un barman organiza un auténtico espectáculo lanzando las botellas por el aire para luego recogerlas y servir el alcohol a los invitados. Nathaniel se coloca delante de mí, sin prestarle atención al *show*. Me mira tan fijamente que noto cómo mis mejillas adquieren un poco de color. ¡Maldición!

—Por lo poco que he visto esta noche, te ponen los millonarios y los capullos infieles. ¿Sabes qué? Definitivamente, lo nuestro tiene futuro.

—*De gustibus et colon bus non est disputandum.*

Se echa a reír en voz baja.

—Cierto. Los gustos y los colores no se discuten. ¿Sabes? Si hay algo más excitante que una mujer con un gusto exquisito, es una mujer que habla latín. ¡Bailemos!

No me da tiempo de negarme porque me coge por la cintura y me lleva a la pista de baile. La orquesta interpreta ahora *Donauweller*, uno de mis vales favoritos, y Nate es realmente bueno bailando. Aún no he descubierto algo en lo que no sea bueno. Besa, baila vals, seduce y cabrea. Y todo lo hace tan jodidamente bien...

—¿Cuál fue tu primera impresión sobre mí? Si puede saberse, claro.

—Que eras un *playboy* narcisista.

Suelta una carcajada y desliza la mano por mi espalda hasta llegar mucho más abajo del sitio estipulado, pero sin pasarse como Alan hizo. Un molesto escalofrío recorre mi cuerpo de pies a cabeza cada vez que él mueve la mano.

—Y ahora que me conoces, ¿sigues pensando lo mismo?

—Por supuesto que no —al ver su sonrisilla de complacencia, siento la necesidad de bajarle un poco los humos, así que añado—. Ahora pienso que eres un alcohólico, arrogante y *playboy* narcisista.

Vuelve a reírse.

—Me gustas, Mary Poppins. Eres directa.

Adopto un aire digno.

—No sabes cuánto. Vuelve a llamarme Mary Poppins y te patearé el culo. Oh, lo siento. ¿He sido demasiado directa para ti?

Nathaniel estudia con atención mi expresión divertida y me atrae un poco más cerca de él. Coge mi mano derecha y la apoya encima de su pecho, de modo que siento cómo su corazón late a toda velocidad, tan deprisa como el mío. Y cuando sus labios se curvan en una deslumbrante sonrisa, no solo es que mis pulmones ya no den abasto, sino que empiezo a sentir mariposas revoloteando por todo el estómago. ¡Tiene que ser una broma! Mi comportamiento es patético. ¡Esas no son mariposas, son polillas y deben morir!

—¿En qué piensas? —me pregunta de repente.

—En el exterminio de algunas plagas.

Parpadea sorprendido.

—¿Plagas?

—Ajá. Polillas.

—¿Polillas?

—¡Sí! ¡Polillas! ¿Quieres dejar de repetir todo lo que digo?

—De acuerdo —se queda callado mientras rodeamos la pista—. Tu amiga Charleen me ha tirado los tejos. Pensé que te gustaría saberlo.

Entorno los ojos. Algunas son así de vulgares.

—No me sorprende tu revelación. La sutileza no se incluye entre sus virtudes.

—¿Y por qué? ¿Por qué querías exterminar unas polillas? —aclara al ver mi cara de confusión.

—¿Quieres dejarlo ya? —exijo irritada—. Es evidente. ¡Todas las mariposas deben morir!

—Así que no son polillas, sino mariposas. Eso lo cambia todo.

—¡Es lo mismo! Polillas, mariposas... ¿Qué más da? Bichos.

Nathaniel se muerde el labio y me levanta la barbilla para atraer mi mirada hacia la intensidad azul de sus ojos. Su boca me sonríe, sus dedos me rozan los labios mientras que su mirada, oh, su mirada...esos ojos penetrantes no prometen más que problemas. Peligro. Nathaniel Black es el único hombre del que no debo enamorarme y, aun así, el único perfecto para mí. Y los dos lo sabemos. Lo supimos en cuanto nuestras miradas se cruzaron por primera vez.

Inclina la cabeza y su boca desciende sobre la mía, borrando de repente todos mis miedos y mis reservas, todo mi pasado y mis relaciones fallidas. Yo enredo los dedos en su oscuro cabello y le devuelvo el beso con la misma desesperación.

—Creo que ahora podemos irnos a casa. ¿Qué opinas, preciosa?

—Totalmente de acuerdo —le contesto, pensando en que iría hasta al mismísimo infierno con tal de que vuelva a besarme de esa manera—. Ya hemos hecho acto de presencia, y gracias a ti he aguantado la velada sin ninguna clase de humillación, con lo que...gracias. Eres un buen tío.

Él se ríe complacido.

—Ya te dije que nadie me gana en amabilidad.

Resisto el impulso de sacarle la lengua. Ahí está el señor “te lo dije”.

Hacemos el camino de vuelta en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. Cuando llegamos a casa, como el caballero que nunca será, Nathaniel Black me acompaña hasta la puerta de mi habitación, donde me abraza y me da un largo beso.

—Bueno, ya hemos llegado. Debería irme antes de medianoche —bromeo, intentando liberarme de su agarre.

Hace un gesto de negación con la cabeza y sus brazos se tensan alrededor de mi espalda.

—Me temo que esta vez no saldrás corriendo, amor.

—Mi intención es ir despacio. Estos zapatos son un tormento.

—No te hagas la graciosa. No va contigo.

—Ni tú el listillo. Tampoco va contigo. ¡Y ahora suéltame!

Sin tener en cuenta mis protestas, me envuelve con más fuerza entre sus brazos.

—No pienso soltarte —susurra, deslizándose muy despacio las manos por mi espalda. *Padre nuestro que estás en los cielos...*

—Ni yo quedarme en el pasillo durante el resto de la noche. Así que dime ¿cómo lo hacemos?

Sus dientes se asoman por debajo de la sonrisa de chico malo que me dedica. Me coge la barbilla con una mano y me levanta la cara.

—Sencillo. Tú y yo. Juntos. En una cama. Te dejo el poder de elegir si en la mía o en la tuya.

Y dicho esto, vuelve a atrapar mi boca. Agarra mi pelo con una mano y echa mi cabeza hacia atrás para obtener un mejor acceso. Su beso ofrece tanto cuanto exige y, como siempre, me despoja de toda lucidez.

—Nunca he deseado a alguien como te deseo a ti. Dime que serás mía —nuestros cuerpos están ahora pegados, y su húmeda boca se arrastra por mi cuello.

Coge mi cabeza entre las manos y me mira los labios con tanta pasión que me derrito. *¡Está bien! ¡Para ahora mismo, Catherine Collins! ¡Dile buenas noches y lárgate!*

—No vas a tenerme. Jamás seré un trofeo más en tu colección de novias.

—Mentirosa —su voz suena divertida—. Sabes que es cuestión de tiempo.

Arrastra lentamente las palmas por mi espalda, se detiene por un instante en mi cintura, vuelve a ascender por mis costados y acaba acariciando con las puntas de sus dedos mis pezones que, los muy traicioneros, duros como una piedra, empujan contra la tela negra de mi vestido de noche.

—Lo he imaginado toda una y otra vez en mi mente —murmura con voz profunda, introduciendo una mano dentro de mi escote. Su respiración revela lo excitado que está—. Todas las noches me voy a la cama, consciente de que solo nos separa mi mala reputación, tu irritante orgullo y una débil pared. Y todas las noches cierro los ojos y pienso en ti. Pienso en cómo besaría cada dulce centímetro de esta... perfecta... piel si cayera esa maldita pared.

—Detente... Nate... por favor...

Cierro los ojos durante un momento y, cuando vuelvo a abrirlos, he tomado una decisión. Lo que tenía que haber hecho desde el principio. Mantenerme alejada de él. Esto tiene que parar y debo pararlo antes de perder el poco control que me queda. Antes de que me destruya el corazón. No puedo enamorarme de él. O, mejor dicho, no debo enamorarme más de lo que ya lo he hecho. Me lo ha advertido él mismo. No me gustaría el hombre que es en realidad. En el fondo de mi alma sé que eso es cierto. ¡Hay tantos escándalos sexuales! No, no puedo amar a Nathaniel Black. Eso me consumiría.

—¡Está bien! ¡Detente ahora mismo, Nathaniel Black!

—No va a pasar, muñeca— tuerce los labios y en la expresión de su rostro se refleja una mezcla de ansia, arrogancia y determinación—. Me prometí mantenerme alejado de ti, pero esta noche estoy lo bastante sobrio como para reconocer que mis promesas no valen una mierda.

Me da vueltas. ¿Cómo demonios voy a salir de esta? Me sujeta demasiado fuerte y las copas de más que se ha trincado en la fiesta no ayudan. No entrará en razón e intentará persuadirme para que me quede. Y yo quiero tanto quedarme... Pero tanto, tanto, tanto... Sin apartar los ojos de los suyos, retrocedo despacio hasta golpearme contra la pared. ¡Maldición! No contaba con la maldita pared. Ahora estoy arrinconada. ¡Espléndido! Nathaniel mueve la cabeza con energía, como diciéndome que no conseguiré escabullirme esta vez y, de repente, sus manos se tensan en mi pelo.

—No luches. Tengo el control. Esta vez no saldrás corriendo, *bizcochito*.

—Si mía será la derrota, perderé luchando —le digo de manera teatral.

—Tú lo has querido, Shakespeare.

Usando toda la fuerza de mi diminuta talla 36, empujo su pecho con las dos manos, sin conseguir alejarle ni un milímetro. Vuelvo a intentarlo, sin resultado alguno. Él me mira divertido, con la cabeza ligeramente ladeada. Le brillan los ojos de placer lascivo y su sonrisa de chico malo ha vuelto.

—Cuando quieras, eres libre de rendirte, preciosa.

—¡Jamás!

Resopla con fastidio y el regocijo se borra de sus facciones. Sus manos, que se aferran a mi trasero, me atraen todavía más hacia él, de modo que su impresionante erección está ahora empujando contra mi vientre. Ay, Señor. No quiero irme.

—Quédate conmigo esta noche, por favor —me susurra al oído con la voz ronca por la excitación—. Solo tú puedes salvar mi alma.

Me dedica una mirada hambrienta y desesperada, como si realmente pensara que yo soy la salvación que tantos años había esperado. Y eso me conmueve. Me conmueve que un hombre como él parezca tan torturado en este instante. Me conmueve tanto que se me olvida quién es, cómo es, lo que hace para divertirse y, sencillamente, me dejo engañar por sus palabras.

—Oh, Nate... —murmuro, arrastrando mi dedo índice por su labio inferior.

Cuando se inclina para volver a besarme, ya no hago nada para apartarle. Su tacto y ese olor tan suyo que desprende su piel consiguen que pierda la cabeza por completo. Al instante, sé que quiero más. Claro que sí. Quiero mucho más que unos cuantos besos robados. Lo quiero todo. Y es muy cruel saber que no voy a tenerlo. Duele ser consciente de que lo único que él quiere de mí es sexo. Me usará y me tirará a la basura como a condón usado, sin remordimientos siquiera. Y después volverá con su deslumbrante novia a la luz de los focos mientras que yo me arrastraré por la vida como una lagartija moribunda, en la oscuridad y en el anonimato, intentando reconstruir mi corazón roto. Casi puedo visualizar esta horrible película conmigo misma en el papel principal.

—Suficiente. Para ya— intento apartarme, pero me domina con la fuerza de su cuerpo y me obliga a responder a su beso.

Me pongo rígida, el corazón me late de manera frenética.

—¿Parar? —recorre el lóbulo de mi oreja con la lengua—. No seas embusterilla. Tú no quieres que pare.

—Lo que yo quiero y lo que yo necesito son dos cosas muy distintas —aprovecho su confusión para liberarme de su abrazo—. Necesito que corra el aire.

Gracias.

Me alejo un poco y me coloco la ropa mientras recupero el aliento y la compostura.

—Lo siento Nate, pero esto no puede pasar entre tú y yo.

Nathaniel me mira perplejo, como si yo fuera un ser de otro planeta. Supongo que es la primera vez que alguien osa rechazarle. ¡A él! ¡El *sex symbol*! ¡El mito por el que suspiran millones de mujeres en el mundo entero!

—¿Por qué no? Sabes que me deseas tanto como yo a ti. ¿Acaso eres virgen?

—¡Por supuesto que no! Es solo que eres mi jefe. No puedo tener un... *affaire* contigo.

A pesar de que sus labios muestran una sensual sonrisa, su cuerpo se tensa de forma visible.

—¿Un *affaire*? ¿En serio es eso lo que piensas que puedo ofrecerte?

¿Es posible que él quiera algo más? ¿Puedo permitirme el lujo de pensar que está enamorado de mí?

—¿Acaso hay algo más? —murmuro, con la voz temblorosa por la emoción.

—Por supuesto, princesa.

Mi corazón late frenéticamente a la espera de esas palabras que podrían cambiar mi vida para siempre. Y Nathaniel, por lo visto, disfruta torturándome con la expectativa porque hace una larga, muy larga, interminable pausa antes de seguir. No, ha vuelto su sonrisa maliciosa. Oh, no. Esto no va a gustarme.

—Puedo ofrecerte el mejor sexo de tu vida. Una relación carnal de alto voltaje, intensa e impactante. Una experiencia como nunca antes habías tenido.

Sus palabras producen el mismo efecto en mí que una jarra de agua fría empapando mi ropa. No puedo evitar poner una cara de decepción que él capta al instante. Pues claro que no hay nada más. Es solo sexo para él. ¿Y qué esperabas?, ¿que te pidiera matrimonio? Madura, Catherine. Ya no estás en Disneyland. Esto es el mundo real, y en el mundo real, los hombres como él no acaban con mujeres como tú.

—¡Uau! Eso ha sido realmente...uf... —sonríe, avergonzada por mis balbuceos—. Ha sonado como la reseña de *Cincuentas Sombras de Grey*.

Por un instante, el rostro de Nathaniel Black se mantiene inexpresivo. Luego explota en una risa tan irritante que aprieto con fuerza los puños para no abofetearle.

—Debería ser capaz de distinguir entre ficción y realidad, señorita Collins. Grey no es real. Esto sí—coge mi mano y la presiona encima del bulto de sus pantalones.

Esto es...no puedo con esto. Es abrumador. *¡Deja de mirarme así, por el amor de Dios, o haremos el amor aquí mismo!*

—¿Sabes qué? Es mejor que nos vayamos a la cama. Mañana será un día largo y necesitamos descansar. Buenas noches, Nathaniel. Gracias por acompañarme.

Entro en mi habitación, cierro la puerta de golpe y me recuesto contra la pared, completamente descompuesta, intentando recobrar el aliento. Pasado un tiempo, oigo sus pasos alejándose por el pasillo. Me dejo caer al suelo, entierro el rostro entre las rodillas y empiezo a llorar, sin ni siquiera entender por qué. ¿Por qué estoy llorando una pérdida si yo no he perdido nada?

Marco el número de Emma y espero un tiempo hasta que lo coge.

—Vaya, al fin te dignas a ponerte en contacto con tu mejor amiga. ¿Tengo que enterarme por tu madre de que estás en Nueva York?

Suelto un suspiro. Definitivamente no estoy de humor para reproches.

—Nathaniel me ha pedido que me acueste con él —suelto de repente.

Oigo un ruido al otro lado del teléfono, como si a Emma se le hubiera caído algo de las manos. Frunzo el ceño y casi puedo visualizarla sentada en el enorme sofá de su elegante mansión, pegada a ese horrible teléfono rosa que tiene. Seguramente vestida con un elegante camión de Chanel. Tal vez un Dior...

—¿Y qué has hecho? —pregunta, después de una eternidad.

—Desearle buenas noches.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Has rechazado a Nathaniel Black?

Pongo los ojos en blanco al escuchar la indignación que percibo en su voz. ¿De parte de quién está?

—Es eso lo que he dicho, ¿no?

—Perdona, es que estoy en estado de *shock*. No entiendo por qué alguien haría algo así. A no ser que seas virgen...

Su comentario me encoleriza aún más.

—¿Por qué la gente no deja de preguntarme eso? ¿Está escrito en mi rostro que soy virgen y necesito que me echen un buen polvo?

Mi mal humor se volatiliza y suelto una carcajada al escuchar su risa divertida.

—Vale. Digamos que no eres virgen.

—Sabes que no lo soy.

—Entonces ¿por qué?

—No era el momento. Además, mi horrible imaginación me ha proyectado una imagen conmigo misma, vieja, sucia y pobre, deambulando por los oscuros callejones de Londres en busca de un amor perdido.

—¡Oh, querida! Eso es verdaderamente inquietante. Deberías consultarlo con un psiquiatra. Pero hazlo después de tirarte a Nathaniel Black. Debería darte vergüenza hablarle rechazado. Pobre muchacho.

—¿No crees que deberías decirme algo así como “*bien hecho, Catherine, sigue por ese camino*” o “*no cedas a su constante acoso, tú puedes*”?

—Eso no serviría y tú lo sabes.

—Cierto, pero es lo que se supone que debes decir.

—Tal vez, pero las buenas amigas nunca decimos lo que se *supone* que debemos decir, sino la verdad. Y la verdad, querida mía, es que deberías acostarte con él. Si Nathaniel Black quiere echarte un polvo, debes hacerlo. Es tu deber patriótico.

No puedo dejar de reírme después de colgar el teléfono. ¡Menudo consejo! Aunque, ahora que lo pienso mejor, puede que lleve razón. Tal vez debería acostarme con él. Incluso puede que se enamore de mí, me pida matrimonio y tengamos bebés. ¡Qué demonios, lleva razón! Quien no arriesga, no se divierte.

Capítulo 7

Me levanto por la mañana temprano con más energías de lo habitual. Hoy es un gran día. Pienso acostarme con Nathaniel Black. Sonríe para mis adentros mientras me pongo unos vaqueros y una sudadera de Oxford. Iré a hacer la compra. Otro día a régimen de zumo de naranja y soy capaz de pegarme un tiro. Dios no quiera que acabe con una sobredosis de vitamina C y se me alisen las líneas de expresión. Sería verdaderamente horroroso.

Doy una vuelta rápida por un supermercado cercano, donde compro huevos, bacón, harina, leche y cereales. Hoy vamos a desayunar algo en condiciones. Momentos más tarde, me bajo del taxi delante del portal con una estúpida sonrisa dibujada en la cara, complacida por el maléfico plan que mi mente ha trazado de camino a casa. Voy a seducir a Nathaniel Black y su novia no está aquí para impedírmelo. Inspiro profundamente el contaminado aire de Nueva York y empiezo a subir los escalones con más energía que nunca. *La vie est belle.*

—Buenos días —le digo con alegría al portero, un chico alto y delgado, muy joven, que se apresura a abrirme la puerta y a ayudarme con las bolsas.

Creo que se llama Jensen, Jaread, Jasper o algo por el estilo. Por si acaso, no digo su nombre.

—¿Hay una fiesta en el edificio? —pregunto mientras subimos en el ascensor.

Los ritmos de hip hop deben de escucharse desde Nueva Jersey.

—¿En un edificio lleno de actores y cantantes? Siempre hay una fiesta aquí. Acabará acostumbrándose —me contesta con una extraña sonrisa en los labios.

Como si supiera algo que yo ignoro. Mmm...

Le doy las gracias y una buena propina por subirme las bolsas, y entro, usando la llave que tengo en mi posesión desde ayer. Como Nathaniel estaba de buen humor antes de que le rechazara, me la dio en un acto de buena fe. Veremos a ver si hoy no me la pide de vuelta.

—¿Qué demo...?

Me paro en la puerta, con los ojos como platos y una expresión de estupefacción en la cara. No se me han caído las bolsas de puro milagro. Paseo con la mirada por toda la habitación y, para mi fastidio, siento que se me llenan los ojos de lágrimas. ¡Ahora no, joder! No hay tiempo para lloriqueos. Has sido advertida por tu conciencia de que esto iba a pasar y ¿qué has hecho? Nada más y nada menos que enamorarte de él. ¡Ahora te fastidias!

La escena que se desarrolla delante de mi parece sacada de *muyzorritas.com* o algo por el estilo. El salón está repleto de mujeres, de todas las razas y colores. Al señor Black nadie puede acusarle de ser racista. Algunas están completamente desnudas, otras llevan el tanga y, las más puritanas, han mantenido incluso el sujetador. ¡Gran detalle por su parte! Lo único que tienen en común es que todas están restregando sus cuerpos a ritmos de ese horrible hip hop, se besan y beben *bourbon* de las botellas que hay por todas partes.

A través del grueso humo de —quiero pensar que tabaco—, diviso a Nathaniel. Está sentado en el sofá con dos chicas desnudas encima de él. Una, rubia de piernas largas y una XXL de sujetador, está besándole el cuello, mientras que la otra, menudita y morena, le acaricia el torso desnudo. Solo lleva los pantalones puestos —gracias a Dios— y una botella en la mano.

Por un momento me abandona el sentido común y la decepción me golpea sin compasión alguna. La sensación de pérdida se vuelve más fuerte que nunca. No debería sentirla, entre él y yo no había nada, es libre de hacer lo que le plazca. Y, sin embargo, ahí está, clavada en mi débil corazón. Todas las esperanzas, las ilusiones y las expectativas se derrumban delante de mis narices, como un castillo de naipes al girar el pomo de la puerta. Mi hasta ahora perfecta vida empieza a desmoronarse y no sé si sentirme asqueada, indignada o con ganas de morirme. Ayer estaba prácticamente suplicándome para que me quedara a pasar la noche con él y ahora está montando una orgía romana en el salón de su casa. Solo llevo fuera una hora. ¿Cuándo demonios ha tenido tiempo de organizar todo esto?

—¿Por qué no subes el volumen de la música un poco más? Los cristales aún siguen en pie —le grito lo bastante alto para que pueda escucharme.

Nathaniel levanta la mirada y me saluda con un gesto de cabeza. Sus bonitos ojos azules brillan con malicia.

—Ya sabes cuánto disfruto complaciéndote, princesa.

Aparta a las chicas, se dirige hacia mí, se agacha —rozando mi cuerpo con su pecho desnudo a posta, solo para cabrearme— y sube el volumen del equipo de música que está justo detrás. Luego se desplaza hacia el otro extremo de la habitación, donde se deja caer en el sofá y le da un buen trago a la botella que en ningún momento ha soltado de la mano. Su sonrisa, tan arrogante e irónica como siempre, enciende mi ira.

Recorro el salón hecha una fiera, esquivando botellas vacías y señoritas desnudas, le arranco la botella de *bourbon* de la mano y la lanzo al cubo de la basura con una precisión que asombraría al mismísimo Jordan. Y me da igual que esté medio llena. Es rico, puede permitirse derramar medio litro de alcohol. Después hago el mismo camino de vuelta y desenchufo el equipo de música. ¡Bendito silencio! Se escuchan protestas entre las damas.

—A la que no le guste el silencio, es libre de marcharse —les grito furiosa.

—Si no te gustaba *50 Cent*, solo tenías que haberlo dicho, amor. No hacía falta armar tanto escándalo.

Decido ignorar el sarcasmo del *playboy*.

—¿Quieres explicar todo esto?

Nathaniel curva los labios en una lenta, amplia y odiosa sonrisa.

—Me gustaría decirte que no es lo que parece, pero me temo que lo es. En América lo llamamos orgía.

Noto cómo se tensan todos los músculos de mi cuerpo y cómo la respiración se me acelera. Así que a esto le llaman furia.

—¿Encuentras un perverso placer en jugar con mis nervios, verdad? —digo en tono demasiado agudo.

—En realidad, sí. Debo de haber nacido para molestarte —me contesta él, lanzándome una sugerente sonrisa.

—¿Podemos hablar a solas, si no es mucha molestia?

A pesar de que suspira hastiado, se pone de pie y me sigue por el vestíbulo hasta la biblioteca. Le sujeto la puerta hasta que entra y después cierro de un portazo, y me giro hacia él. Se sienta encima del escritorio, con los brazos cruzados a la altura del pecho y la cabeza ligeramente inclinada, y me observa divertido. Me cuesta mantener la calma. La ira hierve tanto en mi pecho que siento unas tremendas ganas de pegarle ahora mismo para borrarle esa sonrisa irritante.

—¿Qué pasa, amor? ¿Te ha molestado la orgía de bienvenida?

—¿Esta es tu manera de vengarte por lo de ayer? ¿Transformando tu casa en la mansión *Playboy*? —se la devuelvo, recobrando cierta serenidad.

—Baja de tu nube, princesa de pasarela. No todo lo que hago tiene algo que ver contigo.

¡Y una mierda que no! ¿Acaso piensa que tengo cinco años?

—¿En serio? Porque es justo lo que parece. Estás comportándote como un crío y lo sabes.

—¿Tú crees? —curva las comisuras de su boca en una sonrisilla sardónica— Mmm... Tal vez llesves razón. Tal vez me comporte como un crío o... simplemente puede que yo sea así. Como te he dicho, tengo varias facetas. Seguro que ya te has dado cuenta de que soy superficial, inmaduro y..., según mi fiel hermanito, algo ególatra. ¿Acaso pensabas que por habernos besado eso iba a cambiar? Si es así, tienes más vanidad que sentido común, princesita. ¡Tú no me vas a cambiarme a mí! No me vas a convertir en algo que no soy por mucho que me beses. Deberías dejar de leer esos aburridos cuentos de los hermanos Grimm. En el mundo en el que yo vivo, una rana no se convierte en un príncipe con un simple beso. Fuiste lista anoche marchándote. Deberías mantenerte alejada de mí. No soy el hombre que piensas que soy.

—¿Sabes lo que pienso? Que estás dolido. No puedes entender que una mujer te haya rechazado, y ahora intentas castigarme a tu retorcida manera —contraataco, irguiendo la cabeza.

Alza su pétreo rostro para mirarme a los ojos cuando me planto delante de él.

—Tú no me conoces —dice con tranquilidad.

—Claro que sí. Te conozco mejor de lo que crees.

—¿En serio?

—Usas el sarcasmo para apartar a las personas de ti porque temes que puedan verte como realmente eres. *Vulnerable*. No te enfrentas a los problemas, prefieres ocultarte detrás de una botella de *bourbon* y esa sonrisa maliciosa. ¿Me acerco?

Una ligera sonrisa comienza a asomarse en los bordes de su boca.

—Sigue, no te cortes. Apunta directo al corazón, amor. Por lo visto, tienes buena puntería.

—Eres frío. Tu casa refleja eso. Eres frío y, a veces, cruel, aunque no siempre lo has sido. Debes de arrastrar algún trauma de la infancia. Hmm... Puede que mamá o papá, seguramente los dos, hayan pasado de ti y eso te ha dejado grandes carencias. Careces de amor.

—¡Tú no sabes una mierda sobre mí! —ruge, poniéndose de pie.

Con un movimiento brusco, arrastra el brazo por el escritorio, arrojando al suelo todos los objetos que hay encima. La lámpara, un cenicero, una botella de *bourbon* a medio beber, una foto suya en ropa interior —es de locos, ¿quién tiene una foto suya en ropa interior en la biblioteca?—, su portátil y toda la correspondencia se precipitan hacia el suelo. Un ruido infernal resuena en toda la habitación al estrellarse contra el mármol. Cuando vuelve a girarse hacia mí, su pecho se mueve al ritmo de su agitada respiración, y oleadas de furia se reflejan en su ya oscurecida mirada.

—Y luego está el corazón partido —añado, como si me importara un comino su rabia.

Nathaniel se queda paralizado al lado del escritorio, como si acabara de recibir un duro golpe. Durante un breve instante, veo una chispa de dolor reflejada en su mirada.

—¿Corazón partido? —musita, levantando los ojos para buscar una explicación en mi semblante.

Yo le sonrío con amargura. Me noto la garganta seca y áspera, todo lo contrario a mis ojos, que empiezan a humedecerse.

—Siempre hay un corazón partido —murmuro, de pie delante de él.

No puedo evitar rozar su mejilla con los nudillos de mi mano. Él permanece callado e inexpresivo, la belleza distante de su rostro casi ni parece humana en este momento. Por primera vez en su vida, Nathaniel Black no tiene una réplica sarcástica.

—Lo siento —me quedo sin voz durante unos instantes, limitándome a recorrer el contorno de su rostro con los dedos—. Siento que te hayan hecho tanto daño —añado en voz apenas audible.

—No sabes de lo que hablas —agarra mi mano y me obliga a parar—. Dices cosas que no entiendes y te equivocas. No hay un corazón partido—gruñe entre dientes.

Retrocede unos pasos para apoyar su cuerpo contra una estantería llena de libros que, apostaría mi alma, nunca ha hojeado.

—Esa falsa seguridad, tu deseo de controlarlo todo, la frialdad que finges, nada de eso consigue engañarme. Hasta Nathaniel Black fue capaz de amar en algún momento. ¿Quieres hablar de ella?

Él curva los labios en una cruel sonrisa.

—¿Quién se ha muerto y te ha hecho a ti mi psicóloga?

Paso por alto su sarcasmo. Ahora sé que solo es uno de sus métodos de autodefensa.

—No entiendo cómo ella ha sido capaz de convertirme en esto. Estás perdido, Black. Ya no sabes quién eres y te compadezco por ello.

—No necesito tu condenada compasión —reniega entre dientes, y su semblante su vuelve cada vez más duro.

Me da la espalda, apoyando la frente contra la estantería. Debe de estar rezando en silencio para que yo desaparezca de su vista. Tal vez de su casa. Posiblemente de su vida. Y eso era lo que tenía pensado hacer hace cinco minutos. Cuando entré en esta biblioteca, lo hice con la clara intención de dimitir y, sin embargo, ahora, ahora no puedo hacerlo. En este momento me parece tan indefenso, tan solo, tan dolido que soy incapaz de darle la espalda. Nathaniel Black necesita mi ayuda y se la ofreceré, aunque sea lo último que haga. El fin justifica los medios, ¿verdad? Tomaré eso al pie de la letra.

Acorto la distancia que nos separa, colocando una mano en su hombro para atraer su mirada.

—Necesitas mi ayuda —murmuro cuando se gira de nuevo hacia mí—. Vives en el pasado y te esfuerzas por ignorar la realidad del momento, pero no vas a poder seguir así por mucho más tiempo. Estás viviendo una fantasía, Nate. Nada es real y, tarde o temprano, tendrás que enfrentarte a todos tus demonios y a los fantasmas del pasado. Tal vez pienses que algún día el *bourbon* o las orgías llenarán ese vacío que hay dentro de ti, pero ¿sabes qué? Nada lo hará jamás. ¿Lo comprendes?

Se limita a mirarme con profundo dolor en sus ojos, una mirada que me desarma por completo.

—Eres cruel —su voz suena tan gélida que congelaría hasta una llama.

—Solo realista.

Lo miro ausente durante un buen rato, incapaz de comprender lo que acaba de pasarme. Hace un momento estaba estallando en una furia que pensaba ser incapaz de controlar y ahora no queda ni rastro de ello. No soy capaz de sentir nada ahora mismo. Ha desaparecido la decepción, he enterrado la ira en algún profundo lugar de mi interior, y me he abandonado a una conmovedora frialdad. Solo hay un gran vacío dentro de mí. El mismo gran vacío que se refleja en la mirada de Nathaniel.

—Sé buen chico y vete a la ducha. La prensa llegará de un momento a otro. Ningún cliente mío hará una entrevista en estado de embriaguez, posiblemente drogado y, sin lugar a dudas, apestando a sexo. ¿He sido lo bastante explícita para ti o necesitas que te haga un dibujo?

La barbilla de Nathaniel se alza y sus ojos me miran fijamente durante unos instantes. No necesito que me conteste nada, instintivamente sé que hará lo que le he pedido. Sin volver a decirnos ni una sola palabra, le doy la espalda y salgo de la habitación.

Regreso al salón, donde lanzo una escrutadora mirada a mí alrededor, con el ceño fruncido, mientras pienso en cómo voy a arreglar este caos en menos de dos horas. ¡Dios, como desearía ser capaz de irme ahora mismo! Dejar a Nathaniel Black solo, indefenso y atormentado. Pero no puedo. Por alguna oscura razón, siento que mi sitio está aquí, con él. A buenas horas desarrollo una consciencia, con lo molesto que es eso.

Soltando maldiciones hacia mis adentros, me subo encima de una silla para que todo el mundo por muy borracho que esté, pueda verme y oírme.

—A ver, señoritas, esta fiesta ha acabado. Gracias por venir y, por el amor de Dios, no volváis más —grito tan alto que las que estaban cerca de mí necesitarán un chequeo de su oído interno mañana.

Me bajo de un salto y les abro la puerta para que se larguen de una vez. Al hacerlo, choco con la mirada divertida de Jasper. ¿O era Jared? Lo que sea. Está en el rellano, sujetando un chihuahua entre sus brazos, y sonrío socarrón al ver el desfile de mujeres medio desnudas.

—¿Ves algo que te divierte? —pregunto con mal humor.

Jared, Jasper, sea cual sea su nombre, parpadea sorprendido y se mete deprisa en el ascensor. Complacida por el susto que le ha causado al pobre muchacho, espero paciente hasta que sale la última furcia, y después cierro la puerta tan fuerte que es un milagro que los cristales no hayan cedido.

Necesito arreglar esto como sea y no tengo tiempo para esperar a que venga la chica de la limpieza. Me temo que voy a tener que arremangarme y, por primera vez en veintiséis años, limpiar. Entro en la cocina y abro armario tras armario hasta encontrar todo lo que necesito. Supongo que la limpieza de una casa es parecida a una limpieza de cutis. Hay que desinfectar, frotar y proteger. Así pues, cojo lejía, esponjas y guantes. Media hora después, el salón está impecable. He recogido todos los objetos tirados al suelo, desde sujetadores hasta un sospechoso polvo blanco que sinceramente no quiero saber lo que es, los he introducido en unas enormes bolsas de basura, y lo único que queda ahora es destruir las pruebas. A tal efecto, presiono el botón que comunica el ático con la conserjería. A través de un pequeño monitor que hay al lado de la puerta, veo la cara sonriente de Jensen.

—Esto... perdona, no sé tu nombre.

—Jerrod —me contesta.

Casi.

—Jerrod. ¿Te importaría enviar a alguien a por las bolsas de basura que he dejado en el rellano?

—Subirá la señora de la limpieza en dos minutos.

—Bien. Gracias, Jerrod.

Repaso por última vez el salón. Está todo perfecto. Las grandes ventanas abiertas dejan pasar un frío pero bienvenido aire, y los ambientadores de limón

cumplen con las expectativas. Le echo un vistazo al reloj, aún me queda una hora. Iré a ver en qué estado está el *playboy* antes de ducharme.

—¿Estás visible? —golpeo suavemente la puerta de su habitación.

—Compruébalo tú misma.

Entorno los ojos. No estoy de humor para más juegucitos. He tenido bastante malicia Black por hoy. Resoplo, me armo de paciencia y abro la puerta. Está arreglándose los gemelos de la camisa cuando entro.

—¿Y bien? ¿Qué opinas, amor?

Me mira expectante, con las cejas alzadas y una media sonrisa en los labios. Y yo lo único que quiero es morirme.

—Oh... Dios... mío.

Su rostro se convierte en una mueca de suficiencia.

—Lo sé. Estoy tan irresistible que lo que quieres es tirarte a mis brazos y besarme con desesperada pasión —me dice con ese brillo malicioso en su mirada.

—Siento decepcionarte, *playboy*. La palabra que buscas es... “espantoso”. Tienes más ojeras que Fétido Adams y pareces colocado —frunzo las cejas, acerco mi rostro al suyo y lo examino atentamente, pellizcando sus mejillas—. ¿Estás colocado?

Nathaniel entra en el baño deprisa y se observa en el gran espejo que cubre toda la pared. Yo le sigo.

—No me has contestado. ¿Estás colocado?

—¡Claro que no! ¿Por quién me tomas? ¡Yo digo NO a las drogas! —enarco una ceja y lo miro con cara de pocos amigos a través del espejo. Él entorna los ojos—. Bueno, puede que haya... un poco de... ¡No lo sé, Catherine! Deja de interrogarme —brama malhumorado.

Cierro los ojos, resoplo y empiezo a masajearme la frente. Estoy muy cansada. Este hombre me agota, física y mentalmente. Me chupa las energías como una sanguijuela.

—¿Te importaría un poco de coherencia? He perdido el hilo con tantos balbuceos tuyos. Te he hecho una pregunta muy sencilla, Nathaniel. No te he pedido que resuelvas un ejercicio de física cuántica, sino que me contestes a algo realmente simple. ¿Estás drogado o no estás drogado?

Se da la vuelta para mirarme a los ojos.

—Solo un poco, para contrarrestar los efectos del alcohol.

Coloco las manos alrededor de mi cintura y lo miro furiosa.

—¡La cosa mejora por momentos!

—¿Y que se supone que debía hacer? —me dice molesto, como si no entendiera por qué me he enfadado tanto—. Fuiste tú la que tuvo la genial idea de convocar a la prensa. No podía salir en una entrevista en ese estado. ¿Qué querías que hiciera?

Alzo la mirada al techo, exasperada, buscando alguna clase de ayuda divina. No puedo con él. Dios es mi testigo que lo intento, pero me saca de mis casillas.

—¡No beber! —aprieto los puños, clavándome las uñas en las palmas de las manos hasta que el dolor se vuelve demasiado molesto—. ¡Un solo día! ¡Era todo cuanto pedía! ¡Que durante veinticuatro... puñeteras... horas... no tocaras el alcohol! ¿De verdad era tanto pedir? ¿O es que adoras sacarme de quicio? ¿Sabes qué? No contestes. Es igual. No podemos perder el tiempo discutiendo. Hay que arreglar esto como sea.

Su rostro se relaja y una fugaz sonrisa lo atraviesa con rapidez.

—Claro que sí. Me echas un poco de contorno de ojos y ya está.

—¡No necesitas contorno de ojos! ¡Necesitas un milagro! —me cruzo de brazos enfurruñada y entonces caigo en la cuenta—. ¡Eso es! Un milagro. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Me mira con las cejas alzadas mientras abro el bolso que aún llevo en la mano, derramo todo su contenido en el suelo y me acuclillo para buscar algo entre la multitud de productos de maquillaje.

—¿Qué estás buscando?

Levanto la vista y le muestro una sonrisa orgullosa.

—Un milagro. *Teint Miracle* de *Lancôme*. Hace maravillas —le enseño un pequeño bote de maquillaje, muy complacida por mi propia astucia.

Una expresión incrédula asoma en sus masculinos rasgos.

—De ninguna manera. No, no lo haré.

Mi rostro se convierte en una mueca maléfica. Llevo mucho tiempo esperando este momento. Es la irrefutable prueba de que existe un Dios.

—Oh, sí, sí lo harás —asiento, sin molestarme en disimular una maliciosa sonrisa.

—¡No pienso salir en una entrevista llevando maquillaje de mujer! —me grita irritado—. Eso es cursi y... gay —se cruza de brazos y hace pucheros como un crío.

Suelto una carcajada y le acerco una silla.

—Déjate de chiquilladas. Tus rabetas no me impresionan. Si no querías que esto pasara, habértelo pensado antes de vaciar el bar. Además, te aseguro que soy una profesional. Cuando haya acabado contigo, no se notará que llevas maquillaje.

A pesar de la cara de pocos amigos que me pone, se deja caer de muy mala gana en la silla que he colocado delante del espejo. Exhala un profundo suspiro de rendición y claudica.

—Adelante, Elle Woods. Enséñame lo que puedes hacer.

—Ya abro yo —grito mientras corro escaleras abajo para contestar al timbre de la puerta.

Esperaba algo más original, como una canción de Bon Jovi pero, en realidad, suena como las campanas de una iglesia. Su insistencia es irritante. Por suerte, los señores periodistas llegan tarde, de otra manera no habría tenido tiempo de cambiarme. Llevo un vestido blanco, sobrio, que aprobaría incluso el más puritano de los americanos, y el pelo recogido en un elegante peinado. Solo he usado rímel y un pintalabios color carne, así que tengo un aspecto bastante virginal. Justo lo que Nathaniel necesita después de tantos escándalos. El *playboy* está esperando en la biblioteca. He pensado que es una manera elegante de recibir a los periodistas, rodeado de libros y no de *strippers* y botellas de *bourbon*, según los tiene acostumbrados.

Me dirijo a la puerta de la entrada, abro y dejo que una sonrisa angelical ilumine mi rostro. Nadie puede quedar inmune a eso. El cámara, un hombre rubio de mediana edad, me devuelve la sonrisa.

—Debéis de ser los reporteros de *Men's Health*. Soy Catherine. Catherine Collins. Pero pasad, por favor, estáis en vuestra casa.

—Señorita Collins, un placer —se entromete una rubia de piernas largas y pechos excesivamente grandes, que empuja a su compañero para colocarse delante de él.

Vaya, alguien ha asaltado una tienda de *Sephora* y se ha puesto encima todos los maquillajes que ha encontrado. De otra manera no se explica ese efecto máscara.

La rubia, reportera sin lugar a dudas puesto que sujeta un micrófono entre las manos, me cae mal de inmediato. Demasiado rubia, demasiado sonriente y demasiado falsa. Me recuerda a la chica que estaba antes encima de Nathaniel. Hay una tercera persona cuya función no consigo averiguar a primera vista. Es una mujer morena de pelo corto y gafas, bastante más atractiva que la primera. Puede que sea la becaria. La mantendré alejada de Nathaniel, por si acaso. Sé que tiene una extraña fijación por las becarias.

—El señor Black está en la biblioteca —informo yo, para romper el incómodo silencio que nos envuelve—. Por aquí, por favor.

—Después de usted —me dice el hombre, sin dejar de sonreírme con amabilidad.

Los conduzco por el largo pasillo hasta la puerta de la biblioteca. Llamo con un gesto teatral. Parezco Alfred Pennyworth.

—Adelante —se escucha la voz de Nathaniel.

Abro la puerta y me adentro en la biblioteca, seguida por los tres periodistas. Todo se desarrolla justo como me lo había imaginado en mi cabeza. Nathaniel está sentado delante de la chimenea, que en algún momento ha debido de encender, tiene a su izquierda, encima de una mesa de nogal muy antigua, una copa de vino blanco, y sobre sus rodillas descansa el libro. Puede leerse perfectamente el autor y el título. "*El oscuro secreto del doctor Von Bon*", de Megan Jones. *Todo va a salir bien*, me digo a mí misma y, por primera vez en todo el día, eso me resulta creíble.

El cámara y la becaria empiezan a colocar trastos por toda la biblioteca, mientras que la rubia ondula sus caderas hasta el centro de la habitación, donde se sienta en el sofá, demasiado cerca como para que el pobre Nate pueda respirar.

—Andy, no sabía que fueras tú la reportera —comenta él, con las cejas arqueadas.

—Ni yo que a ti te gustara leer.

Por mi cabeza desfilan como mil preguntas, pero me limito a formular solo una.

—¿Os conocíais?

La sonrisa burlona de Andy me asegura lo evidente.

—Sí, nos conocimos en... Mejor cuéntaselo tú, querido.

¿Querido? Oh, Dios. ¡Se han acostado! ¡Nathaniel Black y esta fulana rubia se han acostado! No hace falta ser Sherlock Holmes para llegar a semejante conclusión. Con razón me caía mal. Debo de tener un radar de ex amantes.

—Es igual —Nathaniel hace un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto y se gira hacia ella —. ¿Por qué no pasamos a las preguntas?

—Por mí, genial —replica Miss Sonrisa—. ¿Te ha explicado la señorita Collins como va esto?

Finjo mirar con mucha atención las musarañas cuando él me lanza una mirada de reproche.

—Pues sí, lo cierto es que lo ha hecho. Pero supongo que estaría borracho porque se me ha olvidado todo lo que me ha dicho. ¿Te importaría refrescar mi memoria?

Se sonríen durante unos instantes y yo pienso en un artículo que he leído sobre vudú. ¿Funcionará?

—Empezaremos con la entrevista, que grabaremos en video para poder colgarla luego en nuestra página web, y después, Gwen, aquí presente, te hará las fotos para la portada. ¿De acuerdo?

Nathaniel asiente y saluda con la cabeza a Gwen. Maldición, la becaria-fotógrafa esta le hará fotos medio desnudo. Cierro los ojos por un instante para tranquilizarme. *No es tu novio. No es tu novio*. Lo repito varias veces hasta que se me queda grabado en la memoria como un gusano cerebral.

—¿Preparados para grabar?

El hombre de la cámara asiente con la cabeza. Acto seguido, Andy empieza su ritual. Se saca del bolso una libreta donde me imagino que se habrá apuntado las preguntas, se coloca los pechos de una manera absolutamente vulgar y obscena, y adopta una falsa sonrisa. La miro sin dar crédito. ¿De verdad esta mujer es una reportera? Me la imagino sirviendo cervezas en un bar de Kansas.

—Tres...dos... uno... grabando.

—Estamos aquí con Nathaniel Black, el protagonista de «*S de Siniestro*». Señor Black.

Nathaniel sonríe de forma encantadora para las cámaras.

—Señorita Madison.

—Tengo entendido que piensa presentarse para el papel de Christopher Von Bon. ¿Cree que podría encarnar al enigmático personaje creado por Megan Jones?

—No me cabe duda de que sea la persona adecuada. En cuanto he leído el libro, me he dado cuenta de que ese personaje se había escrito para mí. El Doctor von Bon y yo tenemos muchas cosas en común.

—¿Como cuáles?

Nate se pasa la lengua por los labios, sonriendo.

—Bueno, los dos somos escandalosamente ricos, para empezar —se ríe— y los dos ocultamos oscuros secretos, pero, al fin y al cabo, tanto Von Bon como yo, somos dos hombres que lo único que necesitamos es encontrar el amor.

Formula esas palabras mirándome fijamente, gesto que no pasa desapercibido por parte de Andy. Contengo la respiración hasta que él desvía la mirada, centrando de nuevo su atención en la dichosa rubia.

—Dice que oculta oscuros secretos. ¿Podría profundizar? —prosigue Andy, enarcando una ceja perfectamente depilada.

Los bordes de la boca de Nathaniel Black se elevan en una seductora sonrisa.

—Si se lo contará, no sería un secreto, señorita Madison.

—¿Qué puede decirme sobre la relación que mantiene con Anne Blunt? Hemos oído rumores de ruptura y sus fans quieren saber si vuelve a estar soltero.

—Rumores infundados, como siempre. Anne Blunt y yo estamos perfectamente bien.

Oh.

—Ha llegado a nuestros oídos una noticia impactante. ¿Acaban de nombrarle embajador de la ONG *Gatitos en Acción*?

—Le aseguro de que no tiene por qué *impactarse*, señorita Madison. Yo siempre he sido muy solidario, aunque nunca me ha gustado presumir de ello. Es cierto que ser embajador ha representado un reto para mí, pero creo que no se me da nada mal. Involucrarse en esta clase de proyectos hace que uno se sienta mejor consigo mismo. Aprovecho la ocasión para decirles que cualquier donativo es bienvenido. Encontrareis todos los detalles en mi página de Facebook.

Andy finge una sonrisa y continúa.

—¿Y por qué justo los gatos? Hay muchas más organizaciones que le han propuesto este cargo y, sin embargo, siempre se ha negado. ¿Qué tiene de especial la señorita Collins?

Cuando la rubia dice mi nombre, la cámara se gira hacia mí y empieza a grabarme de arriba abajo. ¿Qué demonios? Esto no tenía que ser así. A pesar de que estoy consternada, consigo mostrar una apariencia de elegancia y sonreír de manera encantadora.

Nathaniel se encoge de hombros con indiferencia.

—La señorita Collins me lo ha pedido muy amablemente.

—Para aquellos que aún no lo saben, Catherine Collins es la fundadora de la ONG *Gatitos en Acción* y la embajadora británica de la misma. Se ha trasladado a los Estados Unidos para vivir con el señor Black y, no me cabe duda de que lo ha hecho para ponerle al día sobre las responsabilidades de un embajador. ¡Qué profesional por su parte! —añade, con infinita burla.

—¿Adónde quiere ir a parar, señorita Madison? —pregunta Nathaniel, molesto.

—Se lo diré de forma más clara. ¿Lleva usted mucho tiempo acostándose con Catherine Collins? —Andy escupe la pregunta con una larga sonrisa dibujada en sus sensuales labios pintados de rosa chicle.

¡Ay, Señor! Hundo el rostro en las manos para ocultar el horror. No tengo palabras. Esto no es lo que yo he acordado con el jefe de Andy.

—La señorita Collins es mi invitada y de ninguna manera permitiré que la trate de esa forma. Es una persona respetable, cosa que, por desgracia, no puedo decir sobre usted, señorita Madison. Así que haga el favor de dejar de sonreír de manera estúpida y lárguese de mi casa. Esta entrevista ha acabado.

Levanto la mirada, asombrada. Vale, este giro dramático de la situación no me lo esperaba. Con los ojos desorbitados, veo a Nathaniel levantándose de manera brusca, recorrer la habitación a grandes zancadas, hecho una autentica furia, y abrir la puerta. Acto seguido, se da la vuelta y, con un gesto de la mano, invita a los periodistas a salir. La rubia parece estar en estado de *shock*. Yo misma estoy conmocionada.

—Nate... —se queja ella.

—No me vengas con Nate —interrumpe con agresividad—. ¡Fuera de mi casa! Todos vosotros. Os importa una mierda a quien fastidiáis por el camino, ¿verdad? Solo queréis la puta exclusiva. Pues aquí no la vais a encontrar.

—Esta manera poco elegante de echarnos va a salir en la página web, que lo sepas —le espeta Andy enfurecida mientras se levanta para recoger sus trastos.

La sonrisa de burla del señor Black, esa que ya he llegado a conocer a estas alturas, aparece en sus labios mientras cruza los brazos a la altura del pecho. Ay, Dios, esto pinta muy, pero que muy, muy mal. Me quiero morir.

—*Esta manera poco elegante de echarnos va a salir en la página web* —imita su dulce vocecita—. ¿Sabes qué? Me la suda tu página web, tu ridícula entrevista y esa estúpida revista para afeminados que se depilan las cejas. ¡Fuera de una puta vez antes de que pierda los papeles contigo!

Permanezco de pie en el centro de la habitación, incapaz de moverme. Andy y los demás salen por la puerta, cerrándola de golpe. Dos segundos más tarde, Nathaniel se sienta de nuevo en el sofá y se acaba de un trago la copa de vino. Se saca el paquete de tabaco del bolsillo, enciende un cigarro y empieza a fumar con toda la tranquilidad del mundo.

—La he jodido, ¿verdad? —pregunta sin más, dando una larga calada.

No hago ademán de contestar. A cambio, me dejo caer en el sofá a su lado, con la mirada perdida en el vacío.

—Se lo merecía —continúa él, distraído.

—Soy consciente de ello —murmuro al fin.

—Bien. ¿Y qué hacemos ahora?

—¿Puedo sugerir un té?

Gira la cabeza hacia mí y parpadea desconcertado.

—¿Té? ¿Tenemos una crisis y tú quieres tomar un té?

Me encojo de hombros con desdén.

—Hay quienes dicen que Chamberlain tomó una taza de té mientras enviaba la declaración de guerra a Alemania.

—¡Vaya por Dios! Pues habrá que seguir su ejemplo.

Me coge de la mano y me lleva así por todo el pasillo hasta la cocina. Pone a hervir la tetera, saca dos bolsitas de té verde del armario, —odio el té verde, pero decido ahorrarme ese pequeño detalle—, y me ofrece una taza humeante. Tomo un sorbo, pero aprovecho cuando no me ve para escupirlo. Asqueroso, tal y como intuía.

—Gracias por lo de antes —musito, dejando la taza encima de la barra de desayuno.

Nate alza con indiferencia sus fornidos hombros, marcados por la camisa blanca que lleva.

—No te emociones, princesa. No lo he hecho por ti... —deja el cigarro en un cenicero y se acerca para susurrarme en tono confidencial— es que no quería salir en esa revista. Y Andy me cae mal. ¿Sabías que en realidad nunca me gustaron las rubias?

Pongo una mueca de diversión.

—Pues lo finges de maravilla.

Curva los labios en una de sus sonrisas maliciosas, solo que esta vez no consigue engañarme. A pesar de su abominable comportamiento, ahora sé que no es tan malo como quiere hacerme creer. Así pues, me acerco a él despacio y le doy un abrazo. Se queda callado, tieso e inmóvil al notar cómo yo coloco los brazos debajo de los suyos, aunque luego se relaja y me estrecha contra su pecho.

Y en ese momento, mientras seguíamos abrazados en su cocina y él me acariciaba el cabello con la palma de su mano, en ese preciso instante soy consciente de que lo amo. Lo sé igual de seguro como sabes que después de una tormenta siempre sale el sol y que después del verano siempre llega el otoño. Amo a Nathaniel Black y no hay vuelta atrás.

Capítulo 8

Me pregunto por qué será que esto ha dejado de asombrarme. Tal vez porque me he acostumbrado a que después de mostrar algo de humanidad, Nathaniel Black se convierta de nuevo en un ser irritante. Siempre que baja la guardia y demuestra que le importo, vuelve a subirla y esa guardia se vuelve doblemente alta. Por lo visto, intenta mantenerme alejada, como si no quisiera que yo vea que, en contra de todo pronóstico, hay algo bueno en él.

Agarrada al brazo de Robert, me abro paso entre el gentío y avanzo por el club.

—Voy a matar a tu hermano —le grito. La música está demasiado alta para poder comunicarse de otra manera.

Lanzo una escrutadora mirada a mí alrededor. Estoy en la América del siglo pasado. Y no, no tengo la habilidad de viajar en el tiempo, ni me he fumado un canuto. Estamos en una fiesta que le rinde homenaje a la Ley Seca, y debo decir que es una fiesta absolutamente increíble. Un grupo de mujeres vestidas como en los años veinte bailan el Charlestón y, alrededor de unas mesas redondas de caoba, sentados en butacas de piel marrón, están los señores, con sus trajes elegantes, sus sombreros y sus puros, charlando animadamente o echándoles el ojo a las bailarinas. Por supuesto, todo el mundo bebe champán. Ríos de dorado, exquisito y carísimo champán corren a cuenta de Nathaniel Black. Menos mal que no soy la única que ha fracasado en su trabajo. Por el despilfarro de esta noche, deduzco que ni la crisis puede con los chicos malos.

Como es una fiesta de etiqueta, Robert y yo llevamos nuestros mejores atavíos. Él viste esmoquin negro, pajarita y camisa blanca. Y aunque su elegante y recta postura es la adecuada para un caballero, su pelo alborotado y esa amplia sonrisa que nunca parece borrarse de sus labios, le da cierto toque malicioso. Yo me he puesto un vestido de cóctel blanco, con escote amplio y espalda al descubierto. Mi pelo está recogido en una coleta alta y mis labios están pintados de un intenso rojo diablo.

Intercepto a un camarero y le quito dos copas de champán de la bandeja. Le ofrezco una a Robert, quien me lo agradece con un movimiento de cabeza y una perezosa sonrisa.

—¿Le ves por alguna parte? —me grita.

Mientras tomo un sorbo de champán, recorro el club con la mirada. No hace falta buscarle demasiado. Esa mirada tan oscura y tan hipnótica atrae mi atención de inmediato. Guapo a rabiar, está sentado en una mesa, rodeado de hombres que no conozco de nada, y me observa como un acosador observaría a su víctima. Desde las sombras, de manera posesiva, igual que si fuera suya en cuerpo y alma. Me estremezco al pensar en que me mira como si realmente quisiera hacerme cosas malas.

—Está ahí. En esa mesa —le indico con un movimiento de cabeza.

Trago en seco cuando Nathaniel se pone de pie y se encamina hacia nosotros con sus andares sexy, completamente seguro de lo guapo que es. Y no se equivoca. Está de lo más apetecible con un traje tan oscuro como su alma. Será mejor que consiga otra copa. El calor del club parece subir como por arte de magia. ¿O son mis hormonas?

—¡Vaya, vaya, vaya! —la maliciosa mirada de Nathaniel se centra en mi escote—. Pero si es el caballero andante acompañado por Lady Escándalo.

Me quedo mirándolo con mala cara. Él curva los labios en una cruel sonrisa y sus ojos bajan hasta fijarse en que estoy colgando del brazo de su hermano. Levanta una ceja, de manera interrogante.

—¡Grandiosa fiesta! —ignoro su no formulada pregunta y levanto mi copa de champán—. ¿Se te ha ocurrido a ti solito?

No se digna a responder. Intenta sonreír para disimular el tic de un musculo de su mandíbula.

—Hola hermanito —Robert sonríe de oreja a oreja—. Bonito traje.

Tampoco recibimos una contestación a eso. Nathaniel simplemente se cruza de brazos y alterna la mirada entre su hermano y yo.

—¿Os importaría decirme qué demonios hacéis aquí? —brama con impaciencia.

A pesar de la máscara que luce, yo sé que debajo de su sarcasmo se esconde un Nathaniel Black furioso por haberme presentado a su fiesta acompañada por su hermano. Y para enfurecerle aún más, compongo una sonrisilla de niña adorable.

—Supongo que nuestra invitación ha debido de perderse en el correo.

Me atraviesa con su turbia mirada azul.

—¿Y no se os ha ocurrido pensar que si no os he invitado, podría haber sido porque tal vez no os quisiera aquí?

Robert y yo nos miramos fingiendo confusión y luego giramos la cabeza hacia él.

—Nop —le contestamos al unísono.

—No, claro que no. ¿Por qué ibais a hacer tal cosa como pensar? ¿Cómo os enterasteis de la fiesta?

—Facebook —me limito a decir, vaciando la copa. Necesitaré una gran dosis de alcohol para aguantar la velada.

—¿Has estado husmeando en mi Facebook? ¡Te demandaré por fisgona! Seguro que has quebrantado unas cuantas leyes federales.

Me echo a reír a carcajadas mientras que él me mira indignado.

—La información era de dominio público. La colgaste en tu perfil, genio.

—¿Lo hice? Sí, supongo que he debido de hacerlo. Estaría borracho —musita, en tono distraído—. En fin, como sea. Me da igual. Muchas gracias por esta conmovedora reunión familiar, pero me temo que vuestra aventura acaba aquí —se dispone a conducirnos a los dos hacia la puerta—. ¡Os iréis a casa y lo haréis ahora mismo!

Hago un gesto de negación con la cabeza, antes de agarrar otra copa de champán, que vacío en un instante. ¡Madre de Dios! Noto el alcohol recorriendo mis venas hasta llegar a mi cerebro. Y, de inmediato, un agradable calor empieza a relajar mi cuerpo tenso y una sonrisa de idiota se dibuja en mi rostro.

—¿Y perderme los felices años veinte? De eso nada. Además, ya sabes que debo estar vigilándote. Requieres mi atención durante las 24 horas del día, ¿recuerdas?

Le pongo la copa vacía en la mano, sonrío complacida y agarro a su hermano del brazo. Nathaniel se queda rechinando los dientes, mirando cómo Robert y yo nos dirigimos a la pista de baile y empezamos a movernos.

—Me encanta esta canción —le digo a Robert, rodeando su cuello con las manos.

Me parece oír algo parecido a un “a mí me encantas tú”, pero como no puedo asegurarlo, prefiero pensar que han sido imaginaciones mías.

Empiezo a mover las caderas de forma provocativa, consciente de la mirada penetrante de Nathaniel Black. De vez en cuando le lanzo miradas furtivas, de reojo, solo por vanidad. Está sentado en una butaca, sus ojos implacables brillan con furia cuando las manos de su hermano se posan sobre mis caderas, y su pelo parece más despeinado de lo habitual. No para de fumar y de vaciar copa tras copa. Ya he perdido el ritmo de las que ha tomado. ¿Cinco? ¿Tal vez ocho? ¿Cómo puede seguir vivo después de ingerir tanto alcohol? ¿No debería sufrir un coma etílico o algo así?

Robert y yo pasamos gran parte de la noche bailando, hasta que, de repente, empiezo a sentir el bajón que anticipa la borrachera. Reconozco los síntomas, no es mi primera vez. Necesito sentarme, aunque sea por unos segundos. Apenas puedo seguir en pie. No es solo por la bebida, sino también por el cansancio. Por muy bonitos que sean estos *Manolos* y por muy sexy que me hagan sentir, reconozco que no han sido una buena elección. Mañana tendré que meter los pies en una bañera de hielo. ¡Tranquilidad! No pasa nada. Arreglaré esto con un poco de agua en la nuca y descansando los pies descalzos sobre el frío suelo del baño.

—Debo ir al lavabo.

Robert asiente, se despide de mí con una sonrisa y un gesto de cabeza, y empieza a andar hacia la barra. ¡Más bebida no, por favor! He debido demasiado. La cabeza me da vueltas, tengo mucho calor y siento la boca seca. Necesito refrescarme. Me abro camino entre la gente, esforzándome por coordinar los pies para no acabar en el suelo. ¡*A Dios pongo por testigo que no volveré a beber jamás!*, digo para mis adentros de forma melodramática, aunque sé que no cumpliré esa promesa. Siempre acabo cediendo. Soy una mujer fácil.

Con la mirada agitada, veo a Nathaniel cruzar el club a grandes zancadas, hecho una auténtica furia. ¡Señor, dame fuerzas! Aumento el ritmo de mis pasos. Intentaré llegar al baño de señoras antes de que me alcance. No creo que se atreva a entrar.

—Vas a escucharme. ¡Ahora! —trueno a mis espaldas.

¡Maldición! Ya está aquí. ¿Es que en vez de *bourbon* ha tomado nitrometano?

—Lo siento. Ahora no puedo. Tengo una emergencia —le digo sin dejar de caminar.

Nathaniel se interpone en mi camino, bloqueándome el paso, y me mira como un gato hambriento. Estoy demasiado cansada y demasiado borracha como para soportar esto. Intento esquivarle, pero acabo arrastrada del brazo hacia una puerta acristalada que da a la terraza. ¿Por qué nadie interviene? ¿Podría violarme y degollarme aquí mismo y nadie diría nada!

—¡Déjame en paz! No quiero hablar contigo ahora. ¡Y no tienes derecho a tratarme así! Te juro que si no me sueltas ahora mismo...

—¿Qué? ¿Vas a hacer pucheritos?

Suelto un grito de exasperación e intento darle una patada, pero la esquivo a tiempo. No parece sentirse intimidado ni por mis miradas asesinas, ni por los violentos intentos de soltarle. Es más bien lo contrario, le divierte mi resistencia.

—¡Deja de moverte tanto o te harás daño, amor!

—¿Crees que te importaría mucho soltarle? —gruño entre dientes.

—Ahora que lo mencionas... sí, sí que me importaría —y me empuja a través de la puerta abierta.

La terraza está a oscuras y no hay nadie más, salvo nosotros dos. Normal, con el frío que hace se congelarían.

—¿Sabes que podría demandarte por acoso?

—¿Por qué has estado bailando con él? ¿Acaso te gusta? —me interroga con voz amenazadora.

Cuando alzo la mirada y encuentro sus ojos, le dedico una sensual sonrisa.

—¿Y si me gustara?

Palidece al escuchar mis palabras y, por unos segundos, en sus ojos se refleja un destello de furia satánica.

—¡No puede gustarte! ¡Es mi hermano! ¡Y no es tu tipo! —me grita, como si supiera exactamente cuál es mi tipo de hombre.

Le pongo mala cara y me alejo de su cuerpo. Me atrae demasiado.

—¿Qué mosca te ha picado hoy? Cualquiera diría que estás celoso.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta unas cuantas carcajadas.

—¿Y cómo sabes que no lo estoy? Tal vez sienta mariposas en el estómago cada vez que te veo —repone con ironía.

—Seguro que en la farmacia te darán algo para los parásitos. ¿Por qué no vas a exterminar esas mariposas y me dejas tranquila un rato?

¡Otra vez su seductora sonrisa! Quiero desviar la mirada, pero toma mi cabeza entre las manos y me la sostiene con fuerza. Observa mis labios con tanto ardor que dejó escapar un tembloroso suspiro de la garganta. Acto seguido, maldigo mis debilidades para mis adentros.

—¿De verdad quieres que te deje en paz? Si eso es cierto, solo tienes que pedírmelo. Mírame a los ojos mientras formulas esas palabras y te juro por Dios que nunca volveré a tocarte —se queda callado, esperando a que yo diga algo—. No puedes, ¿verdad?

Esto es demasiado. Le doy la espalda y finjo centrar toda mi atención en la panorámica de la ciudad. Su presencia es demasiado embriagadora. Apoyo las dos palmas en la barandilla, jadeando en busca de aire, y contemplo los rascacielos. Parecen más altos y más intimidantes que nunca.

—Venga, dílo. Dime que no hay nada entre tú y yo —me insta, y su dedo índice descendiendo despacio por la curvatura de mi espalda—. Dime que eres inmune a mis caricias.

—No hay nada entre tú y yo —susurro con los ojos cerrados.

—Mientes como una principiante, amor —me dice al oído.

Contengo la respiración durante unos instantes al notar su cuerpo apoyándose contra el mío.

—No es una mentira —insisto y rezo en silencio para que se aleje de mí.

—Mmmmm. Si tú lo dices...

Estoy temblando de manera descontrolada cuando coloca las palmas de sus manos en mi vientre para apretarme contra él. Durante unos instantes nos quedamos de esa forma, todo mi cuerpo está en contacto con el suyo y sus manos suben por mi abdomen para colocarse justo debajo de mis pechos. El tenerlo tan cerca produce en mí un efecto tan intenso y arrollador, tan salvaje, que dejo de pensar en cualquier otra cosa que no sea Nathaniel Black. El mero contacto de sus dedos me incendia la piel, me enloquece hasta tal punto que, en mi mente, el mundo entero deja de existir.

No puedo con esto. No puedo resistirme a él. Lo deseo demasiado. Aquí y ahora. Y lo sabe. Traslada las dos palmas a mi cintura y empieza a arrastrarlas despacio por mis costados, apenas tocándome los pechos con las puntas de sus dedos. Empiezo a jadear otra vez.

—Me vuelves loco, ¿lo sabías? —el susurro de esas palabras en mi oído me produce un excitante escalofrío por todo el cuerpo.

Trago saliva y me digo que solo es el frío. Pero en cuanto sus húmedos labios descienden por mi cuello, sé que estoy engañándome a mí misma. La fuerte sacudida de deseo que he sentido en el estómago no ha podido ser del frío.

—Nate, para... no sigas —suplico con la voz entrecortada.

Está completamente excitado, los dos lo estamos. Sin liberarme de su abrazo, presiona su erección contra mi trasero y me susurra al oído.

—Te deseo demasiado para parar.

Vuelvo a cerrar los ojos. Su voz, ese ronroneo profundo y vibrante, hace que se me tensen los músculos del vientre. Y en el mismo momento en el que su lengua empieza a jugar con el lóbulo de mi oreja, sé que he perdido todo el control. Estar tan cerca de él, sentir su agitada respiración en mi pelo y su palpitante erección contra mi trasero, es adictivo. Querré sentir esto durante el resto de mi vida.

—No lo hagas —le ruego con la voz tornada en un murmullo.

Nathaniel agacha la cabeza y apoya los labios contra mi hombro derecho. Y yo sencillamente soy consciente de que ese pequeño contacto será mi perdición. Todas las normas que me he impuesto a mí misma respecto a él carecen de valor. Son estúpidas, inútiles e innecesarias.

—Tú no quieres que pare, muñequita. ¿Estoy equivocado?

—No —consigo decir con la voz apagada.

Me hace girar sobre los tacones para evaluar mi mirada. Esboza una seductora sonrisa al quedar nariz contra nariz.

—Mucho mejor —musita, ladeando un poco la cabeza.

Permanecemos quietos por unos instantes, sin más, devorándonos con la mirada. Y ya no me importa que tenga novia, ni que sea un *playboy*. Solo necesito estar con él esta noche. Alentada por ese pensamiento y en un acto de locura sin precedentes, le agarro del pelo para atraer su rostro hacia el mío. Nathaniel deja escapar un profundo gemido antes de apoderarse de mi boca. La presión que ejercen sus labios es suave al principio, los movimientos de su lengua son carnales, lentos y deliciosos. Pero poco a poco volvemos a perder el control. Lo lento se convierte en ávido, lo suave en desesperado. Su lengua se adentra en mi boca de una manera violenta y bestial, lastimándome y al mismo tiempo excitándome salvajemente. Y me besa... me besa... oh, sí, me besa... como si no fuera capaz de detenerse. Como si cada vez necesitara más de mí. Y más. Y más.

—Jamás me cansaría de besarte —susurra, con la frente apoyada contra la mía.

Se aparta un poco para estudiarme con ese brillo atormentado que a veces se refleja en su hermosa mirada.

—Sabes que no quieres estar sin mí. Te mueres por pasar la noche conmigo y yo te daré hoy todo lo que me pidas.

Suelto un bufido, escandalizada.

—Ni lo pienses. Pasar la noche contigo es lo peor que podría sucederme hoy.

¡Oh, por Dios! ¿A quién pretendo engañar? Lleva razón, me muero por pasar la noche entre sus brazos y la mueca que pone me dice que eso no es un secreto para nadie.

—¡Agárrate, amor!

Me levanta por la cintura y me lanza sobre su hombro como si no pesará nada.

—¿Qué? ¡No, no, no, NO! ¡Para! ¡Nate! Te juro por Dios que si no me sueltas ahora mismo... si no me sueltas ahora mismo... —busco en un rincón de mi mente alguna palabra aterradora— ¡Gritaré!

—De eso se trata, princesa. De que grites.

Volvemos a entrar en el club. Recorre toda la pista de baile conmigo en brazos, caminando con decisión, sin sentirse incómodo por las miradas curiosas de la gente, ni por los cuchicheos que se escuchan a nuestro paso. Subimos por una estrecha escalera hasta la primera planta. ¡Pues claro que tiene una habitación VIP dentro de un club! ¿Por qué eso no me sorprende?

Abre la puerta con una tarjeta que se saca del bolsillo y me lanza sobre la cama. Mirándome fijamente a los ojos con esa intensa mirada suya, se quita la chaqueta y la tira con fuerza al suelo. Acto seguido, se afloja la corbata, deshace el nudo y, después de sacársela del cuello, la arroja al lado de su chaqueta. La siguiente prenda en caer es su camisa.

Con la boca seca, arrastro la mirada por sus esculpados músculos que suplican ser acariciados, por su duro y plano abdomen, y asciendo hasta sus sensuales labios, donde una sugerente sonrisa apenas se asoma. Madre mía. ¿Cómo puede ser tan guapo? ¿Y cómo puedo yo desearle tanto? Sé que mañana me odiaré por ello y querré morirme, pero hoy... hoy me acostaré con Nathaniel Black.

No sé si yo me abalanzo sobre él o si él se abalanza sobre mí. El caso es que en el siguiente instante, su mano me agarra la nuca, mis labios se aplastan contra los suyos y su lengua se hunde dentro de mi boca. Saltan chispas. La cabeza me da vueltas como nunca antes. Mi mundo se detiene. Y yo estoy loca y profundamente enamorada de él.

Clavo las puntas de los dedos en su rostro y aumento la intensidad de nuestro beso. Él gruñe y tira de la cremallera de mi vestido, que hace un crujido y cede ante la impaciencia de su mano. *Houston, tenemos un problema.*

—¡Por Dios! —protesto, pegada a su boca—. Coco Chanel estará retorciéndose en su tumba.

—Con los obscenos honorarios que te pago, puedes permitirte otros mil harapos como este, amor.

Sonríe y vuelvo a fundir mis labios con los suyos. Cuando paramos para coger aire, me siento devastada. Tengo sentimientos que no entiendo y me nublan la razón, deseos que nunca he tenido, y que a mi párroco le resultarían realmente inquietantes, y pensamientos que deben de ser ilegales en la mayoría de los estados de Norteamérica. Estoy hecha un auténtico lío.

—Cuando estoy contigo pierdo la cabeza por completo —murmura, ceñudo, y vuelve a besarme con fuerza.

Desliza un dedo por mi mejilla antes de posicionarse a mis espaldas. Termina de bajar la cremallera de mi vestido con una lentitud desesperante.

—Nate, te necesito ya —gimo, empujando la parte baja de mi espalda contra su erección.

Noto cómo se estremece y contiene el aliento por unos instantes.

—Me gusta que me necesites, amor—murmura.

Se inclina para besar mi hombro desnudo mientras arrastra lentamente las puntas de sus dedos por la curvatura de mi espalda. Ese contacto es eléctrico. Él es tan malo para mí, y sin embargo la simple caricia de sus yemas me resulta terriblemente enloquecedora, y tan excitante que mis músculos internos se contraen de puro placer.

—¿Sabes? Yo también te necesito a ti —musita sin dejar de acariciarme, ni de besarme.

Apoyo la cabeza en su hombro y él aprovecha la proximidad para apartarme la coleta y lamer cada centímetro de la piel de mi cuello. Nunca se me habría ocurrido pensar que él podría llegar a ser así de tierno.

—Lencería de alta costura. ¿Esperabas a que alguien te quitara el vestido esta noche? —susurra, y clava los dientes en el lóbulo de mi oreja.

Me giro hacia él, con los labios apoyados contra los suyos. Los separo un poco y él me imita.

—Puede —exhalo.

Deja escapar un suspiro.

—Y con ese alguien, ¿te refieres a mí?

Clavo los dientes en su labio inferior y tiro suavemente de él, solo para provocarle. Sonríe con malicia al verle gruñir.

—Como he dicho... puede.

Coge mi rostro entre las manos, empuja mi espalda contra la pared y me da un beso duro y posesivo. Es más bien un castigo, pero por alguna oscura razón, su brusquedad me enciende. Al oír el acelerado susurro de mi respiración, deja de besarme por unos instantes y me dedica una perezosa sonrisa. Le divierte ver cómo se retuerce mi cuerpo bajo la presión del suyo.

En cuestión de instantes, mi ropa interior se desvanece, seguida por los pantalones y el bóxer de él —cómo no, de Calvin Klein—, que liberan una impresionante erección. Sin comentarios...

—Esta es tu última oportunidad para parar —me dice en tono juguetón.

¿Eh? No entiendo el significado de ese verbo.

—No voy a hacerlo —esa respuesta ahogada ni siquiera parece mi voz.

—¿Por qué no? —jadea contra mis labios.

Intento besarle, pero se aparta.

—Si quieres que te bese, dime la verdad —insiste.

Oh, sí, la maldita confesión. No entiendo por qué es tan importante para él escucharlo.

—¿Quieres dejarte de rollos y besarme de una vez? —gruño, ya impaciente.

Tuerce los labios en una sonrisa de chico malo para indicarme que le ha bastado eso como confesión. Gracias a Dios. No me gustaría tener que confesarle ahora que soy incapaz de parar porque él es mi heroína. La única droga lo bastante potente como para enloquecerme de esta forma. Lo único que puede conseguir hacerme perder el control por completo. Y también lo único que puede romperme en pedazos.

Vuelve a atrapar mis labios y su lengua se hunde dentro de mi boca cada vez más, estimula más y más hasta conseguir sensaciones que ni siquiera sabía que existían. Desliza las palmas por mi espalda y se aferra a mis nalgas para atraerme hacia su cuerpo desnudo. En el momento en el que me libera la boca, no puedo evitar sentirme confusa. ¿Cómo ha conseguido con unas cuantas caricias y un par de besos convertirme en esto? ¿Despojarme de todo control, de todas mis autodefensas? ¡Jesús, estoy a su merced!

—Ay, Señor —musito, más bien horrorizada por mi descubrimiento, aunque él lo interpreta de otra manera.

Me tumba sobre la cama y empieza a besarme todo el abdomen con su lengua, lentamente, subiendo hacia mis pechos. Rodea uno de mis pezones con la boca, moviéndolo perezosamente con la lengua mientras que su mano se introduce entre mis piernas. De manera instintiva, arqueo la espalda y empujo mi pecho aún más hacia su boca. Sin poder evitarlo, dejo escapar un gemido gutural. Él sonríe y clava un dedo en mi interior, atrayendo mis ojos hacia los suyos. Sus movimientos son tiernos y suaves, pero hay algo enloquecedor en su mirada y en esa manera de poseerme.

—No dejes que yo lo estropee mañana —murmura, aunque yo apenas lo escucho.

Su dedo sale de mí para volver a penetrarme con delicadeza.

—¿Te gusta esto, preciosa?

Asiento. Entonces él me separa las piernas todavía más, introduce un segundo dedo en mi interior y aumenta el ritmo. Me deshago de placer al notar cómo agarra uno de mis pechos con la boca y clava los dientes en mi pezón. Empujo las caderas hacia su mano para sentir mejor su contacto, incapaz de estarle quieta. Gruño

cuando se retira.

—Voy a follarte ahora... —sumerge de nuevo la lengua dentro de mi boca y se coloca entre mis piernas, con la punta de su miembro presionando contra la resbaladiza hendidura—Voy a hacer que te corras... luego voy a correrme dentro de ti y, después de hacer todo eso, volveré a follarte hasta que los dos estemos exhaustos y empapados en sudor.

Y antes de que me dé tiempo a asimilar todo eso, balancea las caderas y se hunde en mi interior de golpe. Duro. Enorme.

—Oh, Dios mío —grito, recibiéndole dentro de mí con los ojos casi en blanco.

—¿Preparada?

—¡No!

Ríe entre dientes y comienza a moverse con arremetidas feroces y completamente adictivas. Está poseyéndome como nadie lo ha hecho nunca, y lo único que yo puedo hacer es levantar las caderas para recibirle mejor y seguir su ritmo. Varias veces me lleva al borde del orgasmo, pero siempre se para justo antes de que me corra. Es una tortura, una lenta y deliciosa, deliciosa tortura que no me importa recibir.

Ralentiza sus movimientos por enésima vez y apoya la frente contra la mía.

—¿Qué es lo que me has hecho? No... puedo... seguir... controlando... esto.

—Entonces déjate llevar —le digo y enredo mis manos entre sus cabellos.

Desliza de nuevo la lengua dentro de mi boca. Gruño para invitarle a que acelere el ritmo y él empieza a tirar de mis caderas y a golpearme en las profundidades de mi ser. Noto cómo todo mi interior se contrae a su alrededor. Cierro los ojos con fuerza y suelto un largo gemido, dejándome arrastrar por él hacia el más profundo de los delirios. En nuestros movimientos no hay ternura, ni timidez, solo desesperación, ansia y locura.

—Abre los ojos —me dice con su voz excitada.

Obedezco. Abro los ojos y lo miro a través de mis largas pestañas. Me sonrío.

—Buena chica —susurra contra mis labios—. No quiero que olvides este momento. No cierres los ojos.

Asiento con la cabeza y me someto a su deseo al mismo tiempo que alcanzo el cénit de mi excitación. Grito cosas sin sentido, atrapándole entre mis piernas mientras las luces se apagan, la habitación gira sin control y mi mundo entero se tambalea desde sus propios cimientos. El orgasmo es prolongado, intenso y abrasador. Y cuando pensaba que era imposible sentir algo más placentero, Nathaniel me penetra cada vez con más ferocidad y eso hace que el placer se intensifique hasta límites insospechados. Solo hay una palabra en todo mi vocabulario que pueda describir lo que acaba de pasar. Brutal. Significa extraordinario en cualidades y tamaño. *Brutal*.

—Tú... eres... mía... eres mía... ¿lo pillas? —gruño, hundiéndose con más fuerza en mi interior.

Al eyacular, me mira fijamente a los ojos y suelta un rugido animal.

—¡Jesús! —exclama, con su corazón latiendo tan fuerte dentro de su pecho que a un cardiólogo le resultaría preocupante.

Se deja caer sobre mí, su frente apoyada contra la mía, nuestras manos entrelazadas y nuestros corazones latiendo a la vez. Y nos quedamos así, sin más, hasta que los dos recuperamos el aliento.

Se levanta de la cama, me coge de la mano y me lleva hasta la mesa escritorio.

—Túmbate —ordena con los ojos oscurecidos de deseo.

Obedezco. Él se arrodilla delante de mí y me separa las piernas con un gesto agresivo.

—¿Qué es lo que vas a hacer? —indago y, solo de pensar en su respuesta, empiezo a temblar de deseo.

Arrastra la lengua por mi estómago, muy despacio, y mirándome con esos impactantes ojos azul marino suyos, traza una línea desde mi ombligo hasta mi sexo. Un solo roce de su lengua en mi clitoris sensible después del orgasmo es suficiente como para que un grito de puro placer escape de mi garganta.

—Cumplir con las amenazas —murmura contra los labios de mi sexo—. Exhaustos y sudorosos, ¿recuerdas?

Pestañeo varias veces, molesta por los rayos de sol que se introducen a través de la ventana.

—Buenos días, princesa.

Gruño unos cuantos improperios y abro los ojos. Tengo que parpadear unas cuantas veces más para adaptar mi vista. Con los ojos hinchados de sueño, veo que Nathaniel está repantigado en la cama a mi lado. Solo lleva un pantalón puesto y me sonrío con desdén.

—Vamos, bella durmiente, despierta. Es casi medio día y tu príncipe tiene que irse de aquí. Hay sitios a los que ir, gente a la que ver. Ya sabes —hace un gesto de picardía con los ojos y su sonrisa se torna más desagradable aún.

Con un movimiento brusco, miro debajo de la sabana. ¡No llevo nada! Se me pone un nudo en la garganta. Ay, Señor. ¡Me acosté con él! Ay, Señor. ¡¡ SEÑOR!! ¿De qué sirve rezar si Dios nunca te hace caso? La cabeza no para de darme vueltas, supongo que tanto por el alcohol ingerido anoche como por el estado de *shock* en el que me encuentro. Me pongo en pie de un salto. Una perezosa sonrisa se apodera del rostro de Nathaniel.

—Ya sé que tienes prisa por ir a la parroquia a confesar tus pecados y todo eso, pero tal vez te gustaría recuperar esto —su voz adquiere un tono pícaro mientras su dedo índice se entretiene en hacer girar mis bragas.

Le lanzo una mirada asesina y él vuelve a sonreír, de la misma manera desagradable.

—No sé lo que crees que ha pasado entre nosotros, pero desde luego que...

—Lamento informarte que nos hemos acostado —me interrumpe, muy divertido.

Lo miro con escepticismo.

—No seas embustero. Puedo ver ese malicioso regocijo dibujado en tu rostro.

Pone cara de ofendido, pero al darse cuenta de que no me engaña en absoluto, entorna sus pícaros ojos y hace una mueca.

—Tienes razón. No lo lamento. Pero es lo que se dice, ¿no?

Le lanzo una mirada enfurecida antes de agacharme y empezar a recoger una a una las prendas caídas al suelo. Me pongo el sujetador y el vestido a toda velocidad. De repente, me siento muy púdica. *A buenas horas*.

—¿Por qué estás tan enfadada? Te di la posibilidad de parar y no lo hiciste.

—¿Por qué sigues hablándome? ¿Por qué no te esfumas? —le sugiero irritada.

—Porque soy un caballero, no Hudini. Y los caballeros no nos esfumamos por la mañana. Los caballeros de verdad nos quedamos a restregarle a nuestra damisela todas las picanterías que ha hecho estando borracha. ¿Qué iba a decirte...? ¡Ah sí! Te acuerdas cuando besaste mi...

—¡Arghhhh! —le interrumpo y me tapo los oídos—. ¿Quieres callarte?

—Venga, amor, enróllate. Sí, hemos echado un polvo —lo miro con escepticismo, él pone los ojos en blanco—. De acuerdo, varios polvos. ¿Y qué? El sol no deja de brillar porque tú y yo nos hayamos acostado.

Suelto un bufido.

—No, claro que no. Yo ya tengo este asunto olvidado. No sé cómo conseguiste meterme en tu cama anoche, pero te advierto que esto no volverá a pasar. Jamás.

—Suplicaste —se limita de decir y alza los hombros con desdén.

—¿Qué? —pregunto escandalizada—. Yo no he suplicado. Jamás lo haría.

El rostro de Nathaniel se convierte en una mueca maliciosa.

—Sí que lo has hecho. *Oh, Nate, por favor. Bésame, Nate* —dice, haciéndome burla.

—¡Eres el ser más despreciable y horrible que existe! Y... ¡te odio!

Al escuchar mis palabras, se pone tenso y un gesto de dolor recorre todo su rostro por un instante. Aunque estoy más que segura de que lo finge. No puede

sentir dolor porque para sentir algo hace falta tener sentimientos, y está más claro que el agua que dentro de Nathaniel Black no hay nada parecido a eso.

—¿Todo esto es uno de tus trucos, verdad? —prosigo, levantando el tono aún más—. Lo has hecho para humillarme.

En la mirada de Nathaniel hay una calma inquietante. La calma que precede la tormenta.

—¡Eh, para el carro, princesita! Los dos habíamos bebido. Mucho. Y sabes que somos como imanes. No es tan fácil resistirse a toda esa atracción.

¡Maldición! Me doy cuenta de que en el apuro por vestirme, no me he puesto las bragas.

—Para empezar, tú y yo no somos como imanes, sino como polos iguales, que se *re... pe... len*. Además, no es lo que yo recuerdo de anoche—añado entre dientes y le arranco las dichas bragas de la mano.

Él enarca una ceja, se pone de pie y se acerca a mí, despacio. Parece un tigre arrinconando a su presa.

—Si tienes la memoria borrosa, podemos repetirlo para que no haya dudas después.

Le echo una incrédula mirada mientras intento darle algo de forma a mi pelo.

—Debes de estar realmente mal si piensas que esto volverá a pasar entre tú y yo. Prefiero desatar el infierno antes que volver a acostarme contigo.

Para ser un *sex symbol*, se mueve más rápido que una serpiente. En un instante está de brazos cruzados y en el otro cogiendo mi muñeca y sacudiéndola con una fuerza que hace que mis ojos se llenen de lágrimas de impotencia. Al mismo tiempo, su mirada chispeante recorre todo mi semblante.

—Si no quieres que las próximas semanas que estés en mi casa se conviertan en un auténtico infierno, te aconsejo algo más de autocontrol. Sí, nos hemos acostado. Eres Catherine Collins-Fitzgerald. ¡Supéralo!

Libera mi muñeca con un gesto brusco y se aparta de mí.

—¡Ya lo he superado! —le espeto, tragándome las lágrimas—. Lo que intento decirte es que esto no volverá a pasar. Nunca. ¡Jamás!

Mientras me dedica una mirada cargada de desprecio, una desagradable carcajada brota de su garganta.

—¿Eres tan vanidosa que piensas que YO deseo repetirlo? Para mí esto no ha significado nada, muñeca. Solo ha sido un polvo. Te agradezco la generosidad de abrirte de piernas, pero puedes estar muy tranquila. No pienso suicidarme porque tú hayas decidido pasar de mí. Es exactamente lo que esperaba que hicieras. Los líos emocionales me resultan patéticos.

Mi rostro permanece inalterable a pesar de que sus palabras me golpean sin compasión. Puede que solamente mis ojos reflejen el tormento que se desarrolla en mi interior, pero él no puede percibirlo porque de repente se comporta como si yo no existiera. Me da la espalda y empieza a vestirse a toda prisa.

—Te espero en el coche. Tomate todo el tiempo que necesites. Ah, por cierto, aquí te dejo mi chaqueta. He visto que la cremallera de tu vestido está rota.

Su voz solo refleja frialdad, crueldad y un infinito desprecio. Ni siquiera se toma la molestia de volver a mirarme, simplemente arroja su chaqueta encima de una silla y sale cerrando de un portazo. Por un instante, me quedo enfocando la puerta, como si aún esperara a que él volviera y me abrazara, pero cuando me doy cuenta de que eso no va a pasar, la turbación se apodera de mí. Coloco una mano en el pomo, apoyo la frente contra el frío metal de la puerta y cierro los ojos en un intento de luchar contra la sensación de desamparo que me invade.

A pesar de lo mucho que me esfuerzo por evitarlo, al poco tiempo me doy cuenta de que la tarea de aguantarse las lágrimas se vuelve demasiado complicada. Me desplomo sobre la cama y hundo la cabeza entre las manos. Así que a esto le llaman sufrimiento. Es la primera vez que experimento este dolor agudo que parece surgir en mis entrañas y sé que mi corazón no puede romperse más de lo que ya lo ha hecho.

El viaje en coche desde el club es tenso. Nathaniel conduce con las gafas de sol puestas, a pesar de que está nublado, y no me ha mirado ni una sola vez. Ni siquiera hemos intercambiado una palabra. Al llegar a su casa, me bajo y espero a que me siga, pero no lo hace, sino que pega un acelerón como si fuera a correr para McLaren y sale del garaje sin decir adónde va. Inspiro hondo, intento recuperar la compostura y dirijo mis pasos hacia el ascensor. Pero mientras subo vuelvo a derrumbarme y empiezo a llorar de nuevo, de tal forma que cuando entro tengo un aspecto desolador. Se me ha corrido el rimel, tengo el pelo enredado, la cremallera del vestido rota y la chaqueta de Nathaniel sobre los hombros. ¡Y encima me he roto una uña! ¡Es el peor día de mi vida!

Me encuentro a Robert en el pasillo, con la chaqueta puesta, a punto de salir.

—¿Catherine? ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Me limpio la nariz con la mano y levanto la mirada hacia él, incapaz de dejar de llorar.

—Eh... ¿Estás bien? —insiste, colocando una mano en mi hombro.

Sus bonitos ojos azules recorren todo mi semblante en busca de una respuesta.

—¿Tengo pinta de estar bien? —farfulto.

Hace un gesto de negación con la cabeza.

—La verdad es que no. ¿Has... —entrecierra los ojos y su mandíbula se tensa visiblemente—. ¿Has pasado la noche con él?

Digo que sí con un gesto de cabeza.

—¿Qué te ha hecho? Juro que le mataré si...

—¡Robert! ¡No! Él no ha hecho nada. He sido yo. Y ahora estoy arrepentida. Estoy tan arrepentida —repito entre sollozos y entierro la cara en su regazo.

—Chiss —me tranquiliza, trasladando una mano a mi pelo para acariciarlo con ternura—. No llores, por favor.

—No puedo dejar de hacerlo. Duele demasiado.

—Lo sé. Lo sé. Pero por favor, no llores. Tranquila. No pasa nada. Estoy aquí.

Se muestra tan compasivo conmigo que rompo en sollozos más ruidosos aún.

—Me merezco esto. Ayer te dejé tirado. Lo siento mucho —baluceo entre hipos.

Me murmura palabras tranquilizadoras al oído y me abraza con ternura, como si fuera una cría, hasta que los sollozos cesan.

—No tiene importancia, ángel. Solo lamento que mi hermano se haya comportado como un capullo. Llamaré al despacho para cogerme el día libre. Me quedará contigo.

Hago un gesto de negación con la cabeza y me enjuago las lágrimas. De repente, me siento muy avergonzada. *A buenas horas, también.*

—No. Ve a trabajar. En cuanto me dé un baño, estaré bien. De veras.

Robert me pone cara de preocupación y soy consciente de que no quiere marcharse. ¿Por qué está siendo tan bueno conmigo? No es que me lo merezca.

—¿Estás segura? No pasa nada si no voy un día...

—Estaré bien, Rob. Prefiero estar sola, si no te importa.

No puedo pedirle que falte un día al trabajo solo porque yo haya tenido la genial idea de acostarme con su hermano. Superaré esto sola. Bueno... no del todo. Con un baño caliente, chocolate y una botella de vino... o vodka.

—Anda, vete. Estoy bien, de verdad que sí —esbozo una trémula sonrisa para resultarle más convincente—. Llegarás tarde.

Vacila durante unos instantes, pero al final me suelta. Me da un beso en la mejilla, coge su maletín y sale por la puerta. En cuanto me quedo sola, empiezo a subir despacio los escalones, de camino a mi habitación. Me duelen partes del cuerpo que ni sabía que tenía, y el dolor de cabeza es horrible. Aunque no debería quejarme. Esto solo es un merecido castigo por todos mis pecados. Si hay un infierno ahí abajo, después de lo que he hecho esta noche, me van a nombrar miembro honorífico.

Una vez en mi baño, abro el grifo y me meto en la bañera, donde espero a que el agua caliente relaje mi cuerpo y calme esto, lo que sea que estoy sintiendo en mi interior. No sé si llamarlo dolor, no lo parece, al menos no es el concepto que yo tengo del dolor. Creo que es más bien una lenta agonía. Lloro en la bañera hasta que ya no tengo fuerzas para seguir haciéndolo y, acto seguido, me prometo a mí misma que no volveré a llorar jamás. Al menos no por culpa del irritante Nathaniel Black.

Al salir del baño tengo un mensaje en el móvil. Lo abro. Es de Nathaniel.

«Hoy tengo que hacer el primer casting. ¿Nos vemos allí a las 17.30 horas?»

Miro la hora que es. Son las 15.30 horas de la tarde y, ya que me siento devastada por dentro, tengo aproximadamente hora y media para compensarlo con un aspecto físico deslumbrante. No quisiera que cierto *playboy* de pacotilla piense que he pasado el día sufriendo como un perro. Así pues, entro de nuevo en el baño y empiezo mi ritual de belleza. Cuando acabo, una hora después, no puedo sino sonreírle a la mujer que me observa desde el espejo.

Vuelvo a entrar en la habitación, abro el armario y elijo un elegantísimo dos piezas color negro, con pantalón y chaqueta ajustada al cuerpo. Me pongo pendientes negros, zapatos negros de tacón alto y unas enormes gafas de sol —¿hace falta decir que negras?— que me tapan medio rostro. Me examino complacida en el espejo de cuerpo entero que hay detrás de la puerta. Guapa y elegante, pero tan lúgubre como Morticia. Llevo la palabra "entierro" dibujada en el rostro. ¡Es perfecto para aguantar el día de hoy! Me echo brillo de labios, *Chanel Madeimoselle*, cojo el bolso y me obligo a sonreír.

En cuanto salgo a la calle, tengo que rodearme con los brazos para protegerme del fuerte viento que apenas me permite andar. Hay una cosa llamada abrigo que suele servir en estas situaciones, pero ya no voy a volver a por él.

—¿Señorita Collins?

Giro la cabeza hacia la limusina negra que hay delante del edificio. ¿Es Wesley? Sí, a través de un remolino de hojas amarillentas divisó a Wesley, que está con los brazos cruzados y la espalda negligentemente apoyada contra la puerta del coche. Genial. Este día no hace más que mejorar.

—Señor Wesley —saludo y empiezo a andar en su dirección—. Si buscas a Nathaniel, no está.

Wesley sonríe y me abre la puerta de atrás de la limusina. Lo miro con el ceño fruncido. ¿Pretende que entre?

—No vengo a por él, sino a por usted. Me envía Nathaniel. Como no sabía a qué hora iba a bajar, me ha dicho que esté aquí a las 15.00 horas.

—¿Llevas aquí dos horas? —asiente—. Lo siento, si llego a saber que estás...

—No lo sienta —me interrumpe—. Me pagan para esto.

—Ah —me limito a decir mientras me monto en la parte de atrás del coche.

El cristal que me separa del conductor está bajado y veo que, de vez en cuando, Wesley me lanza miradas furtivas a través del espejo. Debe de tener unos cuarenta años como mucho. Es bastante atractivo, si a una le gustan los hombres fuertes en plan Vin Diesel. Seguro que ha sido marine. O tal vez haya trabajado para el FBI. O la CIA. Puede que sea un sicario ruso. Tengo varias teorías, unas más locas que otras.

—Siento lo de Londres —le digo, para hablar de algo. Los silencios siempre son incómodos.

—Da igual —contesta, lanzándome una mirada a través del espejo—. Siento no haberla dejado pasar. Solo seguía órdenes.

—No importa —le lanzo una sonrisa—. ¿Cómo te llamas?

Llamar señor Wesley a un tío que tiene aproximadamente mi edad me parece ridículo.

—Liam.

—Bien, Liam. Llámame Catherine, por favor. Ese "señorita Collins" hace que me sienta vieja.

Vaya, sonríe y todo. Chocante.

Entro por las puertas giratorias contoneando las caderas como un felino letal y cruzo el hall de recepción en dirección al ascensor. Conozco el camino, ya he estado aquí una vez. Pulso el botón para subir a la quinta planta y espero paciente a que se cierren las puertas, mientras reviso los correos en mi móvil. Mensajes en Facebook, Twitter, Instagram. ¿Es que nadie me quiere lo bastante como para llamarme?

Justo cuando queda medio milímetro para que el ascensor se cierre, una mano fuerte agarra las puertas y vuelve a abrirlas. Levanto la mirada y me topo con la de mi maravilloso e ilustre jefe, que entra con una odiosa sonrisa dibujada en la cara. Se coloca a mi izquierda. Los dos enfocamos la puerta durante unos instantes.

—Bonitas gafas.

Silencio sepulcral. No me digno a contestarle. Su sonrisa se amplifica.

—Así que tú y yo en un ascensor otra vez —su rostro divertido se gira hacia mí—. ¿No te trae bonitos recuerdos?

Evito a propósito su mirada y vuelvo a centrar mi atención en el iPhone.

—La verdad es que no —contesto de manera seca mientras tecleo.

Lo miro de reojo y veo que es incapaz de dejar de sonreír. ¡Menuda bestia!

—Venga Catherine, no estés enfadada conmigo por lo de anoche.

Me giro hacia él y le muestro una sonrisa adorable.

—¿Podrías hacer el favor de dejar de hablarme? Es que intento borrar de mi mente y tu constante *bla bla bla* me desconcierta.

—Pedid lo que queráis, bella doncella —se inclina de manera exagerada y me lanza una sonrisa maliciosa de *Grinch*—. Todo lo que queráis, menos eso. Su recuerdo es demasiado... dulce como para no mencionarlo.

Mascullo unas cuantas maldiciones para mis adentros.

—Bien. En tal caso, ¿podéis mandar recuerdos al demonio de mi parte cuando volváis al infierno del que salisteis... mi querido sire?

Nathaniel gira la cabeza hacia mí con cara de indignación, pero luego esboza una sonrisa felina.

—Lamento no poder contentaros. No figura entre mis planes visitar el infierno este año. Me temo que vais a tener que aguantarme.

Estoy a punto de replicar algo escandaloso cuando se abren las puertas del ascensor —convenientemente— y Johnny sale a nuestro encuentro con los brazos extendidos.

—¡Pero si son mis dos personas favoritas en el mundo entero! Hola, encanto —me da dos besos en las mejillas—. ¡Nathaniel Black! ¡Cuánto tiempo sin vernos! ¿Qué pasa, tío? ¡Qué fuerte estás!

Se dan la mano y cambian cortesías y rutinas de aumento de masa muscular que, en absoluto, me interesan a mí. Así pues, me quito las gafas de sol y me dejo caer en una silla. Me he asegurado de sentarme lo más cerca posible de las bandejas de los deliciosos donuts que hay encima de la mesa del vestíbulo. No recuerdo muy bien cuándo ha sido la última vez que he probado bocado, pero estoy segura de que han debido de pasar más de veinte horas. Mientras disfruto de la esponjosa masa y relamo el espeso glaseado rosa, pienso en que me he acostado con los dos hombres que están de pie, a mi lado, y nadie lo sabe. Esbozo una sonrisa maléfica para mis adentros. Me escandaliza tanto el comportamiento de Nathaniel Black, pero no es que yo sea mejor.

—¿Nos vamos, encanto? —me pregunta Johnny, ofreciéndome su brazo.

Dejo el donut a medio comer, le muestro una de mis deslumbrantes sonrisas y me dejo conducir por un largo pasillo. Jonathan Miller tiene treinta y ocho años y, como he dicho antes, fue mi novio en la universidad. Él era el profesor de arte y yo una estudiante aburrída. El resto es historia. Recuerdo lo atractivo que estaba cuando le vi por primera vez. Bueno, cuando le vi por primera vez y ahora, para ser sincera. Y es que Johnny es alto, delgado, aunque fuerte, y muy divertido. Rubio, de ojos verdes. Aún puedo ver en él a ese hombre del que me quedé prendada, porque los años no lo han alterado demasiado. De acuerdo, está más viejo y tiene surcos en sitios donde antes no los tenía, sin embargo, eso más que quitarle atractivo, se lo añade. Todos sabemos que los hombres son como el vino. Mejoran con el paso de los años. O, al menos, lo hacen hasta llegar a los cuarenta. Luego empieza el bajón.

Y mientras que yo sonrío maliciosamente al pensar que a Nathaniel Black no le queda nada para ser un cuarentón, entramos en un gran auditorio donde ya hay unas cuantas personas esperándonos. No conozco a nadie, ni tengo interés por hacerlo, así que me quedo en un rincón, desde donde intento ignorar al señor Black, que me sonríe con descaro desde el escenario. Por la expresión de su cara, sé que en este preciso momento está rememorando con todo lujo de detalles la noche anterior. Me ruborizo solo de pensarlo y desvío la mirada, fingiendo estar observando con mucha atención las musarañas.

Gracias a Dios, Johnny, uno de los pocos caballeros que quedan en este mundo, me invita a sentarme en una silla lo bastante alejada del escenario, de la luz y de Nathaniel Black. Debe de ser la suya porque pone Director. Me siento, pongo mi móvil en silencio y presto atención a todas las pruebas. No es que estén mal del todo, es solo que no salen como deberían salir. Resulta todo insípido. No hay ni rastro de aquella pasión que siempre ha caracterizado las actuaciones de Nathaniel Black.

Hay algo que falla. Es como si no tuviera química con su compañera.

—¡Cor-ten! —Johnny grita tan alto que pego un salto y dejo escapar el móvil al suelo.

Giro la cabeza y lo miro indignada. No estamos en el Coliseo como para gritar tanto.

—Venga Nate, puedes hacerlo mejor —vuelve a gritar desde una silla alta.

Nathaniel asiente y vuelve a repetir sus frases. Sosísimo. ¡Me aburrroooo!

—¡Corten! —grita Johnny de nuevo—. Hay algo que haces mal y no sé el qué.

—Tal vez falle la mirada —remarco en tono demasiado alto.

Todo el mundo gira la cabeza en mi dirección. ¡Maldición! ¿Por qué no puedo limitarme a estar en mi rincón y a pasar desapercibida por una vez en la vida?

—Explicate, Kit Kat.

Al oír ese cariñoso apodo, Nathaniel sonríe con malicia. Sé que el asunto no acabará aquí.

—¡Sí, *Kit Kat*, ilumínanos! —grita con sarcasmo desde el escenario.

Suelto un largo suspiro y me pongo de pie.

—Fíjaros en su manera de mirarla. ¿Es esa la mirada de un hombre enamorado?

Veo varias cabezas negándolo.

—Tal vez Kitty esté en lo cierto. Inténtalo otra vez, ahora con algo más de sentimiento, ¿quieres? Imagínate este escenario. Estás en el desierto. Hace mucho calor. El sol está pegándote fuerte en la cabeza y estás deshidratado. Matarías por una gota de agua. Una fresca gota de agua sobre tus labios secos. Así es como quiero que la mires. Como si fuera la gota de agua que necesitas para seguir con vida. Y... ¡Acción!

No recordaba que Johnny fuera así de cursi, claro que hay tantas cosas que no recuerdo sobre lo nuestro. Ni siquiera recuerdo porque lo dejamos. *¿Tal vez porque estuviera casado?*, me sugiero a mí misma en cierto tono malvado.

Mientras Nathaniel vuelve a repetir la misma frase por tercera vez, Johnny se acerca a mí, con aire confidencial.

—¿Por qué no vas ahí con él? Quiero que te diga a ti esas replicas, solo para comprobar una teoría.

—¿A mí? —le echo una mirada incrédula—. Yo no soy actriz, Johnny.

—No quiero una actriz, encanto, sino a una mujer de la que esté enamorado.

—¡Pues llamad a su novia! —murmuro, irritada—. ¿A mí qué me cuentas?

—Kit Kat, hazme caso por una vez en tu vida. He visto cómo te miraba antes. Tal vez tú no lo sepas y apostaría mi alma a que él tampoco, pero te garantizo que Nathaniel Black tiene sentimientos por ti.

Lo miro boquiabierta, absolutamente descolocada. ¿Puedo permitirme el lujo de pensar que eso es cierto? Por desgracia, no tengo mucho tiempo para realizar el análisis porque Johnny me empuja por detrás para que me ponga en marcha. Mis tacones resuenan en todo el auditorio mientras voy de camino al escenario, llamando la atención hacia mi persona más de lo que me habría gustado. Respiro hondo y me acerco a Nathaniel.

—Di las frases rápido y hazlo bien. Tenemos que hablar —le susurro.

Él asiente con la cabeza y, de manera sospechosa, parece serio. Y sobrio.

—Tú eres lo único bueno que hay en mi vida —recita, cogiendo mi mano entre las suyas—. Eres lo mejor que me ha pasado últimamente y no puedo permitirme perderte. Te quiero, Carrie. Y sé que no quieres volver a verme después de lo de hoy, y también sé que me lo merezco, pero no puedo dejarte marchar —hace una pausa, esperando a que la actriz Carrie diga sus réplicas y después prosigue—. Busca muy en el fondo de tu alma y dime si lo nuestro ha sido real. Pero antes de contestar, piensa una cosa. ¿Crees que podrías odiarme con esa intensidad si no me quisieras? Yo creo que no. Creo que eres una mentirosa, y tú lo sabes.

Hacemos otra pausa para las réplicas de Carrie. Mientras tanto, Nathaniel coge mi mano y la presiona contra su pecho. Me estremezco sin querer al notar los fuertes latidos de su corazón.

—Toca mi corazón, amor mío, y dime si lo que siento por ti es real o no.

Su mirada, el acelerado latido de su corazón y esa manera de decir las réplicas me calan hasta los huesos. ¿Es posible que él...? ¿Será posible que yo...? *Bueno, no te emociones. Siempre que te alzas demasiado, la caída se vuelve aún más dolorosa.*

—¡Espléndido! —se escucha la voz de Johnny a lo lejos.

Añade algo más, pero nosotros ya no lo escuchamos. Seguimos de pie, Nathaniel tiene el rostro ligeramente inclinado hacia el mío y aprieta mi mano contra su corazón. Y así, sin más, nos miramos el uno al otro a los ojos, en completo silencio.

—Vamos, tortolitos. Ha acabado el casting —la voz divertida de Johnny consigue llegar hasta nosotros de alguna manera.

Salimos del trance y empezamos a andar en su dirección. Nathaniel parece igual de avergonzado que yo.

—¿Qué tal lo ha hecho? —inquiero, colocándome el pelo detrás de las orejas.

—De vicio. Creo que es nuestro hombre. Te veré en el siguiente casting. Solo quedáis cuatro. ¡Qué la suerte os acompañe! —hace una teatral reverencia antes de darnos la espalda y cruzar la puerta.

Poco a poco, empiezan a irse todos los demás hasta que solo quedamos él y yo en todo el auditorio. Vale, es el momento de tener *esa* charla. Respiro hondo, me armo de valor y empiezo.

—Esto... tenemos que hablar de lo que pasó anoche.

Él hace un gesto afirmativo.

—Estoy de acuerdo. Déjame que empiece yo, por favor. Me he hecho un discurso.

—Vale —esbozo una trémula sonrisa—. Empieza.

Ladea un poco la cabeza y me mira con tristeza, como si le doliera lo que está a punto de decirme.

—Quiero que sepas que siento mucho lo que pasó anoche.

¿Qué? No. No. ¡No! No era esa la charla que quería tener contigo.

—¿Lo sientes? —baluceo y busco sus ojos. Su mirada es más intensa que nunca.

—Sí. Robert me ha llamado para decirme que has llegado a casa hecha polvo. Me ha dado la charlita durante media hora. Y lo peor de todo es que sé que llevaba razón. He sido un idiota esta mañana.

¡Maldita sea! Que sepa eso me resulta muy humillante.

—Verás, Nate, yo... —hago una pausa para aclarar mi mente—. Es igual, de veras. No tiene importancia. Estoy bien.

—No, no lo estás.

Entorno los ojos. De acuerdo, no lo estoy.

—Claro que sí —insisto y adopto una larga sonrisa para reiterar mis palabras.

—Preciosa, ya te he dicho que mientes como una principiante —hago una mueca de exasperación y suelto un suspiro; él me mira con una infinita tristeza reflejada en sus ojos—. Resulta que sé que no estás bien, Catherine. Y también sé que llevas todo el día llorando. Te has esmerado mucho por disimularlo, pero aun así puedo notar tus ojos enrojecidos a pesar de todo ese maquillaje.

Se calla, contrae los labios y se queda con la mirada perdida en el vacío durante un momento. Yo no me atrevo a pronunciar ni una palabra.

—No soporto que estés llorando por mi culpa —musita, evaluándome con sus ojos turbios—. Tú eres... tú me importas demasiado. Quiero pedirte disculpas por todo. Me he portado como un capullo contigo desde que llegaste y no te merecías eso —coloca las dos manos en mis hombros y me habla en tono calmo, íntimo, mirándome a los ojos—. Solo quiero que sepas que lo de anoche no ocurrió porque quisiera burlarme de ti, ni pretendía demostrarte nada. Es que yo... —hace otra pausa mientras entrecierra los ojos— quería estar contigo ayer. Lo necesitaba. No puedo explicarlo. Hay algo en ti que me desconcierta y me atrae a la vez. Es como si no pudiera mantenerme alejado de ti.

Oh. Siento cómo las lágrimas inundan mis ojos, pero sé que me odiaré el resto de mi vida si lloro ahora. Busco un punto en el techo y centro la mirada en él.

—Pero no te preocupes —prosigue y, de repente, se vuelve inexpresivo—. Lo que pasó anoche no volverá a pasar nunca más. Ni siquiera volveré a mencionarlo.

Sé que te avergüenza y de verdad que lo siento. Te prometo que a partir de ahora te dejaré en paz.

¡No! ¡Pero yo no quiero que me dejes en paz! ¡Dios mío, creo que quiero que nos casemos y tengamos bebés!

—Eso —la voz me sale ronca y tengo que carraspear varias veces— eso estaría bien.

¿Por qué será que el ser humano es tan hipócrita? Decimos cosas que realmente no queremos decir. ¿Por qué demonios no puedo mirarle a la cara y decirle:

Nathaniel Black, te quiero?

Me tiende una mano a la vez que esboza una cálida sonrisa, no sabía que tuviera otra sonrisa que no fuera pícaro, insinuante o desagradable.

—¿Amigos?

Hago un gesto afirmativo y aprieto su mano.

—Amigos.

Capítulo 9

—¿Robert?

—¿Catherine? ¿Eres tú?

—No, es una desconocida que tiene mi voz y mi teléfono móvil —respondo irritada—. ¿Quién va a ser? ¿Dónde estáis? Acabo de llegar y aquí no hay nadie. Y encima no sé dónde habéis guardado las galletas de avena.

—Mmmm... creo que no hay galletas. ¿No te ha dado Jimmy el recado?

Frunzo el ceño. *¿Ese quién es?*

—No he recibido nada y no tengo ni la más mínima idea de quién es Jimmy.

—Jimmy es el conserje. Le he dicho que te transmitiera que ibas a estar sola este fin de semana. Yo he tenido que salir de urgencia a Las Vegas, papeleo pendiente, que además me va a llevar unos cuantos días solucionar, y Nathaniel tiene lo de la Liga Gay, con lo que va a estar en Atlanta durante todo el fin de semana.

—El conserje se llama Jerrod, no Jimmy. Suerte con el papeleo. ¿Por qué demonios no hay galletas? ¿Tu hermano y tú no ibais a hacer la compra ayer? ¿Y si no hicisteis la compra, qué habéis estado haciendo durante toda la tarde? Y, por último, ¿qué es lo de la Liga Gay y por qué no he sido inmediatamente informada de ello?

Oigo su risa al otro lado del teléfono.

—Lo de la Liga Gay es un evento al que mi hermano, como es muy solidario y un firme defensor de los derechos de los gays y lesbianas de este país, participa cada año por su propia voluntad y sin que nadie le obligue, no solo con dinero, sino como voluntario durante todo un fin de semana. Catherine, tengo que dejarte. Tengo una reunión. Pídetes algo de comer, a Nathaniel se le han olvidado tus galletas en el supermercado. Te llamo mañana para ver qué tal has pasado la noche, ¿vale?

—Sí, genial.

Nada más colgar, pongo la cara de Kevin McAllister. ¿Tengo la casa solo para mí durante dos días? O sea, ¿no tengo que peinarme, ni que ponerme un sujetador incómodo, ni que cenar soja? ¡Qué empiece la fiesta! Me dirijo al equipo de música del salón y lo enciendo, elevando el volumen a toda potencia. Acto seguido, subo los escalones moviendo las caderas —en la radio ponen música muy pegadiza—, y me meto en el jacuzzi hasta que se me arruga la piel. Media hora después, llevando solamente un camisón de tela transparente y el pelo aún mojado, bajo a buscar algo de cenar.

Abro la nevera y la registro con atención y el ceño fruncido durante largo rato, pero, como siempre, no hay nada comestible. Cierro la puerta de mala gana y abro el congelador. ¡Definitivamente existe un Dios ahí arriba! Al menos han comprado algo de la lista que les he dado. Helado de chocolate. Saco la tarrina, cojo una cuchara y me subo encima de la barra de desayuno, con las piernas colgando. Empiezo a chupar una cuchara llena de helado, incapaz de disimular mi satisfacción. Si me viera mi madre ahora mismo, sufriría un ataque de ansiedad. Pero como está en Londres, a miles de kilómetros de distancia, plácidamente durmiendo en su cama, no tengo por qué preocuparme. Nadie puede verme.

—Si llego a saber que lo que te gusta es cenar desnuda, habría regresado antes.

Suelto un grito de sorpresa y, antes de que pueda reaccionar, la cuchara se escurre entre mis dedos y cae ruidosamente al suelo. Tengo que hacer un gran esfuerzo para girar la cabeza y fijarme en la oscura silueta que está sentada en el suelo del salón. ¿Estaba ahí cuando pasé por delante? Dios mío, ¿me habré puesto bragas? Bloqueo inmediatamente todos esos pensamientos y me bajo de la barra de un salto. Entro en el salón, moviéndome entre las sombras. Aún no tengo claro lo de las bragas.

—¡Te arañaría por el susto que me has dado! ¿Qué demonios haces aquí?

Nathaniel se encoje de hombros y me lanza una fría e inexpressiva mirada.

—Vivo aquí.

Permanezco callada durante unos instantes más, observándole cómo vacía el contenido de una botella de whisky.

—¡Has bebido! —protesto escandalizada.

—¡Oh, no! ¡Qué escándalo!

Desvío la mirada y me fijo en las dos botellas vacías que ha esparcido por el suelo.

—¿Eso es legal? —señalo con la cabeza un cigarro que se desgasta en el cenicero. Por el olor que desprende, es de todo menos tabaco.

—No hagas preguntas absurdas, amor.

Ignoro el sarcasmo y me siento a su lado, con la espalda apoyada contra el sofá. Afortunadamente, sí que llevo algo por debajo del camisón. Acabo de comprobarlo.

—Por favor, insisto en que me hagas compañía —me dice sin el más mínimo rastro de humor en su voz—. Una noche de viernes no podría ser perfecta sin que tú me dieras la charlita.

Pongo una sonrisa adorable mientras le arranco la botella de las manos y apago el cigarro. No dice nada, permanece con la mirada perdida en el vacío.

—¿Qué ha pasado, Nate? Supongo que tienes una muy buena razón para vaciar esa licorería. ¿También has atracado al camello de la esquina?

Nathaniel pone una mueca divertida y, por primera vez desde que he entrado, me sonrío.

—Tienen un favorito para el papel.

—¿En serio? ¿A quién?

—Leonardo.

—¿Leonardo? —soy incapaz de ocultar mi sorpresa—. ¿No es algo mayor para el personaje de Von Bon?

—Solo tiene unos tres años más que yo.

—Cierto. Lo siento.

Mueve la cabeza, como si no tuviera importancia.

—¿Y le han elegido a él? —prosigo, con las voz tornada en un susurro.

—Nop.

—Entonces ¿por qué estás aquí a oscuras como los murciélagos? Puede que tu interpretación les deslumbre y te elijan a ti.

—No lo harán.

—¿Cómo estás tan seguro?

—¡Porque él es el puto DiCaprio! —me responde irritado.

Arrugo el ceño y asiento con la cabeza.

—¿Y ya te has rendido? ¿Así de fácil?

Gira la cabeza hacia mí y me mira exasperado, como si fuese una retrasada que es incapaz de entender algo así de sencillo.

—¿Y qué sugieres que haga, Catherine? Es uno de los mejores actores de Hollywood y yo solo soy un vampirucho de culebrones baratos.

Me tapo la boca con la mano para ahogar una risita.

—Perdona. No tiene gracia.

—Si tú lo dices.

—¡Oh, venga ya, Nate! ¡Ni se te ocurra venirme abajo ahora! Tú eres Von Bon y Von Bon es Nathaniel Black —Nathaniel mueve los ojos con confusión; yo hago una mueca—. Lo que intento decir es que ese papel se ha escrito para ti.

—O para DiCaprio—repone con una voz completamente inexpressiva.

Hago un gesto de exasperación y lo miro atentamente. Tiene los hombros caídos, el pelo alborotado, y los ojos brillantes y tan tristes que lo que realmente deseo

es besarlo y mimarlo, y decirle que todo se arreglará. Sin embargo, sería una mentira y no pienso mentirle.

—Todavía no has perdido el papel y en vez de luchar, estás sentado en el suelo, borracho y colocado, lloriqueando como una nenaza. Una débil sonrisa se insinúa en la comisura de su boca.

—Yo no lloriqueo, amor.

—Es exactamente lo que estás haciendo —me pongo de pie y le sostengo la mirada—. ¡Sí, el mundo es una mierda! Los polos se derriten, el petróleo está por las nubes y... y... ¡Kurt Cobain ha muerto! Pero esas no son razones suficientes para vaciar las reservas de alcohol de Nueva York.

Baja la vista y se queda callado durante un rato. Intenta en vano reprimir la sonrisa.

—¿Y qué debería hacer según tú? —me pregunta, fijando en mí sus penetrantes ojos.

Le doy la espalda para acercarme a la ventana, desde donde contemplo las brillantes luces de la Quinta Avenida. ¡Es increíble! Este hombre tiene el mundo a sus pies —literalmente— y me pregunta a mí lo que debe hacer. Vacilo antes de responder.

—Supongo que luchar —contesto al fin.

Nathaniel resopla a mis espaldas.

—¡Luchar! Estoy cansado de toda esta mierda —masculla malhumorado—. Estoy cansado de ser lo que todo el mundo se espera que sea. Tú, al igual que todos ellos, piensas que debería estar agradecido de ser lo que soy, pero ¿tienes idea de lo que soy, amor? ¡Una puta imagen comercial! Una cara bonita que mueve millones de dólares al año. Nada más. A nadie le importa la persona que se esconde detrás. Solo quieren que venda una marca.

Me giro y le miro. Se ha puesto de pie y me observa con la cabeza inclinada hacia un lado y los ojos turbios.

—Nate, no digas eso. Tú eres mucho más. Eres... eres...

—¿Qué ibas a decir, Catherine? Venga, no te cortes. Sé cuál es tu opinión sobre mí. No te esfuerzas demasiado en ocultarla. ¿O es que te has vuelto escrupulosa de repente? Si temes herir mis sentimientos, puedes estar tranquila. No tengo nada de eso.

Eres el hombre al que quiero. Era eso lo que iba a decir, pero prefiero tragarme las palabras.

—Soy un incordio —continúa, cada vez más alterado—. Para ti, para mi hermano, para mi agente, para los críticos y, seguramente, para el mundo entero. ¡Y mi serie es una mierda! ¿Crees que no me doy cuenta de cómo me miras? Estás cansada de arreglar mis estropicios. Y no te culpo. ¡Soy un putito desastre!

Cierro los ojos por un instante. Es doloroso ver la mala opinión que tiene sobre sí mismo.

—Solo estás borracho y cansado. A lo mejor estresado por la prueba. Necesitas dormir. Mañana estarás como nuevo. Ya lo verás.

Sus labios se arquean en una cruel sonrisa.

—Veo que aún no sabes lo de la Liga Gay.

Me cruzo de brazos y me preparo para el peor de los impactos. Mi intuición me dice que esto no va a gustarme. No, para nada va a gustarme.

—¿Te gustaría explicarme lo que ha pasado en la Liga Gay? —le pido con calma.

—Antes de que te cabrees y me chilles otra vez, que conste que tengo una muy buena explicación.

—¡Déjate de rodeos y ve al grano de una vez! —ordeno en tono seco.

Juro que intentaré no cabrearle, pero no sé si lo conseguiré. No cuando me sonrío así de complacido.

—Les dije que en lo que a mí respecta, pueden irse a tomar literalmente por el culo.

Abro la boca por el estupor, con los ojos tan abiertos que parecen sacados fuera de sus orbitas.

—¿Qué? ¿Por qué demonios has hecho algo así? Pensaba que simpatizabas con el movimiento gay.

Suelta una carcajada, muy divertido por mi reacción, mientras yo lo miro con muda consternación.

—Pensabas mal. Estoy harto de que la gente piense que me importa la extinción de las ballenas, la Liga Gay o las putas crisis de Oriente. ¡Todo me importa una mierda! Estoy harto de que todos deis por hecho que, porque soy una cara pública, debo ir a unas estúpidas conferencias y limitarme a leer las malditas tarjetas que algún imbécil escribe.

La mayoría de dichas tarjetas las he escrito yo misma y él lo sabe.

—Estás muy mal —le digo con la voz convertida en un susurro, presionando con los dedos el puente de mi nariz para calmar el dolor de cabeza que este hombre me provoca—. Tienes un grave problema de conducta y le das al *bourbon* más de lo que deberías. Te sugiero algo de terapia. Hay demasiada rabia acumulada dentro de ti. Cualquier día de estos explotará y yo no pienso estar aquí para cuando eso pase.

Aparte de un leve parpadeo, no muestra ninguna otra reacción.

—¿Es una amenaza? ¿Es que intentas decirme que te vas? —pregunta después de un tiempo, levantando los ojos del suelo para sostenerme la mirada.

Al ver mi vacilación, se pone cada vez más tenso, con un músculo de su mandíbula palpitando y su mirada más intensa y más oscurecida que nunca. Suspiro y me doy la vuelta para interrumpir ese inquietante contacto visual. Paso los siguientes dos minutos fingiendo contemplar con mucho interés una pintura que no me inspira nada en absoluto. No sé si representa un rostro, un florero o una vaca. La verdad es que podría ser cualquier cosa.

—Una advertencia —le contesto al fin, girando la mirada hacia él—. Mi paciencia se está acabando, Black. El deseo de transformarte en mejor persona se ha convertido en un desafío profesional, pero empiezo a darme cuenta de que algo debo de estar haciendo mal porque nada mejora. Estás igual o peor que cuando empecé a trabajar para ti. Tal vez deba asumir la derrota y hacer que esto sea más fácil y llevadero para los dos. Tú no quieres tenerme aquí y, desde luego, yo no quiero quedarme.

De pronto, me entran ganas de llorar. Esto me supera. Quiero volver a mi casa perfecta, de mi calle perfecta, con mi familia perfecta y fingir que nada ha pasado, como lo he hecho durante toda la vida. Pero en cuanto me abraza, en cuanto sus brazos me rodean con ternura y el mero contacto de sus labios apoyados contra mi cuello me deja sin aliento, me doy cuenta de que no podré hacer eso. Por alguna razón que ni yo misma consigo entender, no puedo alejarme de él.

—Lamento haberte gritado, preciosa —musita, con la nariz enterrada en mi cuello—. Llevas razón. Estoy mal. Pero te equivocas en una cosa. *Sí* que te quiero en mi vida. Te necesito desesperadamente. No sé qué sería de mí si tú no estuvieras aquí.

Levanto el brazo y le acaricio la mandíbula con las yemas de los dedos.

—¿Por qué no puedes ser un chico bueno para variar? Es todo cuanto pido.

—Quiero serlo, pero es muy difícil, y cuanto más lo intento, más me hundo. Algunas veces lucho por mantenerme a flote, solo que no lo consigo, y estoy muy cansado de que nadie se moleste en preguntarme lo que realmente quiero yo. Estoy cansado de recibir órdenes constantemente y de que otros me digan cómo vivir mi vida. Lo único que quiero es ser yo mismo.

Me suelto de su abrazo y vuelvo a dirigirme hacia los enormes ventanales del salón. A pesar de la multitud de luces que brillan en la Quinta Avenida, la soledad del lugar es impresionante.

Resoplo, de espaldas a él.

—De acuerdo. Te ayudaré a ensayar. Mañana a la hora de cenar te quiero en el salón. Estate preparado.

Tras una búsqueda exhaustiva en el armario de mi habitación, encuentro un vestido negro ajustado al cuerpo, muy sencillo, con la espalda al descubierto y la altura de la falda justo por encima de las rodillas. Me pongo mis pendientes de diamantes favoritos, regalo de mi madre, y me hago un recogido informal. No tengo tiempo para peinarme las ondas ahora mismo. Me doy un último repaso en el espejo mientras me echo brillo de labios. Tengo cierto parecido a Carrie. Yo soy más guapa —claramente la modestia no se incluye entre mis virtudes—. Me despido con una sonrisa de la chica del espejo y me dirijo hacia el salón.

Estoy sentada en la mesa cuando oigo sus pasos resonando por el pasillo. Camina despacio hacia mí, devorándose con la mirada, y me sonrío lascivo mientras se acerca. Yo, con la vista alzada, lo miro también, con esa opresión en el estómago y ese incómodo nudo en la garganta que suelo sentir en su presencia. Es tan guapo que

parece irreal. Viste un vaquero negro y una camisa gris oscuro de mangas arremangadas y cuello alzado, cuyos botones desabrochados dejan a la vista una camiseta blanca. Por exigencias del guion, se ha hecho un cambio de look desde la semana pasada, así que ahora lleva barba de tres días. Su pelo aún está mojado y huele tan bien que, de repente, lo único en lo que puedo pensar es en besarle. *¿Dios? ¿Estás allí? Soy yo, Catherine Collins. Sé que no he sido una cristiana devota, pero por favor dame fuerzas para no acabar esta noche en su cama...otra vez.*

—Veo que tú sí que sabes cómo entretener a un chico. Velas, música y una chica guapa. Pero falta algo.

Arrugo el entrecejo y empiezo a hacer el inventario de las cosas. No falta nada. Bueno, que él esté enamorado de mí, sin embargo, algo me dice que no se refería a eso.

—¿El qué falta?

—El vino. Y da la casualidad de que tengo uno guardado para las ocasiones especiales.

—Oh. ¿Y estás seguro de que quieres abrirlo? Quiero decir, esto solo es...

—Perfecto —me interrumpe y yo me quedo muda—. Esto solo es *perfecto*.

Me contempla sin inmutarse y, por un momento, creo ver algo en su mirada, algo que me desconcierta. ¿Qué es? ¿Emoción? ¿Amor? No, eso no puede ser. Estamos hablando de Nathaniel Black, por el amor de Dios.

—Espero que te guste el vino tinto —comenta, de camino a la barra.

Asiento, demasiado afectada para hacer algo más.

—¿Catherine?

Eso me obliga a levantar la vista del suelo y buscar su mirada. Coloca dos copas encima de la barra y me sonríe.

—Me alegro de que estés aquí —me dice y empieza a descorchar una botella de vino.

¡Ojalá esto fuera real! Ojalá yo fuera Carrie y él, el doctor Von Bon. Y esta cena el momento en el que se da cuenta de que me quiere. Pero en el fondo de mi alma, muy en el fondo, sé que eso sería imposible. Somos demasiado distintos. A él le gustan los focos de la fama y a mí la oscuridad del anonimato. Él rompe las normas una y otra vez sin el más mínimo remordimiento, escandaliza y hace lo que sea necesario con tal de salirse con la suya, mientras que yo me limito a hacer siempre lo que se supone que debo hacer. No, es absurdo pensar que una relación entre Nathaniel Black y yo podría funcionar. Somos demasiado distintos.

—¿No has oído ni una palabra de lo que he dicho, verdad?

Salgo de mi mundo interior y cojo la copa que me ofrece.

—Lo siento. ¿Decías?

Se echa a reír. Se sienta delante de mí, apoya los codos en la mesa y me observa con tanto interés que empiezo a removerme inquieta en mi asiento.

—¡Olvidalo! —sacude la cabeza e inhala profundamente—. No era más que una tontería. ¿Sabes?, me gusta cómo has organizado esto —señala la mesa y su mirada se vuelve triste durante un instante—. Es... hogareño. Me recuerda a esas cenas en familia que nunca tuve.

Oh, no. Deja caer la cabeza y sonríe con amargura. Debería decirle algo. Pero ¿qué puedo decir? ¿Siento que no hayas tenido una familia como Dios manda? ¿Siento la falta de tacto cuando te dije que tus padres pasaron de ti? ¿Siento haber acertado al decirlo? Y de repente me sorprende a mí misma colocando una mano encima de las suyas.

—Yo mejoraré eso. Haré que te olvides de ello —le digo en un murmullo.

Levanta la cabeza, asombrado, y nuestros ojos se cruzan. A nuestro alrededor, una canción de Bon Jovi suena lo bastante alto como para escucharse y lo bastante bajo como para no molestar, mientras que la luz de las velas, que proyecta destellos por toda la estancia, ilumina nuestros rostros.

—¿Has puesto esa canción en bucle? —me pregunta divertido, al ver que se acaba y vuelve a empezar de nuevo.

Suena *Always*, de Bon Jovi. Sé que le gusta esta canción. Tiene una camiseta de Bon Jovi que, para mi desesperación, se pone día sí y día también. O puede que tenga varias. No lo sé. Estoy confusa. Bajo la mirada y tomo un sorbo de vino. Está delicioso, fresco y... sí, perfecto para la ocasión.

—Solo para recrear la escena del libro —murmuro, avergonzada.

Esboza una media sonrisa y a continuación me tiende la mano.

—¿Bailas?

Su mirada se vuelve más intensa, más oscura, y yo no puedo dejar de mirar sus bonitos ojos como si estuviera en un estado profundo de hipnosis. Estoy convencida de que si me pidiera que saltara por un precipicio ahora mismo, lo haría sin vacilar. Ese es el poder que Nathaniel Black ejerce sobre mí.

Me pongo en pie, descanso mi palma en la suya y me acerco a él. Le rodeo el cuello con los brazos, él me aprieta la cintura y tira de mí hasta que mis pechos se aplastan contra su cuerpo. Y así, pegados el uno al otro, empezamos a movernos despacio. Me sumo en un torbellino de deseo cuando sus palmas se deslizan por mi espalda desnuda, subiendo y bajando lentamente. Tengo que contener la respiración para no delatar la inquietante sensación que me produce su caricia.

—¿Y por qué has elegido justo esta escena? —me susurra al oído.

Trago saliva y procuro ignorar el molesto cosquilleo que siento en el estómago.

—Porque te harán interpretarla.

Se para, me hace dar una vuelta sobre mis pies y después me contempla divertido.

—¿Lo has visto en tu bola de cristal?

Dejo escapar una risita.

—No seas tonto. Claro que no. Es la escena más importante del libro. Estoy convencida de que será la prueba decisiva.

Me mira fijamente, muy sorprendido.

—Pensaba que la escena más importante era la del motel de carretera, ya sabes, cuando hacen el amor por primera vez.

Levanto la mirada hacia él y niego con la cabeza. Me inquieta hablar sobre esa escena, sobre todo porque aún tengo muy fresco en la memoria el recuerdo de la noche que pasamos en el club. ¿Cuándo fue? ¿Solo ha pasado una semana?

—Las escenas de sexo son demasiado sencillas. Esto es mucho más complejo porque es ahora cuando él se da cuenta de que la quiere. A pesar de todo pronóstico, el doctor Von Bon es capaz de amar. Y captar todo eso, esas miradas de hombre atormentado que ama, pero que no quiere amar, sus gestos contenidos que desvelan más de lo que a él le gustaría... No soy actriz, pero supongo que eso es muy difícil de mostrar.

Con la ayuda de su dedo índice, Nathaniel me levanta la barbilla y la sostiene así, de modo que no puedo hacer otra cosa que aguantarle la mirada. Sus ojos azules son abrasadores. Hay en ellos pasión, astucia y, a decir verdad, un poco de peligro.

—¿En serio? ¿La quiere en ese momento? —susurra y entreabre los labios.

No me da tiempo de contestar a eso porque él inclina la cabeza y me besa. Su boca me reclama con una necesidad aplastante. Nunca me han besado así y creo que nadie, nunca, volverá a hacerlo. Ninguno de los veintitrés bobos con los que he salido ha sido capaz de hacerlo con esta pasión. No tiene nada de tierno, ni de suave. Es carnal. Primitivo. Puro deseo.

Suelto un gemido y él aprovecha el momento para hundir la lengua con más agresividad dentro de mi boca. Con una mano enredada en mi pelo, me echa la cabeza hacia atrás, y yo vuelvo a perder el sentido como suele pasar cada vez que me besa. Mi cuerpo parece estar buscando el contacto con el suyo, y el deseo que me invade de repente es tan intenso y tan ardiente que me horroriza mi propia reacción. Es absurdo. Casi escalofriante. Y, sin embargo, es lo más real que he sentido en toda mi vida.

Empiezo a experimentar palpitaciones cuando sus manos se deslizan por debajo de mi vestido y suben lentamente por mis muslos, hasta que se posan sobre mis nalgas. Y todo esto mientras nos besamos tan apasionadamente que mi mente se nubla por completo. Afortunadamente, cambia la canción. *Jingle Bells*. Nathaniel deja de besarme y se aleja un poco, lo que me ofrece la posibilidad de recuperar el aliento. Me mira con el ceño fruncido.

—¿No estaba en bucle?

—La había puesto tres veces seguidas. No quería que pensaras que soy obsesiva.

Me mira pensativo por unos instantes.

—¡Tú, obsesiva! —se ríe entre dientes—. Lo que me faltaba.

—Tú ríete, pero es cierto. Cuando algo me gusta demasiado, puedo llegar a ser obsesiva.

—Yo también, amor. Yo también —murmura, distraído.

Parpadeo desconcertada. Su mirada me dice que estamos hablando de otra cosa.

—¿Seguimos hablando de música? —le pregunto en tono confidencial.

La expresión de su rostro se vuelve cálida y, por alguna razón, me pongo colorada.

—¿Por qué no cenamos? —sugiero, algo nerviosa, y me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja.

Los labios de Nathaniel se curvan en una divertida sonrisa, pero, aun así, asiente con la cabeza y me conduce hasta la mesa. Incluso me sujeta la silla mientras me siento. Me alíno la ensalada y empiezo a comer, apartando los embutidos de mi plato. Son de soja y considero que no hay nada más asqueroso en todo el planeta. ¡Soja!

¿Pero quién cena eso, por el amor de Dios? ¡Y no puedo creer que mi cena sea algo que lleve básicamente lechuga y zanahoria!

—Te van a dar el papel —suelto de repente.

—¿Cómo lo sabes? —me pregunta, con una ceja enarcada.

—Es muy simple. Lo has hecho todo perfecto. Te has comportado como debe comportarse un hombre enamorado. El baile, el beso, las miradas. Todo. Ha sido casi real.

—A lo mejor lo era.

Noto mi corazón acelerándose. ¿Intenta decirme que él siente lo mismo que yo? Levanto la vista de mi ensalada y lo observo. La expresión de su rostro es inmensamente triste, casi agónica. Se me encoge el corazón. ¿Estar enamorado de mí le entristece? ¿Por qué? ¿Acaso en la vida real es así? Drake, el siniestro vampiro de la FOX, me habría declarado su amor eterno hasta ahora al menos veinte veces, pero el hombre que se oculta detrás de sus colmillos parece estar luchar contra ese sentimiento. Da la impresión de que lo peor que puede pasarle a Nathaniel Black es enamorarse de mí.

—Te conozco lo bastante como para saber que deben de pasar un millón de preguntas por tu cabeza ahora mismo. No es que no quiera enamorarme de ti, preciosa —coloca la mano encima de la mía y yo vuelvo a sentir el típico hormigueo que me provocan sus caricias. Retiro la mano de inmediato, como si su contacto me quemara—. No puedo hacerlo. No soy esa clase de tío.

Se me pone un nudo de emoción en la garganta. Suelto el tenedor y junto las dos manos por debajo de la barbilla.

—¿Esa clase de tío?

—De los que hacen el amor escuchando canciones de Sade.

—¿En serio? —no consigo disimular el alivio—. Pues gracias a Dios. Sería una cutrez.

Nathaniel se queda callado durante un momento, luego sonríe. No puedo evitar pensar en que esa pícara sonrisa solo va a traerme problemas. ¿Por qué mi madre no me ha advertido sobre los hombres como él? Las madres deberían advertir sobre eso, ¿o no?

—¿De verdad? ¿No quieres un hombre que te traiga bombones de chocolate y te regale una estrella para tu cumpleaños?

—¡Claro que no!

—¿Y qué quieres, Catherine?

Solo a ti.

—¿Tengo pintas de saber lo que quiero?

Apoya la barbilla en la palma de su mano y me observa detenidamente.

—Yo diría que sí.

—¿Y qué es lo que crees que quiero, listillo?

Se inclina sobre la mesa y adopta un aire misterioso.

—¿Hipotéticamente hablando? —me susurra.

Entorno los ojos con exasperación.

—Hipotéticamente hablando.

—Quieres sentir.

—¿Insinúas que soy insensible? —pregunto en cierto tono burlón.

Él parece divertido.

—No tengo el tacto necesario para insinuar cosas, amor. Cuando quiera acusarte de algo, créeme, lo sabrás. Y no, no creo que seas insensible. Solo superficial.

Les pones un precio demasiado alto a las apariencias y al qué dirán, y creo que, últimamente, estás cansada de seguir haciéndolo. Y también creo que desde que me conoces, quieres dejar de ser la chica buena. Quieres rebelarte y hacer locuras... Perder el control... Vivir al límite... E, insisto, quieres sentir. Miras a tu alrededor constantemente, examinando a los demás, y deseas tener lo que ellos tienen. Anhelas la intensidad de sus sentimientos. Quieres descubrir lo que es el amor... la tristeza... la ira. Tú nunca los has sentido a esa escala. Es como si tu interior estuviera congelado.

—Muy interesante.

Nathaniel sonríe maliciosamente y prosigue.

—Quieres enamorarte. Pero no como el resto de los mortales —sus labios se curvan en una sonrisa de suficiencia—. No. Eso no le bastaría a la estimable señorita Collins. Quieres algo impactante —se queda callado por unos segundos y luego musita como para sí mismo—. Una pasión que raye la locura —me quedo sin aliento cuando él levanta la mirada, buscando mis ojos—. Quieres un amor imposible, como el de Gatsby. Y también quieres algo de miseria.

—¿Miseria? —pregunto con incredulidad y tomo un sorbo de vino.

—Sí. Demasiada felicidad te asustaría. Todo el rollo de vivieron felices y comieron perdices no va contigo. ¿Te has dado cuenta de que odias los finales felices?

Retengo su mirada. Sus ojos se burlan de mí.

—Pero ¿qué dices? Yo no odio los finales felices.

Se recuesta sobre su silla y hace una mueca.

—¿Cómo que no? Tu libro favorito es *Cumbres Borrascosas* y tu película favorita *Lo Que El Viento Se Llevó*. ¡Admítelo! Tienes una fascinación por lo dramático.

—¿Quiero yo saber cómo has averiguado todo eso? —Intento en vano retener la sonrisa.

Miro ensimismada como él se acerca la copa de vino a los labios y bebe todo el contenido de golpe.

—No, la verdad es que no.

—Lo intuía.

Me lanza una sonrisilla descarada y se echa más vino.

—No he acabado. Queda una cosa más. La más importante de todas.

—¿En serio? —pregunto risueña—. ¿Qué más puede haber?

—Me quieres a mí porque sabes que puedo dártelo todo —concluye, muy seguro de sí mismo.

—Vale, Freud —una sonrisa se materializa en las esquinas de mi boca—. ¿Hipotéticamente hablando? Supongamos que yo quiero todo eso. ¿Y qué quieres tú?

—Es obvio, ¿no?

Me encojo de hombros, mordisqueando un trozo de ¿qué demonios es esto? No sé lo que es, pero es repugnante.

—Para mí no es tan evidente como crees. Eres todo un misterio, Nathaniel Black.

—Yo quiero todo lo contrario, princesa. No quiero sentir nada. Ni dolor, ni amor. Nada en absoluto. A diferencia de ti, me conformo con el hielo.

—¿Por qué?

Sus labios esbozan una sonrisa burlona.

—Eso es demasiado aburrido. Y ahora cenemos antes de que se enfríe la ensalada.

Está riéndose de mí. El muy cabrón me toma el pelo y yo no puedo dejar de sonreír de una manera absolutamente tonta.

¿Hay un mayor placer que la ducha? ¿Dejar que el agua caliente recorra tu cuerpo, relajándote, acariciándote la piel? Bueno, sí. Acostarse con Nathaniel Black, pero eso está fuera de mi alcance. Nunca volverá a pasar. Un error repetido se llama estupidez y yo no soy estúpida. Aunque, en este momento, desearía serlo solo para sentir una vez más sus caricias sobre mi piel... sus labios sobre los míos. Suelto un suspiro al pensarlo y empiezo a aclararme la mascarilla de pelo. Estoy en tierra hostil. ¡Debo retroceder ya!

Cierro el grifo, abro las dos puertas de cristal y, con los ojos cerrados, empiezo a tantear el mueble que hay al lado de la cabina de ducha, en busca de la toalla. Juraría haberla dejado ahí.

—¿Buscabas esto?

El tono juguetón de Nathaniel me cabrea más que su falta de cortesía. Abro los ojos indignada y le arranco la toalla de las manos. Está sentado encima del lavabo, con las piernas colgando y me sonríe como siempre, es decir, con descaro. No me cabe duda de que he debido de ruborizarme hasta la raíz del pelo, lo que a Nathaniel Black le resulta de lo más entretenido. Me tapo enseguida, con algo de torpeza por culpa de los nervios.

—Siento la intrusión —me dice, sin más—. No pretendía mostrarme impertinente.

—¡Y un cuerno! ¿Te importaría darme algo de intimidad? ¡Jesús! ¡Estaba desnuda! —le grito, lanzándole una mirada punzante.

La sangre de mis venas empieza a hervir de furia. Realmente no sé cómo consigue sacarme tanto de mis casillas. Debo reconocerle al menos ese mérito. Nadie, nunca, ha hecho que me enfurezca tanto. Y nadie, nunca, ha hecho que lo desee tanto.

—No había nada que no hubiera visto antes, amor —repite, sonriéndome con malicia.

¡Oh, que odioso es! *Veremos a ver quién sonríe al final, señor Black.*

Suspiro, salgo de la ducha y dejo caer la toalla al suelo. Esto es lo más descarado que he hecho en toda mi vida y, sin embargo, aquí estoy, completamente desnuda delante de él. Su mirada se torna salvaje, sus ojos me recorren con aprobación desde la punta de los pies hasta la cabeza. Mi maléfico plan está dando frutos.

—En tal caso, espero que no te sientas incómodo por mi desnudez. Me gusta estar así. ¿Sabías que no me pongo nada para dormir? Adoro el frío tacto de las sábanas sobre mi piel *caliente* —le susurro al oído en tono seductor, recalando la palabra caliente.

No me da tiempo de añadir nada más porque Nathaniel se abalanza sobre mí y me empuja contra la pared. Sus manos agarran mi rostro, su boca atrapa a la mía y su lengua se desliza a través de mis dientes. *Cuidado Catherine, estás jugando con fuego. Y cuando una juega con fuego, es muy posible que se quemé.* Tengo que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para apartarle.

—Tranquilo, *playboy*. ¿Recuerdas cuando dijiste que no querías repetirlo por nada en el mundo? ¿Que a ti no te iban...? ¿Cómo dijiste?... Ah, sí, los líos emocionales.

—Mentí —gruñe y atrae de nuevo mi boca hacia la suya.

Enredo los dedos en su pelo y tiro de él con fuerza para echar su cabeza hacia atrás y liberar así mi boca. Aún estamos muy cerca el uno del otro, tengo los labios casi en contacto con los suyos y su excitada respiración se encuentra con la mía. Y es algo fascinante, muy parecido a una descarga eléctrica que parece recorrer todo mi ser. No puedo negar la atracción que hay entre nuestros cuerpos. Puedo hacer algo incluso mejor. Ignorarla.

—Escúchame bien, Black —susurro contra sus labios—, no pienso acostarme contigo. Ni hoy, ni mañana, ni nunca más. ¿Ahora vas a contarme por qué estabas espiándome en la ducha o tendré que demandarte por acoso?

Nathaniel se queda callado, desvía los ojos hacia el suelo y la sangre parece desaparecer de su rostro durante unos instantes. Sonríe complacida cuando me suelta, levanta las manos en señal de rendición y retrocede un paso. Bien, ahora *sí* que estamos en paz. Puedo pasar página y centrarme en otras cosas.

—¿Y bien? ¿Qué puedo hacer por usted, señor Black? ¿Qué es eso tan importante que le ha hecho interrumpir mi momento de higiene personal?

Los ojos de él recorren todo mi semblante, como si buscaran la respuesta a una pregunta que no se atreve a formular. Parece turbado y, sí, un poco cabreado, pero me aventuraría a afirmar que la expresión que se refleja en sus ojos es más bien de angustia.

—¿Por qué haces esto? —murmura confuso—. ¿Por qué juegas conmigo?

Levanto la mirada y observo la expresión de puro tormento que se apodera de sus hermosas facciones. Aunque intento no prestarle atención, puesto que estoy convencida de que la finge, consigue calarme hasta la médula.

—¿Y tú? —musito, mirándole a los ojos. Por alguna razón, me pongo pálida.

Nathaniel extiende el brazo y me toca la mejilla con los nudillos de su mano. Es apenas un roce, pero lo siento en todas las células de mi cuerpo.

—Yo no estoy jugando —dice con suavidad—. Hace mucho que no estoy jugando.

Inclina la cabeza para besarme. Y sé que no quiero pararlo, así que agarro el cuello de su camisa entre los dedos de mis manos y aprieto los labios contra los suyos.

—Nate... —suspiro cuando se aparta de mi boca.

—Chisss. No digas nada —coge mi cabeza entre sus manos y apoya su frente contra la mía—. No quiero hablar de ello. Solo quiero estar contigo por unos instantes. Después volveremos a nuestras vidas como si esto no hubiera pasado. Te prometo que me mantendré alejado de ti, pero solo quiero... —aprieta la mandíbula y resopla— solo quiero estar contigo en este momento, ¿vale?

No puedo contestarle a causa del nudo que tengo en la garganta, solo puedo asentir y apoyar la cabeza en su hombro. Aspiro su olor que, como siempre, me hipnotiza, y recorro con la mirada el contorno de sus carnosos labios. Y ya no puedo reprimir el deseo de besarlo. Cojo su nuca entre las manos y nuestras bocas se encuentran de nuevo en un apasionado y muy intenso beso, mientras una tormenta de emociones me recorre el cuerpo de cabeza a pies.

Nathaniel inspira fuerte, cierra los ojos por unos instantes y se aparta de mí. Cuando vuelve a mirarme, su rostro se vuelve inexpresivo. La debilidad, la confusión y el deseo han desaparecido de sus ojos.

—Me han ofrecido presentar un premio Emmy. Mañana tengo que estar en Los Ángeles. Solo venía a decirte que esta noche tienes que empezar a escribir un pequeño discurso para mí. Nada complicado, dos o tres frases. No te esfuerces demasiado. Al fin y al cabo, tiene que parecer mío.

No puedo ocultar mi sorpresa.

—Nate, eso es fantástico —lo abrazo con infantil entusiasmo—. ¡Uau! ¡Los Emmy! ¡Es genial! Y no te preocupes por tu discurso, será épico —le guiño un ojo. Él recibe mi comentario con un gesto de cabeza.

—Bien. Salimos mañana a las ocho de la mañana. Asegúrate de tener la maleta hecha.

Parpadeo asombrada.

—¿Quieres que vaya? —pregunto con un hilo de voz.

—Por supuesto. Te necesito.

¿De veras? No, esto no puede estar pasando. Parezco una boba enamorada. No debo ir con él ni siquiera a la esquina de la calle, mucho menos a Los Ángeles. Volveremos a liarnos y me he prometido a mí misma que no lo haría. Mantendré mis garras alejadas de Nathaniel Black.

—Dime una cosa, ¿por qué se celebran los Emmy en diciembre? ¿No deberían hacerse celebrado a finales del verano?

—No lo he preguntado porque me importa un bledo.

—Intuía que me contestarías algo así. Mira, Nate, me gustaría acompañarte, de verdad que sí.

—¿Pero? —pregunta enarcando una ceja.

Miéntele. Dile lo que sea.

—Tengo planes —suelto sin pensármelo dos veces.

Lo divertido será cuando me pregunte qué planes tengo. Necesito inventarme alguna patraña y rápido.

—¿Planes? —repite con incredulidad, cruzándose de brazos—. ¿Cómo cuáles, amor? ¿Hacer el inventario de las ardillas de Central Park?

Aprieto los labios para disimular la diversión.

—No exactamente, aunque pensándolo mejor, no es tan mala idea.

—Bien. En tal caso irás. Las ardillas pueden esperar.

Desliza el pulgar por mi mejilla y después sale del baño, dejándome a merced de un remolino que me arrastra hacia profundidades que hasta hoy ignoraba. Me ahogo en un océano de deseos. No son puros, ni cristianos. Son deseos oscuros. Prohibidos. Pero tan placenteros a la vez...

A la mañana siguiente, me encuentro a Nathaniel Black en el salón, solo, sentado en una de las sillas altas que hay debajo de la barra de acero, desayunando lo único que parece satisfacerle últimamente.

—¿No es algo temprano para *bourbon*?

Él se encoge de hombros con desdén.

—No hay una hora concreta para beber o para follar. Son las únicas dos actividades que no entienden de horarios.

Lo observo mientras se pone de pie y, a la que salimos por la puerta, no puedo evitar pensar que desde que nos acostamos bebe mucho más. Ahora casi nunca está sobrio.

—Han decretado el estado de emergencia por tormentas de nieve. ¿Este chisme es seguro? —grito para sobreponerme al viento y señalo con la cabeza al helicóptero que nos espera en la azotea con el rotor girando—. Espero que no tengas pensado pilotar tú. Soy demasiado joven y bella como para morir hoy.

Nathaniel alza la cabeza, contempla durante un instante el oscuro gris del cielo y después sonríe divertido.

—Tengo un séquito de empleados que cobran una fortuna por hacer esta clase de cosas, amor —le da una larga calada a su porro y después lo lanza al suelo.

—¿Sabías que en algunos estados eso es ilegal?

—¿Y tú sabías que los médicos recomiendan el consumo de verduras? —repone.

Le pongo mala cara.

—Verduras como espinacas, no como maría. Además, fumar porros es tan vulgar que solo lo hacen los críos de instituto.

—Cuando iba al instituto era demasiado pobre para poder permitirme tales lujos. No todos hemos nacido en un palacio como usted, señorita Collins.

Por desgracia, no se me ocurre nada que replicar. Nunca se me había ocurrido pensar que él no siempre ha sido escandalosamente rico, inquietantemente sexy e irritantemente famoso. Desearía saber más cosas sobre su vida, tal vez Wikipedia pueda arrojar un poco de luz sobre su pasado.

Al ver que no hago ademán de moverme, Nathaniel vuelve el rostro hacia el mío y me tiende una mano. En cuanto la cojo, empezamos a andar hacia el helicóptero. Nos sigue Liam, cargado de maletas.

—¿Qué es lo que te pasa a ti con los gays? —pregunto de repente—. ¿Por qué liaste la de Dios el pasado fin de semana?

No me contesta hasta que no nos subimos al helicóptero. En cuanto se cierran las puertas, noto un temblor que me provoca náuseas. *Ay, madre.* Me agarro a mi asiento y cierro los ojos por unos instantes, intentando recordar el comienzo del Credo. Empiezo a sentir el típico vacío en el estómago que suelo sentir cada vez que despegamos. Odio volar. ¡Lo odio! Si no fuera porque no me queda otra opción, no lo haría.

—A mí no me pasa nada con los gays, Catherine. En realidad, siempre he luchado para sus derechos. Lo que me jode es que se casen con una buena mujer, que tengan hijos y que luego los abandonen por un tío con bigote llamado Bud.

Lanzo una risita. Afortunadamente, su conversación me distrae del vuelo. Creo que es la primera vez que me relajo estando en el aire.

—Lo dices como si supieras de lo que hablas.

Nathaniel se pone de pie, abre una mini nevera y saca una botella pequeña de Jack Daniels. Pongo los ojos en blanco cuando no me mira. Este hombre siempre tiene una botella escondida en alguna parte.

—Es solo una suposición. Apuesto a que hay muchos que lo hacen. Tal vez porque estén confusos o porque no quieren salir del armario. Ni lo sé, ni me importa. Solo digo que no deberían hacerlo. Y lo del pasado fin de semana solo te lo he dicho para escandalizarte. Lo que pasó en realidad fue que me levanté en mitad de una conferencia y, sin decir nada, salí por la puerta y cogí un vuelo hacia Nueva York, solo porque te echaba de menos. ¿Vino? Tengo blanco y tinto. Elige tú.

El brusco cambio de tema me hace sonreír.

—Blanco.

Descorcha una botella y me sirve una generosa copa. Cuando me la ofrece, sus dedos se entretienen más de la cuenta sobre los míos. Nos sonreímos.

—¿Te gusta el queso? No sabía lo que te gustaba, así que he pedido queso y aceitunas.

Hago un gesto de negación con la cabeza.

—No te he visto comer nada desde que llegaste. Tú comes, ¿verdad?

—No, vivo del aire que respiro. ¿Tú qué crees, genio? Además, te recuerdo que tuvimos una cena romántica el pasado fin de semana.

—¡Mordisqueaste una zanahoria! Eso no es comer. Me refiero a comer de verdad.

Abre su botella, se la lleva a los labios y bebe todo el contenido de golpe. ¡A la! Como si fuera leche.

—Bueno, es que en tu casa no hay nada comestible —murmuro, algo avergonzada.

—Claro que sí —finge estar ofendido—. Hay soja.

—Hablando de ello, ¿por qué demonios comes soja? ¿Es algún rollo raro para mantenerte joven y en forma o es que realmente te gusta?

—¿Intentas decirme que aún no te has dado cuenta de que soy vegetariano o simplemente me tomas el pelo?

Aunque sé que es de mala educación, me quedo boquiabierto igualmente.

—¿Eres vegetariano? ¿Por qué? Pensaba que todo te importa una mierda.

Él hace una mueca maliciosa.

—Ya, respecto a eso... —levanta la mirada y medio sonríe— mentí. No me mires así, lo sé. Soy un capullo. Es que quería ponerte las cosas difíciles. Lo siento —no parece sentirlo en absoluto.

Suelto la copa de vino con más fuerza de la que me hubiera gustado.

—Así que vegetariano. ¿Qué será lo siguiente? ¿Me dirás que colaboras con un orfanato y que tienes una fundación para ayudar a los pobres animales abandonados?

Se encoge de hombros y empieza a comerse las aceitunas. Se toma su tiempo en contestar.

—Pertenezco a los consejos de casi todas las organizaciones de caridad de Nueva York y, por si te lo preguntas, también incluye el de las hormigas panda y el de las mantis alienígenas. Aunque lo de la fundación no es mala idea —añade como para sí mismo, con el ceño fruncido—. Deberíamos investigarlo.

—¿Estás de broma, verdad? —pregunto impaciente, tamborileando los dedos.

—Nop. Soy así de bueno que hago todas esas cosas de manera anónima.

—¿Entonces para qué demonios me necesitas a mí? Puedes mejorar tu imagen tú solito.

—Has dado en el clavo, princesa. No te necesito. Solo quería que estuvieras aquí para meterte en mi cama. Y puesto que lo he conseguido, ahora voy a despedirte

—me guiña un ojo y se come otra aceituna.

—Pero ¡serás embustero! —me abalanzo sobre él y le quito las aceitunas del plato—. Deliciosas —digo con la boca llena y me relamo los labios como un gato—.

Oh, lo siento, me las he comido todas. ¿Querías más?

Hace un mohín divertido, me agarra las manos y me atrae a sus brazos. Pasamos así el resto del vuelo, abrazados, cada uno perdido en sus pensamientos. No puedo evitar preguntarme en qué estado estamos. Es decir, ninguno de los dos puede negar la atracción que sentimos por el otro, pero tampoco damos otro paso. Simplemente permanecemos atascados en la primera frase.

Nathaniel toca la campanilla con impaciencia y tenemos que esperar toda una eternidad hasta que nos atienden. Debo admitir que estoy, como mínimo, extrañada. Me había proyectado dos imágenes muy distintas en mi cabeza. En la primera, Black y yo entrábamos en un hotel de cinco estrellas plus, donde el mismísimo director—llevado un traje de Armani color blanco— acudía a darnos la bienvenida con una copa de champán y unos bombones elegantemente envueltos en papel color oro. En la segunda, entrábamos en un sótano de mala muerte, donde un viejo rockero con el pelo largo y canoso, y aspecto desaliñado, acudía a nuestro encuentro y nos ofrecía tres rayas de coca. ¡A cada uno! Pero la realidad no coincide con ninguna de mis películas. El sitio es más bien una pensión familiar. No es que yo tenga algo en contra de las cosas sencillas. Es solo que me imaginaba que el chico malo de la tele tendría gustos caros o muy escandalosos.

—Señor Black, llega usted temprano.

Un hombre de cabellos blancos se acerca cojeando al mostrador y empieza a buscar algo debajo de un montón de periódicos, casi tan viejos como él.

—¿Dónde estará la maldita...? Juraría haberla dejado debajo de... —oculta con nerviosismo un ejemplar de *Playboy* que debe de ser de los finales de los setenta y nos lanza una mirada avergonzado—. Ah, aquí está.

Le ofrece a Nathaniel una llave. Llave, no tarjeta. Una sencilla y desgastada llave que en su día fue dorada y que parece capaz de abrir las mismísimas puertas del Purgatorio.

—Gracias, Ronald. Te veo a la hora de comer.

Ronald asiente y nos sonríe con amabilidad. De no haber sido por el ejemplar de *Playboy* que ocultaba, le habría encontrado muy agradable, pero dadas las circunstancias, pienso que es un vejstorio pervertido, así que no me molesto en corresponderle con otra sonrisa.

—En su honor, hemos preparado repollo rehogado. Sé lo mucho que le gusta el repollo de mi mujer.

Y cuando pensaba que el vejstorio pervertido no podía escandalizarme más, va y suelta eso. Que para comer hay repollo. ¿Hay algo más asqueroso en este puñetero planeta? ¡Y Nathaniel es vegetariano! ¡No me lo puedo creer! ¿Por qué no habré leído su ficha de alergias antes de enamorarme de él?

—Vamos, amor. No hay ascensor aquí. Tenemos que subir por la escalera.

Se agacha para coger las dos maletas y dirige sus pasos hacia la escalera.

—Me he fijado en que te ha dado una sola llave —le digo, intentando mantener el ritmo de sus pies—. ¿Es que yo duermo en el pasillo?

—Si es lo que prefieres, por mí está bien. Pero había pensado, en principio, que podrías dormir conmigo.

Trago en seco.

—¿En la misma cama?

—¡Señorita Collins! ¡Estoy escandalizado! Una joven decente como usted no debería llegar a tales conclusiones. Yo soy un caballero sureño temeroso de Dios que nunca comprometería su reputación. Dormiremos cada uno en su habitación. Son apartamentos.

—Oh —murmuro, esforzándome en vano por ocultar la decepción que hay en mi voz.

Nathaniel enarca una ceja y se para en la mitad de la escalera para observarme mejor. Mi rostro adquiere el color de la remolacha.

—¿Decepcionada?

Levanto la barbilla y adopto un aire digno.

—Aliviada.

Y dicho esto, empiezo a subir los escalones con más energía.

—¿Vas a entrar o esperas a que te coja en brazos?

Me doy cuenta de que me he quedado embobada en la entrada cuando él ya está en la mitad del salón.

—Vaya, esto es...

—¿De mal gusto? ¿Demasiado antiguo? ¿Pasado de moda? —me sugiere, dejando las maletas en la mitad del salón para darle un largo trago a una... ¿petaca? que se saca del bolsillo. ¿Quién tiene una petaca hoy en día? Eso sí que está pasado de moda.

—Es increíble. Es como si estuviéramos en los años treinta. Me imagino a Dillinger ahí sentado en esa misma butaca, planeando su próximo atraco.

—¿Te gusta esto? —me pregunta, con un toque de asombro en su voz.

Correteo por todo el piso. Hay dos dormitorios, un salón, un baño y una pequeña cocina. La decoración es genial. Parece todo sacado de un museo. Vuelvo al salón y me tiro encima del sofá.

—¿Estás de coña? Claro que me gusta.

—Bien. Me gusta verte feliz.

Se sienta en el otro extremo del sofá, me quita las botas y coloca mis piernas en su regazo.

—¿Qué es lo que te gustaría hacer? —me pregunta, masajeando mis tobillos—. Pasaremos aquí todo el fin de semana. Si quieres, podemos hacer algo juntos, no sé, lo que te apetezca.

—¿A ti qué es lo que te apetece hacer?

—No preguntes cosas que no quieras saber, amor —y cuando me sonrío con picardía, sé exactamente a lo que se refiere.

Siento afluir la sangre a mis mejillas y tengo que bajar la cabeza para ocultar el rubor.

—Oh.

—Síp. Soy un chico malo. ¿Qué esperabas?

Nos quedamos en silencio por un tiempo. A mí no se me ocurre nada de lo que hablar y a él se le nota absorto en algún pensamiento —malicioso, sin duda alguna—. Al rato se levanta, mete las manos en los bolsillos y se asoma por la ventana, distraído. Yo permanezco en el sofá, contemplando su ancha espalda y el brillo de su cabello oscuro cuando se refleja en él la luz del sol.

—Tengo que confesarte una cosa —suelta de repente, girándose hacia mí.

Me acomodo en el sofá. No me gustan sus confesiones. Suelen ser... inquietantes.

—Dispara.

Me lanza una mirada angustiada y empieza a caminar hacia mí, con las dos manos hundidas en los bolsillos.

—Es... grave.

—¿Grave? —pregunto incrédula—. ¿Han perdido los Knicks?

Nathaniel frunce el ceño.

—No.

—Se ha disuelto Metallica.

—No.

—¿Te has acostado con Paris Hilton?

Me mira confundido.

—¿Qué? No, claro que no.

—Entonces no puede haber nada peor que eso.

—He conocido a una mujer —confiesa, evaluando mi mirada.

Me quedo en silencio. Pues sí, sí que puede haber algo peor que acostarse con Paris Hilton.

—Conoces a mujeres constantemente —me obligo a decir en un tono indiferente.

Nathaniel se desploma sobre una silla y resopla.

—Como ella, no. He estado meditando sobre si decírtelo o no y al final he decidido que deberías saberlo.

Entrecierro los ojos durante un instante.

—Está bien. ¿Te has enamorado de ella? Es... ¿guapa?

—La más guapa de todas, pero no consiste en eso su atractivo. Es más bien... impactante.

—¿Impactante?

—Sí, tiene ese algo que pocas mujeres tienen. Algo que te quita el sueño por las noches y te desconcierta... algo que hace que su imagen te atormente sin compasión cada vez que cierras los ojos.

—¿*Sex appeal*? —me atrevo a sugerirle.

Permanece pensativo durante largo rato.

—Supongo —se encoje de hombros—. Como sea... Cuando la vi por primera vez, lo supe. Sabía que todo iba a cambiar y también supe que empezar a sentir cosas por ella iba a ser el mayor error de toda mi vida, pero no me importó en absoluto.

Permanece sentado en la silla, con la cabeza hundida entre las manos y el mismo aspecto que un animal herido.

—¿Por qué? ¿Por qué sentir te parece tan grave, Nate?

Alza la mirada y fija en mí sus ojos azules. Parece turbado.

—Estoy convencido de que debe de tener mil opciones mejores que yo.

Suelto una carcajada.

—¿Nathaniel Black es inseguro?

Medio sonrío mientras me observa detenidamente.

—Ninguna de sus mil opciones tiene mi *sex appeal*, claro está, pero yo no le convengo. No tengo nada que ofrecerle.

—¿Llamas nada a tu corazón?

Titubea y baja la mirada para observarse los nudillos de la mano.

—Yo soy incapaz de hacerla feliz, amor.

Tras meditarlo unos segundos, le lanzo una mirada de incomprensión.

—¿Por qué me cuentas a mí todo esto?

Nuestras miradas se cruzan a través del aire.

—Porque ella eres tú —confiesa, mirándome con los ojos muy vidriosos.

Frunzo el ceño, dudosa.

—¿Intentas decirme que me quieres?

Él resopla con fastidio y deja caer la cabeza. Lo noto triste y abatido, nada que ver con el prototipo del enamorado. ¡Menudo Romeo está hecho!

—Te tengo un gran afecto —musita y entierra de nuevo la cabeza entre las manos.

—¡Que detalle por tu parte! —contesto glacialmente.

—Es lo único que puedo ofrecerte. Te lo dije.

Se levanta de la silla y camina hacia mí. Se deja caer al suelo de rodillas, abrazado a mis piernas. Cuando nuestros ojos vuelven a encontrarse, un brillo doloroso recorre su mirada tan rápido como un relámpago.

—Lamento todo lo que te he dicho esa mañana. No lo decía en serio, lo sabes, ¿verdad? ¡Tienes que saberlo! Muchas veces digo cosas que no pienso y la mayoría de las veces no pienso las cosas que digo. Yo... —se queda callado, como si las palabras se negaran a acudir a su mente.

Contemplo su rostro en silencio. Esto se está transformado en un momento dramático.

—¿Qué quieres que te diga, Nate? ¿Que siento lo mismo? ¿Que yo también te tengo un... *gran afecto*?

—No estaría mal que dijeras algo. Estoy de rodillas. Ten algo de piedad.

Resoplo.

—Llevas razón. Tú eres incapaz de hacerla feliz.

Supongo que no se esperaba esa contestación. Adopta un aire triste y derrotado mientras baja la mirada al suelo. Y eso me conmueve, viniendo de un hombre que derrocha arrogancia por todos los poros.

—¿Por qué bebes tanto? —musito, levantando su barbilla con mi mano.

Su mirada se posa sobre el ramo de rosas blancas que hay a mi izquierda, encima de una pequeña mesa de madera. Cuando vuelve a mirarme, sus ojos revelan tal sufrimiento que me acerco a él y presiono mis labios contra los suyos con la esperanza de que eso pueda mejorar algo. Su rostro se queda pálido y se toma varios instantes para contestar.

—Porque cuando no bebo, siento cosas que no quiero sentir —nos miramos en silencio hasta que él susurra—. ¿Por qué huyes siempre de mí?

Me mira paciente hasta que, al fin, reúno el valor para contestarle.

—Porque si no me alejo de ti, me harás daño —musito.

Se pone de pie, me agarra las muñecas y tira de mí para levantarme. Me rodea entre sus brazos. Se mueve demasiado rápido como para que yo tenga tiempo de reaccionar. Atrae mi cabeza hacia la suya y atrapa mis labios de forma salvaje. Y lo único que puedo hacer es rendirme ante la intromisión de su lengua con sabor a *bourbon*.

—Por favor, confía en mí. No digo que eso sea fácil porque no lo será. Te dirán cosas sobre mí, cosas horribles, pero quiero que sepas que nada de lo que se rumorea es cierto. Yo nunca te haría daño a ti. Eres lo mejor que me ha pasado —susurra, con los labios apoyados contra mi pelo.

Levanto la barbilla y lo miro a los ojos. Hay algo en su mirada que ha cambiado. Es como si se hubieran caído todas las barreras que ha interpuesto entre nosotros. Algo que es la primera vez que veo a Nathaniel Black, al de verdad, el que se esconde detrás de una botella de alcohol y una sonrisa cruel.

Él apenas sonrío cuando inclina la cabeza y me besa de nuevo. Toma mis labios con posesión, y yo le rodeo el cuello con las manos y me dejo llevar por ese beso suyo que vuelve a arrastrarme hacia las profundidades más oscuras en las que he estado jamás.

Me coge en brazos y me coloca con suavidad sobre la cama, cubriendo mi cuerpo con el calor del suyo. Busca con impaciencia la cremallera de mi vestido mientras que, con sus besos, bloquea todas mis autodefensas. Volveré a caer en su trampa.

Un fuerte golpe en la puerta nos hace parar.

—Señor Black, es la hora de comer —anuncia una voz de mujer.

Nathaniel maldice entre dientes antes de responderle.

—Ya vamos, Jenny. Gracias.

Horrorizada por haber cedido de nuevo, me incorporo de manera brusca y me coloco la ropa. No puedo creer que estuviera a punto de acostarme con él después de todo lo que pasó la última vez. Y todo esto porque Nathaniel Black me tiene un *gran afecto*. O bien soy idiota o bien soy más masoquista de lo que pensaba. Tres

palabras bonitas y ya me desmayo.

—Nate, respecto a lo que acaba de pasar, yo...

Él sonrío, aunque el gesto no pasa más allá de su boca.

—Es igual. Estoy acostumbrado a que salgas corriendo. No pasa nada. Te esperaré en el comedor. Me imagino que querrás cambiarte.

Durante un instante, fija en mí su mirada turbada. Asiento, confusa.

Veinte minutos más tarde bajo al comedor, donde me informan que el señor Black ya ha comido y me entregan una carta que me ha dejado antes de marcharse. La cojo con dedos temblorosos, vacilando sobre si abrirla o no. Al final decido dejarla sobre la mesa. La observo durante largo rato, tamborileando con los dedos. Como no soy capaz de comer nada—el repollo es verdaderamente asqueroso—paso gran parte de la comida contemplando la dichosa carta hasta que, al fin, rasgo el sobre y la leo.

~~Querida Catherine, si recibes esto, es que estoy muerto. Es broma. No sé cómo empezar, nunca he escrito una carta. Catherine, entiendo que te haya asustado lo de antes. Piensas que las cosas se están poniendo serias y quieres salir corriendo otra vez. No te culpo. Sé que yo mismo te he dicho que te mantengas alejada de mí, pero creo que me he equivocado. No tengo ninguna intención de herirte. Tú haces que quiera ser mejor hombre. Te veo esta noche. Siempre tuyo, N.~~

Dejo la carta sobre la mesa y me sirvo una generosa copa de vino. Empiezo a entender eso de «cuando no bebo siento cosas que no quiero sentir». Estoy hecha un lío y ya no sé qué pensar. Y tampoco sé lo que quiero. Quiero mantener mi corazón intacto, pero ¿de qué me servirá? Tal vez haya momentos en la vida en los que uno debe correr riesgos; apostar incluso cuando no se entrevean posibilidades de éxito. Puedes perder o puedes ganar, pero ¿será mejor haber perdido algo que arrepentirte de no haberlo tenido por culpa de unos miedos infantiles? Con esos filosóficos pensamientos rodando mi mente, vuelvo a subir a nuestro apartamento, donde empiezo a prepararme para los Emmy.

Capítulo 10

Dicen que es imposible haber tenido una aventura con un actor y no haber pisado ni una sola vez la alfombra roja. Y aquí estamos, mis elegantes Jimmy Choo y yo, en la entrega de los codiciados Emmy, entrega presentada por, nada más ni nada menos, que el chico malo de Hollywood. ¡Y con un discurso que he escrito yo! En cuanto llegue a casa, tacharé eso de la lista de las cien cosas que hacer antes de morir.

Al salir del "hotel" en el que nos alojamos, había una limusina negra esperándome, con lo que encontrar este sitio no ha supuesto ningún problema. Desde la parte de atrás del coche, oculta tras el oscuro cristal, observo el ambiente, fijándome en los *paparazzi* que zumban alrededor de las superestrellas, en los flashes y en los impresionantes diseños que desfilan sobre la alfombra roja. Y, por un instante, me acobardo tanto que a duras penas me abstengo de decirle al chófer que se ponga en marcha y me lleve a cualquier otra parte, lejos de aquí.

¡Basta! Eres Catherine Collins-Fitzgerald, hija de una gran dama, nieta de una dama incluso mayor, y prima lejana de la duquesa de Cambridge. Bajarás de este coche tal y como te enseñaron, con clase y glamour, y te comportarás como la dama que eres.

Envalentada por mis pensamientos, respiro hondo por última vez, agarro mi *clutch* plateado y le doy las gracias al chófer por su amabilidad. En cuanto bajo, varias cabezas se giran en mi dirección, soltando exclamaciones sobre mi impresionante *look*. Para esta noche he elegido un largo vestido rojo sin tirantes de Dolce Gabbana, tan ajustado al cuerpo que apenas puedo andar. Llevo el pelo en ondas echadas hacia un lado y los labios coloreados del mismo tono rojo intenso que el vestido. Así que, francamente, parezco una superestrella más.

Como no podía ser de otra manera, para acceder a los Emmy debes enfrentarte a los miles de *paparazzi* que hay en la entrada. Cojo aire en los pulmones, me armo de valor, y me acerco con toda la dignidad de la que soy capaz. Sin embargo, en el mismo instante en el que piso la alfombra roja y los flashes me ciegan, pierdo todo el *glamour* que pudiera tener cuando empiezo a tambalearme y casi aterrizo en el suelo. Ahora solo parezco una muchacha torpe y descompuesta. Una intrusa que pretende penetrar en un mundo que no es el suyo y nunca lo será. ¡Dios mío, soy la Cenicienta!

Todos los *paparazzi* se han abalanzado sobre mí, no me dejan avanzar, ni respirar.

—Señorita Collins, Catherine, ¿cómo describiría su relación con la superestrella Nathaniel Black? —me pregunta un reportero, metiéndome el micrófono casi en la boca.

Sonríe, saluda y niega. Es lo que siempre les digo a mis clientes.

—Buenas noches. Como ya sabéis, no hay ninguna relación. Solo soy su asesora de imagen.

Intento pasar, pero vuelven a cerrarme el paso. Les muestro mi sonrisa más falsa pensando que, en realidad, lo que me gustaría es arañar a todos y a cada uno de ellos.

—¿Cómo comenta la foto que ha salido la semana pasada en Instagram? —me pregunta otra periodista.

Entorno los ojos. Alguno de los fans de Nathaniel nos ha hecho una foto abrazados en la acera y ha sido subida a las redes sociales. Cagada monumental por mi parte, por cierto.

—Un resbalón. Él me había cogido antes de caer al suelo. Acabáis de ver que yo y los tacones no somos tan buenos amigos —digo entre risas.

—Es cierto que ya vivís juntos y se escuchan campanas de boda?

¡Por Dios, que alguien me dé un tranquilizante! ¿Este hombre se ha escuchado a sí mismo?

—Es falso y no hay más comentarios al respecto.

—¿Es adicta a las drogas?

—Sin comentarios, gracias.

—¿Ha practicado la prostitución alguna vez?

—¿Disculpa?

—¿Tiene un bebé bastardo en Londres?

—¿Un qué?

—¿Es de Nathaniel Black?

—¿Quién?

—¿Pertenece a la misma secta religiosa que Madonna?

—¿Practica alguna clase de rito con sangre de virgen?

—¿Cómo se lleva con la otra novia de Nathaniel Black?

—¿Montáis tríos?

¡Por el amor de Dios! Ya he oído bastante. Me abro paso entre los reporteros y consigo entrar, a pesar de que me persiguen ellos, sus cámaras implacables y sus lenguas viperinas. En cuanto atravieso las puertas del teatro, estoy a salvo de todo, pero posiblemente en otra dimensión. Una dimensión con la que el resto de los mortales ni siquiera sueñan. Este es el mundo de Nathaniel Black: todo *glamour*, esnobismo y presunta perfección. Hay camareros de guante blanco paseando con bandejas de champán entre los invitados y todo, desde las lámparas hasta los jarrones de cristal llenos de orquídeas, es de diseño. Y eso que aún estoy en la antesala.

Con la barbilla erguida en actitud de desafío, avanzo por el amplio pasillo de mármol hasta entrar en la sala donde se celebran los premios. Titubeo, pero solo durante un instante. No tiene sentido ponerse nerviosa. Ninguna de estas famosas de pacotilla es mejor que yo.

—¡Oh, querida, pues claro que está delgada! Es bulímica —susurra una modelo cuyo nombre no sé cómo se pronuncia.

Está de pie a mi lado, llevando un largo vestido amarillo chillón que no tapa nada de sus pechos siliconados, mientras habla con una famosa actriz. Las dos le echan miradas furtivas a una guapisima mujer que lleva un espectacular vestido negro.

—Yo he oído que se ha hecho una liposucción —cuchichea la otra—. Nunca la hemos visto en bañador. Me pregunto si tendrá muchas cicatrices.

—¡Lucy, querida, estás radiante! —canturrea la modelo cuando el objeto de sus cuchicheos se acerca para saludarla—. Tienes que confesarnos tu nueva dieta.

Decido dejar de escuchar esta ridícula conversación. Hay demasiada hipocresía para mi gusto. Así pues, cojo la copa de champán que me ofrecen y avanzo, buscando con la mirada a Nathaniel.

—¡Vaya! ¡Qué guapa! ¿Quién es? —susurran a mi paso.

—¿No es la novia de Black?

—¿La que conoció en rehabilitación?

—Entonces yo iré a rehabilitación también.

—He oído que se montan orgías en su casa. ¿Será una de las mujeres que van?

—Menos mal que aquí no cachean. Seguro que lleva coca en el ligero.

Rostros conocidos se fijan en mí y en mi deslumbrante vestido, pero yo no presto atención alguna. Solo hay una persona en toda esta sala que realmente me interesa. Y está en el otro extremo, hablando con un hombre que no conozco, tal vez uno de los organizadores. Hace un gesto afirmativo con la cabeza y se gira, como si sintiera mi presencia. A pesar de estar en extremos opuestos, siento su ardiente mirada en el rostro, y tengo que luchar contra el impulso de salir corriendo a sus brazos. Hay algo en su mirada, algo que me reclama y me resulta irresistible. Pero como no puedo montar una escena aquí, me contengo, levanto la copa en gesto de saludo y le dedico una media sonrisa. Él contesta con un gesto de cabeza y esa irresistible sonrisa suya de chico malo jugueteando en la comisura de su boca.

Mi corazón se acelera cuando, instantes después, se encamina hacia mí. Intento respirar con normalidad y recobrar la compostura.

—Estás guapisima esta noche.

Se inclina para darme un beso en la mejilla, pero sus labios acaban "por error" en mi boca.

—Tú tampoco estás mal —le contesto, examinando su elegante esmoquin negro.

—¿Y bien? ¿Cuál es la primera impresión?

Tomo un sorbo de champán antes de contestar.

—Demasiado convencionalismo.

Él finge reflexionar.

—Curioso. Habría dicho lo mismo. ¿Qué sería de este aburrido mundillo si los chicos malos no escandalizáramos de vez en cuando?

Me echo a reír.

—Desde luego que tú escandalizas muy a menudo. Solo con abrir las revistas de corazón y ya estoy consternada.

Su sonrisa se vuelve cada vez más amplia y más maliciosa.

—¿Has escrito el discurso? —con los labios casi pegados a mi oído, desliza el pulgar por mi cuello.

Carraspeo, incapaz de recuperar el habla durante un largo rato.

—Aquí lo tienes. Limitate a leer las tarjetitas. ¡No improvises!

Coge las tarjetas y se las guarda en el bolsillo de la chaqueta, sosteniéndome la mirada.

—Complacerte es mi mayor deseo. ¿Sabes? —esta vez su pulgar baja hasta llegar a mi escote —Resulta que hay una fiesta después de esto. ¿Te gustaría acompañarme? Podemos cogernos una buena cogorza, como en los viejos tiempos.

Trago saliva, esforzándome por no pensar en aquellos "viejos tiempos" a los que hace mención.

—Nate, no creo que sea buena idea. Ya me han preguntado si somos pareja. No me gustaría que siguieran especulando con ese rumor.

Nathaniel suelta una risa.

—También se lo han preguntado a mi asistente, que tiene sesenta años y demasiados kilos. No es nada personal, amor. Se aburren en la entrada. Deja de pensar en ellos y disfruta de la noche. Podemos ir a la fiesta, divertirnos un rato y luego volver juntos al hotel. ¿Qué me dices?

Frunzo el ceño.

—No sé, Nate...

—¡Venga! Estarán todos los famosos borrachos como cubas. ¿Hay algo mejor que eso? Además, tengo una cosa importante que decirte.

¿Una cosa importante? ¿Y pretende que espere paciente durante dos horas cuando viene y me adelanta eso?

—¿De qué se trata? —finjo y adopto un aire de indiferencia.

Nathaniel comprueba la hora de su reloj y, acto seguido, vuelve a darme un fugaz beso en los labios.

—La curiosidad siempre mata a los gatos. Como he dicho, hablaremos luego. Ahora tengo un discurso que dar. Si me disculpas.

Se despide con una enigmática sonrisa antes de darse la vuelta y salir de la sala. Cuando consigo volver del trance, me desplazo hacia el patio de butacas, devuelvo la copa vacía, consigo otras dos y me acomodo en mi asiento —sé que es el mío porque lo pone en una tarjeta dorada—. Espero paciente, o eso me digo a mí misma, a que comience el *show*, entre copa y copa de champán. Supongo que ya he tomado unas cuantas. No es que me guste el champán, lo tomo como remedio para la ansiedad. Me imagino que todos los alcohólicos dirán lo mismo.

Al poco tiempo, empieza un festival de luces en el escenario, Pink deja de cantar su horrible canción y una voz como la del Todopoderoso anuncia a Nathaniel Black, quien hace una entrada triunfal. Camina con paso firme, saluda con la mano, sonríe de manera absolutamente encantadora, y yo sé al instante que ya se ha ganado al público. Por supuesto, no hay ni rastro de las tarjetitas que le he entregado. Por su propio bien, espero que eso se deba a que ya haya memorizado el discurso.

—Buenas noches a todos. Gracias por este recibimiento. Vaya, si me lo hubieran dicho hace diez años que iba a estar aquí delante de ustedes, no me lo habría creído. ¡Pero aquí estoy! ¡Sí! Por lo visto la Academia ha tenido la mala idea de invitarme. Estoy bastante seguro de que cuando me ofrecieron presentar esta entrega, lo hicieron porque esperaban que apareciera borracho como una cuba, berreando e incapaz de mantenerme en pie para divertir al público. Pues lamento decepcionaros, amigos. Solo estoy ligeramente ebrio.

Todo el mundo se ríe de sus payasadas, yo incluida, aunque me preocupa que esté improvisando. Levanta las manos para hacernos callar y poder continuar así con su discurso.

—Sí, sí, lo sé. Presentarme *casi* sobrio en un evento tan importante es extraño viniendo de mí. Seguro que os preguntáis qué me ha pasado. ¡Quién sabe! Puede que esté madurando... o puede que haya desarrollado inmunidad al *bourbon* —más risas—. O, incluso, puede que haya conocido a una mujer. A una persona increíble que saca lo mejor de mí.

Me lanza una mirada que me deja sin aire mientras hace una larga pausa. Le lleva varios instantes recomponerse y volver a sonreír.

—En fin, como sea, no voy a aburrirlos con romanticismos. Tenía un discurso preparado, pero creo que me he equivocado de chaqueta. Esta no parece la mía —finge, arruga la nariz y tiene que esperar a que acaben las carcajadas para poder continuar—. Huele raro —las risas del público vuelven a interrumpirle—. Venga, amigos, un poquito de seriedad. Bien, los nominados al mejor actor de comedia son: Matt Miller, Harry White, Martin Young y Billy Henderson. Y el Emmy va a: Maaaatt Miiiiiller por *Cinco Días Sin Vodka*. Gran serie. ¡Sí señor! Aunque un poco surrealista. Seamos sinceros, ¿quién aguantaría tanto sin vodka? Vamos pequeño Mattie, no seas tímido. Sube aquí.

Me pierdo el resto de los premios, estoy demasiado absorta en mis pensamientos. ¿Lo decía en serio? ¿O es otro de sus jueguecitos? ¡Dios, que lío! Necesito tomar el aire. Sé que es de mala educación irse a la mitad de la entrega, pero prefiero salir que seguir meneándome en mi asiento como si millones de pulgas estuvieran picándome el trasero.

Salgo a la terraza en compañía de otras dos copas que me tomo de golpe. Debería dejar de beber ya. Empiezo a sentir náuseas, y este vestido es tan ajustado que apenas consigo respirar.

—Tu deber de ser la famosa mujer que ha cambiado a Black.

Poso mi mirada en aquella cara de anuncio que me suena de algo (¿de algún anuncio de colonia, tal vez?)

—No sabes quién soy, ¿verdad?

Enarco una ceja.

—¿Debería?

—Soy David Cooper.

Y yo estoy aburrida, borracha y definitivamente, no estoy de humor para ti.

—Felicidades —le digo con mi sonrisa más falsa—. ¿Y qué quieres de mí?

—Seré compañero de Black en *El oscuro secreto del doctor Von Bon*, si es que le dan el papel, claro.

En sus ojos marrones brota una llama de orgullo que me resulta de lo más irritante. Bien, le han dado el papel antes que a Nate. ¿Y qué quiere? ¿Una puñetera medalla?

—Felicidades de nuevo, pero eso no contesta a mi pregunta. ¿Qué quieres?

—Vaya, una chica dura —remarca sonriendo—. Ya veo por qué le gustas tanto a Black. ¿Sabes?, a mí siempre me han fascinado las chicas como tú.

—Pues que no te fascinen tanto —dice una voz fría y tranquila a nuestras espaldas—. Es mía. Ahora ¡largo!

—¿Sabes que hay hombres mucho mejores que este, verdad? —me pregunta David, fingiendo ignorar la presencia de Nathaniel.

Yo que tú no haría eso, amigo. No cuando Nathaniel tiene esa mirada asesina. Da miedo.

—¿Es que estás sordo? ¿Sufres de alguna clase de retraso mental? ¡He dicho que te esfumes!

David se da la vuelta y le dedica a Nathaniel una mirada cargada de desprecio. ¡Por Dios, cuanta testosterona!

—¡Que te den!

—No. ¡Que te den a ti! —gruñe Nathaniel y lo empuja con el hombro para apartarle del medio.

Busco en sus hermosos ojos algún indicio de diversión, pero no lo hay. Parecen transformados por la furia, desprendiendo llamas capaces de reducir todo este lugar a cenizas. Empiezan a medirse con la mirada, a punto de remangarse sus carísimos esmóquines para poder pegarse mejor, y es entonces cuando me interpongo entre ellos. Lo que faltaba. Otra denuncia por agresión.

—Un placer, David. Ahora si nos disculpas, Nate y yo tenemos un asunto pendiente.

Cojo del brazo a Nathaniel y lo arrastro hasta el rincón más oscuro de la terraza.

—¿Se puede saber qué te pasa ahora? Te sugiero terapia para controlar la ira.

Sonríe con desprecio, se saca la petaca del bolsillo interior de su chaqueta y le da un buen trago antes de contestar.

—¡Bah! No sirve de nada esa terapia. Ya he ido tres veces y las tres he acabado pegándome con el psicólogo. Ese tío era un tocapelotas que no hacía más que preguntar cosas sobre mi infancia. ¿Y tú qué? ¿No se te puede dejar sola ni media hora sin que te ligan al tiburón?

Me ofrece un poco de *bourbon*, pero hago un gesto de negación. Esta noche he debido de beber más que Jack Sparrow en toda la pentalogía.

—Yo no me he ligado a nadie. Solo estaba contándome que le han dado un papel en la película. Nada más.

Nathaniel entorna los ojos y vuelve a beber, visiblemente más relajado.

—Sí, tu novio Johnny tiene ese mal gusto.

—Johnny no es mi novio —bramo entre dientes.

Él sonríe y le da otro largo trago a la petaca. ¡Jiiiiiii jaaaaa! ¡Que empiece la fiesta!

—Ya lo sé, me gusta creer que ahora soy tu único amor. Pero lo fue hace tiempo. Hablando de ello, ¿tú y un hombre casado? Pensaba que eras escrupulosa. ¿O es que esta vez tampoco lo sabías?

—Cualquier cosa que te haya dicho sobre mí... —comienzo furiosa.

Nathaniel me interrumpe con un bufido.

—¡Por favor! Él no me contaría eso sabiendo que perdería el título de caballero del año. Lo he averiguado yo solito.

—¿Cómo? —inquiero con calculada frialdad, como si no me importara.

—Soy Nathaniel Black. ¿Acaso pensabas que te he contratado sin investigarte?

Me cruzo de brazos, escandalizada.

—¡Sí, eso era lo que pensaba! Y con investigar, te refieres a mi *noviómetro*, ¿verdad?

Una chispa de diversión acude a los ojos de Nathaniel.

—¿*Noviómetro*? Interesante palabra. Y sí, me refiero a eso. Lo sé todo sobre ti. Conozco todos tus secretos más oscuros... todas las maldades que has hecho a lo largo de tu vida. No se me escapa nada. Soy como el ojo omnipresente de Dios. Ah, y por si te lo estás preguntando, también sé que has tenido veintitrés novios antes que yo, de los cuales seis fueron amantes. Siete, si contamos al senador. ¡Siete! ¡Qué escándalo!

Con aire digno, me arreglo el pelo como si no pasara nada. Mi madre estaría orgullosa de mí manera elegante de gestionar esto.

—¿Siete? No son más que chismorreos y mentiras baratas —contesto con serenidad, fingiendo colocarme un pendiente.

—¿De veras? Veamos... —empieza a contarlos con los dedos— está Bobby Joe, Jimmy, Charles... — alza la mirada y me observa divertido—. ¿De verdad te acostaste con un tipo llamado Bobby Joe?

Abro la boca, estupefacta.

—¿Qué? ¡Claro que no! Yo no me he acostado en él.

—Él dice que sí.

—¿Has hablado con Bobby Joe? —no puedo ocultar mi sorpresa.

Nathaniel mete las manos en los bolsillos de los pantalones y me lanza una sonrisilla traviesa.

—Ajá.

—¿Cómo, cuándo, dónde y por qué? ¿Bobby Joe sigue vivo?

—Vívito y coleando —mira su reloj y cambia la expresión divertida de su rostro por una mucho más seria—. Mira preciosa, por mucho que me gustaría seguir analizando tu *noviómetro*, tenemos que irnos. Hay una fiesta que nos espera.

—No. Ni hablar. No vamos a ir juntos. Nos vemos ahí.

Y dicho eso, me dispongo a avanzar hacia la salida, pero él me agarra un brazo y me detiene.

—¿Adónde crees que vas, *bizcochito*?

—Nate, hay *paparazzi* en la entrada. No podemos salir cogidos de la manita, así que repito por si no los has pillado aún: nos vemos ahí.

No sé por qué he podido pensar en algún momento que Nathaniel Black era una persona racional con la que se podía hablar de adulto a adulto. ¡Ja! En vez de darme la razón, lo que hace es empujarme hacia la pared, donde me aprisiona entre sus brazos. Y antes de que me dé cuenta, estoy pegada a su fuerte pecho y siento, con cada átomo de mí ser, los latidos de su corazón y su respiración agitada. Como siempre, se aprovecha de su atractivo para intimidarme. Sabe que, estando tan cerca de él, no soy capaz de pensar con claridad y acabo haciendo alguna tontería... como acostarme con él. Me refiero a *esa* clase de tonterías.

—Que no te quepa duda de que si tengo que llevarte en brazos o arrastrarte hasta esa condenada fiesta, lo haré. Cruzaré esta maldita ciudad contigo sobre mi hombro si hiciese falta. Así que, dime ¿qué será, princesa? ¿Irás a pie por tu propia voluntad o en mis brazos?

Con la mirada alzada, trazo el contorno de su rostro, fijándome en cada perfecta facción como si estuviera viéndola por primera vez. Tiene pinta de estar hablando muy en serio y admito que si hay alguien capaz de poner en práctica aquellas amenazas, ese es él. Aun así, decido adoptar una actitud desafiante. Odio que alguien, y mucho menos Nathaniel Black, me coaccione según su antojo.

—No puedes obligarme a hacer algo que no quiero hacer.

—¡Claro que sí! Soy Nathaniel Black —susurra contra mis labios, con arrogancia—. Puedo hacer todo lo que me dé la gana. El mundo entero está a mis pies. Yo siempre cojo lo que quiero, cuando lo quiero, porque me pertenece. Y tú, amor mío, llevas un tiempo perteneciéndome. Así que vas a ir conmigo a esa fiesta y vamos a salir los dos delante de los *paparazzi*, cogidos de la manita, sonriendo y posando como la parejita del año. Puedes seguir resistiéndote a mí, gritar, gimotear, golpear el suelo con la punta de tu zapato o hacer pucheros, pero nada de eso me hará cambiar de opinión. ¿*Capisce*?

De muy mala gana, asiento y le permito que me guíe hacia la salida. Por supuesto que sigo creyendo que es mala idea. Todo el mundo pensará que estamos liados, la presión de los *paparazzi* será inaguantable y habré fracasado en mi intento de mejorar su imagen. Pero ¿cómo hacer entrar en razón a un chico malo? Me ha dejado bien claro que, por mucho que lo intente, seguirá haciendo lo que le da la gana como siempre, con lo que no haré nada en absoluto. No pienso mover ni un solo dedo esta noche. Le dejaré las riendas de la situación a él, a ver cómo piensa manejar esto. Ya es mayorcito.

Rehuyendo todas las miradas, cruzo el pasillo en dirección a la salida agarrada a su brazo. El torrente de cámaras y periodistas se echan encima de nosotros nada más salir a la calle.

—Nathaniel, ¿has dejado embarazada a una *stripper* que te pide ahora una indemnización millonaria?

Nathaniel frena en seco y se humedece los labios, muy divertido por esa acusación.

—Injurias —le contesta, con los labios torcidos irónicamente.

Flash, flash, flash, flash, flash, flash. Mañana tendré que ir al oftalmólogo, sin duda alguna.

—¿Cómo comentas...?

Nathaniel levanta las manos en el aire para frenar la tormenta de preguntas.

—Espera, espera, espera. Antes de que me acuséis de cualquier otra cosa, quiero deciros que soy inocente. De lo que sea. Yo no he sido. No he embarazado a vuestras hijas, ni les he vendido coca a los nietos del presidente y, desde luego, que no formo parte de una secta budista. ¡Es absurdo! ¿Por qué iba a convertirme yo al Budismo si ellos ni siquiera beben? Me han acusado hasta de eso —me susurra al oído, a modo de explicación.

No me sorprende. A mí me han llamado zorra satánica nada más llegar.

—¿Accederías a concedernos una entrevista para la semana que viene?

Nathaniel frunce el ceño y se lo piensa durante un momento.

—No veo por qué no, siempre y cuando no me preguntéis nada sobre temas conflictivos como política, religión, inmigración, Oriente o... Miley Cyrus.

Todo el mundo se echa a reír mientras que yo lo miro pasmada. ¿Qué se ha tomado esta noche? ¿LDS, coca, anfet...? ¿La droga del encanto sureño? ¿Por qué demonios sigue hablando? Deberíamos correr hasta la limusina y largarnos antes de que empiecen las preguntas incómodas.

—¿Qué relación mantienes con Catherine?

Ay, Dios. Allá va. Mi estómago se convierte en un nudo cuando Nathaniel me inclina hacia atrás y me da un apasionado beso delante de las cámaras. Intento escabullirme, pero es demasiado tarde. Todas las cámaras han captado ya el momento. ¡Maldición! ¡Tenía que haberle confiscado la petaca de las narices!

—Creo que esto contesta a tu pregunta. No haré más comentarios. Gracias.

Empezamos a andar hacia la limusina, con todo el grupo de *paparazzi* pisando nuestros talones.

—¿Y qué opina Anne?

Nathaniel frunce el ceño y se para.

—¿Quién?

—Tu novia.

—Oh, eso. No tengo ni la más mínima idea, pero supongo que opinará que no debería hacer más comentarios esta noche.

Me coge de la mano y empieza a abrirse paso a codazos. Nos subimos a la limusina negra que nos espera a unos cuantos metros, en completo silencio. Silencio que no durará mucho más, ya que estoy hirviendo de furia. Afortunadamente, el panel corredizo de cristal nos mantiene aislados del chófer, así que puedo gritarle todo lo que me da la gana.

—¡Estás loco! ¡No, no, no! ¡Loco es quedarse corto! ¡Estás más allá de la locura! ¿Por qué demonios lo has hecho?

Como no se molesta en contestar, clavo mi furibunda mirada en su rostro impasible. Salvo por una débil sonrisilla en la comisura de su boca, permanece tan inexpresivo e inalterable que mi cabreo va *in crescendo*.

—¿Y bien? ¿Cuál es la explicación? Por tu bien espero que tengas una sólida.

Sin inmutarse siquiera, me sirve una copa de champán, que cojo en un acto reflejo.

—¿Querías mantener lo nuestro en secreto? —me pregunta, con la tranquilidad de un hombre que quiere saber la hora.

—Toma —le digo irritada, devolviéndole la copa—. No quiero beber más. He debido de beber demasiado porque me ha parecido oír algo de *lo nuestro*.

Nathaniel coge la copa y la deja encima de la mini nevera. Luego gira la cabeza hacia mí y compone una sonrisa irresistible. *Ay, Señor. Tengo que huir. Ahora mismo.* Su mirada es demasiado íntima, demasiado seductora. Todo en él transmite un claro mensaje sexual.

—Eso he dicho —agarra mi cabeza entre sus manos y me mira con ojos ardientes.

Como no se me ocurre nada que contestar —me ha dejado sin réplica y completamente descolocada— me aparto de él y finjo estar mirando por la ventanilla.

—No hay un lo nuestro —le digo después de un momento, cuando nuestras miradas vuelven a cruzarse—. Echamos un polvo y ya está. Estábamos borrachos los dos. Fue un desliz. ¡Olvidadlo!

Contemplo el rostro descompuesto que apenas reconozco, y esa mirada glacial que me taladra.

—¿Qué lo olvide? ¿Cómo puedes decirme eso? No puedo olvidarlo, preciosa. ¿Crees que yo quiero pensar en ti? Quiero comportarme como si lo nuestro nunca hubiera sucedido, pero ¿sabes qué? Ha pasado y es algo que debemos asumir, nos fastidie o no. Y ¿en serio es eso lo que piensas que fue? ¿Un polvo? ¿Un desliz?

No entiendo por qué parece tan ofendido. ¿Acaso esperaba el Oscar al mejor polvo del año?

—¿Cómo definirías tú lo que ha pasado?

Se lleva la copa de champán a los labios y bebe todo el contenido de golpe.

—La mejor noche de mi vida.

Esos ojos en los que he visto oleadas de furia y destellos de malicia, me miran ahora llenos de emoción. ¡Esto no está pasándome a mí! No, sencillamente no puede pasarme a mí. Es un mal sueño del que despertaré ahora mismo.

—No hablarás en serio.

Con los ojos cerrados, descanso la frente en las yemas de los dedos porque la cabeza parece pesarme demasiado.

—Catherine, sé que no soy el hombre que necesitas a tu lado —se pasa una mano por el pelo y suelta un suspiro—. Sé que la he cagado muchas veces y sé que he sido un cretino hasta ahora y, créeme, nadie se avergüenza más que yo, pero si pudieras encontrar la manera de olvidar todo eso... yo... siento mucho todo lo que ha pasado.

—Oh, ya veo tu arrepentimiento. ¿Qué es lo que sientes, Black? ¿Haber montado una orgía *Playboy* en el salón de tu casa solo porque estabas enfadado conmigo? ¿Acostarte con cualquier mujer que encontrabas por el camino para cabrear me? ¿O es que sientes haberme seducido borracha? ¡Dime! ¿Cuál de todas las maldades que has hecho es la que más sientes?—pregunto, perdiendo la paciencia.

Nathaniel cubre mi mano con la suya y me mira fijamente a los ojos, pero yo aparto la vista. Prefiero concentrarme en las luces de la ciudad que en él. Intento huir de sus ojos porque sé que si los miro directamente en este instante, sucumbiría a su voluntad.

—Te prometo que si decides darle otra oportunidad a lo nuestro, todo será distinto. ¡Yo seré distinto! Lo único que quiero es estar contigo.

—¿Por cuánto tiempo, Nate? ¿Una noche? ¿Dos? ¿Cuánto tardarías en dejarme?

—Te equivocas —susurra, sin aliento—. Amor, por favor, mírame. Te darás cuenta de que hablo en serio.

Como me niego a mirarlo, me agarra la barbilla y me la sostiene entre el dedo índice y el pulgar. Me mira tan abatido que creo que, por primera vez, empiezo a pensar que él habla en serio.

—Pensaba que solo eras un capricho. Que en cuanto te tuviera me aburriría de tí como siempre hago, pero no es así. Después de tenerte, te he deseado incluso más. Y sé que esto es un error, ¿vale? Yo no te merezco y debería dejarte en paz. Es solo que no puedo. Eres, con creces, mi mayor error y soy consciente de ello, pero no estoy preparado para estar lejos de ti. Yo...

¡A la mierda! No lo dejo acabar la frase. Me lanzo a sus brazos con tal pasión que pienso que voy a morir si no vuelvo a sentir el roce de sus labios sobre los míos. Agarro su rostro entre las manos, cubro mi boca con la suya y lo beso salvajemente.

Ay, Señor, estoy perdida, pienso cuando Nathaniel le dice al chófer que dé media vuelta. Iremos al hotel.

Me inmoviliza contra la puerta de nuestro apartamento y mis labios se separan justo a tiempo para permitir que su lengua se introduzca en las profundidades de mi boca. Una oleada de deseo contrae mis músculos internos cuando él cubre mis pechos con decisión, estrujando y masajeando hasta que dejo escapar una exclamación ahogada.

—Eres tan dulce —susurra pegado a mis labios—. Podría pasarme toda la noche contigo, besándote y haciéndote el amor. La primera vez follaríamos duro... con hambre y prisas... —me da un beso justo así, rápido y hambriento— y después te haría el amor suave y despacio —me besa con suavidad los labios y yo siento que me derrito como la mantequilla—. Hasta mañana, Catherine.

Si hasta ese momento en mi cabeza sonaban acordes angelicales, lo que oigo ahora es un bajo eléctrico a toda potencia que me devuelve a la Tierra.

—Hasta... —carraspeo— ¿Hasta mañana?

Me ofrece una mirada burlona.

—Cualquiera diría que estás decepcionada.

—Lo estoy —contesto casi sin aliento.

De hasta mañana nada, porque mañana habré cambiado de opinión. Mañana se me habrá olvidado lo bueno que hay en él, porque hará que me olvide de ello con

otra travesura de las tuyas. Es ahora o nunca. Aletada por ese pensamiento, rodeo su cuello con los brazos y vuelvo a besarlo. Durante un tiempo responde a mi beso, pero después, con la ayuda de sus manos, se libera de mis brazos que le aprisionan, y aparta el rostro.

—Espacio amor. Empecemos esto bien. Tengamos una cita formal.

—¿Una cita formal? ¿Tú y yo? ¿No tendríamos que haber hecho eso antes de acostarnos?

Suelta una carcajada.

—Sí, me he saltado unos cuantos pasos. ¡Demándame! —ladea la cabeza y adopta un aire serio de repente—. Te prometo que a partir de ahora haremos las cosas bien. Tú quieres un cuento de hadas y a mí no me importa dártelo. Hoy me siento especialmente generoso, así que elije tu vestido de baile, princesa mía.

Así es como se supone que debe ser, es lo que la gente normal hace y, sin embargo, es decepcionante. Tan decepcionante que dejo escapar un largo suspiro.

—Me dejas pasmada. Jamás habría adivinado que detrás de tu muro de ironía se escondiera un caballero andante.

Nathaniel esboza una sonrisa arrogante. Allá va. Ahora me dirá algo para cabrear. Esa sonrisita no puede ser más que la antecesora de una maldad.

—Tampoco te emociones. Todo esto forma parte de mi estrategia para hacerte cosas impuras y *muy* escandalosas —replica y me guiña un ojo.

—Inténtalo y te daré una patada en el culo.

¡Para que alguien diga luego que yo no soy una dama!

—No puedo creer que te dejaran decir esta clase de monstruosidades en el colegio elitista al que ibas. ¡Qué escándalo!

—Es solo culpa tuya. De alguna manera siempre consigues sacar a la luz mi lado malo.

Con la mano desplegada en la parte baja de mi espalda, Nathaniel Black me aprieta contra su cuerpo y vuelve a besarme.

—Y ¿adónde iremos? —pregunto en cuanto me libera los labios.

—Es una sorpresa —murmura y, una vez más, me cobija entre sus brazos.

Me da igual adónde vayamos, ya estoy en el único sitio en el que vale la pena estar.

—De todos los sitios de este mundo, ¿tú eliges este? ¿Esta es tu idea de un cuento de hadas?

—¡Ingenua Catherine! Pensaba que me conocías lo bastante como para saber que mi versión de un cuento de hadas tendría cierto toque maquiavélico.

Bajo la ventanilla del coche y contemplo el oscuro y tenebroso bosque de pinos que se abre ante mis ojos. Según acaba de contarme, es aquí donde pasaremos el fin de semana. No en la ciudad del amor, ni en una isla paradisíaca. No. Aquí. En lo que parece una propiedad de la familia Adams.

—¿Dónde estamos, de todas formas?

—¡Esto es Texas, nena! ¡Jiiii Jaaa!

Lo miro divertida por encima de mis enormes gafas de sol. Menos mal que me he traído ropa cómoda.

—¿Texas? —enarco una ceja—. ¿Hemos recorrido medio país para ir a...? ¿Texas?

Durante lo que parece una eternidad, Nathaniel me mira indignado, con la boca abierta. ¡Oh, venga ya! ¡No me digas que he herido su orgullo americano!

—¡Texas es la leche! —exclama al fin.

—Lo que tú digas, *cowboy*. Y dime, ¿qué hay en Texas? Aparte de las evidentes vacas...

El rostro de él se convierte en una mueca maliciosa.

—Bares de carretera con camareras rubias y pechugonas que venden alcohol de contrabando a mitad de precio. ¿Acaso no te basta?

—Nos apañaremos...

Me bajo del coche y lo sigo hasta el maletero.

—Vamos preciosa, todavía tenemos un largo camino por delante —tira a mis brazos una mochila que no pesa nada—. Voy a coger tus maletas. Desde aquí solo se puede ir andando.

¿Andando? ¡Qué suerte! Con lo que me gusta a mí el senderismo. Menos mal que él no capta la mueca de disgusto que hago. No quisiera empezar con mal pie el cuento de hadas.

—Pensaba que te había dicho que te llevaras lo estrictamente necesario —me reprende, arrastrando mis maletas por el suelo.

—Y es lo que he hecho —le lanzo una sonrisa de niña adorable y añado—. Eso es lo estrictamente necesario... para mí.

Suelta una maldición por lo bajo y empieza a andar por un angosto sendero. Lo sigo, aventurándonos cada vez más en la oscuridad del bosque. Creía que iba a haber nieve, pero no es así. Y tampoco hace tanto frío como en Nueva York. Empiezo a pensar que, después de todo, Texas no es tan mala opción para irse de viaje.

Después de caminar durante media hora, al fin llegamos a nuestro destino. Me quedo boquiabierta ante la imagen que desprende el lugar. El campo, de un intenso verde crudo, posee una belleza casi irreal que soy incapaz de dejar de contemplar. Sencillamente no puedo imaginarme algo mejor que esto. Estamos rodeados de árboles, pinos y abetos en su mayoría, que se alzan hacia el cielo grisáceo, agitando de vez en cuando las puntas de sus ramas. No se escucha nada más aparte del susurro del viento y el canto de los pájaros. Nada de pitidos, ambulancias y todo eso ruidos satánicos que caracterizan a las grandes ciudades. Cierro los ojos por un instante, dejando que la ligera brisa envuelva mi rostro, e inspiro hondo. ¡Dios, debo de llevar años sin respirar un aire tan puro!

—¿Qué te parece la casita? —me pregunta él, contemplándome como si yo fuese un enigma que necesitara resolver—. Fue lo más parecido a un cuento de hadas que encontré en tan poco tiempo.

Sonríe y dirijo la mirada hacia la cabaña de ladrillos blancos que me señala.

—¡Nate, es perfecta! ¡Me encanta el balancín! Cuando sea vieja, tendré uno igual en mi porche. Quiero sentarme en él y no hacer nada más que contemplar la naturaleza.

—Yo estaría contemplándote a ti —comenta con la voz ronca.

Todo mi cuerpo se estremece cuando él alza la mano para acariciar mi cabello.

—Eres tan bella —musita, mirándome como absorto— tan perfecta. Y eres mía. Prométeme que siempre verás mi lado bueno. Necesito saber que serás capaz de ver más allá de las apariencias. No dejes que ellos estropeen lo que tenemos ahora, por favor.

Al verle tan afligido, tan torturado, mi garganta se seca y empieza a escocerme.

—No me hagas prometer cosas que no sé cómo cumplir —murmuro, perdida en sus ojos, que se han vuelto tristes y ausentes de repente—. No quiero hablar de eso ahora mismo ¿de acuerdo? Hablemos de trivialidades como si nada hubiera pasado. Ven. Sentémonos en el balancín.

Nathaniel se guarda las gafas de sol en el bolsillo de su chaqueta de cuero, cruza los brazos a la altura del pecho y se esfuerza por esbozar algo parecido a una sonrisa. Le hago un gesto impaciente con la mano para que se siente a mi lado. Vacila antes de aceptar la invitación.

—Si buscas una manera de agradecerme todo esto, yo tengo unas cuantas ideas —lo dice en un tono juguetón mientras traslada la mirada desde mis ojos hasta mis pechos.

—¿Involucra algo inmoral, ilegal o increíblemente escandaloso? —le pregunto, incapaz de dejar de sonreír.

Adopta un fingido aire ofendido que no consigue engañarme en absoluto.

—¿Por qué tienes que tener siempre tan mala opinión sobre mí? ¿No puedo pensar en algo discreto? ¿Como tú... yo... desnudos... bañándonos en espuma de Dom Pérignon? Ya sabes, lo típico de un viernes por la tarde —me guiña un ojo.

Dejo escapar una risita.

—¿Desde cuándo es eso lo que la gente normal hace los viernes por la tarde?

—No te ofendas, pero tú de normal tienes poco. ¿Debo recordarte que has maltratado a mi guardaespaldas?

Pongo los ojos en blanco.

—Por favor, no empieces con tus bromitas. No lo estropees ahora, cuando he llegado a la conclusión de que eres adorable.

—¡Estoy indignado! ¿No has llegado a esa conclusión nada más acostarte conmigo?

—Al despertarme estabas jugueteando con mis bragas. ¿Puedes culparme?

Gira la cabeza y me mira sin ningún rastro de burla de los ojos. Apoya con suavidad las yemas de sus dedos en mis labios, mostrándome una de sus mejores sonrisas. La del Nathaniel encantador.

—Lo siento, amor —me dice con aire ausente mientras sus brazos me envuelven en un fuerte abrazo.

—Lo sé. No eres tan malo como quieres hacerme creer.

—Supongo que no...

Sus ojos azules contemplan durante mucho tiempo el valle cubierto de pinos que se abre ante nosotros. Yo me limito a contemplar la belleza masculina de su rostro.

—Seguramente sea mucho peor —añade en un murmullo.

Suspira y se queda con la mirada perdida en el vacío, los labios apretados y la mandíbula tensa. A mí los pinos no me interesan en absoluto, así que sencillamente sigo contemplándole a él. No me gusta verle tan abatido.

—¿De verdad deseas estar aquí...? ¿Conmigo? —pregunta de repente y gira la cabeza para mirarme—. ¿No vas a lloriquear durante todo el fin de semana, ni vas a maldecir la falta de cobertura de tu móvil?

Le pongo mala cara. ¿De verdad piensa que soy así de superficial?

—¡Por nada en el mundo! Estar aquí... contigo... es... no quisiera estar en ninguna otra parte.

Estiro un poco el cuello y le doy un casto beso en los labios, gesto que le sorprende, puesto que me mira ceñudo durante largo rato.

Hoy he conocido una faceta de Nathaniel Black que ignoraba. Cuando quiere, puede parecer tan joven y despreocupado como cualquier otro chico normal. Lo único que hace falta para conocerle de verdad es sacarlo de su medio, de los *parazzi*, del *bourbon*, de la fama y de las mujeres guapas. Hoy he podido ver un espíritu aventurero que nunca aflora en la Gran Manzana.

Nada más llegar, me ha hecho cambiarme de ropa y me ha arrastrado por todo el bosque, descubriendo juntos los lugares más espectaculares que he visto jamás. He disfrutado de cascadas, praderas, un riachuelo de aguas cristalinas y una comida al aire libre en su compañía. No puede haber nada mejor que eso. Durante el tiempo que hemos explorado el bosque en plan Hansel y Gretel, he averiguado el nombre de unos cuantos árboles, que Nathaniel Black fue *boy scout* en su juventud, que esas bolitas rojas no son arándanos y bajo ningún concepto me las puedo comer, y que a lo que yo llamo el norte, el resto de gente normal lo llama el sur. ¡Grandes dotes para la orientación las mías! Menos mal que hacia donde nos dirigimos ahora no hará falta conocer los puntos cardinales. Nathaniel dice que será como una primera cita y que vamos a hacer algo especial como —¡jamás lo habría adivinado!— emborracharnos. Por alguna oscura razón, eso no me indigna. Últimamente, voy de cogorza en cogorza.

Me ha pedido que deje por un día mis modelitos de alta costura y que me ponga algo discreto para pasar desapercibidos. Y eso he hecho. Creo que, si no fuera por mi acento británico, esta noche podría pasar por una auténtica tejana. Me he puesto un vaquero desgastado, una camisa a cuadros y unas botas marrones sin tacón. También llevo un sombrero de paja, que le he comprado a un anciano antes de entrar en el bar. No quería ser menos, puesto que Nathaniel lleva uno. ¡Es tan J.R. Ewing!

El bar —debería decir tugurio— está lleno de paletos americanos que me miran y me desnudan. Empiezo a pensar que a lo mejor este vaquero es demasiado ajustado. Creo que es la primera vez que soy yo la que atrae la atención. Normalmente la gente se fija en él, Nathaniel Black, la superestrella, pero parece ser que en Texas su fama importa un comino.

Hay muchísimo humo de cigarro, tanto que apenas se puede respirar, y demasiado ruido. Entre la música y las conversaciones de la gente, es muy difícil comunicarse sin gritar. Nada más entrar, Nathaniel me coge de la mano y me arrastra hasta la barra de madera, abriéndose paso entre los hombres que juegan al billar o a los dardos.

—¿Qué quieres tomar?

—Un zumo de piña, por favor.

—Dos chupitos de tequila —le pide a la camarera, rubia y pechugona tal y como él había anticipado. Por supuesto, la señorita sonrisitas se apresura a atenderle.

—¿Y mi zumo de piña? —protesto indignada.

—Aquí no venden pijadas. Aquí o bebes tequila o no bebes nada. ¡Así que salud!

Choca su vaso contra el mío y se toma todo el contenido de golpe. ¡Ay, madre! Yo no pienso beber eso.

—¡Desmelénate, Mary Poppins! ¿O es que las institutrices inglesas nunca perdéis el control?

Sacudo la cabeza lentamente, sin dejar de mirarle a los ojos. Sus palabras no me toman por sorpresa. Es otra provocación más.

—¡Anda, bebe! Hazlo por mí. Hasta el fondo —sus dedos me tocan al ofrecerme de nuevo el vaso y yo vuelvo a sentir en la piel ese hormigueo tan delicioso que siento cada vez que él me toca.

Jugando sucio. Bien, puedo hacerlo. Me muerdo el labio inferior, me armo de valor y me lo tomo entero. ¡Madre mía! De haberme tragado todas las brasas del infierno la garganta no me habría quemado tanto. Pero como no quiero que piense que soy una mojigata, aprieto los dientes y no me quejo. Cuando una leve oleada de calor empieza a inundar mis venas, me doy cuenta de que, después de todo, beber tequila tiene cierta gracia.

—¿Puedes tomarte otro sin desmayarte? —susurra a mi oído en tono divertido.

—Por supuesto —respondo, esbozando una sonrisa forzada.

Media hora después.

¡A la mierda lo de pasar desapercibida! Me ato la camisa por debajo de los pechos y bebo con avidez el líquido ardiente que, en algún momento, ha dejado de resultarme tan desagradable. Estoy despeinada, ruborizada y en un avanzado estado de embriaguez.

—¿Otro? —me pregunta un vaquero de mediana edad, enseñándome la botella de tequila.

Nathaniel ha tenido que contestar a una llamada urgente de su agente, así que me ha dejado sola. Bueno, no del todo. Lo cierto es que estoy rodeada de vaqueros que me colman de cumplidos y me invitan a chupitos de tequila. Aparte de la camarera, soy la única mujer de este bar, con lo que es comprensible.

—¡Otro! —y suelto ruidosamente el vaso encima de la barra, como la chica dura que soy.

Los vaqueros silban satisfechos. Alguien, no sé si el de mediana edad u otro, vuelve a llenarme el vaso. Lamo la sal, bebo el chupito y chupo el limón.

—¡Hurra! Tiene aguante la niña —dice alguien por ahí.

—¿Otro? —vuelven a preguntarme.

—¡Otro!

Todo el mundo me anima gritando "bebe", "bebe", "bebe", "bebe" y yo, muy complacida, hago caso a mi público.

—¡Oh... Dios... mío! —chillo cuando empieza una melodía de Kylie Minogue que solía escuchar en mi adolescencia—. ¡Me encanta esta canción!

Con la ayuda de un jovencito, me subo encima de la barra y empiezo a bailar. Mi público está en éxtasis. Gritan y silban y me ofrecen chupito tras chupito que yo, como soy una dama muy educada, no puedo rechazar.

—¿Pero... qué... demonios? ¡Catherine Eleanor Collins Fitzgerald! —ladra Nathaniel lo bastante alto como para hacerse escuchar— ¡Ya es suficiente! ¡Baja de ahí ahora mismo!

—¡Hazme bajar! —le reto, arrastrando las palabras.

Curvo los labios en una adorable sonrisa, le doy la espalda y con las manos encima de la cabeza, empiezo a mover las caderas. Me ondulo hacia la derecha, me ondulo hacia la izquierda, bajo lentamente hasta que mi trasero casi toca la barra y después vuelvo a subir de la misma manera, despacio y sensual. Ahora que lo pienso, podría ganarme la vida como *stripper*. A lo mejor así Nathaniel se enamoraría de mí. Todos conocemos su fascinación por las bailarinas exóticas.

—¡Guapa!

—¡Mueve esas caderas!

Me quito el sobrero y lo hago girar por los aires, demasiado borracha como para sentirme cohibida por las miradas asesinas de Nathaniel.

—¡Jiiiiiii Jaaaaa! —grito, para honrar la tierra de *cowboys* en la que nos hallamos.

Por el rabillo del ojo, veo como Nathaniel alza la cabeza y me mira con los ojos oscurecidos de furia durante un largo momento hasta que, al caer en la cuenta de que su táctica de intimidación no resulta efectiva, me coge en brazos y me baja al suelo de manera demasiado brusca, acabando así con el festival de silbidos. Todo el mundo vuelve a sus actividades anteriores como si nada hubiera pasado. Yo me río a carcajadas, incapaz de parar, hasta que, de repente, empiezo a notar la atmósfera muy cargada, como si oscuras nubes de tormenta estuvieran acercándose. Oops, creo que alguien está cabreado.

Nathaniel me sonrío y, a continuación, apaga la sonrisa. Entonces, sus fuertes manos agarran mi brazo y me arrastran hasta las sombras de la noche. Mi aparente tranquilidad excita su cólera aún más, si es que eso es físicamente posible.

—¿Se puede saber qué demonios hacías? ¿Acaso no has visto cómo te miraban esos paletos? —me grita, completamente fuera de quicio.

Le sonrío con dulzura y rodeo su cuello con los brazos.

—¿Puedo atreverme a pensar que estás celoso? —le digo, coqueteando.

—¡Por supuesto que no! —trueno y se libera de mi abrazo—. Es solo que siento una estúpida necesidad de proteger tu virtud. No quisiera que te la quite algún vaquero apuesto que vive en una caravana oxidada junto a un perro lleno de pulgas. Podrían contagiarte la rabia. O la gonorrea... O la gonorrea rabiosa... No lo sé... Los tejanos son gente extraña.

Pongo los ojos en blanco.

—Gracias, Nathaniel, por esa bonita ilustración. Me hago una idea de cómo es la vida de un paleta de Texas. ¿Además, de qué virtud estás hablando? Te dejé bien claro la otra noche que no era virgen.

—¿De verdad? —pone una mueca maliciosa—. No lo recuerdo. Tengo la mente algo borrosa. ¿Te gustaría refrescármela?

La verdad es que sí. Sí que me gustaría hacerlo.

—¿Puedo hacerte una escandalosa confesión? —él alza las cejas y hace un gesto afirmativo con la cabeza—. Me gusta cuando te pones así de posesivo. Me hace pensar en sexo duro—añado, y presiono las puntas de los dedos contra su sensual boca.

Nathaniel traga saliva y su mirada se suaviza de repente. Ya no está furioso, sino excitado.

—¿En serio? —su voz se vuelve ronca y sus fuertes manos me sujetan con firmeza cuando mi cuerpo se apoya contra el suyo.

—Mmmm. El sexo duro me parece de lo más excitante. Y algo me dice que eso se te da bastante bien. ¿Qué me dices, vaquero? Apuesto a que te gustaría darme unos cuantos azotes. He sido *muuy* mala esta noche.

Me mira estupefacto, incapaz de digerir mis palabras, y eso me divierte. Desinhibida por la cantidad indecente de alcohol que he ingerido, paso mis dedos por su pelo —siempre he querido hacer eso— y, a continuación, cubro sus labios con los míos. Mi lengua explora repetidamente todos los rincones de su boca, con pasión, con ansia. Con hambre.

Durante un tiempo, Nathaniel se limita a contestar a mi beso de manera tierna, acariciándome las mejillas con las puntas de los dedos, pero poco a poco su beso se vuelve más carnal. Traslada una mano a mi nuca, masajeando con suavidad, y la otra a mi cintura para apretarme contra su cuerpo.

—Nate, deberíamos irnos. Estamos en la calle. Puede que haya... —gimo, y cierro los ojos cuando su boca empieza a bajar por mi cuello y sus temblorosos dedos se agarran a mi pelo—. Tal vez haya *paparazzi* —añado susurrante.

Nathaniel levanta la cabeza para mirarme y sonrío socarrón antes de volver a inclinarse para atrapar mis labios con ávida brusquedad. No me da un beso, sino que posee mi boca de una forma excitante y completamente desconocida. Tengo la sensación de que el mundo entero se detiene por unos instantes, como si el universo apagara sus luces y dejara caer el telón. Nunca un beso me ha resultado así de perturbador. Un hormigueo me recorre el cuerpo de pies a cabeza y ya no existe gravedad, ni existen leyes de la naturaleza. No existe nada, salvo nosotros dos y este momento. Este único momento que me llevaré conmigo adonde vaya. Pase lo que pase, nunca dejaré de recordar esto.

Hunde el rostro en mi cuello y arrastra las palmas de sus manos por todo mi cuerpo. El corazón empieza a latirme con fuerza al sentir el calor de su piel atravesando la tela de mi ropa. Sus palmas recorren mi clavícula, mis pechos y mi abdomen y luego suben de nuevo hacia mi rostro.

—No sabes lo mucho que necesitaba besarte —murmura, mirándome con los ojos encendidos de deseo.

Me agarra la nuca y vuelve a pegar sus labios a los míos. Y yo, sencillamente, sé que estoy perdida. Sé que siempre le amaré, así de sencillo. Haga lo que haga. Nathaniel Black es el único al que puedo amar y, al mismo tiempo, el único al que no debo.

—¿Qué tal si pedimos una habitación? —deja de besarme y retrocede un poco para mirarme a los ojos.

En su mirada hay excitación y me atrevería a afirmar que, incluso, un poco de temor. ¿Teme que vuelva a salir corriendo? Sería muy difícil conseguir eso teniendo en cuenta que estoy envuelta en una capa de deseo que nunca antes había sentido.

—¿Quieres que echemos un polvo en un motel de carretera? —pregunto divertida.

Suelto una carcajada al ver la cara de cachorrillo que pone.

—¿Demasiado cutre?

Niego con la cabeza y vuelvo a fusionar mis labios con los suyos, mientras pequeños copos de nieve empiezan a flotar por encima de nuestras cabezas.

Perdido en mi mirada, Nathaniel desabrocha despacio los últimos botones de mi camisa. La prenda cae al suelo.

—Hola, preciosa —susurra con ternura.

Sus dedos me apartan el pelo para poder acariciar la base de mi garganta.

—Hola a ti también —contesto y le dedico una sonrisa trémula.

Baja la boca hasta la base de mi cuello, donde apoya la lengua contra mi piel, sumiéndome en una explosión de erotismo. Su respiración se torna agitada al notar cómo mis manos se aferran a su fornida espalda y mis uñas se clavan suavemente en su piel.

—Me vuelves completamente loco —murmura y toma el lóbulo de mi oreja entre sus dientes para lamerlo suavemente.

Cierro los ojos y gimo. Soy consciente de que el mundo de Nathaniel Black gira demasiado deprisa para mí. Y también soy consciente de que, por primera vez en mi vida, esta situación escapa de mi control, pero, aun así, apoyo mi cuerpo contra el suyo y agarro su nuca con las manos para acercar su rostro hacia el mío.

—Oh, Catherine... —exhala y se apodera de nuevo de mi boca para explorarla con movimientos lentos y carnales.

Las puntas de sus dedos trazan pequeños círculos sobre mis pezones, endurecidos de deseo, y su lengua se hunde aún más en mi boca, provocándome hasta que suelto un gemido ahogado y me aprieto contra su erección, como pidiéndole más. Siento cómo sus cálidos labios bajan por mi cuello hasta ceñirse alrededor de uno de mis pezones. Despacio y de forma enloquecedora, tira de él, lo chupa, lo lame y lo aprieta suavemente entre sus labios hasta que yo gimo otra vez.

—¿Te gusta jugar conmigo, verdad? Pues agárrate, princesa, porque esta noche el que va a jugar voy a ser yo —me susurra en tono amenazante.

No pongo demasiadas objeciones cuando me obliga a tumbarme sobre la cama, me abre las piernas y se coloca entre ellas.

—¿Vas a tardar mucho en poner en práctica tus amenazas? —bajo las pestañas y adopto un fingido aire púdico que le arranca una carcajada.

Se yergue y empieza a desvestirse lentamente, sin apartar su mirada de la mía. Me incorporo y me acerco a él. No puedo seguir manteniéndome a distancia. Necesito tocarle. Quiero saber si es real o no.

Noto cómo sus músculos se vuelven tensos y se contraen al sentir la caricia de mis dedos descendiendo por su abdomen. Deslizo una mano dentro de su pantalón y cierro los dedos alrededor de su rígido miembro. Se queda quieto, intentando controlar el ritmo de su acelerada respiración.

—No —protesto cuando él agarra mis manos para detenerme, vuelve a tumbarme encima de la cama y se arrodilla entre mis piernas otra vez.

—Eh, ¿quién manda aquí?

—Por supuesto que yo —le contesto sin vacilar. Él ríe entre dientes.

Coloca su boca al lado de la mía, y me da besitos y mordisquitos, a los que yo contesto con un gruñido. Algo estalla en mi interior cuando se agacha y empieza a acariciar la resbaladiza entrada de mi cuerpo con movimientos pausados y sensuales.

Contengo la respiración durante unos instantes al sentir cómo dos de sus dedos se hunden en mi interior, y su lengua se apoya contra mi sexo, lamiendo con experta pericia. Desde luego que sabe lo que está haciendo. Echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y gimo fuerte, incapaz de impedir que mis caderas se muevan contra su boca como si hubieran adquirido vida propia. La intensidad del deseo que toma el control sobre mi cuerpo es tan atroz que soy incapaz de pensar con claridad. Sé que debería pararle. Tal vez recordarle que tiene novia en alguna parte del planeta, pero no puedo hacer eso. Ni siquiera sé si quiero hacerlo. Ya no soy dueña de mi cuerpo, que parece actuar siguiendo órdenes de otra persona.

—No te vayas nunca —murmura, con la voz un poco temblorosa.

Ay, Señor... Una oleada de pasión y ternura recorre todo mi cuerpo al escuchar ese tono suplicante que jamás pensé escuchar viniendo de Nathaniel Black. Y, durante un breve instante, vuelvo a ver en él al hombre vulnerable que pocas veces deja entrever. Me yergo, cojo su cabeza entre las manos y le doy un apasionado beso que, una vez más, me transporta a otra dimensión.

Preso de un incontrolable deseo por sentirle dentro de mí, tiro de él para tumbarle encima de mi cuerpo, le hago rodar y me siento sobre sus caderas. La dureza de su miembro presiona contra mi entrepierna mientras que sus manos reclaman todas las partes de mi cuerpo, demorándose sobre todo en mis labios y mis pechos. Emocionada y al mismo tiempo excitada, bajo la cabeza y busco su boca con la mía. Mordisqueo su labio inferior y después sumerjo la lengua dentro de su boca, firme y profundamente, hasta que él me rodea entre los brazos y me coloca debajo de su cuerpo, de tal manera que vuelve a tener todo el control. Está encima de mí y me besa con una ferocidad asombrosa, como si el mundo fuera a acabarse si él dejara de besarme —cosa que es muy posible que suceda—. Al sentir su lengua caliente recorriendo mi clavícula, lo único que puedo hacer yo es cerrar los ojos y respirar por la boca. Los pulmones ya no dan abasto.

Su respiración se vuelve cada vez más agitada, igual que la mía, cuando sus manos me arrancan el minúsculo tanga negro que, de manera asombrosa, aún llevo puesto. Mi cuerpo parece estar en llamas, anhelo casi dolorosamente sus caricias, y todas mis dudas se han dispersado.

Una vez me ha desnudado, Nathaniel se pone de pie para bajar las persianas—a buenas horas—. Lo miro a los ojos y luego recorro con la mirada su cuerpo de arriba abajo. ¡Es tan fuerte que podría aplastarme entre sus brazos!

—¿Estás segura de que no vas a desmayarte? —me pregunta divertido, caminando hacia mí.

Digo que sí con un gesto de la cabeza. Permanezco encima de la cama y lo observo hechizada, capaz de escuchar los latidos de mi propio corazón. No es la primera vez que veo su torso desnudo, pero creo que nunca me acostumbraré a la perfección de su cuerpo. Por mucho que intente encontrarle un defecto, por muy pequeño, minúsculo e insignificante que sea —por el bienestar de mi propio ego—, me es imposible. Nathaniel Black es la personificación de la belleza masculina. Todos sus músculos están bien definidos y hay algo primitivo en su forma de moverse, algo que resulta de lo más intrigante.

—Catherine, ¿estás segura de que quieres seguir? No quiero que mañana vuelvas a...

Me acerco a él y coloco un dedo en sus cálidos y sensuales labios para hacerle callar, mientras que con la otra mano bajo la cremallera de sus pantalones de forma lenta. Enarca una ceja cuando vuelvo a introducir la mano dentro de su pantalón.

—Vale... creo que eso es un... ahhhh... sí —balbucea.

Esbozo una maléfica sonrisa al pensar que está en mis manos ahora mismo—nunca mejor dicho— y sigo mientras el húmedo calor de su boca desciende por mi hombro.

—¡Basta de ser buenos! —dice y me guiña un ojo. *Ay, Señor...*

Me agarra de las muñecas y me hace girar de cara a la pared de una manera brusca y absolutamente excitante. Se me acerca por detrás y coloca una palma en la pared, solo para arrinconarme, y la otra en mi abdomen. Su jadeante respiración me hace cosquillas en la nuca y provoca que mis pezones se tensen de deseo. Y entonces sus labios me rozan la piel de detrás de la oreja.

—Eres guapísima, Catherine... y eres mía. Dime que eres mía —me abraza tan fuerte que casi no puedo respirar.

—Soy tuya —gimo.

—Bien —jadea—. Tenlo presente cuando te entren ganas de salir corriendo otra vez.

Con su miembro presionando en la entrada de mi cuerpo, arrastra las palmas por mis costados y su respiración se vuelve cada vez más pausada. Dejo caer la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y empiezo a jadear. Él coloca los labios al lado de mi oído.

—¿Sabes el tiempo que llevo soñando con esto? —murmura, y sus dientes se clavan en mi oreja.

—¿Cuánto? —casi gimo.

—Desde que te conozco. Siempre he querido hacer esto... —hunde la punta de su lengua en mi oído— y esto... —sus hábiles dedos acarician la sensible zona de mi entrepierna— y, sobre todo, esto —me penetra sin previo aviso y empieza a moverse con frenesí dentro de mí.

Tengo la sensación de que, si el mundo fuera a acabarse ahora mismo, no me importaría. Nada más importa. Los increíbles placeres que recibo de las reiteradas embestidas de su miembro me arrastran hacia un delirio profundo del que no quiero salir nunca más. Estoy caminando por el borde de un precipicio y, curiosamente, lo que quiero es caer al vacío.

—Por favor, quédate conmigo —suplica de nuevo, mientras sus labios bajan por mi espalda.

Me abandono a la oleada de placer que invade todo mi ser porque no puedo hacer otra cosa. Nuestros cuerpos se mueven a la vez, ardientes y empapados en sudor. Y ahí, de pie, con los senos aplastados contra la fría pared y Nathaniel Black detrás de mí, estrechándome fuerte entre sus brazos mientras embiste con fuerza, una y otra vez, me doy cuenta de que estoy a su merced, privada de todo control. Y eso es excitante, sensual, enloquecedor y, a decir verdad, bastante aterrador.

—Por favor, Nate...

Sale de mi cuerpo, me hace girar hacia él y, sin liberarse del abrazo, me lleva hasta la cama, donde me tumba suavemente.

—Chiss. Eres mía. Puedo hacer contigo lo que quiera. Me perteneces, princesa.

Se inclina sobre mí y arrastra la lengua por todo mi estómago, manteniendo en todo momento el contacto visual.

—Abre las piernas. Quiero ver cómo te tocas —musita, y se pone de pie.

—Si lo hago, me voy a correr sin ti —le advierto, aunque sé que no cumpliré con esa amenaza.

Los labios de Nathaniel se curvan en una lenta sonrisa.

—No, no lo harás.

Tenso y conteniendo la respiración, me mira con pasión mientras yo abro las piernas y hago lo que él me pide.

—No volveremos a discutir mañana, ¿verdad, princesa?

—No volverás a cabrearme como la última vez, ¿no?

Sabe que es imposible ganarme esta batalla, así que gruñe algo inaudible, algún improperio casi seguro, y se abalanza sobre mí, apoderándose de nuevo de mi boca. Siento que me derrito y dejo escapar un largo gemido de la garganta cuando su miembro, húmedo y caliente, presiona contra la entrada de mi cuerpo para volver a

hundirse.

—Y ahora voy a follarte —anuncia, sin más.

Sus manos se agarran con fuerza a mis caderas y él se empuja con brusquedad en mi interior para recordarme que soy suya y que puede hacerme lo que quiera. Y eso a mí me parece genial en este momento.

Aplasta sus labios contra los míos y los dos comenzamos a temblar de deseo.

—No te resistas, amor mío... Eso es... Sí... Buena chica... Déjate llevar...

Sus palabras son mi detonante.

—¡Ah! Nate...

Sumerge la lengua en mi boca mientras yo me abandono. Quiero gritar, pero no me deja, ahoga todos mis suspiros con su boca. Y de pronto estalla dentro de mí.

Deja caer la cabeza, hunde la nariz en mi cuello y me rodea con sus brazos para pegarme a él.

—Lo siento —me susurra al oído, al recuperar el aliento—. Te he prometido que iba a mantenerme alejado de ti y no he cumplido con mi promesa.

Dice algo más, solo que yo escucho bla, bla, bla. No estoy de humor para sus aburridos conflictos interiores.

—Últimamente no paras de sentir cosas. ¿Qué ha pasado con el Nathaniel al que todo le importaba un comino y tomaba lo que quería, cuando lo quería, solo porque él consideraba que le pertenecía?

Me besa el pelo y suspira.

—Supongo que he cambiado.

—Una pena. El Nathaniel malo me gustaba más.

—¿De verdad? —levanta la cabeza y me mira, muy sorprendido.

—Sí. Tú y yo nunca mantendremos una relación normal y eso es lo que más me gusta de nosotros. No espero que me declares tu amor eterno a la luz de la luna, ni que me lleves a la ópera todos los domingos. La ópera es para *snoobs*. No quiero una relación normal, Nate. Lo normal es aburrido. Y tú me gustas con todos tus defectos. Eres una bestia cruel y retorcida, lo admito, pero no quisiera cambiar nada.

—Entonces ¿qué es lo que quieres, Catherine?

Me froto la barbilla y finjo reflexionar.

—Hmmm, no sé... romper las normas... rebelarme... divertirme... perder el control... vivir un amor imposible como el de Gatsby... algo de miseria... y a ti.

Me mira sorprendido, aunque complacido.

—¿Lo dices en serio?

Entonces le doy un beso que lo dice todo.

—Baila conmigo —suelta de repente, pegado a mis labios.

—¿Estás loco? Aquí no hay música.

Se aparta de mí para buscar algo en el bolsillo de su chaqueta. Saca el iPod, busca una canción y le da al play. Pongo los ojos en blanco al darme cuenta de que ha elegido *Nothing Else Matters* de —como no podía ser de otra manera— Metallica.

—Ahora sí. Ven, princesa. Te he prometido un baile y, a partir de ahora, pienso cumplir todas mis promesas.

Las llamas del fuego que arde despacio en la chimenea son la única fuente de luz que ilumina la cabaña. Nathaniel y yo estamos sentados en el suelo de madera color caoba, encima de una alfombra de pelo blanca, bebiendo a morro de la botella de vino que hemos abierto para cenar. Hace tiempo que hemos vuelto y desde que hemos hecho el amor —de acuerdo, eso no ha sido hacer el amor, ha sido follarse—, su comportamiento ha cambiado por completo. No hay más ironías, ni más provocaciones. Ahora solo es un hombre encantador que mantiene una animada conversación con su novia. Me imagino que después de todo lo que ha pasado entre nosotros, puedo llamarle a mí misma su novia.

—¿En serio interpretaste a Romeo en el instituto? —pregunto con escepticismo.

Sus hombros se contraen de la risa. Me lo ha contado hace media hora, pero aún no me he recuperado de la conmoción. ¡Nathaniel Black haciendo de Romeo! Yo le habría dado el papel de Teobaldo.

—¡Por favor, supéralo ya! Sí, hice de Romeo. ¿Tan impactante te resulta?

Me llevo una mano al corazón y con gesto afectado recito:

—«*Si con mi mano indigna he profanado tu santa efigie...*»

Coge un cojín y me lo tira a la cabeza, fingiendo estar enfadado conmigo. Y finge bien durante un tiempo, hasta que estallamos en risa.

—Créeme, ingenua Julieta, esta noche profanaré algo más que tu santa efigie —me susurra en tono amenazador, lamiéndose los labios como un gato sentado delante de un platito de nata. *Madre mía*.

Sus fuertes manos se deslizan sobre mis hombros, arrastrando con ellas los tirantes de mi camión blanco.

—¿Por qué demonios luces este aburrido camión de señoritinga?

Trato de frenar la sonrisa.

—¿Y qué quieres que luzca?

Él despliega los labios en una sonrisa maligna y coloca la boca en mi oído.

—Solo unas gotas de colonia y una larga sonrisa —susurra.

—Tus deseos son órdenes para mí —le digo divertida.

Me pongo en pie y dejo que el camión se deslice por mi cuerpo hasta caer al suelo. Nathaniel suelta una palabrota que me arranca una risita.

—No llevas ropa interior —musita y traga en seco.

—No pretendo ser repetitiva, pero ya sabes que no me pongo nada para dormir.

Pone una mueca de indignación.

—¡Desvergonzada!

—¡*Playboy!*

Su rostro se queda lívido y a mí se me borra la sonrisa. ¿No es capaz de captar una broma?

—Ya no, princesa —me mira, de pronto serio—. Eso se ha acabado. Ahora te tengo a ti.

Se levanta y me da un beso ávido, impulsado por la pasión y por la desesperación de hacerme creer sus palabras. Su lengua se hunde en mi boca mientras que sus dedos me acarician la curvatura de la espalda, subiéndome y bajándome despacio. Parece tener un GPS de todos mis puntos erógenos puesto que, con cada caricia, me excita más y más. Cuando termina el beso, soy una masa temblorosa que no para de jadear. No creo que desear de esta manera a una persona sea sano. No, no es ni sano, ni cristiano, pero es real.

—Ven, princesa. Ahora voy a hacerte el amor.

Lo sigo hasta la cama y me tumbo a su lado. Sin dejar de susurrarme palabras de cariño, ni de besarme, Nathaniel se coloca encima de mí y se hunde lenta y deliciosamente en mi cuerpo. Desde luego que no me habían preparado para esto. No me han preparado para hacer el amor con tanta ternura. Si las primeras veces que lo hicimos no ha sido más que sexo, intenso e increíblemente excitante, pero, al fin y al cabo, solo sexo, ahora es completamente distinto. Sus labios no paran de besarme, con pasión y, sin embargo, con ternura. Hay un perfecto equilibrio. No recuerdo haber sido alguna vez más feliz de lo que lo soy en este momento, así que me abandono a este delicioso éxtasis.

Al día siguiente, el cuento de hadas llega a su fin porque Nathaniel Black tiene que volver a sus actividades habituales que, básicamente, consisten en beber, fumar, esnifar, escandalizar a los americanos conservadores y cabrear a mí. Nos montamos en su coche y, acompañados del ritmo infernal de AC/DC, nos dirigimos hacia la Gran Manzana. En cuanto llegamos a zonas menos silvestres, uno de mis móviles empieza a sonar con desesperación. Lo saco del bolso y contesto.

—Madre, ¿qué pasa?

—¿Te has acostado con Nathaniel Black? —me chilla en el oído.

—¿Qué? ¿Pero qué dices? Espera, mamá, que me llaman al otro móvil.

Empiezo a buscar la BlackBerry por todo el bolso. Nathaniel finge concentrarse en la conducción, pero yo sé que tiene las orejas tiesas. De vez en cuando me lanza miraditas furtivas, pensando erróneamente que no le veo.

—Emma —descuelgo.

—¿Te has acostado con Nathaniel Black? —me grita ella también.

Entorno los ojos. No sé qué les pasa a estas dos.

—Espera Emma, estoy hablando con mi madre.

Me pongo el otro móvil al oído. Nathaniel me mira divertido, por encima de sus Ray Ban.

—¿Mamá? Perdona. Tengo a Emma en la otra línea, así que se breve.

—¿Emma? Hace tiempo que no hablo con ella. ¡Hagamos una videoconferencia!

—¿Qué? ¡No, ni hablar! ¿Madre?

Nada. Inútil. Ya ha colgado. Al instante oigo la irritante canción del *FaceTime* en mi iPad. De mala gana, le doy al botón de contestar.

—¿Qué? —pregunto malhumorada.

—¿Te has acostado con Nathaniel Black? —me gritan al unísono.

Nathaniel ahoga una risita. Yo, en cambio, lo que procuro ahogar son mis ideas homicidas.

—¿Os habéis vuelto locas las dos o qué?

Nathaniel gira la cabeza hacia mí. Parece ofendido. Si pensaba que yo iba a reconocer libremente y sin que me torturen que me he liado con un cliente, es que debería cambiar de camello.

—No tengo ni la más mínima idea de qué es lo que os ha hecho pensar eso, pero os equivocáis.

Mi madre hace una mueca de exasperación y Emma se cruza de brazos.

—¿Vas a negar que tenéis un relación? —insiste mi madre.

—Por supuestísimo. Yo jamás...

—Por favor —me interrumpe Emma, impaciente—. Que no estemos contigo no significa que no sepamos lo que haces en cada momento. Además, vuestro beso de los Emmy ha sido *trending toping*. A no ser que vivas en el Tíbet, es imposible no saber que os habéis liado. Al final resultó cierto eso de "el roce hace el cariño". ¿A qué sí, Liz?

Ignoro sus risitas, estoy demasiado estupefacta para bromitas.

—¿*Trending toping*? —repito, aún sin créermelo.

El rostro de Emma se convierte en una mueca felina cuando se acerca a la cámara, acaparando el primer plano tanto que casi le veo las pecas.

—Treinta millones de visitas. A este ritmo, antes del viernes vais a derrocar al del absurdo baile del caballo.

Nathaniel y yo nos miramos en silencio. Estoy horrorizada, y si él tuviera algo de cerebro, lo estaría también. ¿Por qué no parece horrorizado? Me indigna ver que hay una sonrisilla traviesa en las esquinas de su boca. Le lanzo una mirada cáustica, a ver si se da cuenta de que esto no tiene gracia, antes de volver a dirigir mi atención hacia los dos rostros que me observan ceñudos desde la pantalla del iPad.

—¿Y bien? ¿Tienes algo que decir en tu defensa? —pregunta mi madre.

—Yo...

—¿Qué ha pasado? —se entromete Richard, cuya cara rolliza aparece de repente detrás de la cara enfurruñada de mi madre.

—Que se ha acostado con Nathaniel Black —cuchichea esta.

—¡Cielos! ¿Y han tomado precauciones?

—¡No pienso hacer declaraciones sobre mi vida sexual y menos delante de Richard! —exclamo irritada—. No te ofendas, Richie.

—No me ofendo, encanto.

—Déjate de rollos y danos detalles —se impacienta Emma—. Richard, vete por ahí a jugar al billar o algo.

Si bien Richard desaparece de la pantalla en un instante, mi instinto me dice que debe de estar por ahí escuchando. Al igual que a mi madre, le encantan los chismorreos.

—Me niego a hablar con vosotras sobre este asunto.

—¿Eso significa que supera las expectativas?

—¡Madre! Estoy metida en un coche, estáis en manos libres y... ¡no estoy sola! Nathaniel está a mi lado.

Sonrí con malicia para mis adentros. Espero haberles sacado los colores a las dos, por cotillas.

—Hola, Nate —canturrea mi madre—. Al fin nos conocemos. Soy Liz, tu suegra.

¡Jesús! Cuando Dios repartió la vergüenza, mi madre claramente no estaba por ahí.

—Hola, Elisabeth —saluda él con la cortesía de un lord inglés—. Es un placer conocerte.

—Oh, créeme, querido, el placer es mío.

—Hola, Nate —Emma sonrío con entusiasmo infantil y saluda con las dos manos.

—Señorita Bennett, al fin hablamos en persona.

—¿En persona? —paseo la mirada entre la pantalla de mi iPad y Nathaniel, quien, de repente, parece prestarle mucho interés a la carretera—. ¿Cómo que en persona?

Emma se coloca un mechón de su oscuro cabello detrás de la oreja y me lanza una sonrisilla adorable. Voy a matarla como le haya contado ella lo de Bobby Joe.

—Verás CC, resulta que Nathaniel y yo estuvimos intercambiando unos e-mails... sobre ti.

—¿Cómo que sobre mí? ¿Y qué teníais que hablar sobre mí?

—Bueno... cosas.

—¿Cómo que cosas? ¿Qué cosas?

—¡Cosas y ya está!

—¡No cambiéis de tema, señoritas! —interviene mi madre en tono conciliador—. Estábamos discutiendo la vida sexual de Catherine.

¡Esto es el colmo de los colmos! Ni al decirlo en voz alta se da cuenta de lo absurda que es esta conversación.

—¡Suficiente! Me tenéis harta las dos. Hablaremos otro día.

—Cariño...

—Venga CC, no te enfades...

—Voy a colgar ahora. *Au revoir*.

—Adiós, Nate —es lo único que consigue añadir mi madre. Después cuelgo.

Me giro hacia él, para nada impresionada por la cara de bueno que muestra.

—¿Y bien?

Coloca las dos manos en el volante y mantiene la vista hacia la carretera.

—¿Y bien qué, amor?

Me cruzo de brazos.

—¿Cómo, cuándo, dónde y por qué?

Medio sonrío al cruzarse nuestras miradas.

—Por e-mail, hace una semana, porque quería saber qué podía hacer para que me perdonaras por haber sido un capullo contigo.

—Oh, ya veo. ¿Y la señorita Bennett te dio la solución?

—Claro que sí. Me dijo *deja de ser un capullo, Nathaniel Black*. Le hice caso y aquí estamos. La parejita del año cuyo idílico beso es *trending toping*. ¿Qué más quieres, princesa?

Le pongo mala cara, pero no añado nada más.

—Siento que hayas tenido que conocer así a mi extraña familia —digo al fin.

—¿Extraña? —repite él, lanzándome una mirada incrédula—. Dices eso solo porque no has conocido a la mía. Te garantizo que los Black son mucho peor.

Me río.

—Cuéntame cosas sobre ellos.

—No hay mucho que contar. Son gente rara. Tal vez algún día te presente a mi madre. Es escritora.

—¿Escritora? ¡Vaya! ¿Ha escrito algo que yo haya podido leer?

—Eso depende. ¿Lees sobre anfibios?

— Mmmm... no.

—Entonces me temo que no. Ya te he dicho que son gente rara.

No menciona a su padre, así que doy por hecho que debe de estar muerto.

Capítulo 11

Entramos en el recibidor, cargados de maletas y bolsas de compras. No puedo dejar de reírme. Nathaniel está de buen humor y eso es contagioso.

—Hola, forastero.

Se me corta la respiración al ver a Anne Blunt en el salón de casa, presumiendo de aspecto de superestrella de Hollywood, con su minivestido turquesa, su pelo sedoso y sus labios rojos dibujando una sonrisa de suficiencia. Y todo eso mientras que yo, con mis vaqueros anchos, camiseta de tirantes y coleta alta, parezco la chica de los recados.

—Anne —murmura Nathaniel, igual de sorprendido que yo.

—Amor mío —responde ella, levantado su copa de Martini en gesto de saludo.

Nathaniel deja las bolsas encima de la mesa del comedor, se acerca a ella y le da un beso en los labios. Cierro los ojos por un instante y desvío la mirada. Esto es demasiado doloroso.

—Hola, encanto —saluda él y le da un fuerte abrazo—. ¿Qué haces aquí?

Anne frunce los labios y luego sonrío de manera absolutamente encantadora. Debo recordar dónde demonios había leído al artículo del vudú. ¿*Cosmopolitan*? ¿O era *Vogue*?

— Si no me falla la memoria, vivo aquí.

Se sienta en el sofá y extiende los brazos en el respaldo, como para reiterar que, efectivamente, vive aquí. En ningún momento ha dejado de sonreír. Sé que sabe lo que ha pasado entre Nathaniel y yo. Me irrita que esté comportándose como si lo ignorara. ¡Por el amor de Dios! ¡Somos *trending toping*! Hasta en Neptuno deben de haberse enterado de ello.

—Ya sé que vives aquí —la voz de Nathaniel refleja cierta irritación—. Pero ¿por qué no me has avisado de que volvías? Podría haberte recogido del aeropuerto.

La boca de Anne adopta un gesto cínico mientras me examina de arriba abajo, con una ceja medio levantada de manera interrogante.

—Quería sorprenderte y, por la cara de necio que has puesto al verme, diría que lo he conseguido. Vamos, te invito a cenar. Podemos ir a ese sitio que tanto te gusta. Ya sabes. *Nuestro sitio*.

Subraya esas últimas palabras mirándome a los ojos. Yo también la miro, removiéndome inquieta. ¡Su sitio! Pues claro que tienen un sitio. Son novios.

—Iré a cambiarme y nos vamos. No te importa, ¿verdad Catherine?

Es la primera vez que Nathaniel me mira desde que hemos entrado y lo hace de una manera tan natural que me enfurezco. ¿Cómo demonios es capaz de comportarse así después de todo lo que ha pasado entre nosotros? ¿Acaso no le importo ni en lo más mínimo? ¿No es capaz de ver que me rompe el corazón?

—¿Por qué iba a importarme, Nate?

Mi voz resuena con tanta normalidad que empiezo a pensar que, después de todo, podría haber sido una buena actriz. ¿Cómo puedo hablar de esta manera tan tranquila y mirarlos con tanta frialdad? ¿Aparentar indiferencia cuando mi mundo se desmorona a mi alrededor? No sé cómo, pero lo consigo. Sostengo sus miradas y sonrío mientras el reloj del salón marca el paso de los segundos. Es el único ruido que rompe este fúnebre silencio. Mi propio corazón ha dejado de latir hace tiempo. Lo nuestro se ha acabado. De hecho, nunca ha existido. Es ahora cuando me doy cuenta de ello y todo mi interior se hiela ante esta idea.

—Verás, Anne, ahora que lo pienso mejor —Nathaniel se enciende un cigarrillo como si nada y empieza a dar vueltas por el salón—, resulta que Catherine y yo habíamos quedado en hacer hoy la lista de los invitados para la gala benéfica de la semana que viene, y no sé si puedo...

—Claro que puedes —le interrumpo, con una sonrisa adorable—. Puedo ocuparme yo de eso. Después de todo, es por lo que me pagas.

Gira la cabeza hacia mí y me mira inseguro durante unos instantes, como si estuviera buscando algo en mi mirada. Algo que no va a encontrar puesto que permanezco impassible e inalterable, con la barbilla alzada y la espalda recta. Preferiría desatar el Apocalipsis antes que demostrar lo herida que estoy.

—De acuerdo, entonces —adopta un falso aire resignado—. Vuelvo en unos instantes. ¡Sed buenas!

Sigo con la mirada sus pasos apresurados subiendo por la escalera.

—Catherine. Me alegra volver a verte —me dice Anne en un tono, a decir verdad, bastante desagradable.

Giro la cabeza despacio y le pongo mala cara. Ella me mira con los ojos sombríos y ni siquiera se esfuerza en ocultar esa sonrisa de satisfacción que aflora en sus labios. No me cabe duda alguna de que me odia en este momento, aunque no tanto cuanto yo a ella.

—Siéntate a mi lado —continúa, esta vez con voz melosa—. Tú y yo tenemos que hablar.

Miro con recelo esa mano de manicura perfecta que me indica un asiento en el sofá y, tras varios instantes de reflexión, decido obedecer. Algo me dice que esta charla será de todo menos agradable, pero ¿qué puedo hacer si no? ¿Salir corriendo con la cabeza gacha, como una cobarde? Aparto con un movimiento ese horrible pensamiento y me siento. Elevo el rostro en actitud de desafío.

—Tú dirás.

—Solo quería dejarte clara una cosa. A pesar de haberte follado, Nathaniel nunca estaría con una persona *tan* insignificante como tú —sus palabras están impregnadas de una intensa burla y su sonrisa es fría y abominable—. Solo eres la pequeña... *zorrita* que le hace compañía cuando yo no estoy. No eres la primera y, desde luego, no serás la última. Todas vienen y se van. Yo soy la única constante de su vida.

Le dedico una mirada aniquiladora que le resulta bastante divertida.

—Vete... a... la... mierda —gruño entre dientes, subrayando cada palabra.

—¡Uf, qué fierecilla! —se echa a reír a carcajadas durante un buen tiempo y luego se pone serio, de repente, y se inclina hacia mí—. Así que aún no sabes su pequeño y sucio secretito ¿eh?. Seguramente sea porque eres demasiado insignificante para que te lo cuente.

—¿De qué demonios hablas? —pregunto, intentando disimular mi curiosidad.

—¿Contártelo o no contártelo? *Esa* es la cuestión —finge tener un intenso conflicto interior y luego pone una mueca adorable.

Cansada de sus jueguecitos, hago un gesto de enfado e impaciencia y me pongo en pie. Se acabó. No pienso escuchar ni una palabra más.

—Como he dicho, vete a la mierda.

La boca de Anne adquiere su habitual sonrisa mientras su mano tira de mi brazo con violencia, obligándome a tomar asiento de nuevo.

—Tu insistencia me ha conmovido. Te lo contaré. Qué se le va a hacer, soy *así* de buena y no quiero que sufras más —yo suelto un bufido y ella vuelve a sonreír de manera adorable—. Es adicto.

Durante unos instantes no hay ninguna reacción por mi parte a pesar de que siento un gran alivio. La verdad es que pensaba que sería algo peor. Además, no está contándose nada que yo no sepa. El tío desayuna *bourbon*. No hace falta ser Sherlock Holmes para darse cuenta de que es adicto.

—Sé que tiene un problemilla con el alcohol y tal vez con las drogas, pero no me aventuraría a llamarlo adicción.

Anne suelta una carcajada.

—Al sexo.

—Al sexo —repito, pensativa.

¿Y eso qué significa? ¿Que supera la media estadounidense? ¿Que llega hasta seis polvos por semana?

—¿Y eso es malo? —pregunto unos instantes después.

Anne mueve la cabeza y me mira con incredulidad.

—¡Pobre niña rica! No tienes ni puta idea de dónde te has metido, ¿verdad? ¿Pensabas que esto iba a ser como un bonito y perfecto cuento de hadas y qué ibas a conseguir todo lo que querías como lo has hecho desde que naciste? ¿Con un solo chasquido de dedos? Lamento que la vida resulte ser así de cruel. Tal vez quieras empezar a acostumbrarte a ello.

Las dos dejamos de mirarnos durante un segundo, prestando atención a los pasos de Nathaniel que se escuchan bajando la escalera. *¡Qué inoportuno!* Anne se pone de pie, se dirige al espejo del recibidor y empieza a retocarse el maquillaje. Me doy cuenta de que no va a contarme mucho más.

—Te sugiero que dejes esos libros tan intensos de Dostoievski y que empieces a leer a algún psicoanalista —se gira hacia mí y añade con la voz convertida en un murmullo—. A lo mejor así lo entiendes un poco.

—He vuelto, chicas.

Las dos giramos la cabeza y le miramos. Se ha cambiado de ropa. Ahora viste un vaquero desgastado y una camisa blanca de lino de mangas arremangadas. Tiene el pelo alborotado y aún mojado, y una amplia sonrisa en los labios. Supongo que le divierte ver a sus dos novias en la misma habitación, cuchicheando entre ellas.

—¿Y qué quieres? ¿Una medalla? —me sorprende a mí misma murmurando.

Él me mira divertido y se encamina hacia nosotras con paso firme, derrochando sensualidad por todos los poros. Y es suyo. Es de ella, de Anne. Él no es nada mío. A pesar de habernos acostado, Nathaniel Black no me pertenece y nunca lo hará. Supongo que a esto se resume lo nuestro, a unos cuantos polvos en habitaciones de hotel. Sonríe con amargura al pensar que Anne llevaba razón. Solo le hago compañía cuando ella no está.

—Llegas justo a tiempo, amor mío. Estaba comentándole a Catherine lo mucho que valoro lo que hace por ti.

¡Zorra mentirosa!

—Fascinante —responde él en tono frío—. ¿Nos vamos?

Le ofrece el brazo y ella se agarra a él con una larga e irritante sonrisa triunfal dibujada en los labios. Viéndolos juntos, tan perfectos y tan cómodos el uno con el otro, me provoca un intenso dolor en el estómago. Me siento como si me hubieran dado una patada que me hubiera dejado sin aliento.

—Luego te veo, Catherine.

—Adiós, querida. Me ha encantado la charla.

Suelto un bufido y los miro mientras salen por la puerta. No me molesto en contestarles. Al rato, noto cómo se me nubla la vista, pero me lleva unos instantes darme cuenta de qué es lo que está pasando. Sin que yo pueda impedirlos, finas gotitas calientes se escurren por mis mejillas y se juntan debajo de mi barbilla. Incapaz de moverme, permanezco sentada en el sofá, enfocando la puerta con la mirada. *Él está con ella. Es suyo. Yo solo soy un obstáculo en su amor.*

Y sencillamente quiero morirme.

Abro el Google y tecleo: adicción al sexo. Hago clic en la primera página que sale y leo en voz alta:

—La necesidad de sexo demasiado intensa viene precedida por auto estimulación o masturbación compulsiva, múltiples parejas sexuales en la misma noche, varias parejas a la vez.

Delante de mis ojos desfilan los titulares escandalosos que he ido leyendo últimamente en la prensa: *Escándalos sexuales en el ático del Upper East... Orgías y fiestas liberales... Nathaniel Black descontrolado... La larga lista de amantes de Nathaniel Black incluye mujeres de las más altas esferas de Nueva York.* Mi mente me lleva de vuelta a la mañana de la orgía. ¡Dios mío, es cierto!

Me llevo una mano al pecho, horrorizada. Nathaniel Black es adicto al sexo. Empiezo a leer entre líneas, fijándome solamente en las palabras sueltas que llaman mi atención: tendencia involuntaria... irrefrenable... abrumadora sensación de insatisfacción... doble vida... agenda oculta... mentiras... relaciones rotas... infidelidad... pérdida de control.

—Pérdida de control —murmuro—. *¡Descontrolado!* —exclamo con horror.

Me limpio las lágrimas con el reverso de la mano. ¿Cómo vamos a superar esto? Aunque llegase a quererme —cosa que sinceramente dudo—, Nathaniel Black es incapaz de mantener una relación. Anne lo sabe y lo acepta tal y como es. Pero yo no podría hacer eso. ¿O sí? ¿Podría pasar por alto sus escapadas nocturnas, sus orgías y sus infidelidades? ¿Solo porque le quiero? Ahora que sé toda la verdad, es cuando me doy cuenta de ello. Le he querido desde el primer momento. Le he querido incluso cuando tenía que haberle odiado. Y ahora se ha acabado. Debería salir corriendo. “*Deberías mantenerte alejada de mí*”, “*No soy el hombre que piensas que soy*”. Así que era por esto. ¿Cómo he podido ser tan idiota como para no verlo?

¡Mira que había hombres en este planeta! Pues yo voy y me enamoro como una estúpida de un adicto al sexo, que tiene novia, demasiado *sex appeal* y un problema con las drogas y el alcohol. Soy una chica muy, pero que muy retorcida.

—Se ha acabado. Lo mío con Anne. La he dejado.

La voz de Nathaniel me pilla por sorpresa. Levanto el rostro, le dedico una fugaz sonrisa y vuelvo a bajar la vista hacia mi libro. Estoy acurrucada en el sofá del salón, con los pies debajo del cuerpo. He empezado a leer *Anna Karenina* por enésima vez. Solo algo más triste que mi propia vida me subiría la moral ahora mismo.

—¿Debería importarme? —digo sin más y paso la página a pesar de no habérmela leído.

Como veo que no me contesta, levanto un poco la barbilla, lo bastante como para ver que tiene la mirada fija en el suelo, el ceño arrugado y el rostro descompuesto.

—¿Qué te pasa, amor? ¿He hecho algo mal? —pregunta al fin.

Noooo. Solo me has ocultado lo que eres... has estado jugando conmigo... has interpretado tu papel como el buen actor que eres... me has hecho pensar que sentías algo por mí... has fingido. En fin, la lista es interminable. Pero solo me limito a formular la única pregunta que me interesa.

—¿Acaso has hecho algo bien? ¿Alguna vez en tu vida has hecho algo bien?

Da un respingo cuando fijo en él mi gélida mirada durante unos segundos, antes de volver a desviarla hacia el libro. Paso otra página y finjo concentrarme en la lectura. Estoy tan nerviosa que no puedo dejar de mordirme los labios, y leo la misma frase tres veces seguidas. Quiero que se vaya. No, soy yo la que debe irse. Aún estamos en su casa. Pero para irme, tengo que moverme del sofá y eso es algo que me supera.

—Catherine, yo...

—Me interesan un comino tus explicaciones y, si no te importa, me gustaría seguir leyendo.

Pasamos unos segundos en completo silencio. Yo finjo estar leyendo y él parece estar teniendo alguna clase de lucha interna.

—¿Quieres al menos hacer el favor de mirarme durante un segundo? —se acerca a mí, me arranca el libro de las manos y lo lanza al suelo.

Resoplo con fastidio, alzo la barbilla y sostengo su mirada. Esos ojos azules parecen echar chispas. Está furioso. Y yo. Y no pienso retroceder solo porque esté intimidándome con su intensa mirada.

—¿Vas a explicarme de qué coño va todo esto? —me pregunta y puedo notar la furia contenida en su voz—. Si no me equivoco, ayer querías estar conmigo para siempre.

—Yo jamás habría dicho algo así de cursi —replico, inexpresiva—. Y, en todo caso, ayer era ayer y hoy es hoy. Las cosas cambian.

—Las cosas cambian... —repite, pensativo— ¿Eso es todo lo que vas a decirme? *¿Las cosas cambian?* ¿Por qué demonios cambian las cosas, eh, Catherine? ¡Dime! ¿Porque yo he salido con Anne? ¿De eso va todo? ¿Es que estás celosa?

Cojo el libro del suelo y lo abro con las manos temblorosas. “*Todas las familias felices se parecen unas a otras*” dice Tolstoi. ¡Menuda gilipollez! ¿Acaso existe la felicidad?

—¡Contéstame, maldita sea! —me grita enfurecido al ver que le ignoro por completo.

Levanto la mirada y lo miro con los ojos fatigados.

—¿A cuál de tus siete preguntas quieres que conteste?

—¡A todas! —ordena, sin dejar de gritarme.

Se sienta a mi lado, coge mi mano entre las suyas y suaviza su expresión.

—Siento haberte gritado. Tienes el don de volverme completamente loco —intento retirar la mano, pero me agarra con más fuerza—. ¿Qué pasa, amor? ¿Por qué estás enfadada conmigo?

Le dedico un gesto seco.

—Eso es bastante evidente. Sé la verdad.

Traga saliva y me mira sorprendido.

—¿La verdad?

—¡Lo de las orgías, Nate! Sé... —me aclaro la garganta— sé cuál es la causa de todo eso.

Cierra los ojos durante un momento. Acto seguido, se pone de pie de manera brusca y sacude la cabeza con horror.

—¡Joder! —masculla entre dientes.

Paralizado delante de mí, se pasa los dedos por el pelo, con un músculo de su mandíbula palpitando.

—¿Eso es todo lo que vas a decirme, Nate? ¿Joder?

Se dispone a decir algo, pero no parece ser capaz de encontrar las palabras, así que desiste. Me la espalda, caminando hacia la barra sin dejar de blasfemar entre dientes.

—No estoy lo bastante borracho como para mantener esta conversación. Y tú tampoco. ¿Bourbon? —me propone, enseñándome la botella.

—No me vendrá mal beber algo fuerte.

Empieza a preparar las copas con tranquilidad, pero yo sé que sus calmos movimientos son engañosos. Lo conozco lo bastante como para saber que esa aparente apacibilidad enmarca una furia creciente digna de un guerrero vikingo.

—Lo único que puedo decirte es que es una larga historia —me dice tras un largo silencio, entregándome la copa.

La arranco de sus manos y me la tomo entera de un solo trago. ¡Maldición! ¡Maldición! Me escuece la garganta como si hubiese tragado lejía. ¿De verdad alguien bebe *bourbon* por gusto?

—Tranquila, Amy Winewouse. La noche es joven.

Le pongo mala cara, me levanto y vuelvo a llenarme el vaso.

—¿Por qué he tenido que enterarme por ella, Nate? ¿Por qué no me lo has contado tú?

Se encoje de hombros con desdén.

—No he encontrado la ocasión.

—¿Qué tal durante la cena? *Catherine, soy adicto al sexo. ¿Me pasas el pan?*

Nathaniel esboza una casi imperceptible sonrisa y se acaba la copa. Me acerco con la botella y relleno su vaso.

—Tenía pensado hacerlo, pero ella se me ha adelantado.

—Así que es cierto. Eres adicto al sexo.

Me quedo paralizada delante de él, con la botella de *bourbon* en la mano. Durante unos instantes, me contempla fijamente con esa expresión impenetrable tan suya que siempre consigue hacerme montar en cólera. ¿Cómo demonios puede estar tan tranquilo cuando yo me muero por dentro? Me entran ganas de dejar de comportarme como una dama y estrellar esta botella contra su atractivo rostro. Si no lo hago es solo porque presiento que la noche va a ser inaguantable sin el consuelo del alcohol.

—Lo soy —murmura al fin.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunto con impaciencia—. Podrías ser simplemente un hombre con una libido alta.

Suelta un suspiro, vuelve a beber y después deja el vaso encima de la mesa. Me mira.

—La diferencia está en el control. Yo no lo tengo. He entrado en lo que llaman una burbuja y ya no tengo voluntad alguna de parar. La idea de follar es... obsesiva.

Madre mía, madre mía.

—Pero tú reconoces que eres adicto. Es el primer paso hacia la recuperación, ¿no? —pregunto, agarrándome a esa idea.

—Nunca he pensado en mi apetito sexual como en una adicción —me dice, esforzándose por enseñarme una trémula sonrisa—. Por desgracia, mis psicólogos no están de acuerdo con eso. Dicen que vivo en un mundo de fantasía y que trato por todos los medios de evitar cualquier clase de contacto emocional.

Sí, eso me suena a Nathaniel Black.

—¿Por qué no vas a rehabilitación?

Observo su rostro tan solo un instante e, inmediatamente, sé cuál es la respuesta a esa pregunta.

—Te gusta ser así —murmuro, horrorizada por mi propio descubrimiento.

Nathaniel se queda callado, con los labios apretados y la mirada fijada en el suelo.

—Pues sí—me dice de pronto, mirándome con aspereza—. En mis relaciones no hay dramas... ni ñoñerías... ni gilipolces. Se limita todo al simple acto sexual.

No hay complicación alguna y eso me gusta. Odio las ataduras y los dictámenes, y no me gusta tener que preocuparme por no herir sensibilidades.

Me reprendo a mí misma por no ser capaz de aguantarme las lágrimas. ¿Pero cómo voy a hacerlo cuando viene y me suelta esto?

—Entonces lo nuestro no ha significado nada para ti —murmuro, sorbiéndome las lágrimas.

Nathaniel cierra los ojos durante un instante.

—¡No ha significado nada! —repito, furiosa conmigo misma por alguna razón.

Me coge de la mano, me atrae a sus brazos y me abraza tan fuerte que ni me molesto en intentar soltarme. Sé que no lo conseguiré.

—No era eso lo que quería decir. Por favor, no llores. Odio hacerte llorar.

Me acurruca en su regazo y ya soy incapaz de seguir controlándome. Agarro su camisa entre los puños, entierro la cara en su pecho y rompo a llorar. Y lloro como nunca antes lo había hecho. Lloro por lo que podría ser y no ha sido, lloro por la frustración y, por encima de todo eso, lloro porque lo amo y sé que eso va a consumirme. No puedo dejar de llorar cuando sé que no vamos a superar esto. Él ni siquiera va a intentarlo. Le gusta ser lo que es.

—Catherine, por favor, escúchame.

—No...No quiero que digas nada más.

—¡Deja de llorar, maldita sea, y escúchame!

Nathaniel empuja mi espalda contra la pared y agarra mi rostro entre las dos manos para obligarme a mirarle. Cierro los ojos con tal de no hacerlo.

—Catherine... Por favor, mírame —me pide con la voz apagada—. ¡Maldita sea! —su puño impacta contra la pared, a solo dos centímetros de mi rostro— Por favor, amor... Mírame. Soy yo. ¡Soy Nathaniel! Sigo siendo el mismo.

—No —me sorbo las lágrimas y lo miro al fin—. Sabía que esto iba a pasar. ¡Lo sabía! Pero me dejé llevar. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Para ti no ha sido más que un calentón. ¡No ha significado nada! Solo ha sido follar. ¿Cómo es que no lo he visto?

—No. Te equivocas.

Me besa todo el rostro, secando con sus labios las lágrimas que resbalan por mis mejillas.

—Te equivocas —repite abatido—. No sabes cuánto te equivocas. Lo ha significado todo. Tú...tú no eres como ellas. ¡Mírame! Tú eres distinta.

Levanto la mirada y lo observo. En su mirada no hay pena, ni dolor, sino un conmovedor cúmulo de emociones y, sobre todo, falta de esperanza. Me mira como si la esperanza hubiera abandonado su corazón.

—¿Por qué soy distinta, Nate? ¿Qué tengo yo de especial?

—No lo sé, ¿vale? No sé por qué. Simplemente lo eres. Por eso he procurado apartar mis demonios de ti. De no haber sido por Anne, no te habrías enterado de esto.

Claro. Habría vivido en un mundo de fantasía igual que tú.

—¿Y crees que eso me habría hecho feliz? ¿Crees que me haría feliz que me pusieras los cuernos con todas las mujeres de esta puta ciudad? —le grito.

Con la ira hirviendo en mi interior, empujo su pecho tan fuerte que empieza a tambalearse. Rápidamente recupera el equilibrio y se dispone a acercarse a mí.

—¡Ni se te ocurra acercarte!

Mis ojos destellan con una especie de furia demoniaca que hace que él se detenga.

—Catherine... —alarga la mano para tocar mi rostro, pero yo se la aparto de un manotazo.

—¡No hay Catherine que valga!

Retrocede un paso ante mi brusquedad.

—¡Quería ocultártelo porque siempre he pensado que lo que no sabes no puede herirte! Créeme, amor, por experiencia puedo decirte que hay felicidad dentro de la ignorancia.

Sus palabras me dejan tan atónita que bajo la guardia y él se aprovecha de ello para atraerme de nuevo a sus brazos. Apoya los labios contra mi frente y murmura:

—Yo habría cuidado de ti, princesa. Te habría protegido de todo. Las cosas podrían haber sido de otra manera.

Ladeo la cabeza, estupefacta, y uso toda mi fuerza aumentada por la furia que siento en mi interior para empujar su pecho y apartarle de mí.

—¿En serio? ¿Me habrías protegido? ¿Y por qué habrías hecho tal cosa? ¿Es que me amas?

De repente su rostro se vuelve lívido. *Pues claro que no te ama. Eres una más. Una de las que vienen y se van.*

—Catherine, yo...

—¡Dilo! —le exijo furiosa.

Ando hacia él de manera lenta. Él retrocede hasta que su espalda se golpea contra el mueble de salón.

—Si piensas que hay algo dentro de tu corazón, algo remotamente parecido al amor, ¡este es el puto momento de decirlo!

Nathaniel cierra los ojos y su pecho se ensancha cuando toma aire.

—Te tengo mucho cariño —responde antes de desviar la mirada hacia la ventana.

—¿Me tienes mucho cariño? No puedo creer que me hayas dicho eso. ¡Me tienes cariño! ¡Le tienes cariño a un perro! —grito y sacudo la cabeza con incredulidad—. Para que luego digan que Nathaniel Black no es capaz de adular a una mujer.

Le doy la espalda y me coloco delante de la ventana, de espaldas a él. Permanezco contemplando la panorámica de la ciudad durante unos instantes, sin decir nada más.

—Por qué eres adicto?

—Porque cuando te odias a ti mismo, es lo único que consigues proporcionarte algo de alivio. Bebo y follo porque si no lo hago, siento cosas que no quiero volver a sentir.

Giro sobre mis pies y lo miro. Sigue apoyado contra el mueble de salón, con las manos hundidas en los bolsillos y el rostro descompuesto. Su mirada parece tan vacía como mi corazón.

—¿Y por qué te odias a ti mismo, Nate? Eres una persona increíble. Es que... —sacudo la cabeza y resoplo— es que no consigo entenderlo.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro hasta que, al final, responde.

—Todo empezó con Mary.

Arrugo el ceño. *¿Quién demonios es Mary?*

—Fue mi novia. Después de ella, nada volvió a ser como antes.

Oh. Voy al bar y después de tomarme otra copa, suelto el vaso de manera ruidosa sobre la barra metálica, y empiezo a dar vueltas por la habitación, con las manos en jarras. Así que un adicto al sexo que tiene un gran amor con la que yo, por supuesto, nunca podré competir. ¡La situación se vuelve cada vez más divertida!

—Sigue. No te pares.

Vamos, Nathaniel. Clava dardos venenosos en mi corazón y disfruta viéndome sufrir. Es lo que me merezco, ¿verdad? ¿No quería miseria? Pues ahí está. Lo único que tengo que hacer es disfrutarla.

—Esto no tiene nada que ver contigo. Conocí a Mary mucho antes que a ti. Ella también era distinta. Era dulce y cariñosa y... ajena a todo lo que me rodeaba.

Ella era lo único real en un mundo lleno de falsedad... Lo único a lo que podía agarrarme para no hundirme.

Cuando habla de ella, la expresión de su rostro es distinta. Es todo ternura. *Vale, Mary era perfecta. Era Superwoman. Lo pillo. No hace falta restregármelo.*

—Ella debió de quererme en algún momento. Y no era por el dinero, ni por la fama, sino por algo que ella veía en mí. Ha pasado tanto tiempo y aún no soy capaz de comprenderlo—baja la mirada al suelo, como si intentara buscar una respuesta en el mármol—. Claro que no todo era tan maravilloso. Solíamos discutir muy a menudo. Pero aquel día fue mucho peor. Nos dijimos cosas que no pensábamos. Nunca olvidaré las cosas que le dije.

Se detiene, alza la mirada al techo y después me mira a mí. Sus ojos se vuelven abrasadores. Me estremezco ante el brillo doloroso que se refleja en su mirada.

—¿Por qué discutisteis? —apenas me atrevo a susurrar.

—Infidelidad —se limita a decir y se desploma sobre una silla.

Suelto un ruidoso suspiro. ¡Cómo no! Así que, al fin y al cabo, no *todo* empezó con Mary.

—Chocante. Jamás lo habría adivinado.

—¿Puedes guardarte las ironías, al menos mientras te cuento la peor parte de mi vida?

Su mirada de reproche hace que me avergüence de mi falta de tacto, y en el mismo instante me ruborizo hasta las puntas de las orejas.

—Sigue por favor —me relamo los labios nerviosamente y bajo la vista.

Su rostro adquiere una expresión dura.

—Nos tiramos cosas a la cabeza, dije cosas que luego lamenté y ella se marchó hecha una fiera. Fin de la historia.

Freno en seco y giro la cabeza hacia él. Algo me dice que hay más.

—Sabes que no es el fin, Nate.

No me mira a los ojos. Hunde la cabeza entre las manos y gruñe una maldición.

—¿Volviste a verla? —insisto.

—¿Por qué te empeñas en hacerme hablar de ello?

Levanta la barbilla y me mira con los ojos más oscurecidos que nunca. En su mirada solo hay dolor. Puro tormento. Se me encoge el corazón al verle así. ¿Qué es lo que le ha pasado? ¿Qué le ha hecho esa santurrón de Mary? Ni siquiera la conozco, pero la odio con todas mi fuerzas.

—¿Crees que hablar de ello mejorará las cosas? —prosigue, y yo doy un respingo ante ese tono agresivo—. ¡Baja de las nubes! ¡Hablar de ello es una mierda, Catherine! ¡Hablar de ello lo hace real! Pero tú quieres que se vuelva real, ¿no? ¡Disfrutas viéndome sufrir!

Retrocedo como si me hubiese dado una patada en el estómago.

—Te equivocas, yo no quería...

—Sí, Catherine, volví a verla —me interrumpe, y luego su mirada se vuelve gélida—. Volví a verla al poco tiempo, en un hospital. ¡Ya está! Ya me has hecho recordarlo. Espero que estés contenta.

—Lo siento —murmuro.

Su atractivo rostro registra una contracción de dolor.

—No, no lo sientes.

—¿Murió? —pregunto con voz ronca.

Asiente con la cabeza y empieza a morderse los labios con nerviosismo.

—Su coche se estrelló contra un árbol esa misma noche. Iba a gran velocidad. Fue horrible. Su cuerpo no... —se le quiebra la voz. Cierra los ojos y permanece callado durante unos segundos— no pudo ser reconocido. Murió dos horas después, sin despertar del coma. Yo... —se lleva las dos manos a la cabeza, suelta un suspiro y musita— nunca pude decirle cuánto lo sentía.

Se me nubla la vista y me escuece la garganta, pero hago un esfuerzo por no llorar esta vez. No puedo llorar por él. No necesita mi maldita compasión.

—Nate... sabes que no fue culpa tuya —mi voz se torna en un murmullo.

Nathaniel me lanza una mirada letal, se pone de pie y se dirige a la barra. Agarra una botella de *bourbon* y empieza a vaciarla sin control. Intento arrancársela de las manos, pero me aparta con agresividad y sigue bebiendo.

—¡Para! Ya estás borracho.

—¡Y más que pienso estarlo! —ladra.

Se acaba lo poco que quedaba en esa botella, la tira al suelo y vuelve a la barra para abrir otra. Su mirada se vuelve feroz y sus gestos bruscos y agresivos, mientras se acerca de nuevo a mí, bebiendo a morro. El temblor de sus manos hace que parte de la bebida se le escurra por la barbilla, pero se seca con la manga de la camisa y sigue bebiendo.

—Fue culpa mía, Catherine. Todo lo que le pasó fue culpa mía. Jamás me lo perdonaré. Pude haberla parado. Pude haberla obligado a que me escuchara o haberla encerrado en una habitación. Pero no hice nada de eso. La dejé marchar. ¡Así que no te quedes ahí parada diciéndome que no fue culpa mía!

—Así que es por la culpabilidad —murmuro como para mí misma y sé que he dado con la razón de su comportamiento.

—¡No intentes justificarme! —me grita con cólera.

Aprieta la botella con tanta fuerza que esta se parte entre sus manos. Ni siquiera se inmuta. Empieza a andar lentamente hacia mí, con ese aspecto aterrador, la mano goteándole sangre sobre el mármol blanco del suelo, y la mirada feroz. Esta vez soy yo la que retrocede hasta que no puedo seguir haciéndolo porque mi espalda se golpea contra la puerta de la cocina.

—Mi adicción no tiene nada que ver con mi culpabilidad. Soy adicto al sexo porque es lo que me gusta —tira el cristal roto al suelo, se abalanza sobre mí, me coge por los brazos y empieza a zarandearme— ¿Lo entiendes, Catherine? ¡Es lo que me pone! ¡Follarme a cientos de mujeres! Me acuesto con ellas y las tiro a la basura. Utilizarlas me provoca un inmenso placer. ¿Querías la verdad? Pues agárrate, princesa, porque esto no va a gustarte. Me follo a cientos, a miles de mujeres y no me importan sus sentimientos en absoluto. Ni siquiera recuerdo sus nombres. Solo... quiero... follar. Una y otra y otra vez. Y me da igual con quién, cómo, dónde y por qué.

Suelto una carcajada pensando en que yo soy una de esas mujeres. Ni siquiera sé por qué me hace tanta gracia. Nathaniel me mira como si estuviera loca y me suelta los brazos, empujando mi cuerpo hacia atrás. No pierdo el equilibrio porque es imposible, pero me doy un buen golpe contra la puerta de madera.

—¿Follar? ¡Por Dios, Nate! ¿A eso se reduce todo?

—¿Acaso hay algo más importante que follar? —pregunta impasible, retrocediendo unos pasos. Parece haber recuperado la compostura.

—El amor, la amistad, la confianza...

Me interrumpe con una carcajada maliciosa.

—Yo no soy capaz de volver a sentir todo eso, Catherine —me dice fatigado—. Es como si tuviera un botón dentro de mí que, siempre que lo acciono, lo apaga todo. Mi vulnerabilidad... Mis debilidades... Todos y cada uno de mis sentimientos... Todo. Se va.

Los dos permanecemos mirándonos en silencio. Todo esto me ha pillado tan desprevenida que, por primera vez en mucho tiempo, soy incapaz de ponerme la armadura que ha mantenido siempre mi corazón intacto. No puedo esbozar una larga sonrisa y fingir que esto no ha sucedido. No puedo recomponerme. ¿Cuándo demonios he perdido mi superficialidad y cómo es que no me he dado cuenta de ello? ¿Cuándo demonios he empezado a sentir con esta intensidad? ¿A amar a Nathaniel Black más de lo que creía humanamente posible? Tantos años luchando por sentir algo en mi interior y ¿para qué? ¿Para sentir cómo sus palabras duelen más que una daga clavándose en mi pecho? ¡A esto se le llama amor! ¡Dios, cómo desearía tener un interruptor en mi interior y acabar con todo!

—Sé lo que necesitas oír, amor —musita Nathaniel, sacándose de mi mundo interior—. Necesitas que te diga que te quiero y que lo superaremos todo, juntos. Necesitas que te prometa que todo va a salir bien. Pero no voy a hacerlo. Te diré la verdad porque creo que es lo que tienes que oír en este momento. Y la verdad es que yo no puedo quererte, por mucho que me esfuerce. Mis sentimientos han desaparecido hace mucho tiempo y lo único que queda dentro de mí es un infinito vacío. No puedo sentir nada. Ni amor, ni dolor. Nada en absoluto.

—¿Por qué? —levanto la mirada y evalúo sus ojos atormentados—. ¿Por qué te haces esto a ti mismo? ¿Acaso te hace feliz?

Nathaniel aprieta la mandíbula y me mira con una expresión de «¿eres idiota?».

—Porque no quiero volver a sentir lo que sentí cuando ella murió.

Lo miro perpleja durante largo tiempo. Está más trastornado de lo que pensaba. ¿Él se habrá escuchado a sí mismo?

Y mientras lo miro, mientras examino todas y cada una de sus esculturales facciones, maravillándome por la vulnerabilidad, por la fragilidad que, a pesar de todo, se refleja en su rostro, me doy cuenta de lo mucho que echo de menos mi anterior vida. Nada ha salido como yo esperaba. Desde el principio estaba claro que lo nuestro no iba a ser como un perfecto cuento de hadas, pero aun así cometí el error de enamorarme locamente de él. Y ahora las cosas se han torcido de tal forma que no hay nada en el mundo que pueda arreglarlas. O si lo hay, estoy demasiado fatigada como para intentarlo.

Con los hombros caídos y la mirada ausente, me acerco para mirar una vez más por la ventana del salón. La Quinta Avenida se abre ante mis ojos, espléndida y bulliciosa, con su cielo oscurecido y sus ráfagas de viento que barren las colillas tiradas en el suelo. Las personas se mueven con esa prisa típica de los neoyorquinos, ignorándome por completo. Durante un tiempo los contemplo distraída, pensando en lo mucho que me gustaría estar ahí abajo. Ser una de ellos. Por primera vez en veintiséis años, quiero dejar de ser Catherine Collins. Quiero tener una vida normal. Sin limusinas, ni *paparazzi*, ni *sex symbols*. Es curioso cómo siempre he querido algo extraordinario y es ahora cuando me doy cuenta de que lo extraordinario es la normalidad.

Me giro hacia Nathaniel, que está sentado en una silla con los puños cerrados con tal fuerza que temo que se le rompan los dedos.

—¿Hace cuánto que murió tu novia?

—Dieciséis años —murmura, sin mirarme.

¡Que alguien, por favor, rescite a Freud!

—¿Dieciséis años? ¿Y en vez de superarlo, te sientas en esa silla a beber como un cosaco y a lamentarte?

Al levantar la mirada, una expresión de puro dolor se apodera de su rostro.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan cruel? —me pregunta con la vez apagada.

¡Porque es lo que necesitas, idiota!

—¡No me lo puedo creer! ¿Llevas dieciséis años lloriqueando? ¿Ignorando tus sentimientos y la realidad porque te resulta demasiado difícil enfrentarte a ellos?

¿Es más fácil tirarte a todas esas tías que pasar página de una vez? —sacudo la cabeza con incredulidad y le dedico un gesto de desprecio—. ¡Eres un cobarde! No eres más que un cobarde despreciable. ¿Te has escuchado a ti mismo? ¿Has apagado tus sentimientos? ¿No sientes nada? —curvo los labios en una sonrisa irónica—. Es la mayor gilipollez que he oído en toda mi vida.

Todo su cuerpo se tensa de repente y sus ojos me lanzan una mirada cargada de furia asesina.

—¡Cállate de una vez! —ladra—. ¡No te atrevas a seguir!

—¿O qué? ¿Qué va a hacer? ¿Llorar? ¿Hacer pucheros? Ya estoy acostumbrada a tus rabietas infantiles. ¡No me impresionas, Nathaniel Black!

Su hermoso rostro parece desfigurado por una mueca de locura. Se levanta bruscamente y le da una patada a la silla, que cae ruidosamente al suelo. Con una aterradora sonrisa en los labios, agarra objetos al azar y empieza a estrellarlos contra la pared, supongo que para demostrarme que es capaz de algo más que unos

infantiles pucheros.

—¿Pucheros? —ruge desquiciado con un jarrón de cristal azul en la mano—. ¿Quieres ver cómo hago pucheros?

Lo lanza contra la pared con toda la fuerza de su cuerpo. Me estremezco por esa violencia que nunca antes había visto en él.

—¡Pues toma pucheros! ¿Y qué más? ¿Rabietas? —agarra un cuenco decorativo—. ¡Pues aquí tienes una rabietta! —grita, tirándolo al suelo—. ¿Sigues sin estar impresionada, princesita? No te preocupes, antes de que acabe, lo estarás.

Arrastra la mano por un aparador blanco, arrojando al suelo todos los premios que le han entregado a lo largo de su carrera.

—¿Qué te parece esto, eh? Pareces asustada. ¿Estás asustada? ¿No? Vale.

Se detiene durante un instante, mirando a su alrededor para ver qué más puede destrozar. Gira la mirada hacia mi derecha y entonces sus ojos centellean de maldad. Suelta una risa entre dientes, muy satisfecho por algo que ha debido de ver en ese preciso lugar. Miro en la misma dirección que él, intentando adivinar su siguiente movimiento. Ahí no hay nada que pueda destrozar. ¿O sí? Recorre todo el salón a grandes zancadas, agarra su bate de baseball firmado por Willie Mays y se dirige hacia la barra. Abre una nueva botella de *bourbon* antes de empezar a golpear todas las demás botellas y las copas con el bate. Y así, bebiendo a morro y sin dejar de sonreírme, destroza medio salón.

—¿Has acabado ya o quieres que vayamos a la cocina también? —pregunto en tono frío, contemplando el desastre que me rodea. Hay cristales rotos por toda la habitación y parte de la pared se ha quedado sin pintura y con unas buenas marcas.

Nathaniel se detiene en seco, justo antes de tirar al suelo una estatua de Buda, y levanta la mirada hacia mí. Su pecho aún se tensa y se destensa con rapidez a causa de su respiración agitada, pero sus ojos adquieren ahora un brillo frío. Se ha calmado al fin.

—¿Sabes Black?, estás acostumbrado a que la gente vaya con cuidado contigo. Todo el mundo te trata con guantes por miedo a no herir tus sentimientos. Pues adivina qué, a mí me importan una mierda tus sentimientos. Por eso te diré hoy todo lo que pienso sobre ti.

Me mira con furia y suelta más blasfemias mientras que, con un gesto brusco, alza los brazos en el aire y lanza la estatua de Buda contra la puerta de cristal que separa el salón del comedor. El sonido del cristal roto resuena por toda la casa cuando los añicos caen esparcidos al suelo.

—¡No sigas por ese camino a no ser que quieras enfrentarte a las consecuencias!

Me echo a reír a carcajadas, con malicia, a pesar de que en mi interior estoy aterrada a causa del reflejo diabólico que hay en sus ojos.

—¿Las consecuencias? ¿Y qué es lo que vas a hacer, Black? ¿Destrozarme el corazón? Ah, no, espera. Eso ya lo has hecho. ¿Pegarme, tal vez? —le sugiero.

Se detiene, y me mira con la cabeza ligeramente inclinada y los ojos dilatados. Algo me dice que está sopesando muy en serio esa posibilidad.

—¡Adelante! ¡Pégame! Hazlo si crees que eso hará que te sientas como un hombre. Pero ¿sabes qué, Black? Por mucho que me pegues, eso no te convertirá en uno. ¡Tú no eres un hombre de verdad y nunca lo serás! —le lanzo una mirada despectiva de arriba abajo— Solo eres un mocoso que juega a ser mayor.

Y dicho esto, levanto la barbilla y camino con tranquilidad hacia la escalera, sin volver a dirigirle ni una sola mirada. Al subir todos los escalones, me doy la vuelta justo a tiempo para verle lanzar con fuerza la botella de *bourbon*. Esta se estrella contra la pared y se parte en mil pedazos. Igual que lo hace mi corazón.

Me dirijo corriendo a mi habitación y cierro la puerta de golpe. Con la espalda apoyada contra la pared, me deslizo al suelo y entierro la cabeza entre las rodillas. Y al fin rompo a llorar para liberar la tensión.

Media hora después, cuando se me han secado las lágrimas y lo único que soy capaz de sentir es un gran vacío que me congela el alma, me coloco delante de la ventana, abrazada a mí misma. Un fuerte golpe en la puerta me distrae de mis pensamientos. Aunque no me digno a contestar, puedo ver de reojo cómo se abre la puerta. Pero el que entra no es Nathaniel Black, sino Robert. Permanezco de espaldas a él, observando el vuelo de las palomas.

—¿Una semana fuera y me encuentro esto a la vuelta? ¿Qué cojones ha pasado?

Solo suelto un suspiro, sin contestarle.

—El salón está hecho un asco —me informa, sin más.

¡Como si yo no supiera ya lo que ha hecho el trastornado de su hermano!

—Ha destrozado incluso el sofá —prosigue, instantes después—. Ha cogido un cuchillo y lo ha reventado entero. Le he gritado que parara, pero...nunca me hace caso, ¿sabes? Ahora está blasfemando en el baño. Por los ruidos que escucho, debe de estar descargando su ira contra los frascos de coloni a—espera durante un tiempo alguna clase de respuesta y, al comprobar que no me sacará de mi silencio, se da por vencido— Solo quería que lo supieras.

— Me importa una mierda —le contesto, de manera ausente.

—¿Qué ha pasado?

—Tu hermano necesita un psiquiatra.

—Ya tiene un psiquiatra. ¿Hace falta que le llame?

—Está en plena crisis nerviosa. ¿Tú qué crees, Einstein?

—¿Y cuál ha sido el detonante? Por si me pregunta.

Me doy la vuelta y lo miro. Mi rostro se convierte en una máscara inexpresiva. No delata nada de lo que siento en este momento. Ni el dolor, ni el temor. Nada en absoluto.

—Alguien tenía que decirle la verdad y ese alguien he sido yo. Ha llegado el momento de que afronte el pasado. Lo superará... Tarde o temprano, lo superará —repite, vagamente.

Robert asiente con la cabeza, mirándome como si deseara que yo tuviera razón. De manera curiosa, yo deseo exactamente lo mismo.

Capítulo 12

Ha pasado una semana desde que lo vi por última vez, tiempo en el que no sé dónde ha estado, ni con quién. Una semana en la que me he rendido ante un sufrimiento que no sabía que existía siquiera. Supongo que me lo merezco. Puede que haya sido demasiado dura con él, no lo sé. Yo solo pretendía hacerle volver a sentir algo, aunque fuera rabia. Pero, a lo mejor, he sobrepasado el límite. Y ahora que está aquí, delante de mí, contemplándome con sus tristes ojos azules, tal vez ahora sea un buen momento para disculparme.

—Lo siento mucho —musito, e intento en vano reprimir las lágrimas.

Nathaniel me mira con compasión y me dedica una trémula sonrisa.

—Lo sé, amor. Yo también lo siento. Los dos dijimos cosas.

Asiento con la cabeza, sin saber qué más puedo decirle. Sobreviene un silencio que se vuelve cada vez más pesado. Me siento tan incómoda que no sé cómo actuar, así que permanezco inmóvil en la puerta de mi habitación, con un nudo de emoción en la garganta. ¡Dios, cómo lo he echado de menos! Su sonrisa maléfica, sus caricias, su olor. ¡Lo he echado tanto de menos! Y ahora ha vuelto.

Luce distinto. Envejecido tal vez, con su ceño fruncido y su aire ausente. No se ha afeitado en un tiempo e incluso diría que ha perdido algo de peso, un kilo, puede que dos. Solo Dios sabe a qué vicios se habrá entregado en estos siete días. Sus hermosos ojos, una vez pícaros y maliciosos, están ahora hundidos y turbios; su débil intento de sonreír es más bien un gesto de amargura. El hombre que tengo delante no es el Nathaniel Black al que conocí, sino un completo desconocido.

Pasados unos instantes, alarga la mano y desliza las yemas de sus dedos por mi mejilla, apenas rozando mi piel. Y antes de que me dé cuenta, vuelvo a estar en sus brazos. Él me abraza, apoya su frente contra la mía y me susurra:

—No puedo perderte —sacude la cabeza y aprieta la mandíbula—. A ti no. Eres lo que me mantiene a flote. Cuando estoy contigo, mi agonía parece desvanecerse.

—¿Dónde has estado? —mi voz suena apagada.

Él evalúa mi mirada mientras me aparta unos mechones de pelo de la cara.

—Necesitaba un tiempo para pensar. Toda esta situación me resulta muy confusa.

—¿Pensar? ¿Y en qué has pensado?

Abre la boca para contestar, sin embargo, desiste en el último momento. Con la nuca apoyada contra el marco de la puerta, cierra los ojos y se mantiene en silencio durante largo rato. Resopla y vuelve a mirarme, desesperado, angustiado.

—He estado pensando en lo que se supone que tengo que hacer. No podemos seguir así, amor. Tengo que elegir de una vez si voy a ser el hombre que tú quieres que sea o el hombre que soy en realidad —murmura, apartando la mirada.

Me quedo sin aliento al escuchar su tono de voz, tan triste y derrotado que me parte el corazón.

—No... Nate... No hagas eso, por favor.

No soporto verle así de abatido. En un patético intento de aliviar su dolor, deslizo los nudillos de mi mano por su barba. Al notar mi caricia, se queda muy quieto, casi ni se atreve a respirar, y entrecierra los ojos.

—Eh, Nate —cojo su rostro entre las manos—. No... ¡Mírame! No tienes que elegir. Solo... —mi voz se quiebra cuando él alza la mirada— solo sé tú mismo.

Se queda mirándome en silencio y sacude la cabeza.

—Si soy yo mismo, te perderé. No puedo perderte. Tú eres lo único puro que hay en mi vida y no volver a verte es una idea que me aterra —me susurra, acariciando mi rostro—. Me haces desear cosas, Catherine. Por primera vez en mi vida, quiero cosas que hasta ahora ni siquiera me había planteado. Tú haces que quiera ser mejor persona.

Con toda la emoción centrada en mi garganta, cierro los ojos con fuerza para no llorar.

—Yo no quiero que me pierdas —musito, esforzándome por reprimir las lágrimas que se amontonan en las esquinas de mis ojos—. No vuelvas a desaparecer.

Nathaniel endereza la cabeza y me mira. Es increíble el dolor que puede revelar una simple mirada.

—No lo haré —me coloca el pelo detrás de las orejas y sus labios insinúan una sonrisa—. Siempre estaré aquí, amor. Siempre estaré contigo. Te lo prometo.

Y no sé porque, pero me lo creo. Cojo su cabeza entre las manos para atrapar su mirada y acaricio su mandíbula con las puntas de mis dedos. Sus ojos se vuelven ardientes durante un segundo, antes de que él deje caer la cabeza de nuevo. Parece derrotado, como si estuviera luchando contra el impulso de besarme.

—Quiero estar contigo, Catherine. Lo necesito por razones que ni yo mismo soy capaz de comprender. No es amor —hace una larga pausa y su rostro está ahora solado por la desesperación—. Si fuera amor, te dejaría marchar. Supongo que es egoísmo. Sí, debe de ser egoísmo porque, aunque sé que soy completa y absolutamente incapaz de hacerte feliz, no encuentro las fuerzas necesarias para dejarte marchar.

—Ya veo —digo en voz seca—. Tú piensas que dejarme marchar es hacerme feliz. ¿Por qué no eres capaz de ver que lo único que puede hacerme feliz es estar contigo?

Se queda sin aliento y me mira horrorizado.

—No... —sacude la cabeza, una y otra vez, y sus ojos adquieren un brillo extraño—. No tienes ni idea de lo que estás diciendo. ¡Estar conmigo no va a hacerte feliz! ¡Estar conmigo va a destruirte!

—¡Y no estar contigo va a destruirme igualmente! —le grito—. Ese es el efecto que produces en mí. Vale, puede que nuestra relación sea complicada... y... y... difícil de catalogar... y a veces toxica. Y puede que haya momentos en los que me consumas, pero no quisiera cambiar nada. Nate... creo que te quiero. Desde que te fuiste me he sido capaz de sacarte de mi cabeza. Estás siempre en mi mente, haga lo que haga, vaya adonde vaya. Eso es estar consumida. ¡Y sí, soy consciente de que eres un adicto al sexo! ¡Y sí, no me cabe duda de que estar contigo es la peor ocurrencia que he tenido jamás! Pero adivina qué ¡Me importa una mierda! Necesito estar contigo porque incluso el sufrimiento que eso me produce hace que me sienta viva. Y yo necesito tan desesperadamente sentirme viva, Nate...—añado, casi sin fuerzas.

Gira la cara hacia mí y me mira compasivo. Y, a continuación, me atrae de nuevo a sus brazos.

—Lo nuestro es un error —susurra, con los labios apoyados contra mi pelo.

—En efecto.

Eleva mi barbilla para mirarme a los ojos.

—No sé cómo hacerte feliz, amor. Ni siquiera sé si puedo.

—No he dicho nada de ser feliz —rodeó su torso con los brazos y entierro la nariz en su cuello—. He dicho que quiero estar contigo. No puedo estar lejos de ti. Pierdo la cabeza por completo si lo hago.

—Yo pierdo la cabeza por completo cuando estoy contigo porque lo único en lo que puedo pensar es en arrancarte ese vestido remilgado de Prada y besar cada centímetro de tu perfecta... suave... y deliciosa piel.

—En realidad es un Gucci.

No puedo ver su rostro, pero sé que me sonríe.

—¿Nate?

Enderezo la cabeza para ver sus ojos.

—¿Preciosa?

Nos miramos cara a cara, con los labios separados y casi en contacto.

—Me alegro de que hayas vuelto.

Él esboza una sonrisa arrogante y apenas toca mis labios con los suyos.

—A mí también me alegra volver.

Con un gruñido gutural escapándose de la garganta, me agarra el pelo entre los dedos, arrastra mi rostro hacia el suyo y me da un beso que sirve de castigo. Un beso que oprime y duele. Pero es exactamente la clase de beso que quería, así que lo cojo sin protestas, disfrutando del dulce dolor que me provoca su brusquedad.

—Echaba de menos esto —murmura, pegado a mi boca.

Sus labios bajan por mi cuello y ascienden hacia mi barbilla, a la vez que sus manos se deslizan por la curva de mi espalda. Jadeo en busca de aire e inclino la cabeza hacia atrás, mientras cierro los ojos y dejo que las llamas que le envuelven a él me devoren sin piedad. Sus besos causan estragos en mí. Son la única droga a la que siempre voy a estar enganchada. Tiene gracia. Él es adicto al sexo y yo soy adicta a él.

Suspiro cuando vuelve a deslizarse la lengua dentro de mi boca y me pego a su cuerpo. Noto su erección rozándose en el sitio exacto y soy consciente de que el deseo que este hombre despierta en mí alcanza ya los límites de la locura. Sin apartarse de mis labios, clava las caderas en las mías, me empuja contra la pared de mi habitación con violencia y la da una patada a la puerta. Me coloca las manos por encima de la cabeza, pega mi espalda a la pared y se aprieta contra mí, gozando de la sensación de tenerme atrapada y a su merced.

Con una mano, tira todos mis apuntes y los libros al suelo, y me tumba encima de la mesa escritorio. Con su lengua maltratando mi boca, me sube la falda y se deshace de mis bragas. No se molesta en desnudarme, ni tampoco se desviste él. Solo se baja los pantalones lo bastante como para liberar su erección y penetrarme. Siento un dulce dolor floreciendo en mis entrañas, pero no me quejo. Le permito que siga.

Me coloca boca abajo, con el estómago apoyado contra la mesa, y enreda una mano en mi pelo. Tira de él y se hunde con furia dentro de mí, empujando con fuerza hasta que suelto un grito ahogado, no sé muy bien si de placer o de dolor. En este momento estoy privada de todo control y lo peor de todo es que yo he permitido esto. A veces pienso que Nathaniel Black es como un demonio al que no puedo negarle nada. Me absorbe por completo, me domina, me consume. Y, en este momento, me folla como un poseso... *Como un adicto. No le importa quién, cómo, dónde, ni por qué. Lo único que quiere es follarse.*

Cierro los ojos y les permito a las lágrimas que se escurran por mis mejillas. Esta vez no intento reprimirlas porque es ahora cuando lo veo claro. Nathaniel tiene un lado oscuro y peligroso que hasta hoy no había conocido. Y es enfermizo que eso me resulte tan inquietantemente irresistible. Amo a un hombre dominado por los vicios, consumido por sus adicciones... un hombre atormentado que es incapaz de sentir la más mínima emoción. No estoy enamorada de su lado bueno, sino de todos y cada uno de sus defectos. Supongo que este es el verdadero significado del amor. Ser capaz de ver las partes malas de una persona y, aun así, amarle más que a nada.

—¡Catherine! —grita mi nombre y se corre dentro de mí.

Me aparto en cuanto se retira, me coloco la ropa y me dejo caer al suelo, con las rodillas dobladas. Hundo la cabeza entre las manos cuando las lágrimas vuelven a brotar. Odio llorar delante de él. Odio la compasión y la culpa que se reflejan en su mirada cada vez que me hace llorar, pero no puedo contenerme. Lo único que quiero es liberar esta presión que me oprime el pecho.

—¿Princesa?

Levanto la mirada hacia él y hago un débil intento de sonreírle a través de las lágrimas.

—No... —gime horrorizado al darse cuenta de lo que realmente ha pasado— No... —vuelve a repetir, sacudiendo la cabeza.

Su rostro palidece. Se queda paralizado en mitad de la habitación y, aunque hace ademán de hablar, no es capaz de verbalizar ni una sola palabra.

—Nate, estoy bien —murmuro, limpiándome las lágrimas—. Yo solo... estoy bien.

Cuando consigue moverse, se me acerca y se arrodilla a mi lado.

—Lo siento —musita.

Debo admitir que realmente parece estar muy arrepentido. Su cálido cuerpo me envuelve en un abrazo y yo empiezo a sentirme de repente un poco mejor.

—Perdóname, amor —murmura sin aliento, secándose las lágrimas con la palma de su mano—. Lo siento mucho.

Vuelve a abrazarme hasta que dejo de llorar, mientras sigue susurrándome palabras tiernas al oído.

—Estoy bien. De veras. A veces las mujeres somos seres sensibles, pero de verdad que estoy bien. ¿Lo ves? Ya se me ha pasado —insisto, para convencerme a mí misma de que eso es cierto.

Levanto la cabeza para besarle, pero él se aparta de golpe, como si tuviera miedo de que le pegara la peste o algo peor.

—Venga, Nate, no te tortures. Lo hecho, hecho está. Simplemente no vuelvas a hacerlo.

Lo único que se refleja en su rostro es el horror.

—No. ¡Joder! —le da una patada al armario y empieza a pasearse enloquecido por toda la habitación—. ¿Qué coño pasa conmigo? Dios... —se coge la cabeza con ambas manos y maldice—. He perdido el control contigo. ¿Cómo he podido perder el control contigo?

—Te perdono.

Se detiene y me mira atónito.

—¿¿QuE me perdonas?? ¡No me merezco tu perdón! ¡Te he hecho daño sin tan siquiera darme cuenta! ¡Hasta ese punto llega mi locura!

Se pasea intranquilo por toda la habitación, con una expresión tan angustiada que se me encoge el corazón. Yo me limito a seguirlo con la mirada.

—Tienes que mantenerte alejada de mí. ¿Me has oído? ¡Mantente alejada de mí! —ladra, apuntándose con su dedo índice.

—¿Es una amenaza? —pregunto con frialdad.

—Un consejo. No soy el hombre que piensas que soy.

Me incorporo y me acerco al otro extremo de la habitación, donde él permanece de pie, de espaldas a mí, con la frente apoyada en una estantería. Levanto su rostro para poder mirarle a los ojos.

—Te equivocas —murmuro, cerrando las manos sobre las suyas—. Eres exactamente el hombre que pienso que eres, pero eso no me importa. Quiero ser como tú. ¡Enséñame tu mundo, Nate! Quiero conocer todas y cada una de tus adicciones y experimentarlas. Tengo que experimentarlas todas porque necesito saber lo que tú sientes.

Sus facciones se crispan de turbación.

—¿Has perdido el juicio? Si tú fueras como yo... Dios... Tengo que mantenerte alejada de esta mierda. Tú no puedes conocer el mundo tal y como yo lo conozco —cierra los ojos y mueve la cabeza enérgicamente—. No. No vas a hacerlo. Mi mundo es solo miseria y depravación. Decadencia. Tú no puedes ser parte de esto. No puedes conocerme como soy en realidad.

—¡Pero ya te conozco! Puedo verte tal y como eres. Sabes que soy capaz de entrever detrás de tus muros.

Golpea la pared con el puño y luego me coge por los hombros, ejerciendo más presión de lo normal.

—¡Ves lo que yo quiero que veas, maldita sea! —me grita y empieza a sacudir mi cuerpo para hacerme entrar en razón—. Lo que ves no es real. No soy la persona que tú piensas que soy, amor. He hecho cosas horribles antes de conocerte. Poseo una influencia nefasta sobre las personas y tú eres la viva prueba de ello. ¡Amarme a mí va a destruirte! ¡Mírate! ¡Mira en lo que te he convertido!

Hago una mueca irónica.

—No te cuelgues medallas, Black. Tú no me has convertido en nada. He sido yo.

Sonríe, pero en sus labios solo se refleja un gesto de desprecio.

—¡Si tú supieras toda la verdad! Pero no puedes saberlo porque todas las mañanas me coloco una máscara, que me oculta y me protege a la vez. Soy un artista del engaño, preciosa. Y mi éxito consiste en que nadie puede ver lo que se esconde debajo.

Elevo los ojos hacia su turbia mirada, sin conseguir formular ni una frase.

—Y sé que si consigues ves más allá de mi máscara —prosigue y su voz tiembla al hablar—, si puedes ver lo oscura y dañada que está mi alma, dejarías de amarme y yo no podría soportarlo. Debajo de mis pies solo hay un pozo sin fondo en el que hundirse todavía más. Un sitio que me ahogaría si intentara moverme. Tú eres mi salvavidas, princesa. Eres lo único a lo que puedo agarrarme para mantenerme a flote.

Cojo su cabeza entre las manos y le obligo a mirarme.

—Quiero que me escuches muy atentamente, Nate. *Nunca* dejaría de amarte, me digan lo que me digan. Te pertenezco y tú me perteneces a mí.

Cierra los ojos y se abraza a mí.

—Solo tú puedes borrar mi pasado y hacer que me olvide de todo. Cuando estoy contigo dejo de ser Nathaniel Black. De alguna forma, tú me conviertes en mejor persona, preciosa. Pero prefiero dejarte marchar antes que permitir que me conozcas como soy en realidad. Si llegas a saberlo todo, se habrá acabado. Me odiarías más de lo que yo me odio a mí mismo.

Palidezco y deslizo los dedos por ese hermoso rostro que tanto quiero, tan atormentado en este instante.

—Tienes que dejarme entrar, Nate. Si no lo hago, si no me pongo en tu lugar, nunca voy a conseguir comprenderte. Y si no te comprendo ¿cómo voy a hacerte feliz? No puedo hacerte feliz... —musito en un tono inmensamente triste, pues he caído en la cuenta de que eso es cierto. Nunca podré hacerle feliz.

—No te angusties por eso. Yo tampoco puedo hacerte feliz a ti. Fui tan arrogante como para pensar que, tal vez ahora, iba a ser distinto, pero en este momento lo veo con más claridad. Nada ha cambiado. Tú y yo no somos buenos el uno para el otro. Voy a hacerte llorar cada vez que meta la pata y te garantizo que meto la pata muy a menudo, porque yo soy así, amor. Yo... siempre... destruyo... todo lo que toco y tú no vas a ser la excepción. Será mejor que sigamos cada uno por su camino. Vete—me da la espalda, hunde las manos en los bolsillos de sus vaqueros y su voz se vuelve fría—. Adiós, Catherine.

—¡No! —gruño en tono firme.

—¡Largo! ¡Vete! —gira la cabeza y me mira con súbita intensidad— Por favor... tienes que irte...

—¡No! Podemos superar esto.

Apoya la frente contra la misma estantería de antes y cierra los ojos.

—¿Podemos? —pregunta con su temblorosa voz convertida en un murmullo.

Elevo la barbilla y recupero la compostura.

—Claro que sí. Esto nunca ha tenido lugar. Yo ya lo he olvidado. Confío en que tú hagas exactamente lo mismo.

—¿Fingir? —grita, girándose con brusquedad para mirarme—. Esa es tu solución para todo, ¿no, amor mío? Fingir que no ha pasado. Dime, ¿en qué nos hace eso mejores que todos los idiotas que nos rodean? Criticamos su convencionalismo y su falsedad y, sin embargo, los dos somos igual de hipócritas que los demás. Será mejor que me aleje de ti por un tiempo. Cuando estás tan cerca, no puedo pensar.

Me da la espalda, sin volver a mirarme, y sale dando un portazo. Incapaz ya de mantenerme en pie, me dejo caer al suelo otra vez, me rodeo las rodillas con ambos brazos y sucumbo a una nueva oleada de lágrimas.

Dicen que, desde tiempos remotos, el ser humano se ha sentido atraído por el pecado... Por el mal... Por la prohibición. Está en nuestra naturaleza elegir siempre lo equivocado, lo oscuro y lo perverso. Ahora sé que es la oscuridad que le rodea lo que me atrae a mí de Nathaniel Black. Está claro que amo su lado malvado. El Nathaniel Black bueno solo es un ser corriente. Un hombre como cualquier otro. Pero el Nathaniel Black malo... oh... él es el pecado original. La manzana irresistible. Pensaba que no pasaría nada por darle un solo mordisco, pero resulta que una vez la has probado, nunca podrás dejar de hacerlo. Es adictivo.

—Hola —me saluda Robert, dejando caer su maletín al lado de la nueva puerta de cristal.

Camina hacia mí, aflojándose la corbata.

—¿Qué hay, Robert?

Dejo de leer lo que estaba leyendo y le sonrío. Está muy guapo, con su elegante traje gris, aunque se le ve algo cansado.

—¿Mal día? —inquiero.

—Nada que una copa no pueda remediar.

Cruza el salón en dirección a la barra y, tras ofrecerme una copa de brandy que rechazo con un gesto de cabeza, se echa hielo en un vaso y lo cubre con una generosa cantidad de alcohol. *Los genes Black*, pienso, con los ojos en blanco.

—¿Y mi hermano?

—¿Y yo que sé?

Y dicho eso en tono bastante irritado, bajo la mirada hacia mi *tablet*. Su hermano entra en la categoría de los temas de los que no quiero hablar.

—Tú eres su novia —repone, sonriendo.

—Y tú eres su hermano —contraataco.

—*Touché* —despliega los labios en una lenta sonrisa y se encamina hacia mí—. ¿Qué haces, angelito?

—Sufrir un ataque de ansiedad.

Sus blancos dientes se asoman bajo una risa sonora. Toma un trago y se deja caer a mi lado, en el recién estrenado sofá, que unos chicos muy amables han traído esta misma mañana.

—¿Puedo atreverme a pensar que estás leyendo la prensa sensacionalista?

—Algo así. Escucha esto: *Catherine Collins, la novia oficial de Nathaniel Black, fue fotografiada ayer mientras compraba una caja de donuts en una pastelería de la Avenida Broadway. La socialité británica parecía no saber nada del escándalo que estaba montando su novio en un chamizo de Nueva Jersey a la misma hora. Aconsejamos a la chica buena de Londres que tenga cuidado con las grasas saturadas o le saldrán más puntos negros. Y ya tiene unos cuantos.* Y para rematarlo, cuelgan una foto de tu hermano con los ojos morados y la cara ensangrentada tras haberse pegado con una banda de moteros, y una en la que yo tengo más o menos el mismo aspecto que suelo tener cuando estoy recién levanta.

—Es decir... ¿adorable? —sugiere, esbozando una sonrisilla traviesa.

—¡Es decir espantosa! ¡Dios! ¿Cuándo he pasado de ser un icono de la moda británica a una zampabollos que descuida su higiene facial?

Robert suelta una carcajada.

—No seas melodramática, angelito. No es para tanto. Acabarás acostumbrándote a los *paparazzi*. ¿Tienes hambre?

—Debería haber tenido bastante con el donut de ayer, pero resulta que sí que tengo algo de hambre.

—¿Chino, sushi, pizza? Lo único bueno que tiene Nueva York es la variedad gastronómica.

Suspiro y tiro la *tablet* al suelo. Me tomo mi tiempo en contestar, cotejando las opciones. Robert estudia divertido mi expresión de duda. Frunzo los labios y después le dedico una sonrisa radiante. Por razones que no conozco, cuando estoy con él, mis penas parecen menos... penosas. Él me hace reír y relajarme. Ser yo misma. No me intimida como su hermano, ni tampoco me hace llorar. Se siente bien estar con él. No tengo la necesidad de estar siempre perfecta. Por ejemplo, ahora solo llevo una camiseta vieja y un pantalón corto. Voy descalza y tengo el pelo recogido en una trenza. Con Robert puedo comportarme como una chica normal.

—Estoy cansada de lo mismo. ¿A ti qué te apetece?

Él se encoge de hombros con desdén.

—¿Y si preparáramos algo nosotros?

Me pongo de pie de manera brusca y salgo corriendo hacia la cocina.

—¿A qué esperas, chef? —le grito.

Se echa a reír a causa de mi repentina energía y me sigue. Una vez en la cocina, abro el frigorífico y saco medio contenido, dejándolo todo esparcido encima de la encimera. Pongo las manos en jarras.

—A ver, tenemos huevos, bacón, salchichas de tofu y... soja —digo lo último poniendo cara de asco.

Robert tuerce la sonrisa.

—Lo sé, ser vegetariano apesta, pero hay que ser solidarios y respetar las creencias de los demás. Yo optaría por huevos revueltos con bacón frito. No sé qué

opinias...

Asiento. Era lo que yo tenía en mente.

—Marchando —nos sonreímos mutuamente y empezamos a movernos.

Él pone a calentar la sartén mientras que yo saco un bol del armario que hay debajo de la isleta, echo unos cuantos huevos y empiezo a batirlos con energía.

—¡Eh, para! Yo soy el chef aquí y tú eres mi ayudante. Así que ya puedes ir cortando el bacón —se me acerca por detrás y me quita el tenedor de la mano.

Cuando nuestros dedos se tocan, siento cómo una extraña descarga eléctrica me recorre la piel. Levanto los ojos hacia la inmensidad azul de los suyos y me quedo mirándole embobada durante unos segundos. Él hace exactamente lo mismo, aunque enseguida recupera la compostura y empieza a batir los huevos. La pícara sonrisa que adopta su rostro le ilumina la mirada. ¡Qué guapo es! Me giro de manera brusca y muevo los labios en un «¿qué estás haciendo?», llevándome una mano al pecho. ¡Por Dios, es el hermano de tu novio! ¡Deberías avergonzarte por pensar lo que piensas ahora!

—Eh, ayudante, ¿piensas cortar el bacón hoy o...?

Me aclaro la voz e intento aparentar normalidad.

—Perdona. Estaba buscando el cuchillo.

Nuestras miradas se fusionan. Él curva los labios en una sonrisa astuta.

—¿Te refieres a ese cuchillo, él que está al lado de tu mano? —me pregunta divertido, señalando el maldito cuchillo con un gesto de la cabeza.

Entrecierro los ojos y sonrío con incomodidad. ¿Conseguiré algún día que mis mentirijillas parezcan creíbles?

—¡Ese es! Es que... no lo había visto —baluceo, cogiendo el cuchillo y empezando a cortar el bacón.

Robert se agacha para abrir un armario y me entrega dos platos, servilletas y un mantel negro. Empiezo a poner la mesa, sobre todo para entretenerme con algo mientras que él termina de preparar la cena. Huele bastante bien y yo tengo cada vez más hambre. *Eso es, céntrate en la cena y deja de sonreírle como un idiota. Haces que se ruborice, terminará chamuscando los huevos y cenaréis soja, que te sentará mal y acabarás en urgencias, donde te atenderá un estudiante en prácticas, que te dejará agonizar durante horas. Y ese será el castigo divino por coquetear con el hermano de tu novio.* ¡Por Dios! Vaya película me estoy montando. Afortunadamente, llaman al timbre, así que me distraigo de mis crueles pensamientos de camino a la puerta. Abro y examino de arriba abajo a la rubia de bote que está delante de mí. Sus piernas son realmente... kilométricas.

—Hola. ¿Está Nate? —me pregunta, con una falsa sonrisilla.

—Eh... no.

—Pues le esperaré —anuncia y me empuja con el hombro para abrirse paso.

Yo alucino, de verdad.

—¿Y tú eres...? —pregunto irritada, siguiéndola por el pasillo de camino al salón.

—Natacha.

Sonrí maliciosamente a sus espaldas. Sí, el Universo es retorcido... pero Catherine Collins lo es más.

—De acuerdo, Natacha, si te empeñas en esperarle, puedes hacernos compañía a Robert y a mí. Justo íbamos a jugar al bridge. Supongo que te apuntarás.

Natacha se detiene justo antes de entrar en el salón y se gira hacia mí. Parece horrorizada.

—¿Robert? ¿Qué Robert?

Alzo la barbilla y adopto un aire inocente.

—¡Oh, qué tonta soy! ¿Cómo ibas a saber quién es? —suelto una risita, jugueteando con mi trenza—. Robert es el hermano de Nate. Vivimos los tres juntos en plan familia feliz.

Los ojos marrones de Natacha se abren de un chasquido.

—¿Eres su novia?

No sé si se refiere a Robert, a Nate o a los dos, pero digo que sí.

—Ya veo. ¿Sabes qué? —se gira y mira hacia la puerta, muy nerviosa—. Tengo que irme. Acabo de recordar que tenía una cosa que hacer.

Vuelvo a seguirla por el pasillo, está vez en dirección a la salida, como debe ser.

—Le diré a Nate que has pasado por aquí —grito tras ella.

—O no —replica, metiéndose en el ascensor—. O no —repite mientras se cierran las puertas del ascensor.

Hasta nunca, Natacha. Vuelvo a la cocina y me siento en uno de los taburetes de la barra.

—¿Quién era, angelito?

—Ejem... testigos de Jehová.

—Ah, sí, son muy pesados.

—¡No te imaginas cuánto!

Robert apaga los fogones y reparte el contenido de la sartén en dos platos. Me voy al comedor, donde lo espero sentadita como una niña buena, muy complacida por las maldades que acabo de hacer.

—*Madeimoselle*, su cena está servida.

—Mmmm... ¡esto huele muy bien! —exclamo cuando coloca delante de mí un plato humeante de huevos revueltos y bacón frito—. Dime, ¿cuál es tu secreto?

—Una vieja receta familiar. En la graja en la que nos criamos Nate y yo siempre desayunábamos esto. Supongo que son muchos años de experiencia.

Me sonrío, se sienta a mi lado y empezamos a cenar.

—¿Zumos? —me ofrece unos instantes después.

—Sí, por favor. ¿Os criasteis en una granja? —pregunto con incredulidad, mordisqueando un trozo de bacón.

Asiento. ¡Uau! Dos granjeros que han llegado a lo más alto de la escala social. ¡Esa sí que es una novedad!

—¿Es que mi hermano no te lo ha contado?

Entorno los ojos.

—Oh, ya sabes cómo es tu hermano. Todo un libro abierto. Le encanta exteriorizar sus sentimientos y es un auténtico parlanchín. ¡No veas cómo se enrolla el tío!

Robert rompe a reír.

—Ya lo sé. Pero pensaba que con su novia era distinto.

Niego con la cabeza, dándole un largo sorbo al zumo.

—Pues no lo es.

—¿Y qué hacéis cuando estáis juntos?

Frunzo el ceño. ¿Por qué me pregunta cosas así de personales?

—Beber y follar.

—¿Eso es todo? —me pregunta, con una ceja arqueada.

Lo miro divertida. ¿No le parece bastante?

—No. Hay más. A veces follamos y bebemos.

Abre los ojos, fingiendo horrorizarse, y yo no puedo evitar reírme.

—¿Cómo era de pequeño? —pregunto de repente.

—Era genial —se queda con la mirada perdida en el vacío, suspira y luego sonrío melancólicamente—. Era mi héroe. El hermano mayor que siempre me sacaba de todos los líos.

Sus palabras me arrancan una sonrisa tonta.

—¿Y cuándo cambió eso?

Robert me dedica una mueca de advertencia.

—Recuerdo que una vez se llevó un golpe en la nariz por mi culpa. Yo tenía seis años y él doce. Y estaba este chico, Mike, un auténtico abusón. Yo le había tirado el almuerzo sin querer. No veas cómo se puso el tío. Para un gordinflón como él, su almuerzo era algo sagrado. Entonces apareció mi hermano, con su chaqueta de cuero y su pelo despeinado, y empezaron a pelearse. Mike era mucho más grande que Nate, así que le partió la nariz de un puñetazo. Otro niño habría llorado, se habría quejado, pero Nate no.

Pestaño un par de veces, sorprendida por lo que está contándome. Así que Nathaniel Black no siempre ha sido una nenaza que lloriquea y bebe como un cosaco en vez de enfrentarse a los problemas. ¡Yup!

—¿Y qué fue lo que hizo?

—Metió un puñado de petardos encendidos en su almuerzo del día siguiente —me dice entre risas—. Así era mi hermano. Le suspendieron toda una semana por eso y nuestros padres le castigaron durante las vacaciones, pero él nunca me echó la culpa. Se quedó todo el verano sin ver a Liz, la chica de la que estaba enamorado.

¡Pues claro que tenía novia a los doce! ¿Por qué será que eso no me sorprende?

—¿Y no era algo joven para tener novia?

—¿Quién? ¿Liz? Oh, no. No era su novia. Era la vecina del al lado. Le sacaba unos seis años a mi hermano. Ella no salía con críos, sino con chicos de la Universidad.

¡Ay, pobre! Me imagino a un chico con cara de diablillo y la nariz partida suspirando por la hija de los vecinos, y no puedo sino sonreír. Bueno, al menos una vez en su vida ha experimentado lo que es el rechazo.

—Así que amor no correspondido. ¡Quién lo habría dicho!

—¡Borra esa cara de compasión! Se la tiró cuando cumplió los dieciséis. Dijo que tenían un asunto pendiente desde hacía años.

Abro los ojos como platos y muevo la cabeza. Sí, eso me suena más a él que todo ese comportamiento heroico.

—Todo un personaje, tu hermanito.

Robert me contempla ausente durante unos segundos y suspira de nuevo.

—Sí, era divertido. Lo fue hasta que nos dejó mi padre. Yo lo superé fácilmente, pero Nate... Papá era su ídolo.

Se calla, baja la mirada hacia su plato y empieza a jugar con un trozo de bacón.

—Cuéntame cómo pasó.

—No hay mucho que contar. Dejé a mamá por su asistente. Era dentista. Es decir, lo es.

Alzo las cejas, asombrada.

—¿Vuestro padre sigue vivo?

—Supongo que sí. La última vez que chequeé estaba bastante vivo. Creo que vive en la Habana. No estoy muy seguro, no nos hablamos con él.

—¿Por qué?

—Bueno, dejó a mamá por otro tío. Nunca se lo perdonamos.

¿¿¿QUÉ??? ¡Ahora se explica todo!

—¿Un tío con bigote llamado Bud? —me atrevo a preguntar.

Robert parpadea, confuso.

—¿Cómo lo sabes?

Me aclaro la voz.

—No lo sé, supongo que lo he adivinado. ¡No puedo creer que vuestro padre sea gay! ¿Y ninguno habéis heredado sus peculiares... gustos?

Robert empuja el plato hacia el centro de la mesa y esboza una sonrisa burlona, muy parecida a la de su hermano.

—Claro que sí. Mi hermano es gay. No te dejes engañar por su vasto curriculum sexual —se inclina sobre la mesa y adopta un aire confidencial—. A pesar de haberse acostado con tres cuartos de la población femenina entre los dieciocho y los cuarenta, lo que realmente le van son los tíos. Es un ranito que se pone sujetadores —me susurra, volviéndose muy serio.

Le pongo una cara de “no seas cretino” mientras coloco los cubiertos en mi plato vacío.

—Ya sé que tu hermano no es gay, listillo.

—¡Oh, te referías a mí! Siento decepcionarte, pero no. No soy gay. Para mí desgracia, me gustan las mujeres. Las de los demás, sobre todo. Un rasgo de familia —murmura a modo de explicación.

Suelto un suspiro de alivio y le muestro una adorable sonrisa. ¿Y a mí qué más me dará? ¿Seré idiota?

Empiezo a comprobar el correo. No hay nada para mí, pero al menos me mantiene ocupada. La mayoría de las cosas son invitaciones a bailes, cenas de caridad y colectas de fondos. También han llegado unas cuantas facturas. El timbre del teléfono me hace pegar un brinco. Nota mental: cambiar la puñetera canción.

—Diga.

—Soy yo.

Hago una pausa y dejo los sobres encima de la mesa del receptor.

—Has vuelto a desaparecer.

—Lo sé. Lo siento. Tenía cosas que hacer.

—Ya veo —digo con sequedad.

—Escucha, Catherine, no puedo hablar mucho tiempo. Necesito que me hagas un favor.

¿Cómo no! Y yo que pensaba que llamaba para preguntar ¿qué tal, Catherine? ¿Cómo te va la vida?

—¿Qué quieres?

—Qué vengas a buscarme al 421 del Empire Boulevard, en Brooklyn, con dos mil dólares. ¿Podrás hacer eso, amor?

—¿En Brooklyn? ¿En qué lío te has mentido esta vez?

—Estoy detenido. Luego te lo cuento.

—¿Detenido? ¿Qué demonios has hecho ahora? ¡Nate!

Ha colgado. Vamos, esto es increíble. ¡Detenido! Me visto a toda prisa y salgo por la puerta, no antes de meter un sobre con dinero en el bolso. Cuando llego al 421 del Empire Boulevard, me pongo mis enormes gafas de sol marca Dior y me bajo de la limusina. Los *paparazzi* se abalanzan sobre mí nada más tocar la acera con los tacones de mis Louboutin.

—Catherine, ¿es cierto que Nathaniel Black está detenido?

—Parece que sí. Debe de ser alguna clase de malentendido.

—¿Vas a pagarle la fianza?

—Lo voy a intentar.

—¿Qué es lo que ha hecho esta vez?

Me paro en la mitad de la acera y fulmino con la mirada al hombre que ha formulado la pregunta. Él levanta la vista de su libreta al notar mis miradas insistentes.

—Si no estuvierais incordiando, ahora mismo estaría dentro. Pero como no me dejáis pasar, no puedo hacer ninguna clase de declaraciones porque NO... LO... SE.

—¿Es cierto que iba en compañía de una prostituta cuando ha sido detenido?

—¡Dejadme pasar de una puñetera vez!

Mi voz adquiere un tono tan hostil que los reporteros se echan hacia un lado para abrirme paso. Me encamino hacia la puerta de la comisaría con paso firme y toda la elegancia de la que soy capaz, a pesar de que lo que realmente quiero hacer es tirarme al suelo y echarme a llorar.

—Buenas tardes —le digo al agente de policía, quien me observa desde su mostrador de piedra gris—. Vengo a pagar la fianza de Nathaniel Black.

—Por supuesto. Un segundo.

—¿Podría decirme de qué se le acusa? Soy su asesora de imagen y a la salida me gustaría tener unas cuantas respuestas para los *paparazzi*. Son unos tiburones —hago un gesto con la mano y me echo a reír.

El policía me sonríe brevemente y empieza a teclear algo en su ordenador.

—A ver... embriaguez, alteración del orden público y comportamiento racial. Son mil dólares. ¿Va a pagarlos en efectivo?

¿Mil dólares? ¿Entonces para que quería dos mil?

—¿El comportamiento racial es un delito? Perdóneme mi ignorancia...

—Y de los graves cuando llamas a cierto congresista *negro de mierda*.

Siento que voy a perder el juicio de un momento al otro. Voy a matar a Nathaniel Black. No, matarle es quedarse corto. Le torturaré, trocearé su musculoso torso y luego se lo echaré a los gatitos hambrientos. ¡Maldita sea! Eso tampoco es lo bastante retorcido. Tenía que haber leído el artículo aquel sobre las Confesiones de un Psicópata que publicaron en el blog *comomataratunovio.com*.

—¿Puedo hacerle otra pregunta, agente?

Él levanta la mirada de su ordenador y hace un gesto afirmativo.

—Si quisiera pagar la fianza de la mujer que le acompañaba en el momento de su detención, ¿a cuánto ascendería la factura?

—¿Se refiere a Cristal? Pues serían dos mil, en ese caso.

Esbozo una dulce sonrisa, como si supiera exactamente quién es la tal Cristal.

—¿Conoce a Cristal? —le pregunto, enchanchándome el pelo tras las orejas.

—Es una habitual. Cada semana pasa por la cárcel. Drogas, prostitución en la vía pública, y a sabe, lo típico.

O sea, lo peor de lo peor. Prostituta en la vía pública. Y la ha elegido a ella antes que a mí. A pesar de que tengo el ego hecho trocitos, no puedo mostrar señales de debilidad en este momento, así que sigo con la actitud de *femme fatale*, manteniendo mi falsa calma inalterable. Cuando todo se va a la mierda, lo único real a lo que puedes agarrarte para no hundirte es la reputación. La reputación y las apariencias.

—Entiendo. La verdad es que me gustaría pagar la fianza de ambos, pero antes de hacerlo, quisiera consultarlo con el señor Black. ¿Hay alguna posibilidad de que pueda hablar un momento con él? Solo unos minutillos.

El hombre frunce el ceño.

—Verá, eso va en contra de las normas. Como usted no es abogada, ni nada... —yo pestaño y hago pucheritos—. Pero supongo que podríamos hacer una excepción.

Compongo una sonrisa brillante en señal de agradecimiento.

—Le estaría muy agradecida si lo hiciera.

Se levanta y me conduce hasta los calabozos, donde, después de indicarme la celda de Nathaniel Black, se da la vuelta y nos deja a solas.

—Veo que has tenido un día movidito —comento en voz seca al llegar delante de su celda—. Alteración del orden público... comportamiento racial... no voy a recriminarte la embriaguez ya que forma parte de tu día a día.

Nathaniel se incorpora y se acerca a las rejas.

—No te pega el sarcasmo, amor. ¿Ya has pagado la fianza?

Una furia satánica invade todo mi ser, pero decido controlarme, así que alzo la barbilla y pregunto con toda la tranquilidad del mundo:

—¿Te refieres a la tuya o a la de Cristal?

Él baja los ojos al suelo y exhala.

—Puedo explicarlo —gruñe entre dientes.

—Claro que sí. Querías la baja por enfermedad y pillar la sífilis te ha parecido la mejor opción.

Me ofrece una mirada de advertencia.

—No estoy de humor, muñequita.

—¿Eres racista, Nate? ¿Odias a los negros?

—¡Claro que no!

—¿Y por qué llamaste al congresista negro de mierda?

—¡Porque estaba borracho! Ya sabes que cuando estoy borracho digo cosas que no quiero decir.

—Hm... Ya veo. ¿Tan difícil te resulta la vida a mi lado que no puedes soportarla sin cogerte una buena trompa?

—¿Qué? No, claro que no. ¡Deja de pensar que todo lo que hago tiene algo que ver contigo! Por si no te has dado cuenta aún, niñata egocéntrica, mi mundo no gira alrededor tuyo —resopla y me mira fijamente con su penetrante mirada azul—. Si esto llega a la prensa, estoy jodido.

—Ya te digo que lo estás. Tres de los productores de *El Oscuro Secreto* son ciudadanos de color.

—Necesito que arregles esto.

Lo miro sin dar crédito. ¿Ni un "lo siento", ni un "perdóname"? ¿Directamente exigiendo cosas?

—Claro que lo necesitas. Piensas que puedes cogerte una buena cogorza, liar la de Dios y luego esperar a que Catherine te salve el culo. Pues ¿sabes qué, amiguito? ¡Esta vez estás solo! No voy a mover ni un solo dedo.

Nathaniel ladea la cabeza y me contempla divertido.

—Te pago para que hagas esta clase de cosas, amor.

Me cruzo de brazos y adopto un aire firme.

—No lo suficiente.

—De acuerdo. Ya negociaremos una subida salarial. Y ahora dime, ¿has pagado la fianza, sí o no?

—Voy a pagarla ahora mismo. Te espero en el coche.

Doy media vuelta y, sin volver a decirnos nada más, regreso al despacho de antes.

—¿Puede creerse que soy así de torpe que me he dejado el dinero en el coche? —hago un gesto afectado para reiterar lo apenada que estoy—. Ahora mismo vuelvo.

El agente me sonríe y vuelve a sentarse detrás de su mostrador. Enderezo los hombros, lleno mis pulmones de aire y me preparo para hacerle frente al infierno de flashes que se desata ahí fuera. Nada más poner un pie en la acera, tengo que levantar los brazos para protegerme de los fognazos. El grupo de *paparazzi* se cierra en torno a mí, sacando fotografía tras fotografía.

—¿De qué se le acusa, Catherine?

—Sin comentarios.

—¿Has pagado la fianza?

—Sin comentarios.
—¿Confirmas vuestra ruptura?
—Sin comentarios.

—¿Qué se siente al ser una más en su larga lista de amantes?

Esbozo una media sonrisa y me detengo. Reconocería en cualquier parte esa dulce vocecita.

—Andy, menuda sorpresa —exclamo, girándome hacia ella—. Siento que te hayan despedido después de estropear la entrevista de tu vida.

—No, no lo sientes—me dice ella con mal humor.

No me molesto en disimular mi regocijo.

—No, claro que no. Es lo que se suele decir. Señores, que tengáis buena tarde. Gracias por venir, pero ya podéis largaros. Nadie va a hacer comentarios hoy. *Au revoir.*

Y dicho eso, me pongo las gafas de sol, cruzo el aparcamiento con la cabeza bien alta y me subo a la limusina que me espera con el motor en marcha. La deprimente idea de que esto sea el final me resulta tan sobrecogedora que no soy capaz de seguir manteniéndome en pie al llegar a casa. Me siento en el suelo, otra vez, y me quedo paralizada, con la mirada perdida en el vacío. Ya ni siquiera soy capaz de llorar.

Necesito tener la mente ocupada en algo para no pensar en lo que ha pasado, así que empiezo a dar vueltas por la casa como una demente, buscando cosas que hacer. Coloco el armario de la cocina, cambio el sofá de sitio varias veces y limpio el polvo de debajo de la cama de mi habitación. Cuando vuelve Nathaniel, estoy en la biblioteca de rodillas, ordenando los libros por orden alfabético.

—¿Qué estás haciendo, preciosa? —me pregunta, apoyado contra el marco de la puerta.

—En Europa lo llamamos limpiar.

Me mira con interés, fijándose en el pantalón corto que llevo, luego su mirada sube hasta mi rostro y termina observando, con una débil sonrisa en las esquinas de su boca, el lápiz que sujeta mi pelo.

—¿Y por qué limpias?

—Es evidente. Está todo muy sucio —respondo con cierta aspereza.

—¿No tiene nada que ver con lo que pasó ayer?

Repaso toda la estantería con el trapo antes de contestar.

—Nop.

Nathaniel suelta un bufido, se acerca a mí y me arranca el trapo de las manos.

—¡Me dejaste en la cárcel!

—Demándame —le contesto con dulzura.

—Ya veo. Estás cabreada.

—¿Cabreada? ¿Eso es lo que piensas? ¿Qué estoy *solo* cabreada? No, amor mío. Te equivocas. Cabreada no es la palabra. Puede que esté furiosa o puede que, simplemente, esté decepcionada. Mi estado de ánimo es un secreto que nunca te diré, pero una cosa puedes tener bien clara: no... estoy... ¡cabreada!

Resopla con fastidio mientras me evalúa con la mirada.

—Puedo explicar lo de Cristal.

Hago una mueca de disgusto.

—No hace falta. Sé lo que pasa cuando un hombre acude a una puta. Soy británica, no gilipollas.

—¿Cómo sabes que era una puta?

—Se llama Cristal. Seguro que no trabaja para el fiscal general.

Convenientemente, se me olvida mencionar las triquiñuelas usadas para sonsacarle esa información al agente de policía. Nathaniel esboza una sonrisilla, como si supiera exactamente lo que estoy pensando. Una vez me dijo que yo era como un libro abierto. Espero que estuviera exagerando.

—No me he acostado con ella.

—¡Porque te detuvieron! —le grito, fuera de quicio.

Desesperado, se pasa una mano por el pelo.

—No lo entiendes. Yo no quería... Por favor, tienes que creerme. Tienes que confiar en mí.

—¡Deja de decirme lo que tengo que hacer! —lanzo un grito de exasperación y pateo el suelo—. ¡Odio que se me diga lo que tengo que hacer!

—Catherine... por favor, amor... —suplica, con el brazo extendido hacia mi rostro.

Retrocedo hasta que mi espalda se golpea contra la fría pared con tal de que no me toque.

—No te acerques. No.

Hace otro intento de acercarse, pero mi mano alzada se lo impide.

—No —repito con un poco más de convicción que antes.

—Por favor, amor. Puedo explicarlo.

—¿Puedes?

—¡Sí! Sé que te parecerá absurdo, pero ella... yo... no...

Al darse cuenta de que no puede decir nada en su defensa, deja caer la cabeza y expira hondo. Permanezco en silencio, contemplando su rostro, hasta que él levanta la mirada del suelo y me observa con los ojos agrandados por el dolor. Cuando estira el brazo para acariciar mi pelo, muevo la cabeza y me alejo de él mientras que lágrimas de amarga decepción inundan mi rostro.

—Vale, puede que no pueda explicarlo, pero necesito que confíes en mí. Nada es lo que parece.

—No... me... toques —gruño, tragándome las lágrimas.

Nathaniel levanta las manos en el aire y retrocede unos pasos.

—De acuerdo —resopla y recupera la compostura—. Te gustará saber que el congresista ha retirado los cargos. Esta vez me he librado de un escándalo público y no ha sido precisamente gracias a ti.

Lo miro ceñuda. ¿Qué habrá liado ahora?

—¿En serio? ¿Y cómo lo has conseguido? Si puede saberse...

Me sonríe con picardía, señal de que esto no va a gustarme. Lo único que puedo hacer es rezar para que no diga la palabra "amenazas".

—Con dos millones de dólares invertidos en su campaña electoral —me explica, muy complacido por su propia astucia—. Dentro de dos años se presenta a las presidenciales.

Mucho peor. ¡Cohecho!

—¿Sobornos?

—¡Sobornos! Grandes palabras para tan poca acción. En mi mundo las cosas funcionan así, amor. Tú tienes algo que yo quiero, y yo tengo algo que tú quieres y nos hacemos un favor mutuamente. Todos salimos ganando. Es muy simple.

Noto el calor de la cólera subiendo por mi cuello.

—Y os importa un carajo lo que está bien y lo que está mal, ¿verdad? Siempre y cuando vuestros prepotentes traseros salgan bien parados.

Nathaniel suelta un bufido de desprecio.

—¿El bien? ¿El mal? Estamos en Nueva York, preciosa, no en el jardín del Edén. No se llega a lo más alto de la pirámide pensando de esa forma. Pero ¿qué vas a entender tú? Has tenido el mundo a tus pies desde que naciste.

—Eres la peor persona sobre la faz de la tierra. ¿Hay algo que tu moralidad te impida hacer? ¿Secuestros? ¿Asesinados? ¿Extorsiones? Lo que sea. Piénsalo bien. Cualquier cosa podría valer.

De repente, se tensa de cabeza a pies y me lanza una mirada angustiada, como si le faltara el aire.

—Disculparme. Temo que pedir disculpas no entra en mi código genético. Pero, aun así, quiero que sepas que yo lo...

—¡Ni se te ocurra! —gruño entre dientes, caminando hacia la puerta—. ¡No! Esta vez no pienso escuchar tus lamentaciones, ni tus pretextos.

—¡Pero es cierto! Estoy muy arrepentido. Por favor, Catherine, tienes que saberlo.

—¡Vete al demonio!

Intenta seguirme, pero lo detengo con una mirada pétrea, así que se queda parado en el recibidor, siguiendo con la mirada mi ascenso por la escalera. Al entrar en mi habitación, me siento devastada. Me acurruco en la cama y lloro hasta que me duermo.

¡Mierda, mierda, mierda! ¡Joder! No, no es la letra de una canción de Snoop Dogg, son mis pensamientos al darme cuenta de que tengo que organizar la fiesta de recaudación de fondos para la ONG y no tengo ni idea de por dónde empezar. Si no hubiera pasado la última semana lloriqueando como Bridget Jones, no estaría en esta situación.

Ojeo una vez más la enorme lista de invitados. Quinientas personas no van a entrar en este salón, por muy grande que sea, así que tendré que buscar un local. Estoy con el agua al cuello, el tiempo se me echa encima y, sinceramente, no sé cómo voy a solucionar esto.

—¿Te habían dicho alguna vez lo guapa que estás cuando arrugas la nariz?

Sonrío por primera vez en ni se sabe el tiempo.

—Eres todo un seductor —remarco, levantando la mirada de las carpetas—. Siempre sabes lo que decirles a las chicas para que se sientan mejor.

—A las chicas, no. Solo a ti.

Robert se sienta a mi lado y me ofrece una taza de café humeante. Mmmm. ¡Qué bien huele!

—¿Qué estás haciendo?

—Resolver los últimos preparativos para la colecta de fondos —hago una mueca al darme cuenta de que eso no es del todo cierto—. O, mejor dicho, los primeros, puesto que no tengo local y encima ha habido un error con el pedido de champán, que no llegará a tiempo. Nadie es de fiar en esta puñetera ciudad, y lo peor de todo es que no puedo arreglarlo. ¡Es horrible! Ya me dirás qué fiesta es esa sin champán, teniendo en cuenta que tu hermano ha conocido a sus amigos en Alcohólicos Anónimos. Ah, y por si eso fuera poco, las invitaciones no han sido enviadas aún.

Dejo la taza encima de la mesa de cristal y examino una vez más la lista de locales de Nueva York, masajeándome la nuca con una mano para liberar algo de tensión.

—Chico joven y guapo, con amplia experiencia en fiestas, bailes, colectas de fondos y cenas de caridad, se ofrece voluntario para ayudar. Por favor, déjame la lista de invitados, tómate esa taza de café y sube al jacuzzi un rato. ¡Relájate, ángel! Yo me ocupo de todo.

Suelto un suspiro mientras evalúo su propuesta. Lo cierto es que me quitaría un gran peso de encima y me sacaría de un apuro del que, de todas formas, no sé cómo salir. Claro que si permito que me ayude, estaré debiéndole un favor. *Ya ves tú qué problema.*

—Hecho —asiento y le ofrezco la lista de los invitados, muy complacida por haber solucionado el problema tan rápido.

Capítulo 13

Día de recaudación de fondos. Afortunadamente tenemos champán, local y las invitaciones fueron enviadas a tiempo. De no haber sido por la ayuda de Robert, nada de eso habría sido posible. Se suponía que Nathaniel iba a echarme una mano con esto, pero —¿quién lo habría dicho?— ha vuelto a escaquearse. Hoy le he puesto un mensaje con los detalles de la fiesta, aunque no sé si acudirá o no. No se ha tomado la molestia de contestarme. Lleva tres días sin pasar por casa y, a juzgar por lo que he averiguado en Twitter, está esnifando, fumando y bebiendo hasta reventar en un hotel pijo de los Hamptons, en compañía de gente de muy dudosa reputación. Vamos, lo que viene siendo una semana corriente en la vida de Nathaniel Black.

Estoy en el baño del club, retocándome el maquillaje. Dejo de echarme el colorete durante un momento y me contemplo en el espejo, casi sorprendida por el reflejo de mi propia imagen. Llevo un largo vestido de Carolina Herrera, del mismo tono verde esmeralda que mis ojos y, de manera sospechosa, sigo siendo la misma Catherine de siempre. Mi piel luce tan perfecta como antes, no más pálida de lo habitual, y mis labios son capaces de dibujar mi típica sonrisa adorable sin el más mínimo esfuerzo. Solo que en mi interior todo ha cambiado. Mi mundo se ha desmoronado en las últimas semanas gracias a Nathaniel Black. Y, aun así, él sigue siendo la razón por la cual me levanto cada mañana. La razón por la cual aún sigo aquí, mintiéndome a mí misma sobre que lo nuestro tiene un futuro. En el fondo de mi alma sé que eso no es cierto. Sé que nunca vamos a superar sus adicciones, ni sus demonios, ni los fantasmas de sus ex, pero no puedo permitirme el lujo de pensar en eso ahora. Tengo una gala que atender.

Me obligo a sonreír y salgo del baño, preparada mentalmente para convertirme en la perfecta anfitriona. La fiesta está bastante animada y, aunque no conozco a casi nadie, no tardo demasiado tiempo en hacer amistades. Cuento con la ayuda de Robert, quien se ocupa de entretener a la otra parte de los invitados, y lo cierto es que entre los dos, resulta mucho más fácil.

Estoy despidiéndome de la esposa del médico que le curó a Nathaniel una rodilla—que se lesionó en una carrera ilegal de coches, según acabo de enterrarme—, cuando Robert se acerca a mí, radiante y tan elegante como siempre. Me ofrece una copa de champán, que cojo para darle unos cuantos sorbitos, y después le devuelvo. No me apetece beber hoy.

—Es una fiesta genial —comenta con los labios casi pegados mi oído—. Creo que recaudareis bastante dinero como para poder abrir la filial.

Una larga sonrisa de sorpresa ilumina mi rostro.

—¿Tú crees?

Él hace un gesto afirmativo con la cabeza y se deshace de la copa de champán, dejándola encima de una de las mesas. Nos desplazamos para saludar a unos cuantos invitados y, mientras agradecemos su presencia y la generosidad de sus donaciones, lanzo una rápida mirada a mí alrededor. Puede que Robert lleve razón. Hay mucha gente y, por poco que colaboren, creo que reuniremos bastante dinero. Al fin una buena noticia.

—¿Bailas? —me pregunta, nada más despedirnos de un grupo de actores.

Reflexiono durante unos segundos antes de contestar que sí. No encuentro ninguna razón para negarme y encima me encanta la canción.

Robert me abraza y empezamos a movernos lentamente.

—No te he dicho nada, pero estás especialmente guapa esta noche —me susurra al oído.

—Gracias. Tú también lo estás.

Nos sonreímos. Y, por un breve instante, me siento casi feliz. Pero la sonrisa se congela sobre mis labios en cuanto desvío la mirada y mis ojos se cruzan con los maliciosos ojos azules de aquella persona que nos observa desde un rincón. Mi corazón da un brinco al darme cuenta de que es el hermano malo, más guapo de lo que yo recordaba, con su esmoquin negro, su sonrisa de chico malo y el cabello despeinado. En un santiamén, antes de que me dé tiempo comentarle nada a su hermano, Nathaniel se coloca a su espalda y me mira con una ceja ligeramente arqueada.

—¿Interrumpo algo? —pregunta en tono cáustico.

—Pues sí —respondo con rigidez.

—Bien. Ya sabes lo que disfruto molestando.

—¡Hermanito! ¡Qué detalle por tu parte obsequiarnos con tu maravillosa presencia! —exclama Robert, con ese sarcasmo marca Black que nunca me resultará agradable.

La boca de Nathaniel adquiere su típica sonrisa detestable.

—Hermano, no recordaba que fueras tan despreciable. ¿Tú crees que te importaría mucho devolverme a mi novia?

Robert me mira con expresión interrogante y yo asiento. Lo que menos quiero esta noche es un numerito.

—Toda tuya... —una sonrisa verdaderamente odiosa se difumina por todo el rostro de Robert cuando se inclina hacia su hermano y añade— cretino.

—¡Capullo! —protesta Nathaniel indignado.

Yo entorno los ojos. ¿En serio?

—¡Eh, dejarnos de niñerías! ¿Qué tenéis, cinco años? —me giro hacia Robert, puesto que suele ser el más sensato de los dos—. Por favor, sé el hermano listo y vete. Danos unos minutos.

Él rechina los dientes y hace un visible esfuerzo por dominarse.

—De acuerdo, me iré, pero que conste que lo hago solo porque tú me lo has pedido. Tenía la batalla ganada.

Lo miro con las cejas fruncidas hasta que desaparece de mi campo visual.

—¡Bailemos! —me ordena Nathaniel enfurecido.

Como siempre, no espera una contestación. Me agarra los brazos, me los coloca encima de sus hombros y tira de mi cintura hasta aplastarme contra su cuerpo. Decido bailar con él para guardar las apariencias. Desde muy pequeña me han enseñado que la reputación lo es todo.

—Joe Cocker lo ha clavado con esta canción, ¿no te parece? *El sol no brilla cuando ella no está*.

Decido ignorar la ironía que se percibe en su voz.

—De forma que ahora soy tu novia.

—Pensaba que es así como se denomina la mujer con la que me he acostado más de una vez, aunque si te resulta menos ofensivo el término de meretriz...

Alza los hombros con indiferencia y me dedica una mirada de lo más insultante. Tengo que respirar hondo y contar hasta diez para reprimir las ganas de abofetearle ese rostro de facciones perfectas.

—¿Qué pretendes, Nathaniel? ¿Qué haces aquí?

—¿Que qué hago aquí? Esta es mi fiesta, amor. Vengo a dar el discurso que espero que hayas escrito.

Le pongo mala cara.

—¿Borracho como una cuba? ¿Es ese tu maravilloso plan? ¿Hacer el ridículo hoy?

Él se echa a reír tan ruidosamente que varias cabezas se giran hacia nosotros.

—¡Qué gran capacidad de observación, señorita Collins!

—Será mejor que te vayas a casa. No querrás que este público selecto con trajes de etiqueta presencie tu numerito, ¿verdad?

Nathaniel suelta un bufido y me aprieta más fuerte contra su pecho.

—¡La flor y la nata de la ciudad de Nueva York! —dice con desprecio, mirando a los invitados por encima del hombro—. ¡Menudos gilipollas! ¿Por qué debería preocuparme yo por sus estúpidas opiniones, preciosa? ¡Yo... soy... Nathaniel... Black! Tengo fama, fortuna y mucho *sex appeal*. Estoy en la cima del mundo y ninguno de estos idiotas me llega a la suela del zapato.

—La única diferencia que hay entre estos *idiotas* y tú es la magnitud de tu egolatría. Mira, ¿sabes qué? ¡Haz lo que te dé la gana! Quédate si es lo que te hace

feliz, pero por favor, decidas lo que decidas, no me dejes en ridículo esta noche. Te lo ruego. Tu hermano y yo hemos trabajado mucho para organizar esto y sabes lo importante que es la ONG para mí. Por favor, por favor no lo estropees solo porque estás cabreado conmigo.

Él me levanta la barbilla para obligarme a mirarle a los ojos. De repente, se vuelve serio.

—Yo nunca te dejaría a ti en ridículo, amor. Sabes perfectamente que no haría nada que pudiera perjudicarte —esta vez la que suelta bufidos soy yo—. Estás enfadada conmigo. Lo pillo, de verdad que lo pillo, pero...

—¡Por favor! Enfadarme contigo es algo que me agota. Y puesto que no dispongo de toda la energía necesaria, no, no estoy enfadada. Estoy cansada. Quiero que acabe esta fiesta, quiero que acabe este maldito contrato que aún me vincula a ti y, por encima de todo eso, quiero que acabe nuestra relación. Cuando te den el papel, me iré a Londres y no quiero volver a verte jamás. No quiero que me llames, ni que me escribas, ni que me mandes invitaciones para el Candy Crush. Ni siquiera quiero volver a oír tu nombre.

Nathaniel se detiene y me mira como si hubiera recibido un fuerte impacto.

—No hablarás en serio—murmura.

—No he hablado más en serio en toda mi vida. Parece que esta vez soy yo la que quiere mantenerse alejada de ti.

—¿Podemos hablar de esto en un sitio más tranquilo, por favor? —gruñe, taladrándome con la mirada.

Cuando abro la puerta de la terraza y el implacable aire glaciador me azota el pelo contra la cara, sé exactamente lo que tengo que hacer. Lo único que necesito es un poco de valor. Me paso una mano por el pelo y expiro hondo mientras lo reúno.

—Lo siento, Nate. No puedo hacerlo —le digo con calculada frialdad.

Los ojos de Nathaniel carecen de expresión y su boca se ha convertido ahora en una línea tensa.

—¿Qué es lo que no puedes hacer?

—Seguir. He cambiado de opinión. Mañana me voy —mi voz adopta cierto tono lúgubre y mis labios intentan dibujar una sonrisa trémula.

Al escuchar mis palabras, su mirada se endurece.

—¿Irte? —me pregunta alarmado—. Irte... ¿adónde?

—A casa —me limito a contestar, abrazándome a mí misma para protegerme del frío. Sobre todo, del frío que invade mi interior.

Nathaniel cierra los ojos en un intento de hacer desaparecer el pánico que, a pesar de todos sus esfuerzos por disimularlo, se refleja en su rostro.

—Y así se acaba todo, ¿verdad, preciosa? Te vas sin más.

Siento que empieza a temblarme el labio inferior y tengo que mordérmelo para disimular.

—No puedo hacer otra cosa —musito, intentando evitar su penetrante mirada.

—Sí que puedes. Puedes besarme porque, si me besas ahora, te darás cuenta de que nada ha cambiado. En alguna parte de mi interior, sigo siendo yo. Sigo siendo el Nathaniel con el que pasaste un fin de semana. ¿Te acuerdas de eso?

Bajo la mirada hacia el suelo y asiento. ¿Cómo iba a olvidarlo? Fueron los mejores momentos de mi vida.

—¿Y crees que con un beso se arregla todo lo que hemos dicho o hecho? —pregunto con la voz tornada en un susurro.

Vuelve a cerrar los ojos durante un momento. Tiene el aspecto de un hombre destrozado. Un hombre que está a punto de perder lo que más le importa en el mundo. Y a mí se me convierte el estómago en un nudo y se me encoje el corazón de verle así de abatido. Tal vez podamos conseguirlo juntos. Tal vez no tenga que irme ahora mismo...

—No sé si va a pasar eso o no, princesa —susurra, evaluando mi mirada mientras las puntas de sus dedos acarician mis pómulos—. Lo único que sé es que, si solamente me quedara hoy, querría pasarlo contigo porque no puedo imaginar mi día sin que tú estés en él.

Es asombroso cómo con una sola palabra suya cambio de opinión por completo. Sé que no debería hacerlo, sé que vuelvo a vender mi alma por monedas de plata, pero el impulso de sentir su boca sobre la mía es más fuerte que nunca.

—Ponte cómoda. Voy a darme una ducha. Ahora salgo —me dice Nathaniel con una sonrisa de oreja a oreja, antes de entrar en el cuarto de baño.

Como no tengo nada mejor que hacer mientras le espero, me siento encima de su cama y empiezo a husmear entre sus cosas. Encima de su mesilla descansan tres marcos de fotos. Recorro con las puntas de los dedos el frío metal plateado, estudiando atentamente las fotografías. No hay nada personal, solo paisajes. Hay una playa desierta, un campo de trigo y un lago que se parece sospechosamente al de Texas. Cojo ese último marco y examino la foto más de cerca. No puedo asegurarlo, pero hay una posibilidad bastante grande de que sea el mismo sitio. Tal vez haya guardado esa foto como recuerdo del fin de semana que pasamos juntos y, si fuera así, eso quiere decir que me quiere, aunque se niegue a reconocerlo. ¿Por qué sino iba a necesitar un recuerdo? El timbre de mi móvil me distrae de mis presuntuosas fantasías. Cómo no, *Page Six Online*. A ver qué se cotillea en la prensa de escándalo.

«**Nathaniel Black y Nancy Jones fueron vistos ayer saliendo del Serendipity 3 muy acaramelados.** ¿Será a causa del enorme helado de chocolate que han compartido o por este largo beso de despedida que se dieron en la acera?»

Incapaz de moverme a causa del impacto que recibo, me limito a mirar la pantalla del teléfono durante largo rato. Hay una foto en la que Nathaniel está besando a una rubia que no conozco de nada. De modo que eso era lo que había estado haciendo. No puedo creer que haya sido tan imbécil, dejándome seducir por su sonrisa. Sabía que esto iba a pasar desde el principio ¿y qué he hecho? Nada. Me limité a estar de brazos cruzados mirando cómo me partía el corazón. Me merezco esto. He sido tan idiota como para pensar que esta vez sería distinto... tan vanidosa como para imaginarme que él caería rendido a mis pies, declarándose su amor eterno a la luz de la luna. Me he dejado dominar por mis sentidos una vez más y ahora ha llegado el momento de pagar las consecuencias.

En algún momento empiezo a llorar, sin tan siquiera darme cuenta. Furiosa conmigo misma por lloriquear como una niña idiota, me enjuago las lágrimas, agarro las llaves de su coche y salgo de su habitación cerrando de un portazo. Desciendo por la escalera a toda prisa, sin volver a mirar hacia atrás.

—¡Catherine! ¡Ni se te ocurra irte ahora! —resuena la voz cabreada de Nathaniel Black a mis espaldas.

Me detengo y me giro para mirarle. Está en la puerta de su habitación, con las manos en jarras, el pelo desordenado y la mirada impenetrable. Acaba de salir de la ducha, solo lleva una toalla alrededor de su cintura y va descalzo. Bien. Eso quiere decir que no puede seguirme.

—¡Vete al demonio! —ladro y le lanzo una mirada asesina.

Su rostro se mantiene inexpresivo al verme tirar el móvil encima de la mesa del recibidor. Hago una exagerada reverencia, le doy la espalda y aumento el ritmo de mis pasos. Una vez en el ascensor, pego la frente contra el enorme espejo, y me esfuerzo por no desplomarme otra vez.

Bajo al garaje perdida en mis pensamientos, guiando mis pasos hacia el coche como un autómata. Tengo el sentimiento de estar dentro de una pesadilla que me asfixia y me paraliza el cerebro de tal forma, que soy incapaz de poner orden en mi mente. El suave pitido del Porche me devuelve a la realidad. ¡Se acabó! No pienso desplomarme más, ni lloriquear, ni gimotear, ni hacer puchereros. Afrontaré esto al estilo Collins. Tendré mi venganza. Tarde o temprano, Nathaniel Black lamentará todo esto.

Una vez tomada esta decisión, arranco su carísima copia del *Little Bastard* de James Dean, salgo del aparcamiento pisando fuerte el acelerador, y subo el volumen de la música a tope. Hasta Metallica mola algunas veces. Conduzco de vuelta a la fiesta con la ventanilla bajada y el viento secándome las lágrimas. Me aseguro de maltratar el coche todo lo que puedo y, si no provoco un accidente, solo es porque soy demasiado egocéntrica como para hacerme daño a mí misma, pero admito que me encantaría destrozar por completo a su "nena". Reducirla a chatarra. A cenizas. ¡Qué satisfacción, Dios Santo!

—Catherine, sabes dónde...

—Ni lo sé, ni me importa —le digo en tono brusco a la chica encargada de regalar a todos los participantes una bolsita con productos cosméticos que no han sido testados en animales.

Paso por delante de ella como un terremoto y voy derechita a la barra. Desde que estoy con Nathaniel Black he descubierto la importancia del alcohol. El

camarero me mira con expresión interrogante.

—Vodka doble. Y no te molestes en estropearlo poniéndole hielo.

Sonríe, divertido por mi brusquedad, y me prepara la bebida. La tomo de un solo trago. Pido otra con un gesto de la mano y me la tomo de golpe también. Empiezo a estar tan mareada, como cabreaba. No es una muy buena combinación, ¿verdad?

Estoy en la barra, con la cabeza apoyada en una mano, una copa de vodka en la otra y muchas ganas de morirme, cuando veo a Robert acercándose, sin chaqueta, ni corbata, con el cuello de la camisa desabrochado y su oscuro cabello más despeinado de lo normal. Tiene pinta de haberse dado el lote con alguna. ¿Lo que tiene en la mejilla es pintalabios? ¡Menudo *playboy*! Rasgo de familia, supongo.

Se deja caer en el asiento de al lado y me examina con sus ojos azules.

—Ha llamado mi hermano. Quería saber si habías vuelto a la fiesta.

Tomo otro sorbo de vodka y suspiro.

—¿Y qué le has dicho?

—Que iría a mirar.

—Bien. Llámale y dile que no estoy aquí. Y por si pregunta, has mirado por todas partes.

Robert coloca una mano encima de la mía y se inclina hacia mí.

—¿Estás segura? —me susurra.

Nuestras miradas se encuentran. Parece preocupado. Lo sé porque tiene una arruga que se le forma en la frente cuando está preocupado. Me di cuenta de ello hace tiempo.

—Mucho —musito, ya perdida en el océano azul de sus ojos.

Es tan guapo y tan parecido a Nathaniel que, por un momento, se me olvida que estoy con el hermano equivocado. Me inclino hacia él y rozo con los labios las esquinas de su boca.

—Catherine... —coge mi rostro entre las manos y me mira confuso, con el ceño arrugado—. No deberíamos. Eres su novia.

Cierro los ojos durante un instante y asiento. No debería. Es verdad. Esto está mal, muy mal. Solo espero que el infierno no sea un lugar tan inhóspito según vaticina mi tía Agatha.

—Robert, lo siento.

—¿Qué es lo que sientes, ángel? —sus ojos recorren mi rostro en busca de una explicación.

Acaricio su mandíbula con las puntas de mis dedos. Él entrecierra los ojos y acerca el rostro hacia mi mano.

—Esto —exhalo y cubro su boca con la mía.

Durante unos segundos, Robert se queda inmóvil, en estado de *shock*. Y acto seguido, agarra mi nuca con las dos manos, adentra su lengua dentro de mi boca y responde a mi beso con la misma pasión. Su boca me reclama con una desesperación abrumadora y, mientras nuestras lenguas luchan la una con la otra, mis manos se hunden en su cabello y un débil gemido escapa de mi garganta. Pero entonces pasa algo que me hace bajar la intensidad del beso. Unas palabras, unas inquietantes palabras acuden a mi mente de golpe: *Necesito saber que serás capaz de ver más allá de las apariencias... No dejes que ellos estropeen lo que tenemos ahora... Quédate conmigo... Solo tú puedes salvar mi alma... No te vayas nunca...* ¡Oh, Dios mío! ¡Nate!

—Para... Por favor, para... —jadeo pegada a sus labios—. Lo siento, Robert. Yo no pretendía... Ay, Dios, lo siento de verdad.

Aparto su pecho con brusquedad y me cubro la boca con una mano cuando una punzada de remordimiento me golpea de pronto. Robert empieza a ponerse cada vez más tenso, su pecho se ensancha al coger una bocanada de aire, y la mirada que me lanza me dice que le cuesta bastante esfuerzo dominarse en este momento.

—¿Por qué lo has hecho? —gruñe entre dientes—. ¿Por qué me has besado si lo sientes?

—Yo no pretendía...

Al escuchar mis balbuceos, un musculo de su mandíbula empieza a palpar.

—¡Contéstame, maldita sea! —su puño impacta contra la barra y unas cuantas gotas de mi copa de vodka me salpican en el cara—. ¿A qué juegas?

Me limpio el alcohol y alzo los hombros con desdén.

—Lo dices como si fuera yo la única culpable. Para un beso hacen falta dos personas. ¡Y no finjas estar escandalizado, Robert Black! Te morías por besarme desde el primer día que nos conocimos. Admítelo y volvamos a ser amigos. Será como si esto nunca hubiera pasado. Tu hermano ni siquiera tiene porqué enterarse.

En cuestión de segundos, el rostro de Robert se transforma por completo, su mirada se vuelve implacable y más gélida que el mismísimo Ártico.

—¿Sabes?, deberías estar con él. ¡Sois tal para cual! —sus ojos azules me taladran con desprecio—. Lo único que hacéis es jugar con los demás, manipular y engañar según se os antoja. Os merecéis el uno al otro. De verdad que espero que seáis muy felices o que, al menos, no os devoréis entre vosotros. Y no te inquietes demasiado, efectivamente será como si esto nunca hubiera pasado. No tengo intención alguna de volver a verte.

Pongo los ojos en blanco. Por lo visto, este es el hermano melodramático. *¡Sí, he besado al hermano de mi novio! ¿En qué puñetero planeta es eso un crimen?*

—Robert, espera. Tenemos que hablar.

—Nos hemos dicho todo lo que valía la pena decir. Dile a mi hermano que me hospedaré en el Hilton hasta que encuentre casa.

Me fulmina con la mirada antes de dar media vuelta. Se encamina hacia la salida a grandes zancadas.

—¡Mierda! —me giro hacia el camarero, que me observa de reojo, visiblemente divertido por el momento dramático que ha presenciado—. ¿Qué te debo?

—Las bebidas son gratuitas.

Claro. ¿Seré idiota? Aún estamos en la fiesta.

—¡Robert!

Salgo a la calle, corriendo hasta el aparcamiento. Me detengo al ver su Maserati aparcado a unos cuantos pasos.

—Para, por favor. Tengo que explicarte...

—Adiós, Catherine —me interrumpe y se monta en el coche—. Que te vaya bien.

Y cierra de un portazo.

—Por favor... —berreo, echándome a llorar, solo Dios sabe por qué. Debo recordar la próxima vez que el vodka es malo. Muy malo. ¡El vodka es Satanás! — Robert, por favor...

El pequeño de los Black me lanza una mirada de desprecio y la única contestación que recibo es un acelerón. El coche da marcha atrás con un chirrido de ruedas y desaparece entre las sombras, dejándome sola en el medio de un aparcamiento casi vacío. Es de noche, hace frío y yo solo llevo un vestido de tirantes. Levanto el pie en el aire para darle una patada al coche de Black, pero mis reflejos se han visto seriamente alterados a causa del vodka y, no solo que no toco el coche, sino que encima pierdo el equilibrio y caigo de culo en un charco de barro. *¡Mi vida es un asco!*

Empiezo a sollozar con desesperación cuando los fríos copos de nieve, movidos por el viento áspero, azotan mi cara. Mi mente parece despejarse con el aire fresco y, poco a poco, comienzo a comprender qué es lo que me hace llorar —aparte del evidente barro encima de mi carísimo Carolina Herrera—. Lloro porque sé que Robert lleva razón. Soy tan egoísta y tan mala como su hermano. ¿Cómo he podido usarle? A él, con lo bueno que ha sido siempre conmigo. ¿Cómo? Me digo a mí misma que Nathaniel se lo merecía, pero sé que eso no es cierto. He sido impulsiva y estúpida. Debo volver a casa y arreglar esto.

Conduzco deprisa a pesar de que, con la nevada, apenas tengo visibilidad.

—¡Nate! —grito desde la planta baja.

Subo corriendo por la escalera, saltándome algunos escalones, y entro en su habitación. No está.

—¿Nate?

Abro la puerta del baño. Tampoco está. ¡Maldición! Corro arriba y abajo por las escaleras, buscándole por toda la casa. Cuando me doy cuenta de que se ha ido, vuelvo a su habitación, me acurruco en su cama y decido esperarle despierta hasta que vuelva. No tengo el móvil para llamarle. He mirado en el recibidor, pero ya no

estaba. Parece ser que se lo ha llevado con él.

—De todos los hombres de este mundo, ¿tenías que liarte con él?

Abro los ojos de golpe, sobresaltada tanto por esos ruidos, como por el portazo que ha hecho temblar la casa. Aún estoy en su cama y es de día. ¡Mierda! ¡Lo sabe! Me pongo en pie de un salto e intento recobrar la compostura.

—¿De qué hablas? —baluceo, con cara de confusión.

—¿De verdad vas a fingir que no sabes de lo que hablo? —trueno, muy irritado.

Se detiene delante de mí, con las manos en jarras, y me observa con su mirada aniquiladora. Hago una pausa para deshacerme del nudo que se me ha formado en la garganta. Sangre fría. Sangre fría. Puedo arreglar eso.

—¿Cómo lo sabes? —consigo preguntar con la voz convertida en un murmullo.

—¿QuE cómo lo sé? ¿Tú cómo crees que lo sé? Desde luego no es por vosotros dos.

Suspiro aliviada. Aún no ha hablado con su hermano. Bien. Puedo arreglar esto.

—Nate, tengo que explicártelo... —empiezo a decirle, muy seria.

—¡Ya te digo que tienes que explicármelo! Necesito que me expliques por qué COÑO vuestro idílico beso está en la portada del *New York Post* —me grita a la vez que me tira el periódico a la cara.

—¿¿QUÉ??

Cojo el periódico y empiezo a leer entre líneas. Me llevo una mano a la boca, incapaz ya de ocultar el horror.

—Ay, Dios... —murmuro, levantando la mirada hacia la de él.

—¡Dios no va a ayudarte ahora mismo! —ladra, y su timbre agresivo me provoca un escalofrío por toda la espina dorsal—. Ni Dios, ni nadie. Ahora sé buena y cuéntamelo tú solita.

—Nate, yo...

Él me mira con excesiva aspereza y yo soy incapaz de articular palabra. Es como si mi lengua hubiera desaparecido de repente. ¡Puf!

—¿Y bien?, ¿tienes algo que decir en tu defensa? —me espeta.

—Yo lo... lo...

—Y por favor, por favor, no se te ocurra decirme que lo sientes porque no responderé de mis actos —brama, apuntándome con su dedo índice.

¿Espera mis disculpas? Por mí puede esperar sentado. Enderezo los hombros y sostengo su mirada con desafío.

—Nada más lejos de mi intención.

Nathaniel se queda atónito, con los ojos brillando a causa de la furia que esa contestación ha despertado en él.

—Repite eso, por favor.

—He dicho que no pienso disculparme —gruño entre dientes—. ¿Es que estás sordo?

Suelta una carcajada cargada de maldad, aunque sus ojos mantienen ese reflejo aterrador que me pone los pelos de punta.

—Claro que no piensas hacerlo. Para pedir disculpas, tienes que estar arrepentida. Y tú no lo pareces. Le quieres, ¿verdad? —ruge, de pronto poseído por una furia demoníaca que ni quiere, ni tiene intención alguna de dominar—. ¡Al bueno y noble Robert! ¡Al que no ha roto un puto plato en toda su vida, a diferencia de su trastornado hermano!

—Nate... —digo en tono de advertencia.

Haciendo caso omiso de mis advertencias, Nathaniel se acerca peligrosamente a mí y me agarra la muñeca.

—¡Cállate! Ahora hablaré yo y tú me escucharás.

Me libero la mano con un gesto brusco y empiezo a frotármela para calmar el dolor producido por su agarre.

—¡Estás borracho! —le grito.

Empujo su pecho para abrirme camino hacia la puerta. Él sonríe maliciosamente, me coge en brazos y me tira encima de la cama.

—Te equivocas, amor mío. ¿Piensas que *solo* estoy borracho? Sufro un avanzado estado de embriaguez y encima estoy la leche de cabreado. ¡Así que no te atrevas a moverte! Y ahora dime, ¿cuál es tu malicioso plan? ¿Quieres casarte con mi hermano, tener gemelos y obligarle a comprarse un Volkswagen familiar?

Cruzo una pierna sobre la otra y le muestro una sonrisa tan dulce que creo que va a perder los nervios de un momento a otro.

—¡contÉstame! —vuelve a gritar y me zarandea los hombros—. ¿Es ese tu plan? ¿Irás a misa todos los putos domingos y luego me invitarás a vuestra maravillosa casa de las afueras a tomar el PUTO té?

Pongo los ojos en blanco. De no haber sido por lo dramático de la situación, estaría desternillándome de la risa.

—No eres tú mismo —hablo con tranquilidad, para no cabrearle todavía más—. Cuando se te haya pasado el cabreo y la borrachera, podemos aclarar esto.

Nathaniel clava en mí su fría mirada y retrocede. Respira hondo, poco a poco recuperando el dominio sobre sí mismo.

—No hay nada que aclarar, princesita. Jodiste lo nuestro. Espero que estés contenta.

Lo miro estupefacta. ¿*Que yo lo jodí? ¡Vamos, hombre!*

—Venga, por favor. Yo no jodí nada porque tú y yo no teníamos nada que yo pudiera joder. Lo nuestro ha sido un pasatiempo. ¡Ah!... y antes de que se me olvide. Genial foto la tuya con Nancy. Muy guapos los dos. Vuestro beso *sí* que era de portada.

Nathaniel resopla con fastidio y se dirige a los amplios ventanales de su habitación, de espaldas a mí. Se inclina un poco hacia adelante, levanta las dos manos por encima de la cabeza y apoya las palmas contra el cristal. Miro en silencio cómo la camisa blanca que lleva se tensa en su ancha espalda cada vez que coge aire, y se destensa al soltarlo. Sin decir palabra, contempla la panorámica de la ciudad durante largo rato.

—No es lo que crees —murmura al fin.

—Déjame adivinarlo. Tienes una muy buena explicación.

Su sonrisa desagradable vuelve a iluminarle el rostro cuando se gira para mirarme.

—Claro que la tengo. La pregunta es: ¿qué estarías dispuesta a hacer para sonsacármela? Si quieres, puedo darte alguna idea.

—Déjate de jueguecitos, Nathaniel. Esa es la reacción que siempre tienes y es lo que nos ha llevado hasta aquí. Cuando pasa algo, en vez de hablarlo, en vez de enfrentarte a los problemas como las personas normales, tú te vuelves burlón y distante. Te encierras en tu mundo interior y después te vengas a tu retorcida manera. Y yo pensaba que estaba por encima de eso, pero resulta que soy igual que tú. Hago las mismas estupideces, como besar a tu hermano. Y ya no puedo más, Nate... —murmuro y entiero la cabeza entre las manos.

—Recoges lo que siembras —comenta, tan orgulloso de su ingenio.

Apoyo el codo encima de mi rodilla y empiezo a masajearme el puente de la nariz. Me agota, de verdad.

—Por favor, no te hagas el sabio conmigo. No sabes lo que me irrita cuando haces eso. No me refería a esta situación en concreto, Nate, sino a todo. Ya no podemos seguir así. Nos herimos el uno al otro constantemente. Siempre estamos en guerra. Siempre hay un rumor... siempre hay una traición... siempre hay una mentira esperando a salir a la luz. ¿No te das cuenta de que somos tóxicos el uno para el otro? Es agotador y yo estoy cansada. Deberíamos dejar de salir.

Juraría haber visto una contracción de dolor en su rostro antes de que se volviera completamente inexpressivo.

—Si es lo que piensas, por mí vale. Yo también estoy cansado.

—Bien. Entonces supongo que esto es el final.

Nathaniel se encoge de hombros con desdén.

—Supongo...

—Pues... adiós. Cada uno seguirá con su vida por donde lo había dejado.

—Me parece estupendo. Adiós, Catherine. Qué te vaya todo muy bien.

—Sí. Genial.

Me levanto y le doy la espalda, esmerándome por aguantar las lágrimas al menos hasta llegar a mi habitación.

—¡Haces que pierda la puta cabeza! —ladra.

Y acto seguido, oigo una serie de golpes y blasfemias a mis espaldas.

—No, ¿sabes qué? ¡A la mierda todo! —tras gritarme eso, otra serie de objetos caen estrepitosamente al suelo.

Freno en seco y me giro para mirarle. Tiene la cabeza ladeada, los ojos fijados en un punto concreto del suelo y su pelo parece más despeinado de lo normal por las veces que se lo ha mesado. A sus pies yace el marco de fotos que estuve examinando anoche.

—¿Crees que puedes irte sin más? —me grita y, con una lentitud desesperante, levanta sus turbios ojos del suelo—. ¿Crees que esto acaba cuando tú quieres?

—vuelve a rugir con todas sus fuerzas.

—Pero hemos dicho que...

—¡¡Me importa una mierda lo que hayamos dicho!! Esto solo puede acabar cuando yo lo diga. ¿Y quieres saber lo que yo digo?

Se abalanza sobre mí, me agarra la nuca con las dos manos y ahoga mi boca con un desesperado beso. Acopla mi cuerpo al suyo y sus caderas me empujan contra la puerta y me inmovilizan. Todo mi ser me grita que debería correr, pero, al mismo tiempo, hay algo en mi interior que me obliga a quedarme. Nathaniel Black es dueño de una oscuridad y una pasión que me aterran y me dejan indefensa, pero, aun así, me atrae como nadie lo ha hecho en toda mi vida. Nunca hasta ahora había conocido a un hombre tan cautivador como él.

La luz del sol entra en la habitación e ilumina nuestros rostros mientras seguimos abrazados. Nathaniel me parece más mayor hoy. Tiene pequeñas arruguitas alrededor de la mirada y dos líneas de expresión en la frente que antes no estaban ahí. Recorro con los dedos ese rostro que me atormenta cada vez que cierro los ojos, acaricio su mandíbula cubierta por una barba incipiente, sus altos pómulos, sus sensuales labios, lo acaricio como si fuera la última vez, porque soy consciente de que esto va a acabar mal. Él es como un demonio que me atosiga, me consume y me posee hasta que pierdo la razón y, por eso, lo nuestro no puede acabar de otra forma. No es una relación sana. ¡Dios mío, soy adicta y tengo delante a la única droga lo bastante potente como para destruirme!

Comunicado de *Page Six*

«Estimados usuarios, la foto publicada ayer no era autentica y ha sido inmediatamente retirada de nuestra aplicación web. Les pedimos disculpas a la señorita Jones y al señor Black por las molestias causadas».

¡¡¡*Paparazzi*!!!!

Capítulo 14

—Dos *Mountain-Dew* —le pide Nathaniel a la camarera que viene a tomarnos nota.

Suelto una carcajada. ¡Que alguien, por favor, me preste un calendario!

—¿*Mountain-Dew*? ¿Es que ha vuelto la Ley Seca?

Nathaniel se limita a sonreír mientras me contempla detenidamente.

—Estás guapísima esta noche.

—Gracias —respondo con coquetería, bajando las pestañas—. Tú siempre lo estás.

Esta noche he dejado que elija su propia ropa, no estamos trabajando, sino divirtiéndonos en un famoso club de Nueva York. Y, menuda sorpresa, Nathaniel ha elegido uno de sus looks de chico malo. Viste de negro, con camisa de mangas arremangadas, jeans y botas moteras. Y hasta yo tengo que admitir que es lo que más le pega. Me esfuerzo por vestirle con jerséis pijos de *cashmere* y americanas para hombres de mediana edad, pero esta ropa es como su seña de identidad. Afrontémoslo: los chicos malos visten de Calvin Klein.

—Y, dime, ¿cómo hemos conseguido colarnos aquí cuando tienen una lista de espera de meses y nosotros no estábamos en ella?

Nathaniel cambia de postura en el sofá de cuero blanco y su sonrisa se vuelve más amplia y más maliciosa.

—Amor, yo soy Nathaniel Black. No necesito invitación. Cojo lo que quiero, cuando lo quiero, ¿recuerdas?

Apoyo la mejilla en una mano y lo observo divertida.

—Tu vida debe molar.

—¿Tú crees?

Hago una larga pausa, contemplando meditabunda el club alborotado de jóvenes. La música es genial y yo tengo ganas de pasármelo bien esta noche. Claro está que no me he puesto mi mejor minifalda para estar aquí sentada bebiendo algo tan soso como *Mountain-Dew*.

—¿Qué sabes de tú hermano? —inquiero, girándome hacia él—. No hemos hablado desde que se mudó.

Nathaniel pone los ojos en blanco y toma un sorbito de refresco. Creo que es la primera vez que le veo beber algo que no tenga alcohol. Espero que no le esté dando algún brote psicótico o algo por el estilo.

—¿Es necesario que hablemos sobre mi hermano ahora? ¿Es que no tuviste bastante con besarle? ¿Ahora quieres que intercambiamos sensibilidades y abramos nuestros corazones?

Me refresco los labios con la bebida, rezando para que la oscuridad de este reservado oculte mi rubor. Me arden las mejillas al recordar la otra noche.

—Lo siento. Es que me siento...

Él se reclina hacia mí y susurra con malicia:

—¿Culpable? Lo sé. Yo me siento culpable todos los días de mi vida.

—¿En serio? —pregunto, intentando atrapar su mirada.

—Sip. ¿A qué no mola?

—No, no mola, Nate —replico, irritada—. Es una autentica mierda.

Me lanza una sonrisa que hace que mi corazón se detenga y se acerca a mí oído.

—Y dime... —sus labios casi rozan la piel de mi cuello y yo noto cómo se eleva mi temperatura corporal— ¿te gustaría dejar de sentirte culpable por un tiempo?

¿Despejar tu mente y ver el mundo de manera distinta?

¿Y a quién no?

—Supongo... —le contesto, dubitativa.

Sin dejar de mirarme a los ojos, Nathaniel me coge la mano y recorre mi palma con las puntas de sus dedos durante unos instantes. De la manera más discreta posible, suelta una pequeña capsula dentro, me cierra el puño y se lo lleva a los labios, besándome los dedos uno a uno.

—Entonces bienvenida a mi mundo, Catherine —me susurra al oído, haciendo que se me erice el vello de la nuca—. Te lo advierto, una vez que entres, no querrás marcharte. Es adictivo.

Ay, Dios, empiezo a sentir palpitaciones.

—No quiero marcharme —murmuro, perdida en esos iris azules que en este momento parecen mucho más oscuros.

Callado y pensativo, Nathaniel me contempla con un brillo de admiración en su mirada.

—Eres valiente, entonces. Tómate esto, amor.

Si bien sus ojos brillan más maliciosos que nunca, su sonrisa es arrebatadora. Apuesto a que Satán puso la misma mueca al encontrarse a la ingenua Eva en el Jardín del Edén.

—¿Qué es? —pregunto, evaluando su rostro.

Una chispa de humor se refleja en su mirada.

—La droga del amor.

Hasta yo sé que no se refiere a *Viagra*.

—¿Éxtasis? ¿Es que ahora eres mi camello?

Nathaniel parece estar divirtiéndose mucho, a diferencia de mí, que lo contemplo con una cara de estupefacción.

—Querías ser lo que yo soy. Esta noche lo serás. Tómatelo.

Me imagino a un pequeño demonio con su rostro susurrándome al oído: *tómatelo, tómatelo*, y sonrío. Acto seguido, coloco la pastilla encima de mi lengua y trago.

—No siento nada —protesto a los dos segundos.

Nathaniel me lanza una mirada divertida.

—Acabas de tomártela, amor. Dale tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—No seas impaciente. Si hay algo que nos sobra, es tiempo. No tenemos ninguna clase de prisa. Esta noche solo vamos a disfrutar. Tú y yo.

Eso suena demasiado bien. ¿Dónde está el truco? ¿Ahora me pedirá mi alma a cambio?

—¿Y qué hacemos mientras surte efecto?

Se inclina sobre mí, mirándome como si intentara hipnotizarme—sabe lo descolocada que me deja esa mirada—. Yo me quedo contemplando sus bonitas facciones, con los puños apretados, y me obligo a vencer la tentación de deslizar los dedos por encima de sus sensuales labios. No quiero arriesgarme a que nuestras caricias vuelvan a ser *trending toping*. Él debe de intuir lo que pienso puesto que me sonríe y separa un poco los labios, como si estuviera invitándome a besarle.

—¿De verdad necesitabas preguntar eso? —musita, divertido.

—No... —baluceo y noto cómo mi respiración se altera.

Sus labios se acercan a los míos, pero sin rozarlos. Sonríe descaradamente y yo ardo en deseos de que me bese. ¡A la mierda el *trending toping*!

—¿Y por qué seguimos hablando, preciosa?

Pongo una mueca maliciosa, hundo los dedos en su pelo y me apodero de su boca. Él gruñe, clava las puntas de sus dedos en mis mejillas e introduce su lengua en las profundidades de mi boca, con esa ansia y esa agresividad a las que me tiene acostumbrada.

—Te quiero —digo sin más, aprovechando una de las pausas para respirar.

—Yo también te quiero —me susurra Nathaniel, antes de que su lengua vuelva a invadir mi boca.

No sé el tiempo que pasamos besándonos y acariciándonos. Podrían ser minutos, podrían ser horas. ¿Qué importa? Solo me aparto de él cuando empieza una canción que realmente me invita a moverme.

—Adoro esta canción. ¿Sabes cómo se llama?

Él parece estar buscando en un rincón oculto de su memoria.

—Creo que *Alors on danse*.

—¿Qué adecuado! ¿Bailarás conmigo?

No me contesta. A cambio, me tiende la mano con una leve sonrisa dibujada en los labios. Bajamos los pocos escalones que nos aíslan del resto de la gente y empezamos a movernos, rodeados de un millón de otros jóvenes que, al igual que nosotros, parecen haber perdido la noción del tiempo. Cierro los ojos, levanto las manos por encima de la cabeza y dejo que la música me inunde. Me siento genial. Es como si las notas musicales estuvieran fluyendo por cada molécula de mi cuerpo y lo único que quiero es perderme en ellas. Las luces del club, el humo, la canción... él... Todo es perfecto.

Nathaniel se acerca a mí y me abraza.

—¿Qué es lo que sientes ahora, Catherine? —me susurra, acariciando mi cuello con las puntas de los dedos

—Es indescriptible. Nunca he sentido nada parecido. Podría ser felicidad. O plenitud... O que estoy flotando —añado, riendo tontamente.

Vuelve a darme un beso, solo que esta vez mi excitación se multiplica por cien.

—¿Te gusta lo que sientes?

—Siento que mi cuerpo no pesa nada. Es como si mis pies no tocaran el suelo. Y veo el mundo de manera diferente. Todo es distinto. Los flashes, los colores...

tú—sonríó y añado—. Lo único que quiero es que esta noche no acabe nunca.

Nathaniel me rodea la cintura con las manos y me arrastra hacia su duro pecho.

—Nunca va a acabar —murmura casi pegado a mis labios.

—Entonces bailemos.

Nos sonreímos, y después cerramos los ojos y nos dejamos llevar.

Me coge en brazos y me sube a la mesa, abriéndose paso entre mis piernas. El calor y la excitación me atraviesan a la vez al sentir su lengua deslizándose lentamente por mi cuello y sus dedos clavándose en mis caderas.

—Eres consciente de que estamos en un club, ¿verdad? —susurro, aferrada a los músculos de su espalda.

En el fondo no quiero que pare. Y él lo sabe, puesto que me dedica una miradita cargada de escepticismo.

—Oh, no, que miedito —responde maliciosamente.

Capturo mis labios de nuevo. Me separa las rodillas un poco más y frota su erección contra mi entrepierna. Un deseo oscuro y brutal, que hace que mi sangre empiece a hervir de prisa, se expande por mi vientre mientras que palabras como *responsabilidad* y *control* se borran de mi cabeza.

—Eres... muy... dulce... —jadea contra mis labios.

Traslado las dos manos a su cabeza y le agarro el pelo. Él, sin apartar la boca de la mía, arrastra las palmas por mis costados. La ropa que llevamos parece desaparecer, ya que soy capaz de sentir su calor y el contacto de su cuerpo como si estuviéramos piel con piel. Mi cuerpo está tan excitado y tan tenso que soy consciente de que he vuelto a perder la cabeza por este hombre, y acabaré haciendo todo lo que él quiera, como suele pasar.

—Necesito hundirme dentro de ti. Dime que puedo hacerlo —me susurra suplicante.

Su boca se aparta de la mía para bajar por mi barbilla y mi cuello, hasta llegar a la altura de los pechos. Con una mano, me baja el top, libera mis senos, se inclina y rodea uno con la boca.

—Nate...

—Chiss. No pueden vernos, amor.

Inhalo el olor masculino de su cuerpo y, al hacerlo, me invade un deseo tan devastador que tengo la sensación de que hay una bomba de relojería en mi interior. *Tic... Tac... Tic... Tac...* Hay un gran riesgo de que explote en cualquier momento. Y ya me da igual dónde estemos. Me da igual que puedan pillarnos. Solo quiero estar con él, perder el control, dejarme llevar... sentirme viva.

Tomada esta decisión, me agarro a sus fuertes brazos y gimo cuando las puntas de sus dedos me apartan un poco las bragas y empiezan a acariciar mi sexo.

—Estás mojada —musita, acariciándome casi con veneración.

Una nueva oleada de lujuria late en mi interior, cuando, al levantar la cabeza, veo su rostro excitado y reparo en la fascinante manera que tiene su pecho de subir y bajar, siguiendo el ritmo de su agitada respiración.

—Por favor, no pares —gimoteo, con las uñas clavadas en sus brazos.

La mirada de Nathaniel se vuelve intensa, muy ardiente, y por el destello de excitación que desprenden sus ojos, me doy cuenta de que disfruta con el efecto que ha causado en mí. Inclina un poco la cabeza, coge mi labio inferior entre sus dientes y tira de él.

—No tenía pensado hacerlo.

Mi cuerpo empieza a palpar al notar uno de sus dedos deslizándose en mi interior. Su palma se cierne sobre mi sexo, esparciendo la humedad y acariciando mi piel muy despacio, con pereza casi.

—No tienes ni idea del efecto que causas en mí —murmura.

Puede que no sepa el efecto que yo causo en él, pero sí sé el efecto que él causa en mí. Sé que esta arrolladora necesidad de sentirle dentro de mí se ha convertido en algo más fuerte que mi propia fuerza de voluntad, y también sé que ya no soy capaz de seguir manteniéndome alejada de él.

El placer físico aumenta a medida que su dedo se mueve, dentro y fuera, hasta alcanzar límites inimaginables. Al introducir un segundo dedo, pierdo la cabeza por completo. Por mis venas ya no corre sangre, sino lava hirviendo.

—¡Nate! ¡Dios!

—Voy a hacer que te corras, amor —murmura, atrapando mis labios salvajemente.

Por lo visto, con eso tengo bastante. Me rompo en pedazos, convulsionando, gimiendo, gritando y perdiendo la lucidez por completo, mientras sus dedos entran y salen de mí con una lentitud casi agónica.

—¡Vaya! Ha sido más fácil de lo que esperaba. ¡Buena chica!

Advierto una pícaro sonrisa en sus labios y una mirada lujuriosa que recorre mi cuerpo de arriba abajo. Me tranquiliza saber que, si alguien nos está observando, no se dará cuenta de qué es lo que estamos haciendo teniendo en cuenta que los dos mantenemos la ropa puesta. Yo tengo los pechos por encima del top, pero estoy de espaldas, con lo que eso no me preocupa. Además, estamos en el reservado más apartado de todos. Y el más oscuro. Me pregunto si Nathaniel lo habrá elegido aposta. Algo me dice que sí.

—¿Y ya está? ¿Esto es *todo* lo que puedes hacer? —le pregunto en tono juguetón, mordiéndome el labio inferior.

Él ladea la cabeza y una sonrisa de lado se dibuja en su atractivo rostro.

—No he hecho más que calentar, amor.

Arqueo la espalda cuando se inclina sobre mí y me da un beso devorador y húmedo en los dos pezones, erectos de deseo.

—Bien, porque quiero más —jadeo.

Cede con facilidad a mis peticiones. Se desabrocha la cremallera del pantalón y, con los labios pegados a los míos, adentra la punta de su miembro hasta llenarme por completo.

—Te quiero —murmura, al embestirme hondo.

Cierro los ojos y doy gracias a Dios de estar sentada. Si no, no creo que mis piernas hubieran aguantado esto.

—Y yo a ti.

Él sonríe, agarra mis caderas y me penetra otra vez, más fuerte que la primera. Todo mi control se ha evaporado, si es que alguna vez lo he tenido. Sinceramente lo dudo.

—¿Más adentro? —pregunta, colocando las manos en mis rodillas para separarlas todavía más.

¡Madre de Dios!

—¡Más! ¡No pares, por favor!

Nathaniel empuja con fuerza en mi interior y yo rodeo sus caderas con las piernas y me dejo arrastrar hacia la perdición. Me sostiene apretada contra él mientras nos movemos a la vez, jadeantes y temblando de deseo. Con el rostro endurecido y los ojos más oscuros que nunca, me reclama la boca de manera salvaje y me posee casi con violencia. Creo que voy a perder el juicio como siga así.

—No pares... —digo en un murmullo, al ralentizar sus movimientos.

—Si no suplicas, no tiene gracia, amor.

Se agarra a mis caderas y su penetración se vuelve cada vez más agresiva, mientras que su lengua, anhelante e implacable, se desliza dentro de mi boca, una y otra vez. Agarrada a sus brazos, me retuerzo a medida que el placer aumenta en mi interior y gimo contra sus labios. El deseo que este hombre despierta en mí es tan intenso que me consume.

—Quiero sentir cómo te corres. Hazlo por mí, amor —me pide en voz susurrante.

Pienso que voy a enloquecer si no lo hago. Me empujo hacia su sexo, apretándole entre las piernas hasta que el éxtasis se esparce por todo mi cuerpo. Pero ese explosivo orgasmo no hace que Nathaniel se detenga. Sigue penetrándome sin bajar la intensidad, con su mirada clavada en mis ojos. Ahogando los gritos, levanto la pelvis para recibirle mejor y susurro su nombre. Sus movimientos se vuelven tan posesivos, tan primitivos, que al notar su miembro tensarse en mi interior, el placer físico se intensifica hasta límites inhumanos. Con la respiración entrecortada y murmurando mi nombre, él se corre dentro de mí. *Sin comentarios...*

Me dejo caer en el sofá, completamente devastada. Nunca en mi vida había sentido algo tan intenso.

—¿Qué demonios ha sido eso? —soy incapaz de recuperar el aliento.

—La droga del amor, ya te lo he dicho —me contesta él, con una pícaro sonrisa.

—¿Crees que puedo tomar eso todos los días de mi vida? ¡Dios, que sed!

Nathaniel ríe entre dientes mientras me acerca el *Mountain-Dew*. Ahora se entiende todo. Le doy un largo trago a la bebida y miro a mi alrededor. Está todo exactamente igual que antes. La gente sigue bailando, ajenos a nosotros dos. La canción que suena ahora, un *house* suave, es seductora, los flashes crean un efecto rítmico que se adapta a la perfección a la música y la fiesta no ha hecho más que empezar. Me pongo de pie y empiezo a bailar, con las manos por encima de la cabeza y los ojos cerrados. Solo sintiendo la música. El ritmo. El mundo girando a mi alrededor. Y yo lo único que quiero es perderme...

Al poco tiempo, Nathaniel se levanta, sus manos encuentran mis caderas y me arrastran hacia —¿quién lo hubiera adivinado?— su erección. Y de esa forma, pegada a su cuerpo, bailamos completamente sintonizados durante horas.

—¿Por qué me esposas? ¿Tienes pensado violarme?

Nathaniel medio sonríe y cierra las esposas, anclándome a la cama. Coloca la llave encima de la mesilla, lejos de mi alcance. Nunca me han atado hasta ahora, pero debo confesar que es bastante excitante.

—No necesito violarte, amor. ¡Soy Nathaniel Black! Estarás gritándome que te folle dentro de exactamente... —mira el reloj y sonríe con arrogancia— cinco minutos.

—Ya, sigue soñando con eso —le digo divertida—. Como siempre, te equivocas, Black. Gritaré en tres, dos, uno...

—Esas prisas... —me regaña con suavidad y me da un fugaz beso.

Se pone de pie y abre el armario de su habitación. Coge una pequeña cajita de madera, la abre y saca un pañuelo de seda, que deja encima de la cama.

—¿Cuál es tu plan, *playboy*?

Curva los labios en una de sus sonrisas odiosas y, con una lentitud exasperante, desabrocha los botones de su camisa, dejando a la vista ese perfecto abdomen por el que estaría deslizándose mis manos si las esposas me lo permitieran. ¡Dios, es tan apetecible! Todo él: sus definidos músculos, su plano abdomen, sus estrechas caderas, sus anchos hombros, tan solo es perfección. Y es seductor, oscuro, sexy, y lo más alucinante de todo es que es mío... *de momento*. Aparto ese pensamiento de mi cabeza. Lo que pase mañana, no es algo que me preocupe hoy.

—Ya has visto bastante.

Se acerca a mí y me ata los ojos con el pañuelo. *¿Qué demonios...?*

—¿No quieres que te toque, ni que te vea?

—Ver o tocar significa poseer cierto control. Y si quieres sentir lo que yo siento, hoy tienes que perder completamente el control. Hoy solo puedes disfrutar. ¡Olvídate del mundo exterior! Abraza las sensaciones y piérdete en ellas. Déjame que te guíe...

Buen plan. *¿Empezamos?*

—Hoy vas a convertirte en una adicta, amor —susurra, con los labios pegados a los míos.

—¿Al sexo?

Noto cómo su boca se curva en una sonrisa.

—Mejor. A mí.

¡Madre mía! ¿Más? Saltan chispas en mi interior cuando me toma la boca, sobre todo porque no lo veo venir. Me pongo tensa en el momento en el que suelta mis labios y se aparta de mí. ¡Maldición! Quiero ver lo que hace, pero no me atrevo a protestar. Esto de perder el control no mola tanto.

Nathaniel me quita la minifalda, deslizándola despacio por mis caderas. La siguiente prenda en caer es el top. No llevo sujetador, así que solo me quedan las bragas. Espero a que me las quite, pero no lo hace, sino que se inclina sobre mí.

—Voy a explorar cada rincón de tu cuerpo —me amenaza al oído con voz ronca.

Y siento que me derrito. No está haciéndome absolutamente nada y, sin embargo, noto toda la excitación centrándose en mi entrepierna. ¿Cómo es eso posible si ni siquiera me ha tocado?

Después de toda una eternidad de tortura, Nathaniel se apiada de mí y me toca al fin. Desliza el dedo índice por mi labio inferior, baja por mi pecho hasta llegar a mi ombligo y sigue hasta mi entrepierna. Noto su aliento caliente contra la zona más sensible de todo mi cuerpo y espero... Espero y... otra vez espero a que haga algo. No lo hace.

—Nate...

—¿Bizcochito?

¡Hijo de perra! Se lo está pasando en grande viéndome implorar sus caricias.

—¿Qué estás haciendo? —bramo entre dientes.

No tiene gracia. Esto es tortura china.

—Esperar —me contesta con indiferencia.

¡Por todos los Santos! ¡Irritándome hasta el último momento!

—¿A que me desmaye? —le propongo, fuera de quicio.

Noto su respiración alterada contra mis labios. Alargo la mano para tocarle, pero las esposas no me lo permiten.

—A que supliques —responde, y clava los dientes en mi labio inferior.

Intento aferrarme a su boca, pero vuelve a apartarse. Una vez más.

—No me hace gracia, Nathaniel —refunfuño al notar la cama moviéndose.

—No tiene que hacerte gracia, amor. Tiene que frustrarte —resuena su voz a lo lejos.

¿No pensará dejarme aquí atada y pirarse? Ya nada me sorprende de él.

—¡Ya estoy frustrada! —grito al escuchar sus pasos acercándose otra vez.

E irritada. Y jodidamente excitada. De repente, algo caliente está goteando encima de uno de mis pezones. ¿Qué demonios...? ¿Es chocolate? No, no puede ser, eso sería demasiado cursi para el chico malo de Hollywood. En el mejor de los casos, él usaría brea hirviendo o algo por el estilo.

Nathaniel se inclina sobre mí y gira la lengua alrededor del pezón en cuestión, lamiéndolo y torturándolo de manera implacable. Sí, debe de ser chocolate por el olor. *Ay, Señor...* Clava los dientes y yo dejo escapar un grito de sorpresa y arqueo la espalda. En este momento, todos mis sentidos se centran en él y en sus caricias, y eso hace que las sensaciones sean infinitamente intensas. Noto cada movimiento de su lengua, cada roce de sus dedos, pero no en mi piel, sino en mi sistema nervioso central. Es indescriptible.

—¡Estate quieta o tirarás el chocolate!

—¡Como si fuera tan sencillo!

Al acabar con la tortura del chocolate, Nathaniel desliza algo parecido a una pluma desde mi abdomen hasta la entrepierna. No, no es una pluma. Son millones de suaves plumas que me producen deliciosos cosquilleos por todo el cuerpo. Estoy casi convulsionando. Mis caderas se mueven, mi corazón palpita y mi respiración se funde con la suya en un intenso beso.

—Nate, por favor.

—Solo han pasado dos minutos, amor —me recuerda, hundiendo la lengua en mi oreja—. No... grites... aún...

Dios... No puedo evitarlo. Le quiero dentro de mí y no hay nada que yo pueda hacer para evitar querer lo que quiero. Y menos aun cuando sus manos y sus labios reclaman mi cuerpo de esta manera tan carnal, dejando rastros de fuego por el camino. El azote de su lengua sobre mis pezones endurecidos de deseo, cada suave lametón, cada exquisita caricia, es más de lo que puedo soportar. Es tal intenso que duele.

—Necesito estar dentro de ti —murmura con voz ronca, deslizando los dedos por la humedad de mi sexo.

Solo ha sido un instante, un simple roce, pero he sentido un violento estremecimiento entre las piernas.

—Nate...

—Solo quedan dos minutos, bizcochito.

Noto sus dedos bajándose las bragas. ¡Alabado sea el Señor! Respiro hondo y me preparo para el impacto. Le conozco lo bastante como para saber que entrará de golpe, cuando menos me lo espero. Solo le gusta torturarme con la expectativa.

Pues no hace nada de eso. Lo que hace a continuación es trazar una línea de chocolate desde mis pechos hasta mi sexo. ¡*Quema!* Me relamo los labios secos y me lo muerdo para ahogar los gritos de placer cuando empieza a deslizar la lengua hacia abajo. ¡No! ¿Qué va a hacer? ¡Virgen Santísima!

La lengua de Nathaniel rodea la húmeda entrada de mi cuerpo y se mueve de manera delicada. Tierna y demasiado lenta. Agito las caderas e intento liberar mis manos para obligarle a acelerar el proceso, pero lo único que consigo es clavarme el frío metal en las muñecas. ¡Maldición! Esto no es justo. Yo también quiero tocarle a él y besar cada centímetro de su cuerpo. Mmmm... Se me ocurre algo malicioso. *Nota mental: vengarse mañana.*

—Podemos seguir así toda la noche, princesa, hasta que supliques.

Clava la lengua en mi interior y eso hace que un agudo deseo atraviese todo mi cuerpo. ¡*Está bien!* ¡*Suplicaré!*

—Nate, fóllame ya... por favor...

Digno de una dama, ¿a que sí? Él me ignora. No solo no se detiene, sino que empieza a lamer con más energía y, unos instantes después, introduce algo frío dentro de mí. No sé lo que es, pero me provoca un intenso placer cuando empieza a girarlo a la vez que su lengua se apoya contra mi clitoris. Muevo las caderas, sin vergüenza alguna ni timidez.

—Y ahora quiero que te corras para mí. ¿Vas a poder hacer eso, princesa?

Al adentrar la lengua dentro de mi boca, mi cuerpo empieza a temblar, a convulsionar y a arder en llamas que soy incapaz de apagar. Las sacudidas del orgasmo envuelven lo que sea que haya clavado en mi interior y yo tengo que morderme la lengua para reprimir los gritos. Me tiemblan las piernas y las manos sin control alguno mientras gimoteo, pidiéndole que se detenga. Pero él sigue. ¿Qué? No, esto no está pasando. Gira de nuevo el objeto desconocido, masajeando un punto concreto de mi interior y noto como otro explosivo orgasmo se acerca.

—¡Dios! ¡Nate!

Muevo las caderas con fuerza y esta vez grito cuando la nueva oleada de placer se extiende por todo mi cuerpo. Voy a desmayarme como sigamos así. Y entonces se introduce de golpe en mi interior. Enorme. Duro. Intenso. Empieza a moverse con embestidas feroces, a poseerme como nunca antes lo había hecho.

—¿Sientes esto? —me susurra con los labios pegados a mi oído.

—¡Sí! —grito, acompasándome a su ritmo.

Nathaniel flexiona las caderas y me penetra más a fondo. Yo apenas soy consciente de los ruidos que hago. Pierdo completamente el control, las inhibiciones y la vergüenza, e impulso la pelvis hacia su miembro, que me rodea, me llena por completo y se adentra cada vez más.

—Recuerda este momento —susurra entre jadeos, ralentizando el ritmo—. Quiero que recuerdes esto siempre. Recuerda que nadie te hará sentir lo que yo te hago sentir.

—Lo sé... ohh, Nate... lo sé.

Sus palmas se agarran a mis caderas y sus embestidas se aceleran otra vez, arrastrándome hasta el borde de la locura. Mi interior se contrae y todo mi cuerpo se tensa al corrernos a la vez. Sacudida tras sacudida, oleada de placer tras oleada de placer, está dándome todo lo que siempre he querido. Una pasión que raya la locura.

—Voy a soltarte, amor. Creo que has tenido bastante por hoy. Por muy tentador que me resulte convertirte en mi esclava sexual, debes descansar. Mañana tengo planeado algo.

—Mmmm...

No quiero abrir los ojos, definitivamente no quiero hablar y mucho menos aún, pensar en lo que ha planeado. Algo escandaloso, sin lugar a dudas.

Abre las esposas, liberando mis manos, y después me desata los ojos. Sonríe complacido, se inclina hacia mí y me da un tierno beso en la punta de la nariz. A veces, hace que me sienta una niña, como ahora, cuando, con toda la ternura del mundo, me viste con uno de los camisones que ha debido de traer de mi habitación.

—¿Estás bien? —me pregunta, apartándose mechones de pelo de la cara. Con el sudor, se me han pegado.

—Necesito una ducha —murmuro, aunque estoy agotada. No encuentro las fuerzas para moverme.

Aunque tampoco hace falta porque él me coge en brazos, abre la puerta del baño de una patada y me sumerge en el jacuzzi, lleno de agua y espuma.

—¡Nate, estoy vestida! —chillo al notar el agua caliente empapando mi camisón.

—¿Y no tienes más camisones aburridos aparte de ese?

—¡Mi camisón no es aburrido! —protesto, salpicándole con agua.

—¡Claro que lo es! ¿Pero tú te has visto?

Se echa a reír y se tira encima de mí. Vuelve a besarme, sin embargo, sus besos ya no son carnales como antes. Son besos de amor. Sus caricias son tiernas. Las

palabras que me susurra al oído, dulces.

—¿Cuándo te diste cuenta de que me amabas? —suelto la pregunta sin pensármelo y cuando me doy cuenta de ello, es demasiado tarde.

Nathaniel deja de besarme la comisura de la boca y se pone serio de repente. Serio y tenso. Cojo una bocanada de aire, procurando ignorar la tormenta que parece asomarse en su mirada.

—¿Qué te hace pensar que te quiero? —pregunta, con el rostro gélido.

—En el club dijiste que me querías —respondo, con voz apagada.

Él se pasa las dos manos por el pelo, evitando mi mirada.

—Estaba colocado y quería llevarte a la cama. Habría dicho cualquier cosa —replica con aspereza.

¡Mentiroso! Eso ha sido lo más sincero que me has dicho jamás. Y lo más real.

—Entonces ¿no me quieres? —pregunto a media voz, elevando la mirada hacia la suya.

Me mira horrorizado durante un instante, antes de cerrar los ojos y apretar la mandíbula. Respira hondo, permanece quieto unos segundos más y luego vuelve a mirarme.

—No hables de cosas que yo no entiendo —me dice en tono seco.

Siento cómo los ojos se me llenan de lágrimas. No, no voy a llorar.

—No hagas eso. Simplemente no lo hagas, Nate. Sabes que eso no es cierto.

¿Cómo es posible que con una simple frase suya mi mundo se hunda bajo su propio peso?

—Necesito que me digas la verdad, Nate, por favor. ¿Me quieres?

Me mira fijamente a los ojos, con expresión impenetrable.

—Te tengo un gran afecto.

Me quedo mirándolo, atónita.

—¡Uau! ¿Te han dicho alguna vez que eres el rey del romanticismo?

—Una vez te lo advertí, amor —murmura, esbozando una trémula sonrisa—. No soy de esa clase de hombres. Por eso no te convengo.

—¿Y crees que no lo sé? ¡Jesús! Está muy claro que no me convienes, pero no puedo estar lejos de ti, por alguna razón que escapa a mi comprensión. Supongo que, por ahora, me basta con que me tengas un gran afecto.

Hasta que reconozcas que me quieres, murmuro para mis adentros. E, instintivamente, sé que tengo un nuevo reto en la vida.

Nathaniel se acerca a mí y me acaricia la mejilla con el reverso de su mano.

—Gracias —me susurra, deteniendo su mirada sobre mis ojos.

—¿Por qué?

—Por no rendirte conmigo. Vamos.

Vuelve a cogerme en brazos, me saca del jacuzzi y me quita el camisón mojado. Me envuelve con un enorme albornoz blanco, me seca el cuerpo y enchufa el secador de pelo. Puede que nunca me diga las palabras que ansío escuchar, pero a veces pienso que me quiere solo por cómo me mira. En este momento, cuando me seca el pelo y, de vez en cuando, se detiene para besarme con ternura, en este preciso instante siento que me quiere. ¿No debería bastarme con eso? ¿Por qué me empeño en escucharlo de su boca?

Me lleva de vuelta a su habitación en brazos. Abre el vestidor y busca algo entre las millones de prendas que tiene.

—Ponte esto —me dice, acercándome una de sus camisetas de Metallica.

Obedezco. Mmmmm. Huele a él.

— Gracias.

—De nada, amor. Y ahora, a dormir. Ha sido un fin de semana muy intenso.

—Cierto. Hasta mañana, entonces.

—¿Eh, hola? Me refería a *mi* cama, preciosa. A partir de ahora dormirás aquí.

Y dicho eso, se repantiga en la cama, coloca las dos manos por debajo de su nuca y me sonríe con descaro. Como me quedo paralizada en la mitad de la habitación, hace un gesto de exasperación con los ojos y empieza a dar golpecitos con la palma para indicarme mi lado de la cama.

—Bien, si es lo que te hace feliz...

Me tumbo donde me indica y le doy un casto beso de buenas noches.

—Date la vuelta —ordena.

Espero que los adictos al sexo duerman porque yo estoy agotada. Hago lo que me pide, pero resoplando.

—¿Qué vamos a hacer? —inquiero, algo preocupada por la contestación de él.

—La cucharita —contesta a mis espaldas.

Dejo escapar una risita. Hay que admitir que tiene gracia, el *playboy*.

—No sabía que Nathaniel Black hiciese la cucharita.

Coloca los brazos a mí alrededor y me arrastra hacia él.

—Solo contigo. Buenas noches, preciosa. Qué sueños con los angelitos.

Claro. Contigo. Solo que en mis sueños estoy en un caldero de brea, tú te conviertes en Satán y me dices algo romántico como... «Bienvenida al infierno, Catherine» Suelto un suspiro y caigo rendida antes de darme cuenta.

Ser la novia de Nathaniel Black es horroroso y el que diga lo contrario, miente. Los *paparazzi* te siguen sin descanso a todas partes, a todas horas, acosándote con sus ridículas preguntas y haciendo toda clase de especulaciones absurdas. No puedes tener vida personal, ni conversaciones con tus amigos sin que haya alguien escondido entre los arbustos, con una cámara HD apuntándote. Por cierto, ¿quién ha sido el canalla que ha inventado esos malditos engendros que son capaces de captar un punto negro desde medio kilómetro de distancia? Mmmm, lo buscaré en Google para saber a quién tengo que poner en mi lista negra.

Y el vaso se colma cuando tu foto, con los pelos de punta, da la vuelta al planeta y encima te acusan de descuidar tu imagen. ¡Como si tuvieras tú la culpa de la alerta roja por fuertes vientos en Nueva York! Pero no todo son desventajas. También hay partes buenas.

a) Puedes reservar mesa en cualquier restaurante.

b) Entrar sin invitación a las fiestas más exclusivas del Upper East.

c) Tu novio te regala un ropero completo de alta costura en vez de flores cada vez que mete la pata —muy a menudo, por cierto—.

d) Llevas las joyas más caras del mundo porque te las prestan gratis. Como de repente eres una *it-girl*...

f) En su garaje te espera un Lamborghini Veneno que, según él, te queda como un guante.

—De ninguna de las maneras —declaro con rotundidad, arrojándole las llaves del bólido plateado que parece sacado de una peli de ciencia ficción.

—¿Por qué no, amor? ¿Crees que el Diablo te pegaría más que Veneno?

Frunzo el ceño. ¿Adónde quiere ir a parar?

—¡No necesito que me compres un coche como si fuera tu querida! ¡Y luego la que lee *Cincuentas Sombras de Grey* soy yo! —exclamo enfurruñada, cruzándome de brazos.

Él me mira para nada impresionado, con la boca curvada en una divertida sonrisa.

—No te lo he comprado. Es mi último capricho. Solo quiero que lo uses el tiempo que estés en Nueva York. Considéralo un préstamo. O una muestra de buena fe —alza los hombros con desdén y hace una mueca odiosa—. Lo que te haga sentir mejor.

—No... necesito... un... coche.

Por mi tono de voz resulta bastante evidente que estoy rechinando los dientes.

—¡Claro que sí! ¿Piensas huir de mí a pie? No creo que llegaras muy lejos con esos *Manolos* y, además, tus delicados piecitos no podrían andar tanto. El aeropuerto nos pilla lejos, por si no te has dado cuenta.

Si bien intenta ser malicioso, me mira como si le faltara el aire. Atormentado, con sus enormes ojos azules más abiertos y más aterrados que nunca.

—No pienso huir —le contesto conmovida, con la voz transformada en un susurro.

Él intenta esbozar algo parecido a una sonrisa.

—Lo harás igualmente.

—Mírame, Nathaniel —no lo hace, así que le agarro la mandíbula, obligándole a ello—. No voy a irme a ninguna parte. Estoy enamorada de ti, te guste o no. Y sé que la mayoría de las veces no te gusta eso, pero te aguantarás porque no pienso marcharme.

Me mira angustiado y, aunque se esfuerza en sonreír, la sonrisa le sale tensa, para nada natural.

—Eso es lo que más me inquieta —hace una pausa mientras lo niega con la cabeza—. No quiero que me quieras, preciosa. No soy la mejor opción para ti.

—Eh, mírame. ¡Claro que sí!

Alarga la mano para acariciar mis pómulos con los nudillos.

—No —sacude la cabeza con desesperación—. Siempre destruyo las cosas que me importan. Y tú me importas. A veces pienso que no debería ser egoísta contigo. Debería dejarte marchar. Si no lo hago es solo porque me cuesta imaginar mis días sin que tú estés en ellos.

Palidezco a medida que lo escucho. No esperaba ese tono triste, ni esas palabras. No esperaba que el pareciera tan... torturado. Tan frágil como un juguete roto. Deslizo las palmas por su rostro para atrapar su mirada.

—No tienes que hacerlo, Nate. No voy a marcharme a no ser que me eches, porque yo tampoco puedo imaginar mis días sin que tú estés en ellos.

¡Tan volátil como siempre! En cuestión de segundos, Nathaniel pasa de un estado profundo de depresión a la más amplia de las sonrisas que tiene en su abanico.

—¿Eso quiere decir que aceptas el coche?

Suelto un suspiro de rendición.

—Si es lo que te hace feliz...

Coge mi rostro entre las manos y me planta un beso en la frente.

—En efecto. Es lo que me hace feliz. Vamos. Todavía no hemos desayunado.

¡Genial! Y ahora soja para rematar la mañana. ¡Pero Dios no quiera que me queje! No, porque se deprimirá otra vez y paso de consolarlo. Sus bruscos cambios de humor ponen muy a prueba mi paciencia a veces. Así pues, me limito a seguirlo por el garaje, en completo silencio. Subimos en el ascensor con el portero, con lo que no cambiamos ni una palabra.

Una vez arriba, Nathaniel abre la puerta con una sonrisilla traviesa. Algo tiene planeado y yo solo puedo esperar que sea algo bueno. Con él nunca se sabe.

—Cierra los ojos —me dice, parado en el umbral.

—La última vez que me llevé una sorpresa al entrar por esta puerta fue cuando montaste una orgía. Dime, por favor, que esta vez te has esmerado menos.

Traslada las manos a mi cintura y me sujeta con fuerza.

—La orgía solo la monté para cabrear. No me acosté con ninguna de esas mujeres —lo miro con escepticismo, lo que le hace entornar sus maliciosos ojos—. Bueno, ese día no.

—Vale, digamos que me lo trago —cierro los ojos para complacerle— ¿Contento?

—Mucho —Su mano, colocada en mi espalda, me empuja hacia el salón—. Ya puedes abrirlos.

—¿Qué demo...? Pensaba que no eras de esa clase de tíos.

Me mira con una sonrisa tan devastadora que mi corazón da un brinco. Creo que nunca seré capaz de comportarme con normalidad al estar cerca de él. Después de todo lo que ha pasado entre nosotros, aún consigue dejarme sin respiración con una simple sonrisa.

—Solo quiero darte lo que necesitas. Así no huiras de mí.

Y un desayuno con fresas, música suave y un enorme ramo de rosas *¿negras?* es, en su opinión, todo cuanto necesito.

—Veo que hoy has madrugado —le digo, divertida.

—Quería lo mejor para mi novia. ¿Puedes culpar a un chico por ser demasiado romántico? —pregunta, con los labios curvados en una pícaro sonrisa.

—¿Y las rosas negras te parecieron románticas?

—¡Claro que sí! —exclama, sin disimular que finge estar ofendido—. Tú has dicho que lo normal es aburrido. No podía comprarte unas rosas blancas del montón después de haber escuchado eso.

Sonrío divertida. Eso he dicho, ¿verdad?

—Gracias. Es un gesto muy bonito —le digo con sinceridad.

—No he acabado. Tengo una cosa más para ti.

Me guiña un ojo, antes de girarse y empezar a buscar algo en todos los bolsillos de su chaqueta. Encuentra al fin una pequeña cajita. ¡No!

—Espero que no sea un anillo. Estoy en contra del matrimonio. Y menos contigo.

Él sonríe con complicidad.

—Nunca digas nunca. Pero puedes tranquilizarte, no es un anillo. Toma. Ábrelo.

Cojo la cajita y la abro con los dedos temblorosos por la emoción.

—Vaya. Es precioso. ¿Son...?

—Lo son.

—Has organizado un desayuno y me regalas... ¿diamantes? Definitivamente, llevas demasiado tiempo trabajando en Hollywood.

Suelta una carcajada y me quita el colgante de la mano.

—¿Puedo? —susurra, poniéndose serio de repente.

Hago un gesto afirmativo con la cabeza. Se coloca a mis espaldas, me abrocha el cierre y luego pega los labios justo debajo de mi oreja.

—Estás preciosa —susurra.

Giro sobre mis talones y coloco las manos alrededor de su cuello.

—Gracias. No solo por el cumplido, sino por todo. Gracias.

Él me contesta con un beso.

—Vamos a desayunar. El día no ha hecho más que empezar. Hoy tengo varios planes para nosotros.

—¿Como cuáles? —inquiero mientras cruzamos el salón para sentarnos a la barra.

—Si te lo digo ya, pierde su gracia. Prefiero torturarte con la expectativa.

—Pues vale. Tampoco es que me muera de ganas por saberlo —jugueteo con un pendiente, simulando indiferencia, y él se ríe entre dientes.

—¡*Bon appetit*, amor! —me ofrece una fresa que cojo con una amplia sonrisa.

Yo también tengo planes para hoy. Y no son lo que se dice cristianos.

—¡*Bon appetit*!

Convierto el desayuno en un ejercicio tan erótico, cogiendo la fresa entre el pulgar y el índice y dejándola que se derrita dentro de mi boca, que Nathaniel no

prueba bocado. Se limita a observar, afectado, cómo intento seducirle.

—¿Has acabado ya con las artimañas o te has guardado algún as en la manga? —me dice, pasados unos minutos.

Me cruzo de brazos, enfurruñada.

—¿Por qué no funciona mi intento de seducirte? ¿Qué es lo que hago mal?

Los pucheros que hago solo sirven para desencadenar irritantes carcajadas.

—En realidad lo haces todo bien. Demasiado bien, diría yo. Si aún llevas la ropa puesta es porque tenemos prisa.

Oh, menos mal. Empezaba a preocuparme.

—¿Y qué vamos a hacer? —pregunto, echándome un poco más de café.

—Nada inquietante. Te va a gustar.

—¡Esto debe de ser *tan* ilegal! —grito, con el acelerador del coche pisado a tope.

El motor suelta un fuerte rugido, pero no se mueve porque aún tengo el freno de mano puesto.

—¡Eso espero! —me contesta Nathaniel desde su coche.

Estoy montada en su Lamborghini Veneno y él en su Porsche. Nos hallamos en una carretera vacía, en mitad de la nada, cada uno con un casco en la cabeza. *Simple precaución*, me ha contestado cuando se lo he preguntado.

—¿Nate? ¿Estás seguro de esto?

Con la mano izquierda encima del volante, se inclina sobre el asiento del copiloto para mirarme a los ojos. Una corriente mañana de domingo se ha convertido en un duelo a muerte.

—¿Tienes miedo? —pregunta maliciosamente.

—Ni de lejos.

Él pisa el acelerador a tope y coloca la mano derecha sobre la palanca de cambios. Yo hago exactamente lo mismo, no vaya a ser que piense que soy una mojigata.

—Es a vida o muerte, te lo advierto, bizcochito.

Enfoco la carretera con la mirada, incapaz de retener una sonrisa. Voy a ganar. Mi coche tiene más potencia que el suyo, hasta yo sé esa clase de cosas.

—Me parece justo —le contesto, aún mirando el asfalto.

Me coloco mis gafas de sol marca Dior. ¡Soy una chica mala! Entorno los ojos para mis adentros al darme cuenta de que eso no es del todo cierto. En el fondo solo soy un conejillo asustado.

—¡Enséñame lo que puedes hacer, Mary Poppins!

Nuestras miradas se encuentran por última vez antes de la carrera. Quitamos los frenos de mano, subimos el volumen de la música —él escucha *Highway To Hell* de AC/DC y yo *It's my life* de Bon Jovi, porque era lo más decente que había en su coche— y acto seguido, pisamos el acelerador a la vez. Los coches salen disparados, con un fuerte chirrido de ruedas. Con una maniobra rápida, me coloco delante de él. Francamente creo que me ha dejado hacerlo aposta. No es un secreto para nadie que mis dotes de conducción no son las idóneas para las carreras ilegales de coches. Sin embargo, no voy a darle demasiadas vueltas al asunto. Una victoria sigue siendo una victoria, independientemente de los medios.

Le lanzo una sonrisa de satisfacción a través del espejo, elevo el volumen de la música y me dejo llevar, seducida por la adrenalina que fluye por mis venas. El coche se aleja de Nueva York a gran velocidad y yo tengo la sensación de que lo que estoy dejando atrás no es la carretera, ni el Upper East, sino el pasado. Siento que, a partir de hoy, una vez me haya despojado de todos los malos recuerdos y todas aquellas horribles peleas, Nathaniel y yo vamos a poder empezar una nueva vida. Y estoy convencida de que solamente acelerando el coche puedo conseguirlo. Una corriente de aire frío, que se abre paso a través de las ventanillas bajadas, me azota el pelo contra la cara. Hace mucho que he sobrepasado el límite de velocidad, pero, aun así, acelero.

Desde que vivo con él he roto todas mis normas. He perdido el control una y otra vez, he hecho todo lo que se supone que una dama como yo nunca debe hacer, y lo más alucinante de todo es que no tengo ni el más mínimo remordimiento. Nathaniel Black es la peor de las influencias y, sin embargo, él único capaz de darme todo lo que yo necesito.

Cuando mi pie derecho pisa el acelerador a fondo, el coche empieza a volar prácticamente. La potencia desde luego que es la de un coche de carreras. Apenas puedo ver los dos lados de la carretera, parece que estén volando también. Suelto una risa infantil y despreocupada, disfrutando de la conducción. Por primera vez en toda mi vida, realmente me siento libre. Y viva.

Veo de reojo la señal de *Curva Peligrosa*. Decido que será mejor reducir un poco la velocidad, así que coloco el pie derecho encima del freno. ¡Mierda! ¡El coche no frena! Completamente desquiciada, vuelvo a intentarlo. El pedal baja hasta el fondo y, sin embargo, el Lamborghini no reduce su velocidad en absoluto.

—¡Vamos! —le grito aterrada, como si pudiera entenderme.

¡Dios mío! ¡El coche no frena! La desesperación de apodera de mí, el corazón comienza a latirme de manera frenética, y soy incapaz de controlar el temblor de mis manos. ¡Joder! ¡Voy a morir! ¡Piensa Catherine! *Vale, tranquila, respira*.

—Piensa... piensa... ¡Dios!... Vamos... ¡Frena!...

Por mucho que intento tranquilizarme, no lo consigo. Mi respiración se vuelve cada vez más agitada y me invade el miedo. Un miedo terrible que nunca había sentido hasta ahora. No soy capaz de ver nada, ni de oír nada durante unos instantes. El pánico es tan intenso que me paraliza.

Cada vez que he pensado en mi muerte, y he de confesar que lo he hecho muy a menudo, nunca he imaginado que moriría de forma tan absurda. Pensaba que todo iba a ser tan dramático como en las películas. Esperaba ver toda mi vida desarrollándose delante de mis ojos. Pues estaba equivocada. No veo a los gatos que fallecieron durante mi infancia, conduciéndome hacia la luz. No pienso en las cosas que me han sucedido en el pasado. Simplemente permanezco en mi horrible presente, atrapada en el último instante de mi patética y corta vida.

Y al darme cuenta de que todo sucede de forma normal, el agarre del miedo me aligera el cerebro, lo que me permite pensar con claridad durante un breve momento. Mi instinto de supervivencia se activa y me exige que reduzca las marchas del coche. Obedezco, sin pensármelo demasiado. Al meter cuarta, el coche reduce un poco la velocidad, pero, aun así, sigo corriendo como alma que lleva el diablo. Espero unos instantes más y reduzco a tercera, segunda... A pesar de que el motor hace un sonido brusco y las ruedas chirrían, no pierdo demasiada velocidad. ¡Mierda! ¡No va a parar! Presa de la histeria, tiro del freno de mano con demasiada brusquedad. Las ruedas chirrían aún más fuerte y veo por el retrovisor cómo voy dejando una nube de humo a mis espaldas. Y entonces me distraigo. Solo ha sido un instante. Una simple mirada hacia el retrovisor. Pues con un instante es suficiente. Pierdo el control del coche, que empieza a derrapar hacia la derecha. Y como soy una chica muy lista, lo único que se me ocurre hacer es soltar el volante y taparme la cara con las dos manos. Voy a morir igualmente, al menos así dejaré en cuerpo bonito.

Afortunadamente, no muero. El coche se detiene al impactar con uno de los árboles que hay en el lado derecho de la carretera y me salta el airbag en toda la cara. Casi de manera irreal, veo el coche de Nathaniel pegar un frenazo y a él salir corriendo hacia mí. Quiero gritarle, decirle algo, lo que sea, pero, a causa de la confusión, las palabras se niegan a acudir a mi garganta durante unos instantes, con lo que no digo nada. Me limito a mirar cómo abre mi puerta de manera brusca, me arranca el cinturón y me saca del coche en brazos.

—¿Estás bien? —me quita el casco, me aparta el pelo de la cara con las dos manos y me mira angustiado— ¿Te has hecho daño?

—No... yo... e... estoy bien... creo.

Me abraza fuertemente, enterrando mi cara en su cuello, y me acaricia el pelo.

—Gracias, Dios mío... —susurra, aliviado—. Tranquila. Estoy aquí, tranquila. Todo está bien. Yo estoy contigo.

—Lo siento... —balbuceo y, de repente, soy incapaz de aguantarme las lágrimas. Al fin puedo liberar toda esa tensión.

Él coge mi cara entre las dos manos y me limpia las lágrimas con sus tiernos besos.

—Tranquila, amor. No pasa nada. Chiss... no llores. Tranquila.

Conmigo en brazos, se deja caer al suelo y apoya la espalda contra el coche. No hablamos, simplemente nos abrazamos, los dos meditando. No tengo ni idea de lo que está pensando en este instante, pero sí sé lo que estoy pensando yo. Y no es un pensamiento muy tranquilizador saber que los coches de Nathaniel Black no frenan.

Después de un largo rato ahí sentados, Nathaniel se levanta, me ayuda a incorporarme y empezamos a caminar hacia su Porche.

—¿Por qué no has frenado?

No sé si lo que más destaca de su tono de voz es la ira o la preocupación. Supongo que las dos cosas.

—Lo he hecho. Es que... —trago en seco y añado, casi en un susurro— tu coche no frena.

Se detiene y me mira, para nada convencido.

—Intentas decirme que el coche más caro del mundo, el coche que tú has estrenado hoy... ¿no tiene frenos?

—Es exactamente lo que te estoy diciendo —replico con brusquedad, al darme cuenta de que está hablándome como si yo fuese una niña tonta.

Me abre la puerta del copiloto y me ayuda a entrar. Aún estoy un poco aturdida del golpe.

—¿No será que te has confundido de pedal? —sugiere, inclinado sobre mí para colocarme el cinturón.

Siento que empiezo a perder la paciencia.

—Nathaniel, soy británica, no gilipollas. Te estoy diciendo que el freno ha fallado. Sé distinguir entre el freno y el acelerador, gracias.

—Vale, vale, no te irrites. Haré que lo miren —me informa, pero no parece del todo convencido.

—¡Genial! ¡Gracias!

Me da un fugaz beso en la punta de la nariz y rodea el coche casi corriendo. Arranca, hace un cambio de sentido de forma tan brusca que chirrían las ruedas, y empieza a conducir de vuelta a la Gran Manzana, dejando el coche más caro del mundo en la mitad de la nada, con las puertas abiertas y un buen golpe. Puedo sentir sus ojos sobre mí, pero no me digno a girar la mirada hacia él. Me cruzo de brazos, bastante molesta porque no está tomándose en serio, y finjo estar mirando por la ventanilla.

Capítulo 15

Las redes sociales sueltan humo...

«**Nathaniel Black sorprendido en compañía de una prostituta**» tuitea una fan de Nathaniel Black.

«¿**Quién era la mujer misteriosa con la que salía el guapísimo actor del Hilton Times Square? Desde luego que no era su novia, Catherine Collins**» se pregunta otra fan en Facebook.

«¿**Nathaniel Black vuelve con su ex, Anne Blunt?**» quiere saber un grupo de fans en Hi5.

«**Los protagonistas de «S de Siniestro» muy acaramelados en una fiesta benéfica donde la novia oficial del chico malo no participaba. Anne y Nate son almas gemelas. Volverán a estar juntos. Es cuestión de días**» vaticina una fan de Anne Blunt en Instagram.

«**Nathaniel Black envuelto en un nuevo escándalo sexual**» cuchichea la misma Anne Blunt en Twitter.

«**Impactante: una famosa modelo denuncia a Nathaniel Black por paternidad**» pincha David Cooper en Instagram.

«**Sí, está bien, reconozco mi adicción al sexo. Y si tanto os inquieta el asunto, os diré que no tengo intención alguna de pasar por rehabilitación, ya que esto no afecta a mi trabajo como actor, sino a mi vida personal**» confiesa Nathaniel Black en Facebook.

«**Nathaniel Black habla sobre su nueva novia, asegurando que están muy enamorados y que su relación pasa por su mejor momento, a pesar de haberse filtrado a la prensa un nuevo vídeo porno del actor. El mayor enigma de Nueva York ha sido desvelado después de años de especulación. Por lo visto, al guapísimo vampiro sí que le gustan las orgías**» publica la presidenta del fan club N.B. en Facebook.

«**Nathaniel Black vuelve al banquillo de los acusados tras haber sido demandado por agresión. Hace dos semanas, a la salida de un tugurio, el famoso actor —casi incapaz de mantenerse en pie según algunos testigos— ha perdido el control una vez más, y le ha arrancado la cámara del cuello a un paparazzi. Acto seguido, la ha lanzado contra un coche de patrulla, que casualmente pasaba por la zona. El actor ha explicado que él no tiene la culpa de nada, puesto que ya había advertido al paparazzi en cuestión de que si no soltaba la cámara, le iba a introducir dicho objeto por el culo. El sex symbol sinceramente piensa que el reportero debería estar muy agradecido: habría sido mucho peor si hubiera cumplido con las amenazas. Su mensaje de apoyo hacia el periodista agredido ha sido "que no sea nenaza y deje de quejarse". El chico malo de la tele no para de dar titulares**» desvela la jueza Andy Wood en su blog.

«**Nathaniel Black coronado, un año más, como el vampiro más sexy de la televisión. Lamentamos no poder decir lo mismo sobre su media naranja, Catherine Collins, quien fue sorprendida ayer en el Barneys sin llevar siquiera una triste BB cream. ¿Será por eso por lo que su novio estaba en el Hilton la otra noche?**» insinúa maliciosamente la mejor amiga de Anne Blunt en Instagram.

«**Sin ánimo de ofender a la rica heredera de Industrias Collins, pero ¿es posible que su amado necesite algo que ella no pueda darle? Por tercera vez esta semana, Nathaniel Black ha sido sorprendido por los paparazzi mientras se escabullía de su casa en plena noche...**» chismorrean una ex despechada de Nathaniel Black en Hi5.

—¡Calumnias!

Durante unos breves instantes, contemplo fijamente su rostro sereno y, de verdad que intento creerle, pero no lo consigo. Como bien decía mi abuela, donde fuego se hace, humo sale.

—Lo sabes, ¿verdad? —insiste, al ver que permanezco callada.

Estamos cara a cara en la mesa de un bar. El sitio es enorme, *superfashion*, muy del estilo de Nathaniel Black, o al menos del Nathaniel que sale en las revistas rodeado de modelos. ¡La iluminación es azul! Esa es una soberana ridiculez.

—¿Amor?

Coloca una mano encima de la mía y su caricia me hace volver.

—¿Eh? Oh... Ya no sé qué creer, Nate. Desde luego que yo sí que estaba en el *Barneys* sin llevar una *BB cream*, así que no lo sé. Es confuso. Me gustaría creerte, pero hay tantos escándalos...

El silencio que sobreviene es muy incómodo. Le doy un sorbo a mi Martini, cruzo una pierna sobre la otra y espero pacientemente a que él rebata mis argumentos. Pero, para mi sorpresa, no hace nada de eso, sino que se saca el móvil del bolsillo y empieza a escribir un mensaje. Ni siquiera capta la mirada asesina que le echo. Sigue tecleando, con una sonrisa traviesa en las esquinas de su boca. Me gustaría tener una corneta para llamar su atención ahora mismo. También podría arrancarle ese puñetero móvil de las manos y arrojarlo a la pecera —con lucecitas azules— que hay a unos cuantos metros de nuestra mesa. Desde luego que esa idea me resulta cada vez más atractiva. Me contengo a duras penas. Al fin y al cabo, estamos en un sitio público y eso es sinónimo de un nuevo escándalo. Casi veo los chismorreos de las ex de Nathaniel Black:

«**La rica heredera de Industrias Collins detenida por agresión.** En un ataque de celos, la inglesa intentó arrojar el móvil de su novio a la pecera de un bar, pero como tiene muy mala puntería, se lo tiró a la cabeza a la camarera. La buena noticia es que el color naranja está entre las tendencias un año más.»

—¿Quieres otro Martini? —me pregunta, pasada una eternidad, guardándose el móvil en el bolsillo.

Lo que quiero es un Colt 45, pienso de forma melodramática.

—No veo por qué no. Con una buena cogorza tal vez vea las cosas de forma distinta. Incluso puede que me trague tus excusas. Pero tengo que estar muy borracha.

—¿Por qué te empeñas en seguir enfurruñada?

Pide otra ronda con un gesto de la mano, y después se inclina sobre la mesa y me evalúa con su mirada azul.

—Deberías estar ya acostumbrada a toda esta mierda. Sabes que solo son mentiras.

—¿Dónde has estado estas noches, Nate? Dices que son rumores y mentiras, pero lo cierto es que me levanto en mitad de la noche y tú no estás en casa.

Él hace una mueca de disgusto y, acto seguido, le sonrío a la camarera que trae las bebidas.

—He estado con mi hermano, amor. Por razones evidentes, no podías venir conmigo. Está enfadado contigo y no quería disgustarle. Tal vez si no hubieras intentado seducirlo...

—Sabes perfectamente que eso no fue lo que pasó —le interrumpo, irritada.

¿Es que ahora nos echamos en cara todo lo que hicimos en el pasado? Porque yo también puedo jugar a eso y desde luego que mi lista es *mucho* más larga que la

suya.

—¿Sabes? En el fondo no hemos hablado de ello hasta ahora, así que no, no sé cuál es tu explicación.

Muevo la cabeza, exasperada.

—¡Sabes perfectamente cuál es mi explicación!

—¿Que te gustan los tríos? Mira tú por dónde, eso es algo que tenemos en común —me sonrío con arrogancia y se hunde en su silla con aire de absoluta despreocupación.

—¿Qué quieres oír, Nathaniel? ¿Que estoy muy arrepentida y rezo ochenta Ave Marías al día para que Dios me perdone por mi crimen? Pues lo siento, pero no estoy arrepentida de nada. *Prohibición, castigo, pecado...* no son más que palabras aleatorias. No tienen ningún significado para mí.

Me observa mientras me tomo de golpe la copa de Martini. Tuerce los labios en una media sonrisa cuando la suelto ruidosamente sobre la mesa.

—No estoy enfadado contigo porque hayas besado a mi hermano, Catherine.

—¡Y un cuerno!

—Estoy decepcionado. Pensaba que serías más creativa. Pero ¿mi hermano? Por favor, es un movimiento demasiado clásico.

Su sarcasmo nunca me ha resultado tan irritante como hoy. Puede que, simplemente, tenga un mal día. Será mejor que pase la tarde en un spa.

—¿Sabes qué? Ya he oído bastante. Me voy.

—¿Te vas? —masculla—. ¿Adónde?

—A hacer unos recados. Te veo esta noche. ¿Sigues en pie lo de la fiesta?

Toma el trago de whisky que le queda antes de contestar.

—¿Sigues empeñada en ir?

—¿De verdad hacía falta que preguntaras eso, Black?

Cojo mi bolso y me encamino hacia la puerta sin ni siquiera despedirme de él.

—¿Por qué quieres ir?

Me detengo en mi tarea de pintarme los labios y lo miro a través del espejo. Está apoyado negligentemente en el marco de la puerta, muy guapo, con su carísimo esmoquin negro.

—¿Por qué no quieres que vaya? —repongo, irritada. Estoy cansada de esta conversación.

Examina con una mirada descarada mi corto vestido de Marc Jacobs que él mismo me ha regalado.

—¿Es que no es evidente? Ninguna muchacha decente debería vestir esa prenda.

—*Esta* prenda me la has comprado tú.

Me miro en el espejo y no puedo sino sonreír. Por norma general, como soy muy crítica con mi aspecto, suelo montar una rabieta, lanzar la ropa por los aires y patear el suelo varias veces. Sin embargo hoy... hoy todo es perfecto. El vestido es negro, y sí, algo ajustado, ¿pero qué culpa tengo yo de que el señor Black no entienda de tallas?

—¿Eso te lo he regalado yo? ¡Jesús! Claramente me he equivocado.

—O puede que no. ¿Y cómo es que vas tan elegante hoy? Pensaba que íbamos a una fiesta informal.

Nathaniel se coloca el cuello de la chaqueta con un gesto teatral y pone una mueca maliciosa.

—Tengo una imagen que mantener. ¿Qué tal tú cabeza? ¿Sigues doliéndote?

Se ríe de forma suave al verme entornar los ojos con exasperación.

—Ni lo sueñes —le digo con dulzura, echándome colonia—. Estás muy mal si piensas que voy a dejar que vayas solo a esa fiesta. No confío tanto en ti.

Me evalúa con la mirada y, aunque sonríe, sus ojos son abrasadores.

—¿Tienes celos, amor?

Se coloca a mis espaldas y me envuelve en un fuerte abrazo. Con la respiración visiblemente alterada, baja los labios hasta mi cuello, donde el calor y la humedad de su lengua dibujan círculos de fuego sobre mi piel. Oh, ya sé cómo va a acabar esto como sigamos así.

—No intentes seducirme para hacerme cambiar de idea —le digo, liberándome de su abrazo para ponerme el abrigo—. El golpe que me di en la cabeza no ha sido tan fuerte como para olvidar ciertas cosas. ¡Claro que tengo celos! ¡Eres Nathaniel Black, por el amor de Dios! Tú no puedes ni ir hasta la esquina de la calle sin liarla parda. Además, aún soy tu asesora de imagen. Iré y no se habla más. Cuando quieras...

Me mira de mala gana, pero, aun así, arrastra los pies hacia la puerta, con las manos hundidas en los bolsillos de su pantalón y aire de infinito aburrimiento.

—Si no hay más remedio... —replica en un tono tan bajo que creo que no pretendía que yo lo escuchara.

El viaje en el ascensor es algo tenso, no sé muy bien por qué. Ignorándonos el uno al otro, los dos centramos nuestra atención en los móviles. Yo leo los últimos cotilleos, y él parece estar escribiendo un mensaje.

Salimos a la calle en silencio. Como siempre, hace un frío polar en Nueva York. Menos mal que la limusina está esperándonos. Nathaniel me abre la puerta como un auténtico caballero y me ayuda a subir. Y con ayudar me refiero a que coloca las manos en mi trasero y me empuja hacia dentro. Cosa que no era necesaria, puesto que podía subir sola.

—No me mires así. Necesitabas mi ayuda —se justifica, intentando ocultar una pícaro sonrisa.

—¿No será que tú necesitabas tocarme el trasero?

—Es un trasero muy bonito, pero las demandas por acoso laboral no van conmigo, amor. Dijiste que esta noche ibas en calidad de asesora de imagen, por lo tanto, no pasará nada entre tú y yo.

¡Ja! Eso no te lo crees ni tú, Black. Esbozo una sonrisa maliciosa para mis adentros y presiono un botón que baja el oscuro cristal que nos separa del conductor.

—Dé vueltas hasta que yo le diga —ordenó en tono autoritario.

Nathaniel trata de refrenar una sonrisa.

—¿Mi estimable señorita Collins tiene un plan diabólico?

Adopto un aire severo.

—Yo siempre tengo un plan, señor Black. Y la mayoría de las veces es diabólico. ¿Recuerda que ya hemos pasado por esto?

Me dedica una sonrisa de infarto que me deja sin aliento y con el corazón palpitando, frenético.

—Algo me suena —murmura, inclinándose sobre mí.

Nuestras miradas se encuentran y ninguno de los dos hace ademán de apartarla.

—¿Nate?

Él arrastra lentamente las yemas de sus dedos sobre mis labios y, al hacerlo, una descarga eléctrica recorre todo mi cuerpo.

—¿Mmmm? —aún sosteniendo mi mirada, desliza las palmas por mi abdomen, baja por mis muslos y vuelve a subir hasta colocarlas a ambos lados de mi cadera.

—Te deseo. Aquí —murmuro y él sonríe.

Me atraviesa la excitación cuando agarra mi rostro entre las manos, clava las puntas de los dedos en mis mejillas y toma mi boca salvajemente.

—Compílacete es mi mayor deseo —susurra, jadeando en mi boca.

Ay, Señor... Definitivamente, estoy enganchada a él.

—¿Estás preparada? —me pregunta Nathaniel, con los labios torcidos en una media sonrisa bastante perturbadora.

Le divierte ver lo abochornada que estoy. Acabo de seducirle en una limusina. ¿En qué clase de persona me estoy convirtiendo? La vieja Catherine jamás habría hecho algo así. Y ¿por qué será que siempre tengo remordimientos después de hacer alguna de las mias? Juego a la *femme fatale*, pero de *femme fatale* nada. Soy una mojigata sin lugar a dudas.

Me examino en un pequeño espejo que me saco del bolso. Espero tenerlo todo en su sitio. No me gustaría salir en alguna revista sin sujetador o con las bragas al aire, como muchas otras. O, peor aún, sin bragas, porque francamente, en este momento, no tengo ni la más remota idea de dónde están.

—¿Nate, amor mío, sabes por casualidad dónde está mi ropa interior?

Nathaniel gira la cabeza y me observa con un brillo de lujuria en sus ojos.

—En el bolsillo de mi chaqueta.

—¿Y qué hacen mis bragas en el bolsillo de tu chaqueta?

— Buena pregunta. Muy buena. ¿Bajamos?

Entorno los ojos con irritación y espero paciente, con el brazo extendido, a que me devuelva mis pertenencias. Lo hace de muy mala gana.

Una vez recuperadas las dichosas bragas, y tras asegurarme de que mi vestido está bien colocado y mi pelo igual de arreglado que al salir de casa, le doy la mano y salgo de la limusina. Miro la calle arriba y abajo, con los ojos como platos. No hay *paparazzi*. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Nadie nos ha seguido? Estamos en una zona desconocida de Nueva York, muy lejos del Upper East. Parece un barrio de gente trabajadora. ¿Qué fiesta puede haber aquí? ¿La de los fontaneros locos?

—¿Dónde estamos?

—En el Bronx.

Frunzo las cejas. Ese es un barrio chungo, ¿verdad?

—¿Y qué hay en el Bronx?

—Esto.

Elevo los ojos y leo el nombre del club. Se llama *Gentlemen Prefer Blondes*. Hago una mueca.

—¿En serio que me has llevado a un sitio llamado *Los Caballeros las prefieren rubias*? ¿Siendo yo morena? ¿No crees que sea una ofensa?

A Nathaniel se le escapa la risa. Yo me cruzo de brazos, fingiendo estar indignadísima.

—No es nada personal, amor. Es solo un club. Vamos.

Abre la puerta con elegancia y la sujeta para que yo pueda entrar. ¡Vaya! Visto desde fuera, parece un tugurio más, pero nada más entrar me doy cuenta de que el dueño de este antro tiene bastante estilo. ¡Sí, señor! Esto *sí* que es un club. El interior está adornado con suntuosidad y un impecable buen gusto, siguiendo la temática de la película. Lo que más llama mi atención es la enorme estatua de cuerpo entero que representa a Marilyn tirando un beso. ¿Cómo es que no se derrite el hielo? Debe de ser brujería.

—¿Qué te parece? —pregunta, ofreciéndome una copa de champán que le ha quitado a un camarero de una bandeja de plata. ¿Será plata auténtica?

—Es un sitio alucinante. ¿Qué clase de club es? ¿Para actores o algo así?

—Un *Gentlemen's club*. Es solo para miembros. Puedes acceder mediante invitación y es un sitio de etiqueta, como estoy seguro de que ya te has dado cuenta.

Miro a mi alrededor. Hombres ricos y poderosos —lo deduzco por la pinta de sus atavíos— fuman puros y beben solo Dios sabe qué clase de licor carísimo, en compañía de mujeres deslumbrantes, posiblemente unas cuantas décadas más jóvenes que ellos. ¡Oh, Dios!

—¿Me has traído a un *putiferio*? —digo en voz demasiado alta.

Algunas cabezas se giran en nuestra dirección.

—¡Baja la voz! —me ordena, irritado.

—¿Me has traído a un *putiferio*? —repito, esta vez en un susurro.

—No es un *putiferio*. Como te he dicho, es un *Gentlemen's club*.

Pongo los ojos en blanco. ¿Acaso no es lo mismo? No me da tiempo a replicar, Nathaniel se pone en marcha y yo me veo obligada a seguirle. Desde luego que no pienso quedarme sola en un burdel.

Se mueve por este antro del pecado con una familiaridad preocupante, apretando manos, y quedando con varios tíos para montar carreras ilegales de coches o partidas ilícitas de póker. ¿Por qué no puede jugar al golf como los niños bien?

—Y dime, ¿cuál es la diferencia? —pregunto cuando ya nos hemos sentado en un reservado, lejos de los curiosos, pero con perfecta visión sobre todas las demás mesas.

—Nadie cobra. Te lo explicaré de otra manera para que lo entiendas. Es como una clase de fiesta liberal. Aquí la gente viene a cumplir sus fantasías más oscuras, sin temor al qué dirán. Todos los miembros son personas públicas, personas muy importantes. Y todos ocultan oscuros secretos. ¿Ves a ese hombre de ahí? —señala con la cabeza a un tipo en sus cincuenta, sentado en una mesa bastante cerca de nosotros, en compañía de otro hombre, mucho más joven y bastante más atractivo.

—¿Te refieres al que viste traje de Armani?

Nathaniel le da un sorbo a su copa de champán y me observa con una mirada entre divertida y orgullosa.

—Y por eso te pago lo que te pago. Eres buena.

Me echo a reír.

—¿Lo dices porque he sido capaz de reconocer un traje de Armani?

—Sip. Yo no lo habría hecho. Y que conste que he desfilado para Armani miles de veces. Bueno, volviendo a lo que te estaba contando. El hombre que te digo es el congresista William Forbes, conocido aquí como Billy el vampiro.

—¿Y por qué el vampiro? —cuchicheo, deseando saber más.

—Duerme de día, chupa de noche. Oh, perdón, he usado palabras que no son dignas para oídos tan delicados como los tuyos. No habré herido tu delicadeza femenina, ¿verdad? —pregunta en tono burlón al ver que me quedo atónita, pestañeando con rapidez.

De repente me entran deseos de sacudir su cuerpo hasta borrarle esa irritante sonrisa de chico malo.

—No seas estúpido. De pequeña tuve una niñera italiana. De cada tres palabras, dos eran palabrotas. Estoy acostumbrada a las vulgaridades —replico, en tono acariciador.

Su risa sonora llama la atención de algunos caballeros, que nos observan indignados.

—¿Y el congresista es un cliente habitual?—pregunto, cada vez más intrigada por el asunto.

—Bueno, a su mujer no le hace mucha ilusión que monte orgias gay en el salón de su palacete, así que viene aquí. Y te garantizo que viene encantado, sabiendo que lo que pasa en *Gentlemen Prefer Blondes*, se queda en *Gentlemen Prefer Blondes*.

—¿Y cómo es que estás tan seguro de eso?

Cruzo las piernas y lo miro con las cejas alzadas. Él se acerca a mí y me aparta el pelo con dos dedos.

—Porque soy el dueño del club —me susurra al oído.

¡Este hombre es exasperante!

—¿En serio? ¿Un *putiferio*? ¿Acaso no había más negocios?

—¡No es un *putiferio*! Ya te dije que...

—Nadie cobra. Sí, sí, sí. Te he oído —le interrumpo, con los ojos en blanco.

—Además, ¿qué tienes en contra de este club? Es un humilde negocio como cualquier otro. ¡Y no es que supiera hacer algo mejor! Piénsalo, Catherine. Solo sé fingir y montar fiestas. Y es lo que hacemos aquí. Montamos fiestas y fingimos que nunca ha pasado. No acabé los estudios. Dejé la Universidad en el primer año —entorna los ojos y mira a su alrededor para asegurarse de que nadie le escucha—. A decir verdad, me echaron porque al poco tiempo se dieron cuenta de que me había matriculado solamente por las chicas y las fiestas de las fraternidades.

¿Por qué será que eso no me extraña? Nathaniel Black en la Universidad. ¡Menuda imagen! Me lo imagino de camino al laboratorio de Física, con pintas de bueno y llevando la ropa de los domingos, y no soy capaz de ahogar una risita.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Me cuesta imaginarte en la uni, eso es todo.

Busca mis ojos, mirándome con expresión insondable y la mandíbula tensa.

—Estoy acabado, Catherine.

Baja la mirada al suelo y suelta un suspiro, mordiéndose nerviosamente el labio.

—¿Qué entiendes tú por acabado? —pregunto, volviéndome seria de repente.

Él levanta el rostro y me lanza una mirada larga, desesperada.

—Si no me dan el papel de Von Bon, estoy acabado. Mi carrera se va a la mierda. Cuando acabe esta temporada, no me van a renovar el contrato.

Mis ojos se dilatan de auténtico espanto. ¡Eso no puede ser! La serie gira a su alrededor. No pueden echarle.

—¿Cómo es eso posible? Tú eres la estrella. El chico malo por el que suspiran millones de mujeres en el mundo entero.

Mueve la cabeza y me sonrío con amargura.

—Ya no. Si antes de que acabe la temporada no he conseguido un papel importante, acabaré como figurante en *CSI*. Un actor de mi edad no puede optar a nada mejor.

Hundo la cara entre las palmas y cierro los ojos por un momento. Le van a despedir porque yo, en vez de hacer mi trabajo como es debido, me he dejado llevar por las emociones personales. En vez de ayudarlo, me lo he tirado. ¿No soy una auténtica profesional? Mascullo unas cuantas maldiciones para mis adentros.

—Lo siento. Te prometo que moveré todos los hilos que hagan falta para conseguirte ese papel. Y si tengo que tirarme a Johnny, sabes que lo haré —bromeo.

Él reprime una sonrisa al ver la determinación que hay en mi mirada.

—Tranquila, no tendrás que tirarte a nadie. Además, deberías estar muy avergonzada por haberlo incluso pensado. ¡Una dama como tú! ¡Es vergonzoso!

—¿Tendrías la amabilidad de dejar de mofarte de mí? Solo intentaba ayudarte.

—¡Pues no lo hagas! Y, para tu información, aunque mi carrera acabe este año, sigo siendo inmensamente rico. El negocio de las fantasías da mucho dinero.

Suelto un suspiro y miro a mi alrededor. El club está lleno. No me sorprende que sea tan escandalosamente rico.

—¿Ese no es el predicador aquel que sale por la tele condenando el adulterio y las relaciones sexuales antes del matrimonio? —pregunto escandalizada al ver a un anciano de pelo blanco pasar por delante de nosotros, cogido de la mano de una joven mulata—. ¿El que dice que arderemos todos en el eterno fuego de Satán por adúlteros y pecadores?

Nathaniel se echa a reír ruidosamente.

—Le gustan las *ebony*. Qué puedo decir, todos tenemos nuestras fantasías.

Me acerco a él y le rodeo el cuello con los brazos.

—¿Y cuál es la suya, señor Black? Cuénteme una escandalosa —le susurro en voz melosa.

Me mira con escepticismo.

—Preciosa, soy un actor de treinta y seis años. ¿De verdad piensas que tengo alguna fantasía sin cumplir?

—¿De veras? ¿Has cumplido *todas* tus fantasías?

Se ríe por el aire pudoroso que adopto.

—La última que he tachado de la lista ha sido hacerle el amor a mi sexy asesora de imagen —me hace un guiño.

—Oh, ya veo.

—Venga, vamos a bailar —susurra.

Empieza una canción lenta, para mi deleite. Me gusta bailar con él. Me encanta la manera que tiene de estrecharme entre sus brazos, las palabras que me susurra al oído. Me gustan sus besos apasionados. Me gusta todo de él. Bueno, no exageremos, tiene sus defectillos como todo el mundo —básicamente que es una bestia retorcida con cientos de ex novias, extrañas adicciones y una doble vida, ¿pero quién es perfecto?—. Además, eso se lo perdono rápido porque, cuando me besa así, cuando su lengua invade mi boca con desesperación y sus manos me sujetan fuertemente el rostro, siento que no puedo pedirle más a la providencia. Solo quiero que esto dure y que no vuelva a partirme el corazón. Pero ese demonio que a veces se sienta en mi hombro derecho sabe que eso no va a pasar.

Noticias de última hora

«Nathaniel Black ha sido sorprendido por los *paparazzi* saliendo otra vez del apartamento de Judy Haley. Según él, estaba ayudándola a superar su divorcio. Eso ya lo sabemos. La pregunta es ¿cómo?» *Page Six*

«Los hermanos Black, como siempre, rodeados de modelos, de fiesta en un yate.» *Page Six*

«Nathaniel Black fotografiado por los *paparazzi* mientras cenaba con una universitaria en un famoso restaurante de los Hamptons. El actor ha declarado que solo era una fan. Ajá...» *Page Six*

«Catherine Collins deja plantado a Nathaniel Black en una de sus famosas fiestas. Según fuentes cercanas, la morena empieza a cansarse de sus escapadas nocturnas.» *Page Six*

Una vez más vuelvo a caer en los brazos de la soledad, que me arrastran despacio hacia un sufrimiento agobiante. Son las tres de la madrugada de un día cualquiera y aquí estoy de nuevo, acurrucada en el gélido suelo del salón, con la cabeza hundida entre las manos. Solo estamos yo y las sombras que torturan mi alma. Nathaniel ha vuelto a escabullirse en mitad de la noche. Seguro que tiene una muy buena explicación. Siempre la tiene.

A veces me siento como si fuera una prisionera en un palacio de cristal. Puedo contemplar el mundo exterior a través de sus muros, la libertad es casi tangible, pero, por mucho que lo intento, no consigo agarrarla. Alargo la mano hacia la salvación mientras que esta se aleja de mí cada vez más, hasta convertirse en polvo en el viento. No hay salvación, solo es ceniza arrastrada por un implacable aire. No hay libertad, ni paz, sino falta de esperanza y tinieblas. Nunca podré escapar. Mi pecado ha sido enamorarme de Nathaniel Black. Esta es mi penitencia. Estar sola y consumida por los celos. Si esta fuera una película con Nathaniel Black interpretando el papel del protagonista, podría ser *El Último Tango en Nueva York*. Me pregunto cuál de los dos apretará finalmente el gatillo. ¿Seré yo o será él? ¿Cuál de los dos tendrá el valor de ponerle fin?

Me pongo de pie y empiezo a dar vueltas por la habitación. Abro las ventanas de par en par, dejando que la humedad de la noche penetre en la estancia. Pero, a pesar de que respiro hondo para saciar mis pulmones, el aire no parece suficiente, pues la angustia que siento en mis entrañas no se desvanece al respirar. Pasados unos instantes, vuelvo a sentarme en la misma postura. El reloj anclado a la pared marca el paso de los minutos. El tiempo parece moverse con una lentitud desesperante.

Ha debido de pasar una eternidad hasta que escucho sus fracasados intentos de meter la llave en la cerradura. Viene borracho. ¡Toda una novedad! Consigue abrir la puerta después de varios intentos, maldiciones, ruidos y toda clase de golpes. Se quita los zapatos nada más entrar, para no hacer más ruido, supongo, y suelta las llaves encima de la mesa del recibidor. Distingo su silueta ascendiendo por la escalera.

—Hola, amor mío —le digo en una voz tan fría que ni siquiera parece la mía.

Sorprendido por mi presencia, Nathaniel enciende la lámpara del pasillo y se encamina hacia mí. Se deja caer al suelo a mi lado, con la espalda pega a la barra de acero. La tenue luz del amanecer apenas penetra en el salón.

— Ven aquí, amor —me susurra y tira de mis brazos para acomodarme en su regazo—. No deberías estar fuera de la cama a estas horas. ¡Y con las ventanas abiertas! ¡Cristo! ¿Pretendes coger una neumonía?

—Como si te importara —replico, haciendo una mueca de dolor. Es demasiado doloroso decirlo en voz alta.

Nathaniel me alza el rostro y me mira a los ojos como si intentara leer mis pensamientos.

—Claro que me importa —musita, apartándose el pelo de la cara—. Eh, no. No llores, por favor. No soporto hacerte llorar.

Seca cada una de las gotitas que se escurren de mis ojos con sus cálidos labios. Huele a alcohol, como siempre. Y a colonia de mujer.

—Pues para no soportarlo, lo haces muy a menudo. ¿Dónde has estado?

Aún agarrando mi rostro entre sus manos, me examina con sus bonitos ojos azules que se imponen sobre el resto de sus facciones.

—Solo dando una vuelta. Por ahí. ¿Qué te pasa, amor?

Mientes. Hueles a ella. Y es al pensar eso cuando me derrumbo. La imagen de él en brazos de otra mujer me atormenta como un fantasma al cerrar los ojos, y ya no encuentro las fuerzas de aguantar los arroyos de lágrimas, ni los sollozos. Él me abraza, enterrando mi cara en su pecho, y me sujeta fuertemente mientras mi cuerpo se mueve al compás del llanto. No dice nada, se limita a besar mi pelo y a acariciar mi espalda.

—Eres la peor de las enfermedades —musito, con la barbilla apoyada en su hombro—. Cuando estás conmigo no me dejas vivir, y cuando desapareces, me dejas débil y confusa. Y yo no quiero sentirme débil y confusa, Nate...

—¿Tan mal va lo nuestro?—pregunta, ceñudo, y su voz tiembla de la emoción.

—Es un tormento —susurro cuando él pega su mejilla a la mía—. Mi entera existencia... esta relación... todo. No es más que un interminable tormento. No puedo más. Estoy hundiéndome y, cuando pienso que al fin mis pies van a tocar el suelo, resulta que me hundo todavía más. Y estoy muy cansada... ¡Estoy tan cansada! Esto tiene que acabar de una forma u otra.

—¿Acabar? —me pregunta en voz baja, cogiendo de nuevo mi cara entre las manos—. ¿Qué es lo que quieres que acabe?

Me aparto de él y me quedo con la mirada fijada en un punto del suelo.

—Todo. La adición que me consume —digo, ausente—. Hay que ponerle fin. Lo nuestro no es sano. Tú haces que me vuelva loca. Siempre que desapareces, me imagino cosas... y luego están todos los escándalos que protagonizas, y esas mujeres que te rodean y... yo... —entierro la cara entre las manos— yo siento que me falta el aire cada vez que sales por esa puerta y... y... soy incapaz de pensar con claridad. No puedo seguir así. No puedo... no puedo... no...

—Todo eso pasa en tu mente, ¿no lo ves? —hace una pausa para buscar las palabras. Parece torturado, desesperado por hacerme comprender algo—. Nada... es... real —subraya cada palabra, con los ojos clavados en los míos—. Haría lo que fuera por poder arrancar esas ideas de tu cabeza, sabes que lo haría. Haría cualquier cosa por ti, princesa. Y si pudiera borrar cada uno de tus tormentos con mis besos, lo haría. Pero no puedo. Así que necesito que entiendas que nada, salvo lo nuestro, es real.

—Estoy volviéndome loca, Nate —murmuro en tono de desesperación—. Todo lo que pasa últimamente... el mero hecho de leer las revistas...o ver la tele... me enloquece. Leer lo que dicen sobre ti duele de manera que tú ni siquiera puedes imaginar. Y si pudiera apagar el interruptor como lo haces tú... si pudiera darle al botón y acabar con todo, lo haría. Daría lo que fuera por no sentir una mierda.

Nathaniel coge mi cabeza entre las manos con tanta fuerza que temo que la aplaste.

—No digas eso. No... No, amor —sus palmas enjuagan mis lágrimas.

Noto cómo se me quiebra la voz y rompo a llorar de nuevo.

—No quiero volver a sentir lo que estoy sintiendo en este momento —musito entre lágrimas—. Te quiero y eso me consume. Tienes que dejarme marchar, Nate. Ahora sé que eso es lo correcto.

Su mirada se torna salvaje cuando se precipita sobre mí, me aplasta entre la barra y su pecho y ahoga mi boca con sus besos. Vuelvo a rendirme lentamente, una vez más. Ignoro las voces de mi cabeza que me dicen que salga corriendo. Enredo las dos manos en su pelo y le beso con la misma desesperación.

—¿Lo correcto? ¿Cómo puede ser eso lo correcto? —susurra, con la frente apoyada contra la mía—. Estoy perdido sin ti. Te necesito, Catherine. Te quiero en mi vida.

Parece turbado, pero, sobre todo, sincero.

— Es lo correcto. Lo es... Sé que lo es... Lo sé... ¡He querido dejarte tantas veces! Pero siempre has conseguido hacerme cambiar de opinión. Te suplico que esta vez no lo hagas. Si alguna vez has sentido algo por mí, algo parecido al amor, me dejarás marchar. ¡Tienes que dejarme marchar, Nate! No puedes seguir siendo egoísta conmigo. Tú no puedes hacerme feliz y lo sabes. Por favor, deja que me vaya —imploro, notando cómo mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas—. Por favor. Estar contigo duele demasiado.

Al oír ese murmullo de súplica, su boca choca contra la mía, arrancándomelo todo. La agonía, el dolor, los punzantes celos. Me despoja de todo eso con un simple beso. Ya ni siquiera mi instinto me dice que me aleje de él. Cada célula de mi cuerpo implora sus caricias, que se vuelven cada vez más ardientes.

Me arranca el camisón con un gesto demasiado brusco. Como no llevo nada más, las comisuras de su boca esbozan una pícaro sonrisa. Con el aliento contenido y las manos temblorosas, desliza las palmas por mis piernas, abriéndose paso entre mis muslos.

—Eres tan hermosa —murmura distraído—. Y eres mía. ¡Mía! —gruñe entre dientes.

Observo hipnotizada cómo se agacha y empieza a besarme la parte interior de las rodillas. Un agudo deseo incendia mi interior cuando su lengua empieza a subir despacio por mis muslos. Siento sus caricias por todo el cuerpo y, de nuevo, me doy cuenta de lo enganchada que estoy a él y a todo lo que él me hace sentir. Incluso los tormentos que me provoca amarle tienen algo de fascinante para mí. Es enfermizo lo mucho que disfruto peleándome con él.

—Dime que no me dejarás —me exige, levantando la cabeza para analizar mis ojos—. Nunca dejaré que te marches, ¿me has oído? ¡Nunca me dejarás! —me grita, clavando los dedos en mis caderas—. ¡Eres mía! Dime que nunca me dejarás, por favor... —suplica en un murmullo.

Me mira angustiada, con los ojos turbios, y el rostro descompuesto y pálido. Yo hago un gesto afirmativo y empiezo a desabrochar despacio los botones de su camisa. Nada más desabrochar el último botón, agarra mis manos, atrayendo de nuevo mi mirada hacia el azul de sus ojos. El brillo atormentado que percibo en ellos me sobrecoge.

—Necesito que lo digas, Catherine. Por favor.

Nuestros labios apenas se rozan.

—Nunca te dejaré —exhalo y me apodero de su boca.

Mientras me besa con fuerza, me rodea la cintura con las manos y me levanta del suelo. Empieza a subir por la escalera conmigo en brazos, como si fuera una niña pequeña, llevándome directamente a su habitación. Me coloca sobre la cama con ternura.

—No vuelvas a pensar en eso ¿de acuerdo? No volveré a irme, te lo prometo. Estaré aquí. Te prometo que pase lo que pase, siempre estaré aquí. Contigo. No quisiera estar en ninguna otra parte.

Sé que eso no es cierto, sin embargo, asiento. Él me mira abatido y callado durante un tiempo, y después se inclina para besar suavemente mis labios. Si el Nathaniel dominante es como un demonio al que no me puedo resistir, el Nathaniel tierno es un afrodisiaco embriagador que me deja indefensa. Mi cabeza da vueltas y mi mundo se detiene por unos instantes. ¿Cómo podré dejarle ir? ¿Cómo podré seguir con mi vida sin él en ella? Mierda. No voy a poder.

—Hueles tan bien —me susurra al oído, jugueteando con la lengua en el lóbulo de mi oreja.

Se pone de pie, con esa blanca camisa desabrochada, que deja a la vista su perfecto abdomen, y tira de mí para que lo siga. Nos abrazamos y empezamos a movernos despacio, a pesar de que no hay música, salvo por algo que Nathaniel tararea a mi oído.

—Dime que los rumores no son ciertos. Dime que lo que cuentan sobre ti es una mentira.

—Jamás haría nada que pudiera perjudicarte, preciosa. Eres la persona más importante para mí.

Hunde las dos manos en mi pelo, sujetándome la cabeza con fuerza mientras que con un exigente beso me priva de todo autocontrol. Puede que el mundo esté moviéndose con demasiada rapidez, no lo sé. No me importa. ¿Por qué debería importarme el exterior? Sé que existe una realidad ahí fuera, un sitio donde las personas nacen, viven, se enamoran y mueren, pero yo no quiero tener nada que ver con ese mundo. Solo quiero estar entre mis cuatro paredes de cristal y contemplar esa libertad, la salvación, que se aleja de mí cada vez más, dejándome sola entre las tinieblas. Mi castigo es el amor. Esta es mi prisión y, aun así, es el único sitio del planeta donde realmente quiero estar. Aquí dentro, mi mundo es él. Es tan hermoso, tan seductor y, a la vez, tan oscuro, que no soy capaz de resistirme. Estoy condenada a amar a Nathaniel Black. Ahora lo veo con claridad. Nunca podré ponerle fin a mi adicción. Supongo que al final será él quien apriete el gatillo.

Capítulo 16

Están los amigos listos, los amigos guapos y los amigos plastas. La mayoría de los amigos de Nathaniel pertenecen a la última categoría, según he podido comprobar en la siguiente fiesta del Upper East: Día de Acción de Gracias. Si todo americano pasa este especial día en compañía de sus seres queridos, mi novio decide organizar la fiesta del siglo en su ático. Habrá sido un gran alivio para toda su familia que haya decidido pasar de la cena familiar. No es un secreto para nadie lo mucho que le gustan las pechugas en Acción de Gracias. Y no, no me refiero a las del pavo.

Yo estoy muy tranquila porque, como bien sé por las películas, los americanos son muy familiares —salvo Nathaniel Black, por supuesto— y me imaginaba erróneamente que sus invitados preferirían celebrar tan señaladas fechas en el seno de sus familias, no en una fiesta organizada por el chico malo de la tele. Me llevé un disgusto cuando unas ochenta almas cándidas, que no tenían mejores planes para aquel día, se presentaron en la puerta de casa. Y aquí estoy, en medio de un desmadre total, llevando un elegante mono azul de *Elie Saab*, el cabello en ondas cayendo sobre mis hombros y una cinta de pelo del mismo tono de azul que mi ropa. Ah, y no nos olvidemos de la falsa sonrisa que ilumina mi rostro.

El salón está lleno de personas que no conozco, ni tengo interés en conocer. La música es ensordecedora —en las últimas horas he desarrollado un odio profundo hacia AC/DC, Metallica, Bon Jovi y todo ese grupito de viejos rockeros—, y la gente va demasiado animada como para que yo piense que solamente han abusado del licor de Bacchus. No había visto tanto alcohol junto desde el último año de universidad. Me extraña que todavía me acuerde de aquello. Fue un año turbio: tenía tres novios a la vez.

—Catherine, esta encantadora parejita son los Jones —me dice Nathaniel cuando vamos a saludar a una familia recién llegada.

Curvo los labios en una sonrisa adorable y me dispongo a apretar las cinco manos que me tienden los miembros de tan distinguida familia. Los señores Jones deben de tener unos treinta y muchos años, van vestidos del mismo color —beige— y tienen tres encantadoras niñas —vestidas de beige e igual de rubias que ellos—, que en el instante en el que me agacho para darles la mano, enredan sus delicadas manitas en las ondas que tanto he trabajado para conseguir. Y me pregunto yo, desde la ignorancia de mi ser, ¿qué demonios hacen tres niñas de unos cinco años en una fiesta así?

—Abby, Aimee, Aisha —canturrea la señora Jones con una irritante sonrisa de gran dama— dejad a Catherine en paz. ¿Qué os ha dicho mamá sobre no molestar a las novias del tío Nate? Catherine, es un placer conocerte.

Aprieto la mano enguantada que me ofrece.

—El placer el mío. Tenéis unas niñas adorables —digo a través de mis dientes apretados.

—Son nuestros tesoros —comenta afectado el señor Jones.

Necesitaré una gran dosis de alcohol. *¿Algún camarero por ahí?*

—Catherine, querida, deberías pasarte por casa el próximo martes —prosigue la señora Jones—. Todos los martes nos reunimos con un grupo de amigos para jugar al bridge.

—¿Bridge? —repito, esforzándome por disimular el toque irónico de mi voz.

—El bridge es un juego de...

—Sé lo que es el bridge —interrumpo con impaciencia—. Desde luego que iremos algún día. No puede haber nada mejor que jugar al bridge con unas personas *tan* encantadoras como vosotras.

Tras despedirnos de los adorables Jones, Nathaniel coloca una mano en mi espalda y me conduce hacia la barra.

—¿Por qué son amigos tuyos, tío Nate? —le susurro al oído.

—Conozco a Tom desde que éramos críos. Solía ser normal.

—Me cuesta creerlo —replico secamente y, enseguida, le sonrío a uno de sus amigos, que levanta la copa en gesto de saludo al pasar a nuestro lado.

—¿Tan mal te han caído? —me pregunta incrédulo.

—¿Mal? Son la peor de las pesadillas convertida en realidad. Los que temen al monstruo de Loch Ness, lo hacen porque no conocen a los encantadores Jones. Y esas tres niñas...

—Sé que son un poco hiperactivas...

—¿Hiperactivas? —repito pasmada—. No son hiperactivas, son el demonio encarnado.

Nathaniel suelta una carcajada.

—Deduzco que el martes no jugaremos al bridge.

—¡Ni de coña! —exclamo tajante.

—Black, ¿dónde te habías metido, tío? Y, por el amor de Dios, ¿esta belleza quién es? No me digas que es tu chica.

—Lo soy —contesto, apretando la mano que me ofrece el desconocido que se ha dirigido a mi novio—. ¿Y tú eres?

—Gage Carey. El mejor amigo de Nathaniel.

Miro al tal Gage de arriba abajo. Es un moreno en sus treinta y muchos, ojos oscuros, pelo despeinado y sonrisa maliciosa. Uno de los hombres más atractivos de esta fiesta, aparte de mi novio, por supuesto. Lleva unos pantalones negros y una camisa arrugada que no deja muchas dudas sobre lo fuerte que es su cuerpo. ¿Es que en Nueva York todos los chicos malos van al gimnasio?

Según averiguo mientras me tomo un Martini con él, Gage Carey es escritor de novelas de misterio, muy rico y soltero. Un Don Juan. El físico le ayuda, claro está. Gage pertenece a la cuarta categoría de amigos: plasta, pero cachas. Si bien quieres odiarle, no puedes. Me cae bien Gage. Es muy divertido.

El resto de la velada conozco a Alex Dylan y a su novia Jennifer Duff, ambos actores, ricos, guapos y demás; a Olivia Hilton, actriz que nada tiene que ver con los hoteles; a Zac Parker que no recuerdo a lo que se dedicaba, solo ha quedado en mi memoria porque era muy guapo; y a muchos otros cuyos nombres no recuerdo.

Después de esa fiesta, Nathaniel y yo empezamos a mantener una relación normal. Dejémoslo en una relación. Lo cierto es que discutimos muy a menudo y por cualquier tontería. Y hoy no va a ser la excepción.

Nos hallamos sentados en el sofá, viendo la tele, como la pareja más normal de este retorcido Universo. Solo que no lo somos. Al fin y al cabo, somos Catherine Collins y Nathaniel Black: la chica buena y el chico malo, según nos apodan los *paparazzi*. Hagamos lo que hagamos, él y yo nunca vamos a ser normales.

—Me aburro —me quejo e intento quitarle el mando para cambiar de canal.

—Es lo que hay —me responde él, elevando el volumen.

—Deberíamos cambiar de sitio el sofá —continuo, como ausente—. Aquí no recibe demasiada luz natural.

Nathaniel gira la cabeza lentamente y me mira con el ceño arrugado.

—Es un sofá, amor, no una planta. No tiene por qué darle la luz natural.

—Ya, pero a mí me gusta la luz natural.

A la media hora, harto de seguir con esa conversación, Nathaniel empuja el sofá hasta el sitio indicado por mí. Volvemos a sentarnos. Muerta de aburrimiento, recorro toda la habitación con la mirada. Luego empiezo a jugar con el anillo de zafiros que me regaló mi madre al cumplir los veinte años.

—Esto... —me aclaro la voz— ¿Nate?

Él finge mirar con mucha atención el reportaje sobre coches que estamos viendo y se limita a lanzar un gruñido.

—Llevabas razón. Aquí le da demasiada luz natural.

Vuelve a girar la cabeza igual de despacio que antes.

—¿¿¿QUÉ???

—Sí, lo siento. Creo que llevabas razón. El sofá está mejor donde estaba.

Lo siguiente pasa muy rápido. En un segundo está mirándome con su mirada asesina y en el otro, el sofá y yo estamos siendo empujados hacia el centro de la habitación.

Horas más tarde, empezamos a discutir en una licorería. Yo espero paciente hasta que Nathaniel coge las primeras cinco botellas de *bourbon*, pero al agarrar la sexta, se la quito de un zarpazo.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —espeta.

—Bebes demasiado —le contesto mientras vuelvo a guardar la botella en el estante.

Con toda la tranquilidad del mundo, elige otra, de la misma marca, y la coloca al lado de las primeras cinco.

—Claramente no bebo lo suficiente —refunfuña, empujando el carro hacia la caja.

—Me gustaría que dejaras de beber.

—Y a mí que dejas de hacer pucheros y de montar rabetas cada dos por tres, pero como este mundo es muy cruel, no siempre se puede tener lo que uno quiere, amor.

Saco la lengua a sus espaldas, como una cría enfurruñada y caprichosa.

—Hay tanto alcohol en tu casa que podrías abastecer a toda la población de Irlanda —comento momentos después, mientras le ayudo a colocar las botellas sobre la cinta de la caja—. Ayer encontré una botella en el armario del baño. ¡En el baño! Definitivamente tienes que ir a rehabilitación.

Nathaniel paga a la cajera, le dedica una sonrisa de infarto a modo de despedida, y salimos a la calle, cargados de bolsas de alcohol.

—¿Rehabilitación? ¡Bah! No sirve de nada. He estado una vez durante tres semanas y ¿sabes qué? Cuando salí empecé a beber el triple de lo que bebía antes de entrar —yo hago una mueca de incompreensión; él medio sonríe—. Bueno, para recuperar las tres semanas de abstinencia, ya sabes —me explica, guiñándome un ojo—. Además, las botellas del baño están guardadas ahí por una razón muy fundada, no porque yo tenga vicio.

Me monto en el coche haciendo una mueca que él no puede ver.

—¿Y cuál es esa razón? —insisto, nada más ponernos en marcha.

—Imagínate que una fan loca asalta mi casa con la clara intención de violarme.

Me echo a reír a carcajadas.

—No tienes tanta suerte.

—Ya, pero imagínate que pasa. Cosas peores se han visto. ¿Qué puedo hacer yo ante semejante acto de violencia? Salir corriendo y encerrarme en el baño, evidentemente. Puede pasar una semana hasta que alguien se dé cuenta de que no he salido de casa y entonces vendrán a rescatarme. ¡No puedo estar una semana sin provisiones!

—¿Y no será mejor guardar unas barritas energéticas? —le sugiero.

Nathaniel suelta un bufido y se dispone a hacer maniobras de aparcamiento.

—¡Tonterías! ¿Tienes idea de la energía que da el *bourbon*?

—Lo único que digo es que la casa está tan llena de alcohol que, si algún día te quedas dormido con uno de tus porros encendidos, volarás por los aires toda la ciudad de Nueva York.

—Está bien —su tono de voz me dice que su paciencia se está agotando—. Beberé todo el alcohol si vaciar las botellas es lo que te hace feliz.

—Me parece bien. Espera. ¿Has dicho beber? Yo me refería a tirar.

Y así pasamos los siguientes días. Discutiendo continuamente. Que si salimos demasiado, que si no salimos lo suficiente. Que si me relaciono demasiado con sus amigos —Gage Carey y Zac Parker—, que si paso olímpicamente de ellos —los Jones—. En fin, todo parece ser una razón para discutir. Lo que realmente nos pasa es que estamos enganchados al sexo de reconciliación. Sí, señor. Realmente vale la pena discutir por eso. No hay sentimiento alguno, ni remordimiento, ni gilipollez. Es sexo puro y duro. Toda la ira, toda la frustración acumulada durante nuestras agresivas peleas, están siendo empleadas con fines más productivos. Pero no creo que sea solamente por el sexo. Hay más. Supongo que los dos necesitamos a alguien a quien culpar por todas las desgracias.

Sin embargo, a pesar de esas intensas reconciliaciones, lo nuestro está acabándose. Y tanto Nathaniel Black como yo, somos conscientes de ello. Tal vez sea un presentimiento. Tal vez la teoría de la probabilidad. Quién sabe. El caso es que cada día estamos un poco más cerca del desenlace final. Un poco más cerca de ese hondo y oscuro pozo que nos asusta a los dos. Lo único que falta es el empujoncito final para precipitarnos hacia el vacío.

Y algo me dice que está por llegar.

Un año más, la ciudad de Nueva York, espectacularmente decorada, se prepara para la llegada de Papa Noel. Todo es perfecto: las luces, los villancicos que se escuchan en todas partes, *The Shopping Week* y hasta la nieve, que en cualquier periodo del año es un coñazo, pero no en Navidad. En Navidad es una bendición divina. Y como no podía ser de otra forma, Nathaniel y yo celebraremos la Nochebuena en compañía de unos desconocidos, en una de las mayores fiestas que acoge el barrio más pijo de Manhattan. A mí me hubiera gustado habernos quedado en casa, encender la chimenea, ver películas navideñas y hacer el amor. Incluso habría aguantado con estoicismo, y sin ninguna clase de protestas, una cena a base de soja y repollo. Pero cuando eres la novia de una superestrella, no puedes hacer eso. Cuando eres la novia de una superestrella tienes que estrenar un vestido de diseño, unas joyas escandalosamente caras y colocarte una larga y fingida sonrisa. Por no hablar de las largas horas que tienes que pasar en maquillaje y peluquería. ¡*Jo, jo, jo!*

—Estás deslumbrante esta noche —me dice Nathaniel en cuanto empiezo a bajar los escalones.

Está esperándome al pie de la escalera, como un caballero de película antigua. Lleva su mejor esmoquin, su más pícara sonrisa y me observa con un brillo de admiración en su mirada mientras me acerco a él, sonriente. Acorde con los colores de la temporada, llevo un largo vestido rojo. Rojo diablo. Me gusta el rojo. Va con mi personalidad.

—No puedo decir otra cosa sobre ti —me inclino y le beso la mejilla—. Te sientan bien los trajes.

—Lo sé —me contesta con arrogancia, arreglándose los gemelos de la camisa.

Entorno los ojos mientras salimos por la puerta. Delante del edificio, nos espera una limusina negra con el motor en marcha. Nos subimos y recorreremos gran parte del trayecto en silencio. Nathaniel permanece en su asiento, inexpresivo, absorto en alguna clase de idea que debe de estar rondando su mente. Tal vez uno de aquellos demonios que suelen atormentarle.

—¡Vayámonos! —suelta de repente y se gira hacia mí, con un extraño brillo en su hermosa mirada.

—¿Qué?

—¡Sí! ¡Demos la vuelta ahora mismo! Podemos ir a Tailandia... o a la India... o a Bosnia. ¡Me da igual! Podemos ir a donde quieras, pero por favor, no vayamos a esa fiesta.

Lo miro pasmada. Está claro que habla muy en serio.

—¿Por qué demonios iba a querer yo ir a Bosnia? ¿Te has vuelto loco o qué? Y te recuerdo que tú mismo dijiste que es la fiesta más importante de toda tu vida. ¡No puedes faltar!

—Lo es... —murmura distraído— Lo es. Sí, llevas razón. Sí... Supongo que habrá que ir —se pasa una mano por el pelo y mira meditabundo por la ventanilla del coche—. ¿Catherine?

—¿Sí?

—¿Recuerdas que te dije que nadie más te hace sentir lo que yo te hago sentir?

Aguarda, mirándome con interés.

—Sí... —digo dudando.

—Bien. Tenlo presente. Hemos llegado. ¿Preparada?

Por el cristal oscuro, veo a un grupo de *paparazzi* acosando a algún pobre infeliz. Respiro hondo, me esfuerzo por sonreír y cojo la mano que me ofrece. Él me lanza una mirada algo angustiada y, acto seguido, abre la puerta, echándonos a los dos a la jaula de los leones. En cuanto pisamos la alfombra roja, me quedo ciega cuando todos los flashes nos enfocan.

En cuestión de segundos, estamos rodeados de reporteros que hacen varias preguntas a la vez, se empujan entre sí para acaparar el primer plano y sacan fotografía tras fotografía. Estoy mareada, tanto por el flujo de personas, como por las cámaras, pero intento respirar y mantener la compostura. Permanecemos de pie durante unos segundos, permitiéndoles que saquen imágenes. Nate me sujeta la cintura con firmeza y no para de sonreír. Cuando quiere, puede ser un canalla encantador. Me siento como Cenicienta colgando del brazo de su príncipe.

—En marcha —me susurra al oído.

—Catherine, el hecho de que hayáis acudido juntos a la fiesta ¿significa que negáis los rumores de ruptura? —pregunta una mujer.

Hay tantas personas, tantos flashes y tantos micrófonos que soy incapaz de ver a la que ha hecho la pregunta. Nathaniel se detiene, se da la vuelta y se coloca delante de las cámaras.

—Por supuesto. Nuestra relación pasa por su mejor momento, ¿verdad, cielito? —contesta, mirándome con afecto. Yo sonrío.

—¿Y qué opinas tú, Catherine, sobre el nuevo escándalo protagonizado por tu novio? —pregunta alguien a lo lejos.

—¿Escándalo? —repito, parpadeando.

—Esta misma mañana, Nathaniel ha sido sorprendido saliendo de un sex shop en compañía de su ex, Anne Blunt. Según el dependiente, se han gastado la friolera de tres mil dólares en "regalos navideños". ¿No te inquieta eso?

¿Qué? Siento que me falta el aire y tengo que agarrarme fuertemente a su brazo para seguir en pie. Durante unos instantes, se me oscurece la vista, el mundo parece girar con demasiada rapidez para mí y noto como se me va la tierra de debajo de los pies. Ya no me veo capaz de seguir sonriendo y me da igual que las implacables cámaras capten mi reacción. Todo me da igual.

—A ver, amigos —interviene Nathaniel, sonriendo como si aquello no tuviera importancia—, he dicho que negamos los rumores de ruptura. Nadie ha mencionado nada sobre exclusividad.

Lo miro con el rostro descompuesto y constato con estupor que no ha dejado de sonreír ni un solo instante. Esto le da igual.

—¿Verdad, Catherine que tú y yo...?

Las palabras mueren en sus labios al ver mi expresión de puro dolor.

—No haré más declaraciones.

Me agarra un brazo con brusquedad, empuja a los reporteros que nos impiden el paso y siguen acosándonos con sus molestas preguntas, y me arrastra hasta la entrada.

—¡Sonríe! —me ordena, con tono implacable.

Me aparto de él con un gesto brusco, pero vuelve a agarrarme el brazo y me sujeta con firmeza.

—¡Eres un animal! —le grito enfurecida.

Él me sonríe maliciosamente.

—En la cama, sí. Y ahora haz el favor de controlarte porque vamos a abrir esta puta puerta y estaremos delante de todas las personas que cuentan en este país.

¿Más te vale que no la jodas! Te recuerdo que esta noche es demasiado importante para mí como para echarla a perder por tus celos infantiles.

¿Celos infantiles? Es oficial, tengo ganas de matarle. Oh, Señor, voy a ir al infierno sin lugar a dudas. Pero disfrutaré sabiendo que él estará conmigo. Nos abraseremos juntos en el caldero de Satán.

—¡Vete al infierno! —gruño entre dientes y acto seguido curvo los labios en una sonrisa falsa cuando un reportero, que pasa por delante, nos saca una foto.

Se abren las dos puertas del local y mientras que entramos, sonriendo como si fuera el día más feliz de nuestras vidas, me doy cuenta de lo cansada que estoy de todo esto. Aborrezco la ostentación del mundo de Nathaniel Black. Solo hay convencionalismo, hipocresía y cinismo. ¡La élite! ¡Menudos gilipollas! Miro a mi alrededor de manera ausente, como mera observadora, y lo único que veo es frivolidad. Banalidad. Gente vacía por dentro, que brinda, ríe, baila y cuchichea, ajena a lo que está pasando fuera de estas paredes cubiertas con papel de oro. ¡Hay todo un mundo ahí fuera!, quiero gritarles. ¿Por qué nadie es capaz de verlo?

Peino con la mirada la enorme sala, fijándome en cada rostro, en cada pequeño detalle, en cada falsa risita. En su inmensa superficialidad, no son capaces de ver que hay gente que muere en la más terrible pobreza mientras ellos se hinchan a caviar y beben champán de cinco mil dólares la botella. En el Upper East Side a nadie le importa eso porque aquí no hay miseria, ni sufrimiento. Aquí solo viven los elegidos. La *crème de la crème*. Los odio a todos y a cada uno de ellos, con indumentaria elegante, sus sonrisas artificiales y sus vidas vacías. Visto como ellos, me muevo entre ellos como pez en el agua y hablo como ellos, pero no soy y nunca seré una de ellos. Solo soy una intrusa en un mundo que no es el mío.

Mientras nos disponemos a saludar a un grupo de personas, me invade la sensación de estar viviendo la vida de otra persona. ¡Esta, sencillamente, no puede ser la mía! Es como si me hallara dentro de mi propia cabeza, gritando desesperadamente por salir. Solo que no lo consigo. Ni siquiera sé si de verdad intento conseguirlo. Al igual que Nathaniel Black, todas las mañanas me coloco una máscara invisible, que me protege y me esconde a la vez. El secreto del éxito consiste en que nadie vea lo que se esconde debajo. No puedo permitir que vean mi verdadero rostro. Ellos solo pueden ver lo que yo quiero que vean. Y estoy muy cansada de todo esto. Cansada de esbozar sonrisas postizas, cansada de fingir interés por saber qué tal están las personas que me rodean, cansada de decir cosas ridículas como "es un placer conocerle", cuando lo que realmente quiero decir es "me importa una mierda tu persona". ¡Dios mío, me he vuelto igual de cínica y de vacía por dentro que todos ellos!

—¿No eres algo mayorcita para estas rabietas? —me susurra Nathaniel en cuanto nos quedamos a solas.

—No tanto como tú —replico en tono gélido.

—¡Auch! ¡Bailemos!

Me agarra de un brazo y me conduce hasta la pista de baile, inclinando la cabeza en gesto de saludo a derecha e izquierda. Funde su cuerpo con el mío y empezamos a movernos despacio. El baile es lento y lleno de ternura. La suave voz de Rihanna canta "*Siempre serás mi héroe, aunque hayas perdido la cabeza*". Echo la cabeza hacia atrás y me río a carcajadas.

—¿No te parece que el Universo es un cabrón con un sentido del humor enfermizo? —le digo entre risas—. ¿De verdad tenía que ser *Love The Way You Lie*?

Nathaniel me mira como si le faltara el aire, con un surco profundo formado en su ceño. ¿Cómo es posible que un hombre de su magnificencia consiga parecer tan frágil en este momento? ¿Tan fácil de herir? ¿Tan atormentado?

—Catherine... lo de antes... yo no...

—Déjalo. No quiero oírlo.

—¡Pero tienes que oírlo! ¡Necesitas saber la verdad! Tienes que ser capaz de ver más allá de...

—He dicho que no —entrelazo los brazos alrededor de su cuello y le susurro al oído con el tono más dulce que soy capaz de adoptar—. Solo te diré dos cosas, Nathaniel Black. Uno: lo nuestro se ha acabado.

Él retrocede medio paso para observarme el rostro. Ninguno de los dos deja de sonreír, aunque su torcida sonrisa refleja cierto dolor. Me coge del brazo, me hace dar una vuelta sobre mis pies, y después me inclina hacia abajo hasta que mi pelo casi toca el suelo. Me sujeta así, con su cuerpo inclinado sobre el mío, la palma de su mano descansando en mi clavícula y sus ojos mirándome como si intentaran transmitirme algo crucial que yo no consigo pillar.

—¿Y dos? —susurra, bajando la mirada hacia mis labios.

Mi boca adopta un gesto cínico mientras le sonrío.

—Puede que tenga sentimientos hacia tu hermano.

"¿Solo vas a quedarte ahí mirando cómo me quemó?", escucho a lo lejos.

Nathaniel me endereza con brusquedad.

"¿Solo vas a quedarte ahí oyéndome llorar?", una vez más, la voz de Rihanna llega hasta mis oídos.

Dejamos de movernos, aunque el baile aún no ha acabado. Solo estamos de pie, en la mitad de la pista, rodeados de parejas bailando, y nos miramos el uno al otro a los ojos. Su rostro adopta un aire derrotado que consigue despertar cierta lastima en mí, pero ya es tarde. He tomado una decisión y pienso mantenerme firme. Eminem canta ahora "*Nuestro amor es una locura, estamos locos, pero me niego a recibir ayuda psicológica*".

—¿Recuerdas cuando te dije que nunca dejaría de amarte? —me inclino sobre él y añado en un susurro— Mentí.

Hago una reverencia y doy media vuelta. De reojo, veo cómo se queda en medio de la pista de baile, atónito, turbado, cogiéndose la cabeza entre las manos. Aumento el ritmo de mis pies porque con cada paso que me aleja de él, empiezo a derrumbarme un poco más. Y no puedo hacerlo. No puedo girarme y correr de vuelta a sus brazos. No puedo gritarle que le quiero y que lo que le he dicho antes solo ha sido una infantil venganza. No debo. Estoy devastada, pero esta vez no voy a vender mi alma por treinta miserables monedas. Esta vez conservaré el último gramo de dignidad que me queda y saldré por esa puerta con actitud triunfal, puesto que lo único real a lo que puedo agarrarme ahora mismo es mi orgullo, los trocitos que quedan de mi gran ego.

Solo me permito el lujo de derrumbarme una vez de vuelta al ático de Nathaniel. Me acurruco en el suelo y dejo que la niebla, la oscuridad y la más intensa de las agonías se apoderen de mi debilitado cuerpo.

Y aquí estoy, una vez más. Con la mirada vacía, delante del enorme ventanal del salón de Nathaniel Black, contemplando la vista panorámica de Nueva York. He estado llorando, pero ahora ya no tengo lágrimas. No sé el tiempo que llevo aquí. Tampoco sé dónde está él. Llevo sin verlo desde la fiesta de anoche. No llama, no escribe...

Esta noche Nueva York permanece en completo y absoluto silencio. Son las dos de la madrugada y, por lo que veo, ni un alma se atreve a salir hoy a la calle. Ni un ruido penetra este doloroso silencio, que se vuelve cada vez más difícil de aguantar. Mis ojos vagan por la Quinta Avenida mientras que mi mente, por enésima vez, se pregunta por qué. ¿Por qué estoy cargando con esta cruz? ¿Por qué no encuentro el valor de acabar con todo este sufrimiento de una vez por todas? ¿Por qué no puedo ser libre? Será porque le quiero tanto que me duele. Y lo más espeluznante de todo es que quiero quererle. Soy adicta y no puedo —ni quiero— dejar de serlo. Me he engañado a mí misma. Nathaniel no me ama. Nunca lo hizo y nunca lo hará. Su corazón ha muerto con esa moji-gata, la tal Mary. Su único y gran amor. ¿Cuántas veces me lo tiene que repetir? ¡No siente nada! ¡Nada! ¡No hay nada dentro de él! Nada, salvo el vacío que ella dejó al irse. ¿Por qué no soy capaz de entenderlo? Tal vez por sus ojos. Esos ojos turbios que, a veces, parecen desvelarme cosas. Secretos... Sus ojos me dicen que él me quiere. ¿Es posible que sus ojos mientan?

—Feliz Navidad, princesa.

Distraída, giro la mirada hacia él. Está apoyado contra la barra, con los brazos cruzados a la altura del pecho, tal y como solía verle en los viejos tiempos. Esos tiempos cuando él solo era burlón, malicioso y juguetón, y yo una estúpida locamente enamorada de él. Esos tiempos que nunca más volverán.

Tiene un aspecto horrible. Parece que lleve días sin dormir, a juzgar por los oscuros círculos que rodean sus ojos. No se ha cambiado de ropa desde ayer. Lleva la camisa colgándole por fuera del pantalón, con los primeros tres botones desabrochados, sin pajarita, y su esmoquin está lleno de polvo, roto y arrugado. Por la herida que tiene en los nudillos de su mano derecha, deduzco que ha estado pegándose con alguien. O tal vez haya destrozado algo, no lo sé.

Durante un instante, me siento conmocionada por el destello de desesperación que se refleja en su mirada.

—¿Cómo lo has hecho? —susurro, mirando fijamente esos iris azules.

—¿Hacer el qué, amor?

—Apagarlo —aclaro, con la voz quebrada.

—No lo sé.

Permanezco callada, sin saber qué más puedo decir.

—Lo siento... —musita, y he de admitir que parece destrozado de dolor—. Siento todo lo que ha pasado en la fiesta. Yo...

—¿Lo sientes? Sentirlo no va a mejorar las cosas, Nate. Mira en lo que me has transformado. ¡Mírame! —le grito, al ver que no es capaz de levantar la mirada del suelo—. ¿Te gusta lo que ves? ¿Cómo has podido hacerme esto? —su silencio me enfurece todavía más—. ¡Maldito seas, mírame a la cara!

Se pasa las dos manos por el pelo mientras se deja caer sobre una silla.

—He metido la pata hasta el fondo y no sé qué hacer o qué decir para que esto sea más fácil —dice con voz sofocada.

Yo tuerzo el gesto, le doy la espalda y apoyo la frente contra el frío cristal. Cierro los ojos.

—¿Cuál es la explicación esta vez? —mi tono de voz parece horriblemente frío.

Nathaniel permanece callado hasta que me vuelvo a girar para mirarle.

—Esta vez no hay una explicación —musita, levantando lentamente la mirada hacia mí—. Salvo por la más evidente de todas, claro.

—¿Y cuál es la más evidente de todas, Nate?

Me abruma el espasmo de dolor que registra su rostro. Cierra los ojos y traga en seco.

—Qué soy un hijo de puta infiel —me contesta con voz apenas audible.

Y ¡Bang! El gatillo ha sido apretado. Nos miramos a los ojos durante una eternidad, en absoluto silencio. Los dos lo sabemos. Es el fin. No hay vuelta atrás. Él ha elegido devolverme la libertad y, aunque estoy devastada, una parte de mi alma le está agradecida por ello.

Agarro mi bolso y con una lentitud casi agónica, arrastro los pies hasta él y le doy un beso en la mejilla. Un último beso... Mis labios se demoran sobre su áspera barba un poco más de la cuenta. Él cierra los ojos y resopla. Me aparto enseguida, trago saliva y me esfuerzo por sonreír.

—Adiós, Nate. Me alegra haberte conocido.

Suelta un largo suspiro y extiende el brazo para acariciarme la mejilla con los nudillos de su mano. Me doy cuenta de que sus manos están temblando casi tanto como las mías.

—Tu forma de mentir es penosa, amor —me susurra, sin dejar de acariciarme.

—Llevas razón. Lo cierto es que lamento haberte conocido.

Su hermoso rostro registra una casi imperceptible contracción de dolor. Yo muevo los labios en algo parecido a una sonrisa mientras le doy la espalda y me encamino hacia la puerta. Coloco una mano encima del pomo.

—¿Catherine?

—¿Sí? —murmuro, sin girarme y sin soltar el pomo de la puerta.

Nathaniel hace una larga pausa y lo oigo suspirar de nuevo.

—Te quiero —dice al fin, con la voz transformada en un susurro.

Este ha sido el peor golpe que me han dado en toda mi vida. Si no hubiera dicho las condenadas palabras, me habría resultado todo mucho más fácil.

—Lo sé.

Y salgo por la puerta, dejando que se cierre de golpe a mis espaldas. Su olor me persigue hasta el ascensor, el único sitio donde puedo desplomarme, aunque solamente sea por unos instantes. Al llegar a la planta baja, en cuanto se abren las puertas, rompo a correr hasta llegar a la calle. Necesito correr, alejarme, pues si no lo hago ahora, nunca más lo haré. Y ya no puedo claudicar. Ahora sé que esto es el final. ¡Dios mío, se ha acabado! Me cubro el rostro con las manos y respiro hondo, sin siquiera saber hacia dónde dirigir mis pasos. Una fría llovizna se desliza sobre mi frente, mezclándose con mis propias lágrimas, y el viento, que sopla con agresividad

desde el este, me cala hasta los huesos, congelando no solamente mi cuerpo, sino también mi corazón. El barrio parece vacío y aterrador. No puedo moverme, sencillamente estoy paralizada aquí de pie, delante de su portal. Los coches pasan a mi lado de vez en cuando, algunos conductores me miran, otros me ignoran por completo. Mi ropa está ahora empapada y mi maquillaje se ha escurrido. Debo de parecer un espantapájaros. El ladrido de un perro callejero me devuelve al mundo real.

Me siento como si el cielo se me hubiera caído encima mientras intento parar un taxi. No puedo dejar de llorar y me importa un carajo que me estén mirando. Es el fin de todo. ¿Qué importa lo que piensen de mí?

Pasados unos minutos, consigo detener uno. Me monto en la parte trasera y le digo al conductor adonde quiero ir. El coche se pone en marcha despacio. Después de unos instantes, me giro y miro hacia atrás por última vez, observando a través del cristal lleno de gotas la ventana de aquel ático y la oscura silueta de Nathaniel Black, que se alejan poco a poco hasta desaparecer entre las sombras de la noche. Me vuelvo a girar cuando apenas se distinguen las luces del barrio en el que la fiesta nunca acaba.

Afrontarás esto como cualquier dama debe hacerlo: con dignidad, una larga sonrisa y fingiendo que nunca ha pasado. Volverás a tu perfecta vida y harás lo que siempre has hecho: alzar de tus propias cenizas y seguir adelante. Porque eres Catherine Collins-Fitzgerald y es lo que se supone que debes hacer.

En la radio del taxi suena *Feeling Good*, la versión de Muse.

—¿Puede subir eso un poco más?—le pido al conductor.

Él extiende el brazo y eleva el volumen de la música.

"Cañas que van a la derriba

Sabéis cómo me siento

Es una nueva alba

Es un nuevo día

Es una nueva vida para mí

Y me siento bien"

Y es entonces cuando, a través de las lágrimas, las esquinas de mi boca se curvan en una sonrisa.

Hubo un tiempo en el que solía pensar que lo terrible de aquella noche había sido perder a Nathaniel Black. Pues estaba equivocada. Lo terrible ha sido perderme a mí misma. Al dejarle, fui consciente de que una parte de mi alma se quedaría para siempre ahí, atrapada con él y los fantasmas que le atormentaban. Una parte de mi alma siempre permanecería en el Upper East Side de Nueva York, el sitio donde los ricos son escandalosamente ricos y los pobres... bueno, los pobres se quedan en el lado oeste.

Capítulo exclusivo

La vuelta al mundo en trescientos setenta y ocho días...

Berlín.

«**Nathaniel Black ha aprovechado el festival de cine de Berlín para disculparse con la prensa por su reciente comportamiento agresivo.** El actor ha aclarado que el incidente de la semana pasada solo fue una sobredosis accidental, no un intento de suicidio, según se había especulado en la prensa sensacionalista. "Estaba demasiado borracho y siempre se me ha dado mal la química. He mezclado cosas que no se podían mezclar y ¡bum!"».

Estados Unidos.

«**En un repentino ataque de locura, sin precedentes, Nathaniel Black ha echado a la calle a todas las mujeres que habían acudido a una de sus famosas fiestas.** Judy Haley, el nuevo rostro de Dior, le ha transmitido un claro mensaje a través de Twitter: "Jamás volveré a asistir a una fiesta suya". Nuestro chico malo le ha contestado a través del mismo medio: "Ni falta que hace"».

París.

«**Durante las vacaciones de verano, Nathaniel Black ha bebido una cantidad indecente del mejor vino francés.** Después ha afirmado: "No entiendo por qué tanto alboroto. El vino era una mierda. No colocaba para nada". Los franceses están consternados y exigen que el polémico actor deje de trabajar para Chanel, marca de la que es imagen».

Moscú.

«**El chico malo de Hollywood ha sido fotografiado por los paparazzi a la salida de un tugurio mugriento de las afueras de Moscú, donde había acudido acompañado por Igor Ivanov, el cabecilla de la mafia rusa en Nueva York.** Cuando fue preguntado por su supuesta vinculación a la organización criminal, Nathaniel Black lo negó todo y aclaró que solo había ido a ese bar porque el vodka era decente y que Igor Ivanov en el fondo "no es mal chaval. Y, por cierto, juega al póker mucho mejor que los niños bien". Palabras textuales de Black».

Londres.

«**Nathaniel Black condenado a pagar una indemnización millonaria después de haber destrozado por completo el interior de una limusina.** Nos preguntamos qué hacía el *sex symbol* en Londres. Desde luego que no estaba ahí por asuntos de trabajo. Además, nos resulta sospechoso que dicho incidente sucediera justo delante del edificio de Industrias Collins, que según todos sabemos, le pertenece a su ex pareja».

Tokio.

«**A Nathaniel Black se le prohíbe la entrada en Japón, después de haber armado la de Dios en una carrera ilegal de coches,** que acabó con veinte vehículos de la policía japonesa destrozados, un incendio en pleno centro de la capital y daños que ascienden a más de dos millones de dólares. De vuelta a Estados Unidos, el actor ha declarado que le trae sin cuidado ser una persona *non grata* en el país nipón. "El sake es un asco y las mujeres demasiado extrañas. ¿Quién querría volver a Japón, de todas formas?"».

Pero no todas las noticias son malas...

Somalia.

«**Nathaniel Black demuestra que hay un pequeño corazoncito latiendo dentro de su musculoso pecho.** El famoso actor que encarnará a Christopher Von Bon en la aclamada película "*El Oscuro Secreto del Doctor Von Bon*", ha ido a Somalia para colaborar como voluntario en una ONG que lucha en contra de la pobreza infantil. El actor se ha negado a hacer declaraciones sobre este asunto».

Kenia.

«**Nathaniel Black va a donar todo el dinero que reciba de su nueva película a favor de las víctimas del terrorismo.** El actor sigue negándose a declarar».

Estados Unidos

«**Durante el fin de semana en el que ha estado ejerciendo de voluntario en la Liga Gay, Nathaniel Black ha declarado que va a ingresar en rehabilitación,** pero no para su adicción al sexo, puesto que según el actor "eso ya no supone un problema", sino para su dependencia al alcohol».

—¿Puedo invitarte a una copa de lo que sea que estés tomando?

Levanto la mirada de mi vaso de tequila y observo a la mujer que se ha sentado a mi lado en la barra. Es joven y muy atractiva. Buena delantera. Diría que tiene, como mucho, veinticuatro años. Es morena de pelo corto y ojos oscuros. Me gusta. Tiene ese aire encantador que suelen tener las chicas de provincia. Sus mejillas están sonrosadas, supongo que del aire puro del campo. Seguro que se le da de maravilla montar a caballo. Durante un breve instante, me pregunto qué otras cosas se le darán de maravilla.

—Tú eres Nathaniel Black, ¿verdad? —prosigue, aunque yo no le muestro ni el más mínimo interés—. He visto tus películas. Por cierto, soy Joanna.

Nos damos la mano. Ella me sonríe y yo hago un débil intento para corresponderle con otra sonrisa. Joanna representa el sueño americano. Es la novia con la que América quisiera verme. Parece culta, es guapa, luce un aspecto de niña inocente, es guapa —repito— Joanna, definitivamente, no es mi tipo. Al fin y al cabo, Joanna no es *ella*.

—No eres muy hablador, ¿verdad? —insiste en establecer alguna clase de contacto conmigo y coloca una mano encima de la mía, mientras despliega los labios en una seductora sonrisa.

Me aburro. Actuaré como Catherine lo habría hecho de haber estado en mi lugar ahora mismo.

—Verás, Joanna —cojo su mano y la coloco de nuevo encima de la barra—. No quiero que te tomes esto como algo personal porque no lo es. Pareces una mujer encantadora, pero a mí me gusta beber solo y deprimido porque suelo... ¿cómo lo diría...? —me inclino hacia ella y adopto un aire confidencial— suelo lloriquear como una nenaza. Lo entiendes, ¿verdad?

Joanna se ruboriza, sonríe abochornada y se va. *Adiós, Joanna.* Le hago una señal con la mano a la camarera para que vuelva a llenarme la copa, y contesto al

móvil. Lleva varias horas vibrando dentro de mi bolsillo.

—¿Qué?

—¿Dónde coño estás, Black? —me grita Charles, mi representante.

—En el país de las vacas —le contesto, en tono bajo.

No quiero liarme a puñetazos con algún *cowboy* borracho que pudiera sentirse ofendido. Ya bastantes demandas por agresión me esperan en los juzgados de Nueva York.

—¿Estás en Kansas?

—Mejor. Texas.

—¿Y qué coño estás haciendo en Texas cuando deberías estar en Nueva York?

Tomo una generosa cantidad de tequila antes de contestar.

—Y recuérdame, ¿por qué debería estar en Nueva York?

—¡Porque hoy se celebra la puta fiesta de tu cumpleaños! —ruge.

Me acabo la copa y me pido otra.

—¿En serio? Pues felicidades para mí.

—¡Deja de hacer el capullo! ¿Quieres decirme qué coño hago yo con todos los invitados?

Me saco un boli del bolsillo y empiezo a dibujar corazones sobre una servilleta.

—Entreténlos—le contesto distraído.

—¿Entretenerlos? —vuelve a gritar, colérico— ¿Y qué les digo cuando me pregunten por ti?

—Que me he suicidado... —dibujo una cruz—. Que he sufrido un coma etílico... —dibujo una botella—. Qué me han contagiado la gonorrea...— dibujo...no se me ocurre nada qué dibujar, así que suelto el boli—. Cualquiera de las tres cuela.

Charles blasfema tanto al otro lado del teléfono que me cuesta horrores ahogar la risa. He nacido para escandalizarle. Por desgracia, es la clase de tío que sería capaz de fastidiar a su propia madre si esta se interpusiera entre él y aquello que más quiere en el mundo: su comisión. Acabo de darme cuenta de que nunca me ha caído bien Charles.

—¡No puedo creer que estés haciéndome esto! —protesta, momentos después.

—Dijiste que ella no valía la pena.

—¿De qué coño estás hablando?

—¡De Catherine! —le grito—. Dijiste que solo era una niñata mimada que no valía la pena contratar.

—¿Estás borracho? —inquire con cautela.

Miro las ocho copas vacías que hay a mi alrededor. Le he pedido a la camarera que no las retire. Quiero ver cuánto soy capaz de beber. Hoy superaré mi propio record.

—Ligeramente ebrio. ¡Contéstame! Ella no valía la pena, ¿verdad? ¿Sigues pensando lo mismo después de haber obtenido el papel de mi vida gracias a ella?

—¿Qué? No. No. ¡No! Claro que no.

No me cabe duda de que diría cualquier cosa que yo quisiera oír en este momento, con tal de recibir su puñetero cheque al fin del mes.

—Está bien. ¡Ah!... ¿Charles? Una última cosa —acabo la copa y pido otra más. La camarera alucina—. Estás despedido.

Bajo el volumen de mi móvil. Sé que ahora empiezan los gritos.

—¿Qué? ¡No puedes despedirme! ¡Yo te he sacado de las cloacas en las que te movías! ¡Yo te he hecho quien eres ahora! ¡No eras nadie antes de conocerme!

¡No se te olvide eso, Black!

Esbozo una sonrisa socarrona. En el fondo, creo que siempre me ha gustado ser Nadie.

—No se me olvida. Aun así... —hago una pausa para crear más drama y concluyo— estás despedido.

—¡No puedes despedirme!

—Acabo de hacerlo.

Cuelgo y dejo el móvil encima de la barra.

—Eh, muñeca —le grito a la camarera—. ¿Qué pasa con ese tequila?

Pone mala cara mientras se acerca a mí.

—Ha bebido usted bastante.

—No lo suficiente —saco un billete de cien del bolsillo y lo pongo encima de la barra. Ella lo coge y se lo guarda en el escote—. Sé buena chica y lléname la copa antes de que te lo pida yo.

La camarera me devuelve la sonrisa. Sé que cumplirá con su trabajo. La gente suele ser amable contigo cuanto tú eres amable con ellos. Y todos tienen un precio. La camarera, Charles, estos *cowboys*. Me pregunto cuál será el mío.

Cojo el móvil y marco el número de Wesley, la única persona que conozco que no me vendería por un puñado de monedas. A Wes le confiaría hasta mi vida.

—Black —me grita para sobreponerse al ruido de fondo. Parece estar en una estación de trenes.

—¿Qué tienes para mí, Wes? ¿La has visto?

—Sí. Ella está bien, pero...me temo que sale con alguien.

Vale, eso no me lo esperaba.

—¿En serio? ¿Con quién?

—Eh, un contable. Se llama Jonathan Hunt.

Me echo a reír. ¿Un contable? ¿Y sale con él? Pensaba que le iban los *millionetis*. O al menos los Casanova. Pero ¿un contable? ¡Qué cosa más aburrida!

—¿La hace feliz? —pregunto en voz baja.

De repente, me siento muy triste. Quiero morir. No. Quiero beber. ¡No! ¡Quiero beber mientras me muero! ¿Eso se podrá hacer?

—Supongo —me contesta Wesley unos instantes después. Había un fuerte ruido que le impedía hablar. Puede que un tren—. Ayer fueron a la Opera.

—¡Catherine odia la Opera! Piensa que es para *snoobs*.

Wes se echa a reír al otro lado del teléfono.

—Será por eso por lo que salió cinco veces durante la función. Fue incluso a pedirse una copa. Sola.

¿Una copa? ¿Sola? ¿Sin el secretario Jonathan lo-que-sea? Mmmm. Puede que no *todo* esté perdido.

—Wes, busca en el rincón más oculto de tu memoria y contéstame a esto: ¿qué bebida era?

—Vodka.

¡Mañana voy a misa, sin duda alguna!

—Estoy en Texas ahora mismo, pero cogeré el primer vuelo. Quiero que me esperes en el aeropuerto. Nada de limusinas. Que sea algo discretito porque quiero pasar desapercibido. Un Porche o un Lamborghini. Puede que un Aston Martin. ¡Vuélvete creativo!

—¡Imposible! Estoy en Londres todavía.

—Me refería al aeropuerto de Londres —aclaro, en tono cansado.

Wesley resopla.

—No vas a dejar que sea feliz, ¿verdad?

—Wes, se ha pedido un vodka. ¡No es feliz! Si lo fuera, se tomaría un batido de espinacas.

Wesley suelta una carcajada.

—Te prometiste a ti mismo que no intentarías contactar con ella —me recuerda, volviéndose serio de repente.

—Las promesas y las leyes deben ser quebrantadas de vez en cuando. Si no, el mundo sería un lugar demasiado aburrido.

—Sabía que dirías algo así —me dice divertido—. Dime una cosa. Si fuera feliz...

—No lo es—interrumpo con impaciencia.

—Ya. Pero si lo fuera, ¿la dejarías en paz?

No me hace falta meditarlo. Sé cuál es la respuesta a esa pregunta.

—Nop —contesto sin vacilar.

—Lo imaginaba. Te veo en Londres pues. ¡Tráete un chubasquero! En esta puta ciudad no para de llover.

—¡Qué fuerte! ¿De veras? ¿Lloviendo en Londres? Jamás lo habría intuido.

Wesley me cuelga. Yo hago una mueca felina. ¡A Londres pues! La camarera se acerca con la botella de tequila, pero yo coloco una mano encima del vaso.

—Suficiente, muñeca. No puedo ir a ver al amor de mi vida estando ligeramente ebrio, ¿no te parece?

Tiro otro billete de cien encima de la barra y salgo por la puerta. Una extraña idea ronda mi mente de camino al coche. ¿Y si ella no quisiera verme? ¡Bah! La obligaré. Al fin y al cabo, yo soy Nathaniel Black. Tengo fama, fortuna y mucho *sex appeal*. Yo siempre consigo aquello que más quiero. Y he decidido que quiero a Catherine.

¿Un cuento de hadas? ¿O una versión retorcida con la Bestia devorando a la Bella en el acto final? Catherine Collins debe contestar a esta pregunta. Debe elegir entre dos hombres: el chico bueno y el chico malo. Y debe hacerlo... antes de medianoche. ¿Pero qué pasará si la chica buena se hubiese vuelto algo oscura desde su última estancia en la corrupta ciudad de Nueva York? Eso es sencillo. La Bestia caerá en un sueño profundo del que solo un beso de amor verdadero podrá despertarle... O algo por el estilo. Supongo que os veré de vuelta en el barrio donde la fiesta nunca acaba: el Upper East Side de Nueva York.

No os podéis perder la segunda entrega de Adicta a él: **Antes de Medianoche**.

Para contactar con la autora:

<https://isabellamarinescritora.wordpress.com/>

<https://www.facebook.com/Isabella-Marin-945879758824928/?ref=hl>

<https://twitter.com/ByIsabellaM>

isabellamarinescritora@hotmail.com

Notas

[←1]

1 *Little Bastard*, o el *Porsche 550 Spyder maldito*, es el coche en el que murió trágicamente el famoso actor de Hollywood, James Dean. Según las leyendas urbanas, las piezas del vehículo se reutilizaron en otros coches y todos ellos sufrieron accidentes graves o muy graves a causa de la maldición.